

La Ilustracion

Centro general de suscripciones

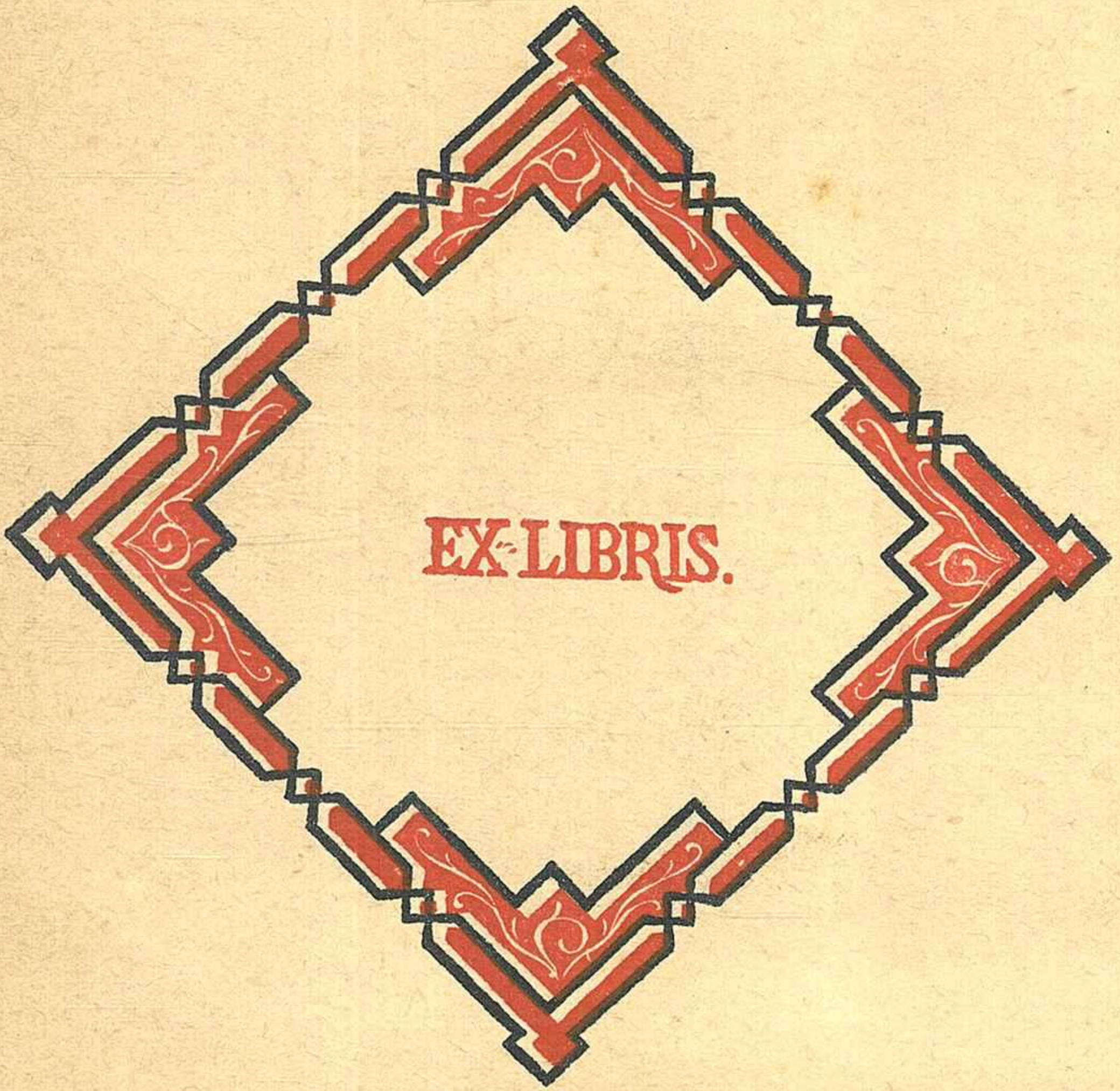
**TALLER DE
ENCUADERNACIONES**

Paraiso 9. Córdoba.

15

COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS
—
HISTORIADORES





LAS RUINAS DE POBLET



TIRADAS ESPECIALES

100 ejemplares en papel de hilo, del	1 al 100.
25 » en papel China, del	I al XXV.
25 » en papel Japón, del	XXVI al L.

708.6



XIX
1149

LAS
RUINAS DE POBLET

FOR
DON VÍCTOR BALAGUER

DE LAS ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE LA HISTORIA

CON UN PRÓLOGO

DE

DON MANUEL CAÑETE

individuo de número de las mismas Academias



MADRID

IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO

Impresor de Cámara de S. M.

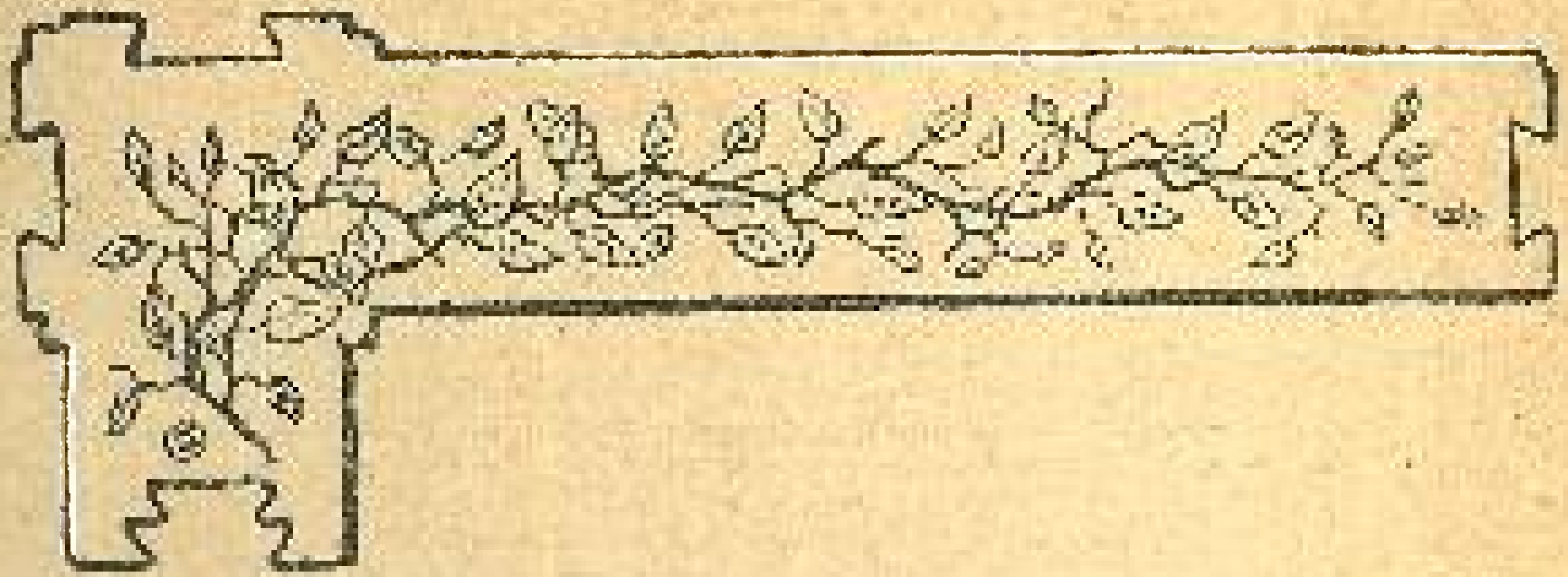
Isabel la Católica, 23

1885



Reg. n.º 6.843



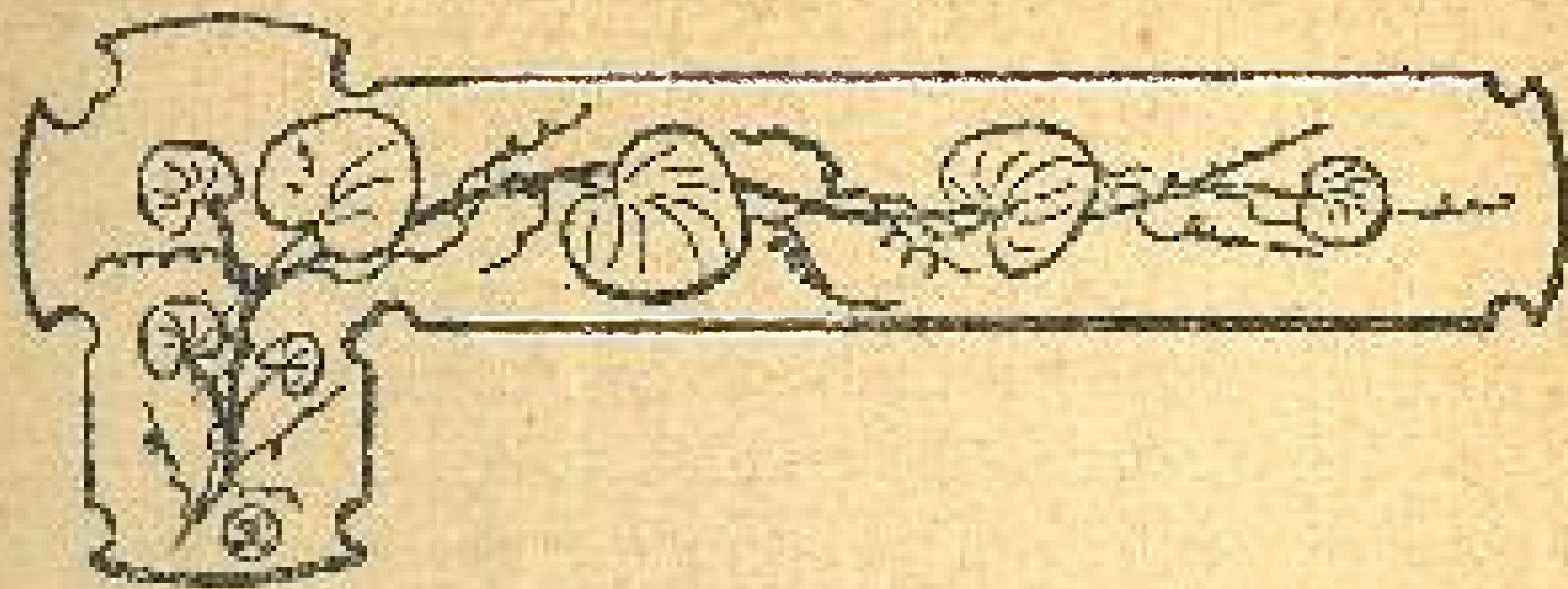


ADVERTENCIA.

Esta obra se escribió con motivo de una excursión que hizo el autor en compañía del Sr. D. Manuel Cañete y de otros amigos á las Ruinas de Poblet el día 2 de noviembre del año pasado, á su regreso de Villanueva y Geltrú, á donde habían ido desde Madrid para inaugurar en aquella villa una Biblioteca-Museo.

Por esta circunstancia ha parecido oportuno publicar al frente de la obra, como prólogo, las dos cartas literarias que con motivo del viaje y de la inauguración de aquel Instituto dirigió el Sr. D. Manuel Cañete al Director del *Diario de la Marina* de la Habana.






PRÓLOGO.

Sr. Director del DIARIO DE LA MARINA.

MADRID 28 de noviembre de 1884.

CIRCUNSTANCIAS independientes de mi voluntad me han impedido escribir á ustedes por los dos correos anteriores. Esto ha hecho que hasta hoy no haya podido hablarles de un fausto suceso relacionado íntimamente con las letras y con las artes, y honrosísimo para el pueblo catalán. Me refiero á la inauguración de la *Biblioteca-Museo Balaguer*, monumento erigido en la hermosa villa de Villanueva y Geltrú por el esclarecido repúblico y literato que la representa en Cortes hace mucho tiempo, y que goza en ella, de igual suerte que en toda Cataluña, grande y bien ganada popularidad.

Honrado por las Reales Academias Española y de la Historia con el encargo especial de

representarlas en aquel solemne acto, que se efectuó el domingo 26 del pasado octubre, puedo hablar de él como testigo presencial. El hecho es muy digno de perpetua conmemoración; pues si en todas épocas ha sido raro, no ya que las personas de escasos medios, sino las de gran riqueza, destinen parte de sus bienes á crear establecimientos costosos de pública utilidad, es más raro aún el heroísmo de quien se desprende de cuanto posee para consagrarlo á un objeto tan patriótico y laudable. Esta gloria, tal vez única en nuestros días, no sólo pone muy alto el nombre de *D. Víctor Balaguer*, que espontáneamente ha realizado en aras del bien común ese admirable sacrificio del interés propio, sino dice mucho en pro de los elevados sentimientos de la noble gente catalana.

El *Trovador de Montserrat*, el erudito autor de la *Historia política y literaria de los Trovadores*, que (siguiendo las huellas de escritores nacionales y extranjeros tan distinguidos como Raynouard, Fauriel, Millot, Baret, Wolf y Milá y Fontanals) ha procurado ilustrar con peregrinas noticias y curiosos documentos inéditos uno de los más oscuros é interesantes periodos de la historia literaria europea; el inspirado poeta cuya musa varonil pinta con igual felicidad en sus bien imaginadas *Tragedias*, ya los desfallecimientos amorosos de la poetisa de

Lesbos, ya el patriotismo y la romana entereza de Coroliano; el varón ilustre que en el ardor de nuestras enconadas luchas políticas no cede á la común flaqueza de negar ni de amen- guar las calidades ó el mérito de sus adversa- rios; el sincero político, el hombre probo ante el cual se ha detenido la calumnia (tan des- pierta en nuestro país) temerosa de que pare- ciesen á todo el mundo inverosímiles sus fal- sas imputaciones; el buen español, el digno hijo de Barcelona, siempre vigilante, siempre dispuesto á defender con su palabra ó con su pluma los respetables intereses de sus indus- triosos paisanos, debe estar orgulloso de sí mismo por haber dado á sus constantes favo- recedores de Villanueva y Geltrú (él, que está muy lejos de ser un potentado) prueba de agra- decimiento y cariño que merecería los mayores encomios, aun debiéndose á persona de gran caudal para quien el darla no representase ni sombra de sacrificio. Pero si D. Víctor Bala- guer debe estar satisfecho de sí propio, Cata- luña debe enorgullecerse más todavía de con- tar en el número de sus hijos á quien ha sido capaz de tan admirable rasgo de abnegación y esplendidez.

De que han sabido estimarlo en lo muchísi- mo que vale cuantos abrigan amor patrio y co- razón generoso, ha recibido el Sr. Balaguer

en esta ocasión testimonios inequívocos. Desde la augusta persona del Monarca, propicio á mirar como bien suyo cuanto redundaba en honra ó beneficio de la nación, hasta la sencilla gente del pueblo, que ha dado en Villanueva y Geltrú tan loables muestras de cultura, todos se han asociado á la obra del benemérito fundador de la Biblioteca-Museo para solemnizarla como era justo y enaltecer al que ha logrado realizarla. Seguro estoy de que habrá llegado al alma del hombre insigne, y despertado en ella gratitud inquebrantable, la honrosísima comunicación que el Excmo. Sr. Marqués de Alcañices, Jefe superior de Palacio, dirigió en 21 de octubre al Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Villanueva en nombre de S. M. el Rey D. Alfonso, á cuya ilustración y altísimas prendas debe España la paz que disfruta tras largo é inolvidable periodo de vergonzosa anarquía, que hijos espúreos de la patria intentan vanamente reproducir.

Esa comunicación es de suyo tan importante, manifiesta de tal modo el espíritu patriótico, la elevación de ánimo del joven Príncipe que ciñe á sus sienes la corona de tantos Reyes perínclitos, que no se juzgará inoportuno que la traslade á estas columnas al pie de la letra. Dice así: «S. M. el Rey (que Dios guarde) se ha enterado con el más vivo aprecio de

la exposición que el Ayuntamiento de la industrial Villanueva y Geltrú, dignamente presidido por V. S., le dirige, invitándole para que concurra á la apertura de la Biblioteca-Museo, donados patriótica y generosamente á la villa por su diputado é ilustre escritor Don Víctor Balaguer. — Nada sería seguramente más grato á S. M. que contribuir á solemnizar con su presencia un acto que tanto enaltece al insigne patricio que con laudable celo consagra sus afanes, estudios, desvelos é intereses al progreso y adelantos del país, como á la villa digno objeto de su especial predilección, y se complacería mucho en que las atenciones que embargan su tiempo le permitiesen, aceptando la respetuosa invitación de ese Ayuntamiento, dar una señalada prueba de la alta estima que hace de sucesos tan dignos de ser imitados. — En la imposibilidad de realizarlo cual sería su deseo, se ha servido S. M. disponer que, cuando la inauguración haya de verificarse, concurra en su augusto nombre el Capitán general de ese Distrito militar, á quien con esta fecha se comunica la orden oportuna, indicándole la conveniencia de ponerse de acuerdo con V. S. para señalar la fecha en que haya de tener lugar aquélla. — De Real orden lo comunico á V. S. para su conocimiento y efectos consiguientes.»

Las Reales Academias, en las cuales está vinculada la más alta expresión de la cultura española; los cuerpos docentes; las corporaciones oficiales; las científicas, artísticas y literarias; la prensa periódica; el Presidente del Congreso, senadores y diputados; el Gobierno; la magistratura; la milicia; multitud de asociaciones útiles ó de personas de elevada jerarquía, ora por su alcurnia, ora por su propia significación, por su representación ó méritos, han contribuído de un modo ú otro á patentizar la simpatía y el entusiasmo con que han tenido á bien asociarse á la hermosa fiesta celebrada en Villanueva y Geltrú. Eco fiel de los moradores de esa villa, muy superior por su magnitud é industria y por la calidad y belleza de sus plazas, paseos, edificios y monumentos á muchas de nuestras capitales de provincia, el *Diario de Villanueva y Geltrú* publicó el día de la inauguración de la Biblioteca-Museo un número engalanado con orla y con el retrato del Sr. Balaguer muy parecido y bien grabado. En ese número se leen estas palabras, clara demostración de los sentimientos que animan á los laboriosos naturales de aquella tierra: «Villanueva, que comprende el inmenso valor de la generosa dádiva, que reconoce la importancia y trascendencia que para su porvenir encierra la Biblioteca-Museo,

que se enorgullece en poder contar entre el número de sus hijos á tan ilustre hombre público, se siente hoy satisfecha; y el Ayuntamiento constitucional, al esculpir en letras de oro la memorable fecha del acontecimiento que hoy celebra y el nombre del fundador de la Biblioteca-Museo, puede estar seguro de interpretar fielmente las aspiraciones de un pueblo agradecido. Y si para perpetuar los actos con que se distinguen los grandes hombres levántanse estatuas y monumentos, tenga la seguridad nuestro ilustre y distinguido diputado de que en el corazón de los villanoveses se ha levantado, á impulso de la gratitud, un majestuoso monumento de admiración, cordialidad y aprecio, en el que se hallan escritos con caracteres indelebles, que durarán más que en mármoles y bronces, un nombre y una fecha: *26 de octubre de 1884.—VÍCTOR BALAGUER.»*

Ahora bien, ¿qué es, en qué consiste la *Biblioteca-Museo Balaguer* erigida y donada por el fundador á su predilecta villa que hace tiempo le considera como á hijo adoptivo? Lo diré en breves palabras.

En medio de un lindo parque-jardín cercado por elegante verja de hierro fabricada en los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona, se levanta un edificio orientado de Norte á Sur, en forma rectangular, que por su

estilo recuerda el gusto de las antiguas construcciones clásicas, y que mide 55 metros de longitud por nueve de anchura y 12 de elevación. La traza de este suntuoso edificio se debe al distinguido arquitecto barcelonés D. Jerónimo Granell que ha dirigido las obras. Las dos grandes alas ó compartimentos en que el edificio se divide se hallan destinadas una á Biblioteca y otra á Museo, y están enlazadas por espacioso vestíbulo circular coronado de esbelta cúpula de 26 metros de altura, ornamentada con elegancia interior y exteriormente, la cual presta luz á la rotonda del centro. Á la parte posterior del dilatado rectángulo se adhiere otra construcción del mismo gusto, aunque de menos aparato arquitectónico, distribuída en diversas habitaciones, y en cuyo piso superior hay, amén de la gran Sala de Juntas rodeada de severa sillería de roble (que trae á la memoria las de la Sala Capitular de nuestras antiguas catedrales), otros varios departamentos destinados también á Museo. En el centro de la fachada principal, de gusto neo-griego y cuyos paineles ó recuadros ha embellecido el hábil artista Sr. Mirabent con esgrafiados egipcios y asirios alusivos á diferentes ciencias y artes, se destaca un pórtico formado de dos gruesas pilastras y otras tantas columnas, el friso del cual adorna esta ex-

presiva inscripción en letras de oro: *Surge et ambula*. Tal es el monumento arquitectónico fundado por Balaguer en Villanueva y Geltrú; monumento que honraría por su elegancia y magnificencia á cualquiera de nuestras mejores y más populosas capitales.

Lo que contiene tan espléndido edificio no es menos digno de consideración y de aplauso. De veintidos mil pasa el número de volúmenes allí dispuestos á proporcionar ilustración y enseñanza, y entre ellos hay muchos notables por su antigüedad, importancia ó rareza, pertenecientes á los diversos ramos del saber. Códices peregrinos, manuscritos preciosos de varias materias interesantes, libros con valiosos autógrafos, láminas, dibujos, cuanto puede contribuir á propagar conocimientos científicos, artísticos ó literarios, se halla en colección de tanta valía.

Como la envidia es tan sutil para denigrar y la malevolencia no perdona ni lo más útil ni lo más digno de respeto y admiración, no ha faltado quien haya querido turbar la hermosura de la noble acción creadora de tan benéfico Instituto suponiendo que la copiosa Biblioteca en él reunida puede ser dañosa á la juventud amante del saber, por estar atestada de libros prohibidos que nada bueno pueden enseñarle. Semejante suposición es á todas luces injusta.

Contadas son las obras de esa clase que registra el catálogo de la Biblioteca; pero aunque así no fuese y aquéllos figurasen en mayor número entre los relativos á otra clase de conocimientos, nada importaría, estando al frente de la Biblioteca-Museo una Junta compuesta de sujetos dignísimos, presidida por personas tan respetables en muchos conceptos como el Excmo. Sr. D. Antonio de Samá, Marqués de Casa Samá, y el Rdo. D. Eduardo Llanas, sabio y virtuoso Rector de las Escuelas Pías. Todos ellos saben perfectamente que esos libros, rarísimos por lo común, no son para andar en manos de jóvenes inexpertos, sino para ilustrar á personas formales que necesiten consultarlos con las licencias necesarias. Lo primero que se ha de tener en cuenta para poder combatir con fruto ciertos errores, sea de la clase que fueren, es conocer, estudiar y digerir bien los libros que los proclaman. El más celoso apologista de la religión verdadera tratará en vano de pulverizar falsas doctrinas, si desconoce de todo punto los argumentos en que sus secuaces se fundan para sustentarlás. Esto, que es de sentido común, no está por lo visto al alcance de la fanática ignorancia de ciertas gentes ó de su incurable mala fe.

No menos importante que tan copiosa Biblioteca, establecida en uno de los salones más

grandiosos y mejor provistos que hay en España para tal objeto, es la colección de cuadros de toda especie (entre los cuales descuella uno de Jordaens, de grandes dimensiones y de no menor belleza), de esculturas, de curiosidades arqueológicas, de muebles, armas, tapices, joyas, cerámica y otros mil objetos distintos que llenan el gran salón y las demás habitaciones destinadas á Museo.

El vestíbulo á donde afluyen los principales departamentos del edificio muestra en su centro, sobre un pedestal tan elegante como bien proporcionado, el busto del fundador tallado en mármol de Carrara por el Sr. Nicoli, distinguido escultor italiano, y deja ver encima de la cornisa ocho medallones destinados á ostentar retratos de ilustres villanoveses. Cuatro de ellos, el del esclarecido poeta D. Manuel de Cabanyes, arrebatado á la gloria en los floridos años de la juventud, y los de Fray Francisco Armanyá, Excmo. Sr. D. Salvador Samá y D. Francisco de Sales Vidal, han sido ya diestramente ejecutados por los Sres. Montserrat, Pascual, Viñals y Llaverías, hábiles pintores nacidos en Villanueva.

Indicadas ya las instructivas curiosidades, la riqueza literaria y artística que encierra el monumento que se trataba de inaugurar, diré á ustedes algo sobre los preliminares y

las fiestas concernientes á la inauguración.

De buen grado mencionaría los pormenores del viaje, durante el cual debí las mayores atenciones á los jóvenes periodistas madrileños (entre los cuales había representantes de todos los partidos, desde el republicano hasta el carlista), y mencionaría las finezas de que los invitados fuimos objeto al llegar á Barcelona; pero la necesidad de no hacer interminable esta carta, me induce á pasar por alto muchas cosas, aun á riesgo de contrariar los impulsos del corazón y de no corresponder debidamente á las dulces exigencias de la gratitud.

Instalados en el tren expreso que debía conducirnos á Villanueva en la mañana del día señalado para la inauguración, partimos de la opulenta ciudad de los Condes por el ferrocarril que ha de enlazar directamente á esta corte con la capital del antiguo Principado, y que, por ser uno de los más hermosos y mejor construídos de España, honra mucho á la inteligente iniciativa y singular perseverancia de su Director el Excmo. Sr. D. Francisco Gumá. La magnificencia de los carruajes, distintos de los que se usan en las demás líneas españolas; lo apacible de la temperatura; la inusitada rapidez con que marchábamos, gozando á cada instante un nuevo punto de vista, ya en campiñas amenas y bien cultivadas, ya en larga se-

rie de túneles (que casi en línea recta horadan el corazón de las rocas formando perspectiva indefinible), ya junto á las olas del Mediterráneo que besa á grandes trechos el terraplén donde se asientan los railes, ofreciéndose á nuestros ojos como adormido lago azul sobre cuyas aguas parecía en más de una ocasión que se deslizaba el tren; todo hizo que se nos figurase un soplo el tiempo empleado en ir de Barcelona á Villanueva.

Desde la espaciosa estación que llena un frente de la gran plaza de esa villa, casi formando ángulo con el que ocupa la Biblioteca-Museo-Balaguer, nos dirigimos á ella donde todo estaba de antemano bien preparado para el acto inaugural. Celebróse éste en el salón destinado á Biblioteca; y á pesar de su magnitud y de la de todo el edificio, era tal la concurrencia, que no pudieron gozar de espectáculo tan hermoso muchos de los que anhelaban presenciarlo. En él expuso el héroe de la fiesta, visiblemente conmovido y con mesuradas palabras, cuál había sido su pensamiento al realizar aquella obra, los móviles que le habían impulsado á efectuarla, y el fin á que la dirigía. «Á vosotros, individuos de la Junta (exclamó al terminar su discurso), os doy este edificio, con la condición de que ha de ser siempre propiedad de Villanueva y Geltrú y de su dis-

trito electoral; que ha de servir para academia y centro de instrucción y de enseñanza, y que jamás podrá destinarse á otro objeto que al de esa institución. Terminaré recordándoos aquella fórmula jurídica que me ha enseñado á ser buen ciudadano y honrado hombre público: «Sí así lo hiciéreis, Dios os lo premie; y si no, os lo demande.» Entrego este edificio á mis amigos, á mis adversarios, á la justicia y á la imparcialidad de mis enemigos.»

Á este discurso, acogido con universal aplauso, precedieron breves y oportunas frases del Alcalde constitucional de Villanueva en acción de gracias á S. M. el Rey y á las Corporaciones y particulares que habían aceptado su invitación, y subsiguieron una elocuente peroración del Rdo. P. Llanas en honor de Balaguer y de su Instituto, y algunas palabras que me obligaron á pronunciar (á mí, poco amigo de escarceos oratorios) las amables y distinguidas personas que me rodeaban. Ingrato sería si no aprovechase esta ocasión para darles desde aquí las más expresivas gracias por la singular benevolencia con que me favorecieron aun antes de abrir la boca. Inmediatamente después mi antiguo y buen amigo el Excmo. Señor D. José Riquelme, Capitán general de Cataluña, felicitó al Sr. Balaguer en nombre de S. M., y dió por terminado el acto.

Á él siguió aquella misma tarde un gran banquete de cerca de doscientos cubiertos, que se efectuó en el teatro más antiguo de la villa, severamente engalanado con aristocráticos reposteros, en muchos de los cuales aparecían bordadas en oro y seda las armas de Aragón y Cataluña ó los blasones de ilustres linajes de aquella comarca, y con multitud de arañas y guirnaldas de flores. El aspecto de la mesa era brillantísimo. La comida fué más delicada de lo que suelen serlo las que se hacen para tan crecido número de personas. Durante el banquete se veían llenos los palcos de hermosas villanovesas. Á los postres inauguró los brindis, con uno tan elegante como discreto, el Capitán general; y después de otros varios (pocos para lo que hoy se acostumbra, pues hubo en esto una sobriedad de muy buen gusto), por lo común tan elocuentes como aplaudidos, los comensales se dirigieron á presenciar los notables fuegos preparados en la dilatada plaza que se extiende á modo de parque frente á la Biblioteca-Museo, á los cuales concurrió inmenso gentío.

Sería cuento de no acabar referir á ustedes todo lo acaecido en Villanueva y Geltrú (cuyos principales edificios y casas particulares ostentaban vistosas colgaduras é iluminaciones espléndidas) con motivo de tan fausta inaugura-

ción. Pero como algo de lo que no he podido decir aún, merece conmemorarse, terminaré este relato en mi carta del 8 de diciembre próximo, en la cual les daré también sumaria noticia de algunos libros publicados recientemente.

Sr. Director del DIARIO DE LA MARINA.

MADRID 28 de diciembre de 1884.

Al dar á ustedes noticia circunstanciada del acto inaugural de la *Biblioteca-Museo-Balaguer* olvidé mencionar en mi carta del 28 de noviembre una ceremonia importante que tuvo efecto el día mismo de la inauguración. Apenas terminado el acto solemne, no bien las autoridades, los representantes de corporaciones científicas, literarias ó artísticas y las demás personas invitadas hubieron recorrido los salones del edificio examinando y admirando las preciosidades que contienen, dirigiéronse al peristilo para presenciar la colocación de la lápida con que el Ayuntamiento de Villanueva y Geltrú había resuelto perpetuar el recuerdo de donación tan espléndida y gloriosa.

Colocada la lápida en lugar conveniente, el

ilustrado Alcalde de la villa, Sr. Pollés Oliver, puso fin á la ceremonia con algunas palabras tan atinadas, tan oportunas, tan discretas como cuantas pronunció las diversas ocasiones que por razón del oficio que ejerce hubo de dirigir su voz al público. En ellas encareció gallardamente la necesidad que había de colocar en sitio conspicuo aquella inscripción conmemorativa, para que á todas horas recuerde á los futuros un hecho del que no es fácil encontrar otros ejemplares, y terminó victoreando con entusiasmo á S. M. el Rey y á Villanueva y Geltrú, y exclamando, con asentimiento y aplauso de todos los circunstantes: *¡Gloria á Balaguer!*

También omití en mi carta anterior otra circunstancia que después he recordado y que juzgo digna de particular mención. Cuando entramos por primera vez en la Biblioteca-Museo el busto del egregio fundador se hallaba cubierto con un velo que no dejaba adivinar lo que allí había, por haberlo exigido así la modestia del Sr. Balaguer. Terminada la ceremonia de inauguración, apenas corrió entre algunos concurrentes la voz de que aquel velo envolvía la efigie del hombre generoso y espléndido, el público mismo se apresuró á descubrirla entre jubilosas y universales aclamaciones.

Ni he de callar, pues trato de reparar omisiones debidas á mi escasa memoria, que en el banquete de que hablé en la carta del 28 se entregó á cada cual de los comensales un ejemplar de la preciosa medalla en bronce mandada acuñar por el Ayuntamiento de Villanueva en conmemoración del acto que acababa de celebrarse; la cual medalla tiene en el anverso el busto del donador, y en el reverso la fachada principal de la Biblioteca-Museo coronada con el lema del instituto: *Surge et ambula*, y llevando al pie la inscripción siguiente: *Biblioteca-Balaguer.—Villanueva y Geltrú.—1884.*

La mañana del lunes 27, segundo día consagrado á estas memorables fiestas, se dedicó á recorrer la engalanada población, más espaciosa, según he indicado anteriormente, que muchas de nuestras capitales de provincia, y muy notable, no sólo por la cultura y laboriosidad de sus moradores y por la belleza de sus mujeres, sino por su alegre cielo, por sus anchas calles y plazas, por sus paseos y edificios, por sus fábricas y monumentos. El levantado frente á la grandiosa estación del ferro-carril, en la plaza de que forma parte la Biblioteca, llama desde luego la atención; y así por sus dimensiones como por el mérito de sus esculturas y de sus detalles, honraría á cualquiera gran capital. En la traza y en la colocación de

las bellas estatuas que lo adornan recuerda un tanto el aspecto de nuestra fuente de las *Cuatro estaciones* en el Prado de Madrid; pero es de mayor altura y de gusto más depurado y selecto.

El severo y elegante Colegio de Escolapios, magnífica fundación del Excmo. Sr. D. Salvador Samá regentada hoy por el sabio P. Llanas; el espléndido y beneficioso Instituto fundado é igualmente dotado por otro insigne villanovés, D. Tomás Ventosa; los varios teatros y casinos, entre los cuales fuera injusto no mencionar el de Obreros, fundación y propiedad de los mismos socios, los cuales nos recibieron con muestras de atención y cortesía de que no siempre dan ejemplo asociaciones más encopetadas de esta corte; la soberbia fábrica de tejidos de algodón del ilustre Senador señor Ferrer y Vidal, quien la dirige muy hábilmente auxiliado por sus hijos, no menos entendidos que laboriosos, y en la cual funcionan máquinas de gran potencia construídas según los más recientes adelantamientos; la importantísima fábrica de tejidos de lana del Excellentísimo Sr. Marqués de Casa Samá, tan sencillo, tan modesto, tan inteligente; el suntuoso templo de San Antonio Abad, cuyas altas y anchurosas naves compiten en gallardía y en grandeza con las de algunas catedrales; el Hos-

pital, el Matadero, el Parque, cuanto los invitados recorrieron y examinaron (que por falta de tiempo no fué todo lo importante que encierra la villa) honra mucho á la población y patentiza elocuentemente la inteligencia, la actividad, el amor patrio de sus naturales.

En la tarde de aquel mismo día efectuóse en el Teatro donde se había celebrado el banquete la *velada* artístico-literaria, que hube de presidir cediendo á reiteradas y amables indicaciones de los directores de la fiesta, notable por más de un concepto, acompañándome y honrándome en la presidencia el Sr. Balaguer y el Rector de la Universidad de Barcelona. El aspecto de la sala era encantador. En los palcos se veían multitud de rostros rebosando juventud y hermosura, y damas tan ilustres como las Excmas. Sras. Marquesas de Casa Samá (dechado de perfecciones á quien con harta razón idolatran sus lindas hijas y estiman y quieren mucho cuantos logran la dicha de conocerla) y su opulenta hermana la Marquesa de Marianao, en la cual compiten la bondad y el talento con natural distinción y no afectada elegancia.

Como todos los actos dispuestos por los villanoveses para celebrar la inauguración de la Biblioteca-Museo, la *velada* de que se trata resplandeció por la sobriedad y el buen gusto.

Sentiría no recordar bien el nombre de los varios ingenios que en ella tomaron parte, muy celebrados justamente por el mérito de sus composiciones catalanas ó castellanas. Allí dieron muestras de excelentes facultades y buena dirección literaria jóvenes de tan generoso entusiasmo y feliz imaginativa como los señores Verdú, Alegret, Rahola y Gallart. Allí logró arrebatarse merecido aplauso la inspiración esencialmente lírica del distinguido ingeniero de la Diputación provincial de Barcelona D. Melchor Palau, célebre ya en toda España. Allí regocijó al auditorio una y otra vez con los ingeniosos frutos de su agudeza el chistoso poeta cómico D. Eduardo Vidal, que maneja el diálogo en lengua catalana con gran soltura, y que además recita sus obras como consumado actor. Allí se oyeron con singular delicada delicadísima versos de Mosén Verdaguer, alta gloria de la poesía, los cuales hubo de leer un amigo suyo por no haber podido él abandonar sus ocupaciones en la capital del Principado. Allí, en fin, se acogió con benevolencia muy superior á su escaso mérito la *epístola* en romance endecasílabo que dirigí á mi fraternal é inolvidable amigo el insigne Adelardo López de Ayala con motivo de *La paz de Cuba*.

La parte musical estuvo confiada exclusivamente á un artista de mérito nada común. El

joven pianista Sr. Vidiella no es de los que atienden antes á deslumbrar con los prodigios mecánicos de la ejecución, que á recrear el ánimo con la hermosura del claro-oscuro y del colorido poético. Alma templada para comprender, sentir y expresar bien lo verdaderamente bello, sin charlatanismo ni fantasmagorías, el Sr. Vidiella tiene abierto gran porvenir, por la excepcional delicadeza de su organización y por lo selecto del gusto que le avalora. Tal vez no conseguirá en su carrera triunfos tan estrepitosos como los que alcanzan á fuerza de puños profesores de piano menos artistas que él. Pero en cambio deleitará siempre á las personas entendidas y de paladar bien educado, sea cualquiera el género de música que interprete. De la clásica maestría con que domina hasta los más difíciles y escabrosos fué testimonio el acierto con que interesó y encantó á los espectadores ejecutando piezas de índole tan diferente como el maravilloso *adagio en do menor* de Bethoven, imitado por Bellini en un coro de *Norma*, y la *Rapsodia húngara* de Liszt; como el *Canto de amor* de Henselt y *El movimiento continuo* de Weber; como *Le Roi des aulnes* de Schubert y la *Berceuse* de Chopín; como la *Pastoral* de Scarlatti y el *Wals Caprice* de Rubinstein.

Por la noche se celebró en el mismo Teatro

el gran baile dispuesto para obsequiar á las personas invitadas á la inauguración (baile brillantísimo, que se prolongó hasta la madrugada del siguiente día); y mediado ya el martes 28 abandonamos con profundo sentimiento la hospitalaria villa donde habíamos disfrutado por largas horas, brevísimas para el alma, tan placenteras satisfacciones.

Perdónenme los lectores si aprovecho esta ocasión para dar desde las autorizadas columnas del *Diario de la Marina* público testimonio de inextinguible gratitud á los Excelentísimos Sres. Marqueses de Casa Samá, y á toda su cariñosa y respetable familia, por la generosa hospitalidad con que me favorecieron y honraron; así como al agregio fundador de la *Biblioteca-Museo* (propicio siempre á desvelarse por cuanto puede ser grato á sus amigos) y á la ilustrada juventud villanovesa, de quien he recibido tantas y tan señaladas demostraciones de inmerecido aprecio.

De vuelta en Barcelona (que cada día se engrandece y embellece más emulando á las mejores capitales del mundo, y donde tuvo la bondad de hospedarme regiamente en su magnífico palacio del Paseo de Gracia la señora Marquesa de Mariana) refrescaron mi alma las gratas memorias de los inolvidables días que pasé allí cuando visité aquella ciudad por

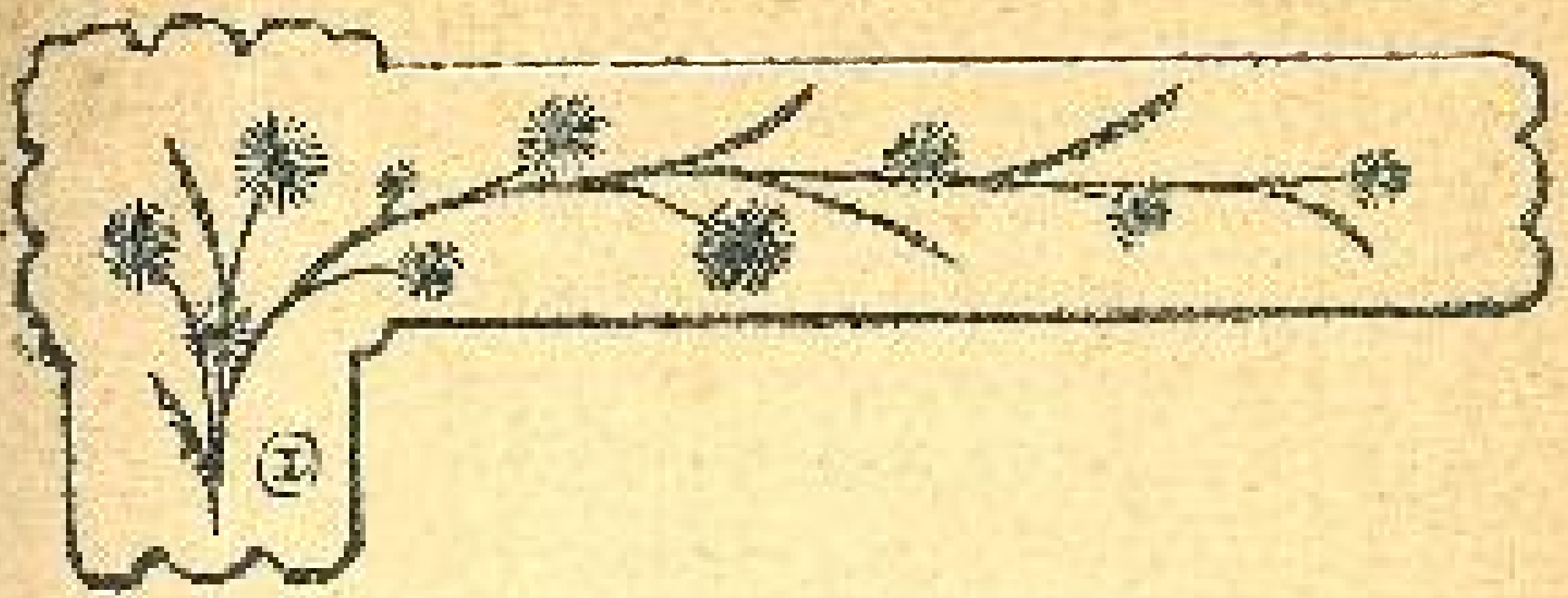
primera vez con motivo del milenario de Nuestra Señora de Montserrat. Entre los monumentos que no existían entonces, á pesar de que hace muy pocos años, ó que aún estaban sin concluir, admiré la espléndida *Cascada* del Parque, digna de la corte de un gran Imperio; el espacioso mercado del Borne, tan elegante, tan limpio, de orden interior tan notable que aquí se tendría por fabuloso; el *Estudio* del ilustre pintor Masriera, edificio de gusto helénico henchido de mil y mil preciosidades de toda especie, empezando á contar por los hermosos lienzos del propietario, y en cuyo pórtico se ostentan las estatuas semi-colosales de Rosales y de Fortuny; y por último, la elegantísima *fábrica* de muebles, vidrieras de colores, objetos de hierro y cien otros de refinado gusto artístico (que pudieran estimarse como imaginados y realizados por nuestros buenos artífices de los siglos de oro) creada y sostenida con gran inteligencia y perseverancia por el patriótico esfuerzo de los Sres. Vidal y Compañía.

Á esta excursión á Cataluña, emprendida para celebrar fiestas intelectuales, puso remate y corona el descanso de dos días que hicimos al regresar á Madrid en las poéticas ruinas del Monasterio de Poblet. Nada diré sobre esta pintoresca visita al antiguo panteón de los Monarcas aragoneses efectuada en la noche

del día destinado por la Iglesia á la *Commemoración de los fieles difuntos*, dispuesta cariñosamente por el Sr. Balaguer para satisfacer mi deseo de realizarla, y en la que tuvimos la honra y el gusto de que nos acompañasen la señora Marquesa de Marianao y su simpático hermano D. Antonio de Torrents, el R. P. Llanas, el estimable anfitrión Sr. Girona y su amabilísimo hijo (que hicieron espléndidamente los honores del hospedaje en nombre del propietario de aquellas tierras, el respetable anciano Sr. Clavé suegro del uno y abuelo del otro), y otras personas distinguidas. Dentro de poco dará á luz el Sr. Balaguer una extensa descripción de este viaje poético-histórico escrita con la amenidad de estilo y riqueza de fantasía que en él son habituales, y no he de anticiparme á desflorar el asunto privando á ustedes del placer que habrá de proporcionarles tan sabrosa lectura.

MANUEL CAÑETE.





LAS RUINAS DE POBLET.

I.

INTRODUCCIÓN.

Á la Excma. Sra. Doña Rafaela de Torrents de Samá,
Marquesa de Marianao.

MADRID 17 de noviembre de 1884.



RECUERDA V., noble dama y queridísima amiga mía, nuestra expedición á las ruinas de Poblet, hace pocos días, y en la noche de difuntos?

Ignoro la impresión que pudo causar en usted. Por lo que á mí toca, puedo asegurar que fué profunda, tanto que, obedeciendo á fuerzas superiores á las de mi voluntad, me veo obligado á confiar al papel mis impresiones y recuerdos.

Al llegar á mi casa de Madrid, de regreso de aquella venturosa excursión, busqué con afán

algo que recordaba haber escrito sobre Poblet, allá por los años de 1850 nada menos. No sin dificultades alcancé un ejemplar, y con viva curiosidad y mayor emoción púseme á leer, á devorar mejor, las páginas que escribí hace treinta y cuatro años.

Parecíéronme detestables, lo digo en crudo, y concebí en el acto la idea de modificar aquel trabajo, ó más bien escribir otro nuevo. No será mejor que aquel probablemente, así lo temo, pero probará, cuando menos, que conozco mis errores y busco la enmienda.

Deseo amparar esta nueva obra mía con el nombre de V., mi noble y bondadosa amiga. Quiero que el pabellón cubra la mercancía, y que su nombre, por ser de tan ilustre y discreta dama, salve la obra.

A más, ¿cómo no dedicar este escrito á la que fué nuestra compañera y tomó parte en la excursión; á la que abandonando las delicias y comodidades de su espléndido y suntuoso hogar, no vaciló en acometer las fatigas y molestias de un viaje penoso y verdaderamente anormal en la estación presente?

¿Recuerda V., amiga mía, cómo surgió la idea de nuestra expedición?

Habíamos inaugurado ya nuestra *Biblioteca-Museo* de Villanueva y Geltrú, y para honrar al ilustre académico D. Manuel Cañete, gloria

de nuestras letras, que había asistido á la fiesta en representación de las dos Reales Academias Española y de la Historia, su hermana de V., ese ángel de amor y de bondad que se llama la marquesa de Casa Samá, nos había reunido á todos en su hogar patriarcal y en torno de la mesa bendita donde su noble esposo tiene el placer indecible de ver congregada su numerosa y querida familia.

Conozco bien, V. lo sabe, aquella casa de bendición. No soy en ella el huésped. Soy el amigo, el miembro de la familia que es siempre esperado con impaciencia, recibido con alegría, despedido con pena. Conozco bien aquella casa. Se me imagina que es la mía, y al entrar en ella, sobre todo cuando llego con el ánimo afligido, me parece respirar los aires de paz y de serenidad que dan vida al cuerpo y salud al alma.

Aquel excelente, y llano, y modesto marqués de Casa Samá, que á tan gran corazón reúne tan agradable trato; aquella bondadosa señora tan amante de sus hijos y tan devota á los suyos; aquellos hijos tan tiernos y respetuosos para con sus padres; aquel hogar de tan sencillas y patriarcales costumbres, que recuerda la tradicional y antigua *llar* catalana; aquella serena tranquilidad que se respira y siente al entrar en aquel templo de la familia,

todo esto me atrae y fascina de tal manera y con tan poderoso encanto, que sólo me resigno á mi tempestuosa vida política de Madrid, para considerarme con derecho á gozar del placer inefable que siento cada verano al llegar á aquella casa, que Dios bendiga. Es algo parecido á lo del viajero que tras de un largo y penoso viaje á pie, por abruptos y áridos caminos, bajo los rayos de un sol abrasador, llega de pronto, sediento y fatigado, á una fresca y apacible fuente, donde arroyos murmurantes le brindan al descanso, y árboles frondosos le ofrecen el regalo de su sombra.

Pero, vuelvo á anudar el hilo de mi relato.

¿Recuerda V., repito, cómo nació la idea de la expedición?

Estábamos á 28 de octubre, y en torno de la mesa de los marqueses de Samá.

Manuel Cañete hablaba de nuestro viaje de regreso á Madrid, y deploraba no tener tiempo para ir á visitar las ruinas de Poblet.

—Pues es preciso tenerle. Poblet vale la pena,—dijo uno de los comensales.

—¿Y si fuéramos á pasar la próxima noche de difuntos en Poblet, junto á las tumbas de los reyes de Aragón?—dijo alguno, no sé quién.

—¿Fué V., señora mía?

La idea brilló como un rayo de luz. Tan excelente hubo de parecer, que se recibió con un

grito unánime de aplauso, y se impuso como se imponen las cosas que llegan al alma: sin discutirse.

La expedición quedó arreglada aquella misma noche, y comprometidos los expedicionarios, de los cuales, con gran contentamiento de todos, se decidió V. á formar parte.

No he de olvidar fácilmente aquel viaje. Viviera mil años, y lo recordara aún.

Recuerdo cómo fuimos en numerosa caravana á recibir el hospedaje con que nos brindó el venerable anciano D. Miguel Clavé, ofreciéndonos su casa de campo junto á las ruinas. Recuerdo que no permitiéndole su avanzada edad acompañarnos, nos envió, para hacer los honores de la casa en su nombre y representación, á su ilustre yerno D. Casimiro Girona, quien, acompañado de su hijo, gallardo y excelente mancebo, hubo de dispensarnos una hospitalidad tan cordial, tan amiga y tan suntuosa, que no parecía sino que, en vez de llegar á unas ruinas, habíamos llegado á una de esas opulentas mansiones feudales de otras edades, donde al presentarse grandes comitivas, inopinadamente y de súbito, encontraban cómodo albergue y estancia preparada para todos.

Recuerdo también todas las sorpresas y todos los encantos de aquella hospitalidad amiga, donde nada faltó á nadie, como si nos ha-

lláramos en una ciudad populosa y abastada. Y recuerdo, por fin, nuestras excursiones á las ruinas, nuestra misa solemnemente celebrada por el P. Llanas en la solitaria capilla de la Masía, nuestros paseos por el monte á la vera de murmurantes arroyos, y nuestras fraternales agapes sazonadas con el discreto de animados coloquios, y presididas por V. como reina, y señora, y dama de nuestros pensamientos.

Pero por gratos que estos recuerdos sean, hay uno que á todos domina y supera á todos. El de nuestra llegada á Poblet. ¿No es verdad, señora mía?

Eran el día de difuntos y poco antes de la media noche cuando por vez primera penetramos en las ruinas. La noche estaba obscura y borrascosa, como adecuada al día, y ráfagas violentas de aire húmedo venían á herir nuestras frentes, atizando la llama de las antorchas con que los guías alumbraban nuestro camino. Lo avanzado de la hora; las sombras y misterios de la noche; las grandes masas negras de los montes vecinos, que parecían á través de la obscuridad abalanzarse sobre nosotros; las siluetas de los muros y de las torres, dibujándose confusamente á nuestra vista; el helado viento que llegaba de las ruinas como para traernos la humedad y la frialdad de los sepulcros; la misma vacilante llama de las antor-

chas, que sólo parecía lucir para que pudiéramos ver mejor las tinieblas: todo esto, unido á la santidad y tradición del día, nos impresionaba de una manera singular y desusada.

Los que pocos momentos antes, congregados en el triclinio de la casa Clavé y en torno de la abastecida mesa del huésped, saboreando el aromático café y el legítimo veguero, nos entregábamos á todo el bullicio y expansión del regocijo, íbamos entonces, mudos y silenciosos, recogidos y encerrados en nuestros pensamientos, avanzando paso á paso y acercándonos, con temor más aún que con respeto, á aquellas ruinas que nos atraían con la ardiente curiosidad que inspira todo lo desconocido y todo lo misterioso. Si alguien entonces, desde cualquiera de las apartadas Masías, acertó á vernos pasar á semejante hora de aquella noche de difuntos, silenciosos, envueltos en nuestras capas, por entre la doble hilera de guías con sus encendidas teas, debió creer que los muertos, salidos de sus tumbas, andaban vagueando por el monte á la luz de fuegos fatuos.

De esta manera llegamos á la puerta del monasterio, y alguno hubo de asombrarse no encontrando en ella, de pie, y vivos dentro de sus enmalladas cotas y férreas armaduras, á los nobles caballeros catalanes y aragoneses que, des-

pertando de su sueño de siglos y abandonando sus lechos de piedra, se presentaban para impedir que los profanos invadieran el lugar destinado para descanso eterno de los reyes de Aragón. Pero no, ¿cómo habían de presentarse á detener el paso de viajeros inermes y curiosos, si un día dejaron acercar á las turbas que blandiendo la tea incendiaria y el arma homicida, fueron á profanar las cenizas de los héroes que allí dormían?

La obscuridad era profunda é intensa cuando, pasada la puerta que diera un día ingreso al palacio llamado del rey D. Martín, nos encontramos bajo la bóveda románica que comunica con el claustro. Habían quedado atrás nuestros guías con las antorchas, y estábamos en medio de las más profundas tinieblas, sin atrevernos á retroceder ni avanzar.

No podíamos explicarnos el abandono de los guías, é íbamos ya á llamarlos, cuando de repente vimos aparecer una luz roja; y entonces, como si brotara de las entrañas de la tierra, por sobrenatural acaso ó milagro de hechicería, se presentó á nuestra vista, magnífico y soberbio, esplendente de luz y de color, encendido, flameante como en medio de un grande incendio, el maravilloso y monumental claustro de Poblelet.

Todo era obra de un rojo fuego de Bengala

que uno de nuestra comitiva mandara encender para sorprendernos.

No recuerdo haber tenido nunca impresión más viva.

Así apareció á nuestros ojos, inopinadamente y como por arte de magia, aquel claustro que centenares de personas vieron y conocieron un día por vez primera, cuando el pincel de un artista célebre lo trasladó al teatro para la magna escena del cementerio en el *Roberto*. Así es como se nos presentó aquel admirable claustro del siglo XIII con todas sus bellezas y portentos de arte; con sus esbeltos pilares y labradas ojivas; con sus columnas, y capiteles, y rosetones, y calados; con su templete románico en mitad del patio; con los lienzos de sus paredes llenos de severos sepulcros; y allá, en el fondo, con la puerta en arco semicircular que daba entrada á la suntuosa estancia donde los Monjes Blancos se congregaban en capítulo.

A la luz de las teas y de los fuegos de Bengala recorrimos aquella noche las ruinas de Poblet, y todo lo vimos, siquier fuese de prisa y de pasada; que, aun cuando habíamos aplazado más detenida visita para la mañana siguiente á la luz del día, no queríamos perder una sola impresión de aquella noche. Y era que, dominados por imprevistos retornos de añejo entu-

siasmo romántico, satisfacíamos, no ya un deseo, sino una necesidad de corazón, visitando las ruinas de aquella manera, con las sombras, con el misterio, á la luz de las antorchas y al sordo mugir del aborrascado viento, que al penetrar en las galerías y en las estancias, remedaba unas veces los majestuosos cantos de los monjes en el coro, otras los lúgubres gemidos de víctimas infortunadas, y otras, por fin, los descompasados gritos de muchedumbres entregadas á la orgía de las bacanales, como si quisiera así familiarizarnos con los secretos de las tres épocas más caracterizadas del cenobio cisterciense.

¡Qué expedición la nuestra, señora mía! No ha visto, no, ciertamente, las ruinas de Poblet quien no las haya visto como nosotros, á la luz de las teas, al rumor de la tempestad, y en la noche de difuntos.

Entramos en la capilla de San Jorge, joya preciosa del arte gótico, donde doblaban los monarcas su rodilla antes de penetrar en el recinto; descendimos á la iglesia de Santa Catalina, que tiene algo de cripta, mandada edificar por el conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV; pasamos por junto al que fué palacio abacial, del que casi sólo queda en pie un lienzo de pared con ventanas sin postigos ni contrapuertas, como anchas cuencas de ojos

sin pupila; atravesamos la puerta claustral, abierta entre dos torreones almenados, sobre cuyas jambas y dinteles se destacan aún los escudos de Aragón y Cataluña y la tradicional famosa cimera de D. Jaime; nos sentamos á departir unos momentos en el claustro, junto al saltante surtidor que se alzaba un día en el centro vertiendo el agua por treinta fuentes, hoy desecadas y mudas, sobre labradas conchas de piedra, hoy destruídas y rotas; visitamos la sala capitular que ostenta aún en sus tres naves, en los arcos de sus bóvedas, en sus ventanas, columnas y capiteles, toda la opulencia del arte; penetramos en la que fué Biblioteca, donde entre códices preciosos y manuscritos de gran valía, se guardaban todos aquellos libros de rojas cubiertas, afanosamente buscados hoy por los bibliófilos, con las armas y el nombre de D. Pedro de Aragón que los legó al monasterio; subimos al palacio mandado levantar por el rey D. Martín y que, por fallecimiento de éste antes de habitarlo y por los sucesos acaecidos á su muerte, pareció destinar la Providencia á perpetuas y eternas soledades; atravesamos los antiguos dormitorios de los monjes, y bajamos, por fin, al templo, á la llamada Iglesia Mayor.

¡Qué grandeza aún, y qué majestad en aquella ruina!

La luz y el aire penetran allí sin obstáculos. Desaparecieron los cristales de colores que en sus rosetones y ventanas modificaban las luces; los preciosos y artísticos altares que la poblaron, consumidos fueron por las llamas; desnudos y agrietados se ven sus robustos muros; los murciélagos anidan entre las molduras y labrados de sus columnas; ya no existen los cien magistrales sillones de su coro; los restos valiosos de sepulcros sacrílegamente profanados yacen por el suelo; ya las estatuas de los santos, la imagen venerada de la Virgen, los ángeles con sus espadas desnudas no custodian la casa santa; ya el incienso en aromatizantes oleadas no sube á esparcirse por las bóvedas; ya el órgano no llena de armónicas notas el espacio; ya no resuena el pausado y sonoro canto de los monjes. Todo está desierto, todo ha huído, todo está profanado, y, sin embargo, todavía hay allí majestad y grandeza; todavía el ánimo se turba y se recoge, impresionado por el sentimiento religioso, ante las tres airosas naves de aquel templo y ante su grandiosa forma de cruz latina, con sujeción á la cual lo levantó el artífice, como si hubiese querido prever que, aun desapareciendo todo, imágenes, crucifijos, emblemas, reliquias, leyendas, lienzos, esculturas, todo, allí debía permanecer siempre, mientras quedase

en pie un solo palmo de muro, la santa forma de la cruz de nuestro Redentor divino.

Por instinto ¿lo recuerda V.? fuimos á agruparnos todos junto al sitio donde existen los destrozados sepulcros de los reyes de la Corona de Aragón, que allí pensaron dormir su sueño eterno, rodeados en muerte, como lo fueron en vida, de sus próceres más altos y más renombrados barones.

Efectivamente, allí se leen aún, en aquellas rotas lápidas; allí se ven aún, en aquellas mutiladas estatuas que andan á trozos por el suelo, los nombres y los hechos, las efigies y los trajes de cien nobles caballeros de la Corona de Aragón que al estremecer la tierra bajo la uña de sus corceles, extendían por todo el universo mundo la fama de sus virtudes y de sus hazañas. Esparcidos por los claustros y las capillas estaban los panteones y monumentos fúnebres de algunos condes de Urgel, la ilustre familia que por lo alto y antiguo de su nobleza rivalizaba con la casa de Barcelona, y que fué á extinguirse desastrosamente en el castillo de Játiva con aquel D. Jaime *el desdichado* á quien su madre impuso la arrogante divisa de *ó rey ó nada*; de algunos vizcondes de Cardona, magnates poderosos que se preciaban de ser, y así lo hacían constar en sus blasones y sepulturas, condes entre los reyes, pero

reyes entre los condes; y todos aquellos que se llamaban Anglesola, ó Cervera, ó Mur, ó Grañena, ó Rocafort, ó Pinós, ó Cervelló, ó Ribelles, ó Castellbó, ó Moncada, nombres todos de esplendor y de gloria en nuestros anales, y cuyos títulos nobiliarios recordaban conquistas alcanzadas en lucha abierta y franca contra los sarracenos ó contra los enemigos de la patria.

Allí, entre aquella fúnebre corte de egregio procerazgo, se alzaba, relumbrante de oro y de púrpura, el panteón que sobrepujaba á toda riqueza por sus espléndidas urnas góticas, por sus mármoles y esculturas, por sus trabajos primorosos, por sus labradas puertas de bronce, por sus dorados doseletes, por sus bovedillas de azul cuajadas de estrellas de oro, por sus cuadros de piedra con los hechos más culminantes de los reyes, por sus estatuas de mármol con vestiduras reales ó con hábitos de monje, y, finalmente, por sus tendidas franjas de bajos relieves donde aparecían, como en procesión de duelo, grandes grupos de compungidos varones con luengos trajes talares que asomaban la doliente faz por entre el rebozo de su manto.

En aquellas urnas yacían sepultados los reyes. Allí D. Alfonso, á quien los historiadores llaman *el casto* y los poetas *el que trovó*, el primero que juntó bajo su cetro real los dos esta-

dos de Aragón y Cataluña, y también el primero de los trovadores conocidos y que tienen historia: allí D. Juan I *el amador de la gentileza*, el de las músicas y danzas y Juegos Florales: allí D. Pedro IV *el ceremonioso*, mejor conocido aún por *el del puñal*, á causa del que llevaba siempre en su cinto y con el cual rasgó los célebres privilegios de la Unión, *que tenían facultad de hacer reyes*: allí D. Fernando de Antequera *el honesto*, á quien hubo de dar derecho y trono el parlamento de Caspe, acto el más alardoso de soberanía nacional que registra nuestra historia: allí D. Alfonso V *el sabio*, conquistador de Nápoles y restaurador de las letras, de quien se duda si fué más agudo su ingenio que su espada, y que suspendió el saqueo de Mantua por haber sido patria de Virgilio: allí D. Juan II, el que por haber sembrado tantos vientos recogió tantas tempestades, provocando el levantamiento de Cataluña con aquellas palabras imprudentes de *la ira del rey es mensajera de muerte*: allí D. Martín *el humano*, que con su muerte sin hijos abrió ancho campo á los pretendientes: y allí, por fin, entre todos el primero, D. Jaime *el conquistador*, de quien todo lo que de más grande puede decirse está dicho con sólo pronunciar su nombre, para siempre memorable en las eternidades de la historia.

Junto á los monarcas descansaban sus espo-

sas y sus hijos, las reinas y los príncipes; á sus pies las familias de los magnates deudos de la casa real; en torno y por toda la ancha extensión de las naves, las damas y caballeros de su corte: y no dejaba de ser ciertamente singular espectáculo el de encontrar en aquel sitio, unidos por la majestad de la muerte, á muchos que durante su vida se combatieran con toda la crueldad de sus odios y rivalidades, de sus pasiones y sus bandos. Así se veía á Doña Juana Enríquez, la soberbia castellana esposa de Juan II, junto al infeliz é infortunado príncipe de Viana su entenado, á quien tan fieramente persiguió y á quien por su mandato hubieron de dar *yervas*, según dicen; así estaban algunas pobres reinas junto á aquellas damas galantes de su corte que les habían robado el amor del esposo y la paz del tálamo; así se encontraban, mirándose aún con ira y retándose con los ojos de piedra de las estatuas erguidas sobre sus mausoleos, los caudillos que con sus bandosidades habían turbado cien veces la paz del reino.

Aquello era un pueblo de sepulcros, una ciudad de muertos. Allí estaban todas las grandezas de la tierra en el seno de todas las majestades de la muerte; pero allí también, en medio de aquel silencio y de aquella soledad; allí, donde todo estaba frío, helado y mudo; allí, en

el seno de toda aquella muerte, había, sin embargo, algo que vivía con toda la exuberancia de una vida poderosa, algo que hablaba con la voz tonante de las tempestades y de las multitudes, algo viviente, animado, parlante, prócero: la historia de la Corona de Aragón, que allí se hallaba con sus monarcas ejemplares, con sus libertades y parlamentos modelos, con sus capitanes de épicas hazañas, sus jurados y concellers de romanas virtudes, sus leyes dominando la braveza de las pasiones, sus flotas domeñando la fiereza de los mares, y su progreso y su civilización alumbrados por la eternidad de su gloria.

Largo espacio de tiempo permanecimos en la soledad de aquellas ruinas, vagando unas veces silenciosos por entre los escombros, agrupándonos otras junto al que acertaba á cautivar nuestra atención, ya nos hablara de las maravillas del arte que allí brotan á cada paso, ya nos entretuviera con las legendarias narraciones ó las históricas gestas que recuerdan cada una de aquellas expoliadas tumbas ó de aquellas desiertas capillas.

Fué entonces cuando, entre diversos relatos curiosos, oímos contar á un compañero nuestro...

Pero no, no puede ser, debo haberlo soñado. ¿Lo oí verdaderamente contar? ¿Fué engaño

entonces de mis oídos, ó ilusión ahora de mis recuerdos?

¿Será cierto lo que nos contaron? ¿Y es verdad que nos lo hayan contado? ¿Es cierto, es verdad, señora?—¿lo recuerda V.?—¿es cierto, es verdad lo que junto á las regias sepulturas, á la luz de las teas, y en la noche de los muertos nos contaron?

Ni Hoffmán, ni Edgardo Poé en sus fantásticos cuentos, ni las baladas alemanas con sus sombrías y delirantes creaciones, oyeron contar, ni escribieron jamás, cosa semejante.

Un día... ya los monjes habían desaparecido arrastrados por la tormenta revolucionaria, ya las llamas del incendio habían devorado los altares, ya Poblet había sido entrado á saco; pero todavía estaban allí, respetadas, intactas, incólumes, las sepulturas de los reyes de Aragón.

Una turba, que no una hueste; una facción de migueletes apareció de repente para vivaquear en aquellos lugares.

Cierto día de los que allí acampaba, la tropa estaba alegre y contenta, y de concierto general y común acuerdo, decidieron todos pasar la tarde entregados al inocente é inofensivo juego de los bolos.

Fué la iglesia el sitio elegido. Las sepulturas fueron abiertas, y los muertos convidados

á la fiesta. Los sudarios, las regias vestimentas, las cotas de malla, los despojos de la muerte, todo quedó esparcido por el suelo y, como cosa de poca monta, abandonado.

En el primer panteón de la derecha hallaron un esqueleto gigante. Era realmente el de un gigante: el de D. Jaime I de Aragón.

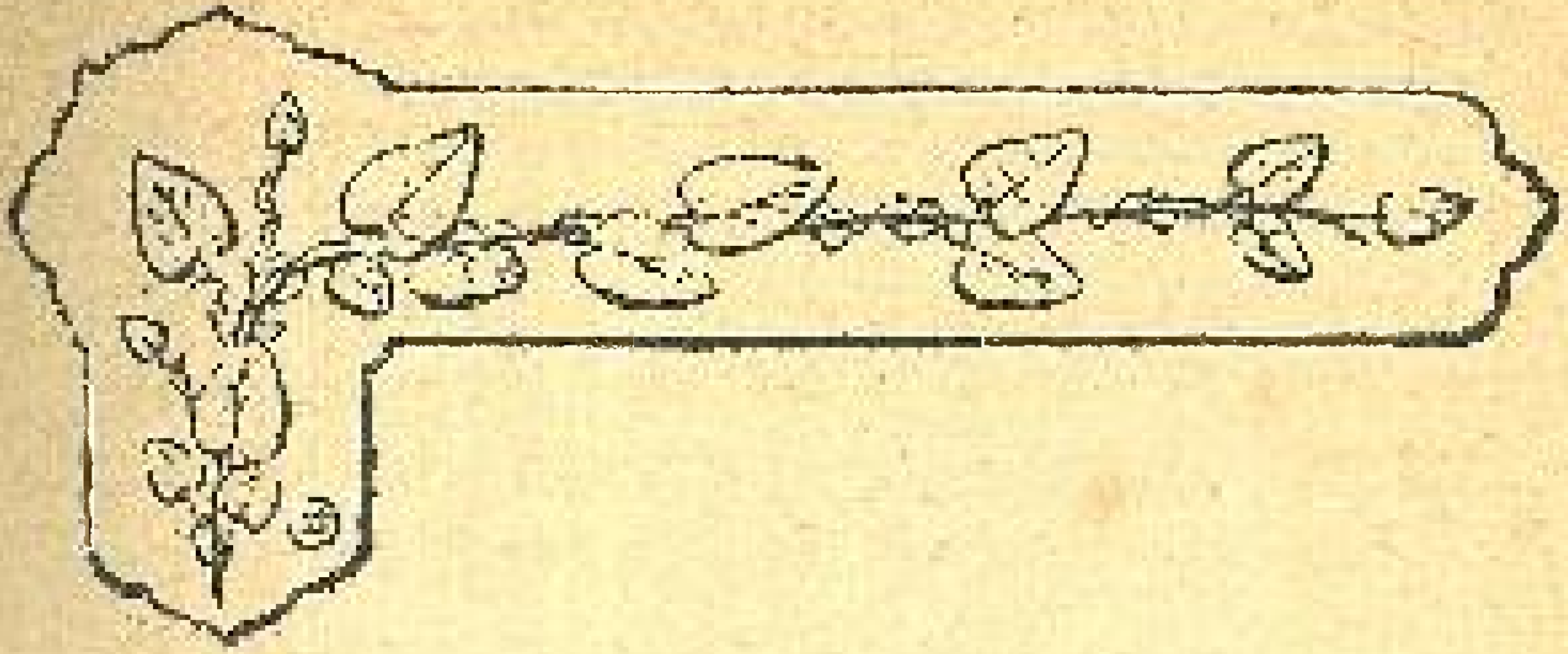
Fué trasladado al atrio y colocáronle de pie, á la puerta del templo, cruzado de brazos, con un fusil en ellos, de centinela y en vigilancia para que nadie fuera osado á turbar la paz del juego.

Este comenzó entre bulla y algazara.

Los huesos de los reyes de Aragón y de sus magnates sirvieron de bolos. Los cráneos de los reyes de Aragón y de sus barones sirvieron de bochas.

Y así fué como durante la siesta de una calurosa tarde de verano, se concertaron para matar tranquilamente sus ocios los descendientes y legítimos herederos de aquellos almogávares, que también se entretenían en matar los suyos conquistando reinos, como los de Sicilia y Cerdeña, y Constantinopla y Atenas, para los reyes de Aragón.

Y aquí termino ya, señora mía, esta larga epístola, rogándole me permita ponerla al frente de la obra que deseo entregar al público bajo la protección y auspicios de tan discreta dama y tan cariñosa amiga.



II.

La leyenda de Poblet.



ómo, y por quién, y de qué manera se elevó ese grandioso monasterio de Poblet, asombro un día de propios y de extraños, maravilla de los siglos, y hoy miserable ruina y recuerdo vivo de catástrofes y tristezas?

¿A quién debió su grandeza? ¿Quién le dió nombre?

A todas estas preguntas contesta una leyenda, una verdadera leyenda con su historia de amores y de guerra, y con su crónica también de portentos y milagros.

Permítase, pues, al historiador que, antes de llenar su misión, deje campo al leyendista; y oye tú, bella dama, que recorres las ruinas de Poblet con el libro en la mano para que él te cuente el recuerdo, la conseja, la tradición ó

la historia de los objetos que más cautivan tus ojos ó más te impresionan al paso. Para tí, sólo para tí, no para los eruditos ni para los sabios; sólo para tí, bella dama, la que lees estas líneas, voy á contar la leyenda en la forma y manera que hacerlo solía el viejo trovador en sus remotas mocedades.

Era á mediados del siglo XII.

El castillo de Ciurana se elevaba sombrío y negruzco sobre una eminencia, dibujando en la sombra, á la primera sonrisa del alba, su triple línea de almenas y sus moriscas torres. Las tinieblas, que parecían retirarse perezosamente ante la proximidad del astro diurno, apenas dejaban aparecer el castillo en toda su imponente y soberbia majestad. La fortaleza se destacaba como si fuera un gigantesco buitre posado sobre una peña.

Todo anunciaba una hermosa mañana, una de esas tibias mañanas de mayo, llenas de perfumes, ricas de encantos, bañadas de poesía, como sólo las conocen aquéllos que habitan en paises meridionales. La primera luz de la aurora flotaba por encima de las tinieblas que no bastaba á disipar, como flota un velo blanco sobre un vestido de luto; las flores más maravillosas de colores y de incienso, perdidas entre mares de verdura, abrían cariñosamente sus húmedos cálices; la brisa acariciaba las cre-

cidas yerbas que se mecían amorosas exhalando suspiros; los árboles balanceaban sus cabezalleras perfumadas, y los céspedes extendían sus peregrinas alfombras de terciopelo, sobre las cuales, á la hora del matinal crepúsculo, llueven á millares esas transparentes gotas de rocío que aparecen como puntas de diamantes sobre tapices de esmeraldas.

Todo reposaba en calma. Sólo se oía el paso monótono del centinela sarraceno que velaba en el muro, y el rumor cadencioso del viento acariciando el follaje.

Á aquella hora, pues, en que el silencio podía hacer pensar que el universo todo yacía en profundo sueño, una puertecita de la torre del Norte se abría cautelosamente para dar paso á una mujer envuelta en un manto blanco como la nieve, que se deslizó con paso rápido á lo largo de la muralla.

No tardó en salir del primer recinto del alcázar y penetrar en un ameno circuito que á espaldas del castillo se elevaba, poblado de árboles y de flores. Siguió la mujer avanzando por aquel delicioso sitio con no menos rapidez. Cualquiera, al verla cruzar envuelta en los flotantes pliegues de su blanco albornoz por entre el murmurante ramaje, y deslizarse por entre los olorosos naranjos y cimbreadoras palmas, la hubiera tomado por una ondina retar-

dada que, sorprendida por los albores matinales, corría presurosa á reunirse con sus compañeras, para con ellas sumergirse en sus palacios de cristal y de plata.

El sitio que atravesaba era, por lo demás, un bello sitio: magnífico jardín oriental transportado, como por encanto, al suelo de Cataluña, sin que nada hubiese perdido de su espléndida y encantadora pompa. Surtidores caprichosos dejaban caer el agua con blando susurro sobre marmóreas conchas que la despedían llorando; bóvedas de follaje dejaban apenas atravesar los rayos del sol; senderos de fina y blanquizca arena veían elevarse á sus costados murallas de flores y verduras, donde la rosa y el jazmín enlazaban sus aromas.

Un reyezuelo moro, como tantos existían entonces en España, Almira Almuminiz, señor de Ciurana, había hecho brotar aquel delicioso verjel del seno mismo de una árida montaña, para que ni á él ni á sus bellas favoritas les faltara nada en Cataluña de sus esplendores africanos.

Al extremo del jardín se alzaba un elegante pabellón de pórfido y de mármol, placentero lugar de descanso, á cuyo alrededor crecían espesas matas y grupos de cipreses artísticamente entrelazados. La mujer llegó á este pabellón, y después de haber vuelto la cabeza

para asegurarse de que no la seguían, empujó la primorosa puerta de cedro que le cerraba el paso, y penetró atropelladamente en el interior.

Un hombre, recostado en unos cojines de escarlata con franjas de oro, se levantó al verla; ella entonces dejó caer el albornoz que la cubría, y una mujer, superior en hermosura á toda idea, espléndidamente vestida de gazas de oro, según la usanza árabe, apareció á los ojos del habitante del pabellón.

—Mucho tardaste hoy, Anhuba—dijo éste dando un paso hacia la bella mora;—demasiado quizá. Mira: el sol asoma ya como una mancha de sangre en el horizonte,—añadió señalando por una ventana el espacio.

—¡Ay! sí; conozco que he tardado—añadió con voz dulce aquélla á quien el desconocido había llamado Anhuba;—el alba me sorprendió en mi estancia, y por esto vine sólo á decirte que te amo. Te lo dije ya, Rodrigo, y me marché. Pudieran sorprenderme.

—Óyeme antes. Todo está preparado para nuestra fuga,—dijo Rodrigo.

—¿Todo?

—Sí. Esta noche, á la hora en que las tinieblas hayan alcanzado la mitad de su carrera, te esperaré aquí mismo, en este pabellón, y con la ayuda de Dios abandonaremos este sitio infame.

—Tus palabras me hacen feliz, Rodrigo mío... Y sin embargo, tiemblo y vacilo... Un secreto sobresalto me hiela el corazón.

—No temas, amada mía. En el extremo del jardín he abierto una brecha, cubierta ahora con espesos matorrales, que nos facilita seguro paso á la montaña, y, al hallarnos en ésta, el cauce del torrente nos conducirá por su hondonada, sin ser vistos, hasta las primeras casas del pueblecito de Ullés. Una vez allí, mira; sólo tengo que aplicar por tres veces seguidas á mis labios este silbato de acero, y poco tardaremos en tener á nuestras órdenes, dispuesto á servirnos y á ponernos en lugar seguro, al hombre más activo, más incansable y más práctico de la comarca.

—¿Y quién es ese hombre?

—Un pobre cazador que se llama Poblet. Un día, hace ya un año, cuando me hallaba con numerosa hueste guerreando contra los moros de Tortosa, tuve la suerte de librarle de un mal paso en que había arriesgado su vida; y entonces el agradecido cazador me dijo, presentándome este silbato: «Pobre soy y cazador; me llamo Poblet, y habito en el pueblo de Ullés. Si algún día quisiera vuestra mala suerte, D. Rodrigo, que os hallárais por aquellas cercanías en algún lance apurado, rasgad el aire tres veces con el agudo son de este silba-

to, y aun cuando pasen años, como Poblet ó sus amigos estén en disposición de oirlo, uno y otros se hallarán con la rapidez de la flecha á vuestro lado.» Lo tomé y prometí apelar á sus servicios si llegaba la ocasión. No sabía entonces que bien pronto, á los dos meses, una miserable emboscada debía hacerme caer en manos del régulo de Ciurana, y que transportado aquí, tan cerca de los lugares que recorre libre mi fiel cazador, debía languidecer diez meses, atado á la cadena del esclavo, y sentir crujir mis huesos bajo el látigo de un perro de Mahoma.

Y el noble Rodrigo inclinó su cabeza y ocultó su frente entre las manos.

—¿Y yo?—dijo tristemente Anhuba.

—¡Ah! sí—exclamó entonces apasionadamente el cristiano;—por fortuna Dios me ha enviado en mi larga carrera de sufrimientos y martirios un ángel para consolarme y templar mis penas.

—Esta noche seremos libres, amado mío—dijo la joven mora tratando de apartar las ideas tristes que veía prontas á apoderarse de Rodrigo;—esta noche cruzaremos la montaña con libertad, uno en brazos de otro, y acaso el alba de mañana nos encuentre ya ante un altar de ese Dios de los cristianos, cuyos dulces preceptos y religiosos misterios me enseñaste tú

á venerar. Anhele ya ser cristiana, Rodrigo mío; cada momento que pasa es un siglo para mí. Deseo que la religión de mi amado, esa religión de amor y de esperanza, purifique mi cuerpo con el agua del bautismo, como sus preceptos, que ansiosa aprendí de tus labios, han purificado ya mi alma, sumergida hasta ahora en el caos de la idolatría.

—Sí, Anhuba, mañana serás mía; mañana bendecirá Dios nuestros lazos, y la altiva favorita del orgulloso moro será la dulce compañera del cristiano caudillo. Vete ahora. El sol asoma ya en toda su pompa. Vete, y hasta la noche, Anhuba.

—Hasta la noche, amado mío.

Y la joven, envolviéndose en su manto, se deslizó ligera fuera del pabellón, después de haber rozado con sus labios la frente del amante esclavo.

Poco después que Anhuba, Rodrigo abandonaba á su vez el pabellón, pero partiendo en dirección opuesta.

Cuando ya el albo manto de la favorita había desaparecido tras las últimas palmeras del jardín; cuando ya se habían apagado del todo los pasos del esclavo, entonces tuvo lugar una escena extraña junto á aquel mismo pabellón solitario, poblado un momento por el amor y ternezas de los dos amantes.

Un ligero ruido, que no podía ser ciertamente causado por el viento, se dejó sentir en lo más espeso de un matorral vecino, cuyas ramas se agitaron lentamente dando paso á una monstruosa cabeza de negro... Tras de la cabeza apareció un deforme cuerpo de enano. Hubiérase dicho un demonio brotando del seno de un monstruo.

Al hallarse fuera del matorral, el negro olfateó el aire como pudiera haberlo hecho el más fino sabueso; paseó sus miradas por todas partes; interrogó el silencio y la profundidad de las matas, y, seguro de que nadie le veía, se lanzó presuroso tomando la misma dirección que Anhuba.

Dos horas más tarde, el señor de Ciurana y de todos aquellos alrededores, el rey moro Almira Almuminiz, el más constante y más implacable perseguidor de los cristianos, hallándose en su estancia y sentado sobre opulentos cojines, acertó á volver casualmente la cabeza, y vió, no lejos de la puerta, á un hombre respetuosamente encorvado, de tal manera que casi tocaba con la cabeza el suelo. Largo rato hacía ya que estaba en semejante postura sin desplegar los labios para no turbar el recogimiento de su poderoso señor.

—Levántate, Hadkahadji,—dijo el régulo.
El negro se incorporó.

—Díme — prosiguió Almira Almuminiz, —
¿qué noticias traes á tu señor?

—El cristiano y la favorita — dijo el negro con voz sorda, — se han visto hoy, como ayer, como anteayer, en el pabellón del jardín al romper el alba.

—¿Pudiste oír algo de su conversación?

—Una vez me acerqué á rastras hasta la puerta de cedro, y distinguí perfectamente la voz de Anhuba.

—¿Qué decía?

—Hablabá en la lengua de los cristianos.

—Que ese perro esclavo le habrá enseñado.
¿Irá también mañana Anhuba á la cita?

—Probablemente.

Almira Almuminiz sacó un puñal de su cinto, y arrojándoselo al esclavo le dijo:

—Cuando vaya Anhuba á la cita debe encontrar un cadáver. Por hoy nada más — añadió, viendo que el negro no se movía aguardando sin duda más órdenes; — otro día veremos lo que se ha de hacer con Anhuba... No sé; puede que te la regale.

Una expresión de salvaje gozo resplandeció en el rostro de Hadkahadji, que recogió el puñal, retirándose en seguida.

Aquella misma noche, á hora ya muy avanzada, se volvió á abrir como por la mañana una pequeña puerta del Norte en el castillo, salien-

do por ella la misma mujer con el mismo manto blanco envuelta. Tomó también igual dirección que al rayar el alba, y llegó á la puerta del pabellón.

Anhuba se detuvo allí para respirar y reponerse un momento de su fatigosa carrera.

Reinaba el silencio más profundo, un silencio de muerte interrumpido sólo por el monótono compás del agua que caía en las conchas de mármol, y por la voz quejumbrosa del viento de la noche zumbando entre las ramas. Tranquilizada Anhuba por la calma que en torno suyo reinaba, empujó la puerta de cedro y, adelantando la cabeza en las tinieblas, dejó escapar de sus labios, como un eco débil, el nombre de Rodrigo.

Nadie contestó.

La joven repitió el nombre con voz más alta. El mismo silencio.

—No ha venido aún,—pensó la bella mora.

Y entró en el pabellón. Sobrecogida de miedo, trémula de ansiedad, Anhuba dió algunos pasos en las tinieblas para sentarse en los almohadones que había en el centro de la estancia, y esperar allí la llegada de su amante. No tardó en hallar el asiento; pero al ir á dejarse caer en él, su mano tropezó con otra mano helada como un mármol, que descansaba sobre los blandos cojines.

Anhuba retrocedió despavorida, no pudiendo contener un imprudente grito.

Alguien había allí... alguien, y, sin embargo, al grito de la mora nadie se movió. Todo volvió á entrar en el mismo aterrador silencio. En cuanto á Anhuba, se quedó clavada en el sitio, á cuatro pasos del diván, no sabiendo á qué atribuir aquel contacto de hielo que la había estremecido: si á una ilusión de sus sentidos, ó á una espantosa realidad.

La luna, que en aquel momento se destacó de entre un grupo de nubes invadiendo el pabellón por una de sus abiertas ventanas, vino á sacarla de duda.

Un hombre aparecía á los ojos de la joven, un hombre tendido en el diván; pero pálido, amoratado, inerte, caídas las manos, lleno de sangre de una herida abierta en el pecho; un cadáver, en fin, y... y el cadáver de Rodrigo.

Anhuba quiso gritar, y no pudo; quiso moverse, y le fué imposible; pero sus manos se cruzaron, dobláronse sus piernas, y cayó de rodillas sobre el duro mármol pálida como una muerta, muda como una estatua, insensible en aquellos momentos como si un rayo la hubiese herido.

Medio tendida en el suelo permaneció por largo rato. Poco á poco la vida fué volviendo á su cuerpo, el calor á su corazón, el fuego á sus

ojos. Una crisis nerviosa agitó por un breve instante sus miembros, y se puso repentinamente de pie movida como por un resorte.

Y se puso entonces de pie, pero no pálida, conmovida, convulsa; sino terrible, soberbia, sombría.

—Nuestro amor ha sido descubierto,—dijo dando un paso y extendiendo su mano sobre el cadáver,—y tú, pobre mártir, has regado con tu sangre la aurora de mi libertad. Pues bien, yo marcharé serena por el camino que me traza la religión de tus padres... Una brecha ha sido abierta en el muro, un cazador ha de responder al sonido de tu silbato... Yo atravesaré esa brecha, yo llamaré á ese cazador...

Dijo, y volviéndose hacia la puerta, y amenazando con su puño cerrado, añadió:

—¡Tiembra, rey de Ciurana! Tu antigua favorita ha de venir un día á pedirte cuenta de la sangre de su amante, al frente de una hueste de cristianos.

En seguida besó en la frente el cadáver, registróle el pecho para apoderarse del silbato, y recogiendo un puñal caído en el suelo, el mismo que debió servir para dar muerte á Rodrigo, salió del pabellón y no tardó en perderse en la profundidad de las sombras.

Rato hacía que dejara atrás el castillo; rato hacía que, siguiendo el camino indicado por su

amante, la joven mora andaba á la ventura sin que supiera á punto fijo dónde se dirigía, dónde encaminaba sus inciertos pasos. Sin embargo, tenía confianza en Dios, en el Dios de su amante; seguía andando, venciendo las contrariedades del terreno, murmurando entre dientes una plegaria que le había enseñado Rodrigo.

Llegó un momento, no obstante, en que, rendida por la emoción y la fatiga, sin fuerzas casi, Anhuba se detuvo para tomar aliento y se apoyó en el tronco de un árbol. Se hallaba en un paraje salvaje y solitario; la luna hería una masa imponente de árboles que se alzaba no lejos de ella; todo estaba desierto; el viento zumbaba con eco triste entre las ramas, y algún pájaro nocturno iba de cuando en cuando á pasar por junto á la joven, haciéndola estremecer.

Repuesta ya algún tanto de su fatiga, la pobre joven siguió su camino; pero no hubo de tardar en convencerse que se había totalmente extraviado. Se hallaba en el centro de un frágoso bosque, y ningún sendero, ni indicio de él, se ofrecía á sus pasos. En esto, ya el alba comenzaba á sonreír.

Anhuba tuvo miedo, y pensando que acaso estaría ya cerca del pueblo de Ullés, cerca de la vivienda del cazador, llevó por instinto el silbato á sus labios, y dejó escapar, promedia-

dos por naturales intervalos, tres agudísimos silbidos.

En seguida esperó.

Pocos momentos después, un grave y lento paso sonaba en el bosque, y saliendo de entre los árboles, un hombre con la primera luz del alba apareció ante la joven.

No era el cazador, era un ermitaño. Luenga barba caía sobre su pecho, burdo sayal le cubría, una grosera cuerda ceñía su talle, un palo corvo apoyaba sus pasos. Al ver aparecer aquel hombre, que no era el que buscaba, Anhuba se hizo atrás. El ermitaño, por su parte, se detuvo también á la vista de la mora.

Sin embargo, no tardó esta última en conocer que el hombre que tenía delante era uno de esos piadosos anacoretas que para cumplir un voto ó expiar una falta, iban las más de las veces á sepultarse en las entrañas de los montes para pasar su vida rezando y haciendo penitencia. Así es que, recobrándose pronto de su primer movimiento, se arrojó á los pies del hombre que Dios le deparaba y exclamó:

—¡Santo varón, si sois un enviado del cielo, amparadme!

—Pobre puede ser la protección de un cenobita, hija mía,—dijo con pausada voz el solitario;—pero antes, explicadme... esos silbidos que rasgaron el aire...

— Yo los dí,—dijo la joven.

—¡Vos!

—Sí; para llamar á un cazador que debe habitar no lejos de aquí: el cazador Poblet.

—¡El cazador Poblet! —exclamó lleno de asombro el ermitaño.—¿Y qué os mueve á vos á ir en busca del cazador Poblet?

—Oidlo.

Y la bella mora refirió con expresión ingenua toda su triste historia. Contó el favor de que gozara un tiempo con el rey Almuminiz; cómo conoció al cristiano esclavo; cómo amó á Rodrigo; cómo fué iniciada por éste en los misterios de su religión; cómo debían partir juntos aquella misma noche al encuentro del cazador; y cómo, finalmente, había ido en busca de su amante á la hora de la cita, encontrándose sólo con un cadáver. Nada le ocultó, nada: ni aun el juramento de venganza que hiciera sobre el helado cuerpo de Rodrigo.

Cuando hubo terminado su relación, el ermitaño, que atento había escuchado, le dijo:

—¡Regocijáos, hija mía! Ante vos tenéis el que buscáis. Sí,—continuó viendo que la joven hacía un movimiento;—Poblet, el cazador, es hoy el ermitaño Poblet.

—¡Vos!

—Yo mismo, que estando en oración en mi solitaria cueva, casi á cuya puerta Dios os ha

traído, oí la seña y conocí el silbato que hube de dar un día al hombre que me salvó la vida. Héme apresurado á acudir. Juzgad de mi sorpresa cuando he visto á una mora.

—¿Sois vos Poblet, vos?—preguntó la joven que no acertaba á creer.

—¿Os admira hallar al cazador convertido en ermitaño? Es también otra historia que, á mi vez, voy á contaros. Habíame un día retirado tarde á mi humilde choza, rendido por el trabajo de la jornada, y apresuréme á tender mis fatigados miembros en mi lecho, buscando el apetecido descanso. Acababa apenas de cerrar mis párpados á impulsos de una gran soñolencia, cuando un ruido como el de un trueno cercano me despertó, á tiempo que una claridad vivísima y espléndida penetraba en mi habitación. Incorporéme asombrado; un suave aroma se había esparcido por la estancia, y un coro de voces angélicas resonó á mi oído. Algo sobrenatural tenía lugar allí, algo divino. Me arrojé del lecho, y con las manos plegadas, con los ojos dirigidos al cielo, con el corazón embargado por una dicha desconocida, caí de rodillas en oración, en éxtasis. Dios se dignaba hacer un milagro en favor de su humilde siervo. Una voz resonó de pronto; una voz débil como el silbido de la flecha que pasa rasgando los aires y que, sin embargo, percibí

con toda claridad, no perdiendo una sola palabra de cuanto dijo. «Poblet—murmuró la voz,—en la cueva de Lardeta falta un solitario. Un día ha de llegar en que esa ignorada cueva se convierta en una de las casas de Dios más famosas del universo, casa elegida por el Señor para llevar tu nombre. Humíllate, Poblet, y bendice el santo nombre de Dios.» Otro trueno retumbó entonces; calló la voz, desapareció la luz, extinguióse el aroma que llenaba mi morada, y yo me quedé con la frente en el polvo, golpeando mi pecho, y bendiciendo con toda la efusión de mi alma cristiana al Dios que se había dignado enviarme á uno de sus celestiales mensajeros para nombrarme su elegido en la tierra. Al siguiente día salí de Ullés, y vine á esperar en la cueva de Lardeta, donde paso el día y la noche entregado al ayuno, á la oración y á la penitencia, el ansiado instante en que se cumplan los designios del Eterno.

Cesó de hablar el solitario. La mora miraba con respeto á aquel hombre que había oído la palabra y había sido elegido por los designios de Dios.

Poblet interrumpió el silencio.

—Seguid mis pasos, —dijo á la joven;—os llevaré á mi cueva.

Anhuba se dispuso á obedecerle. Durante la

conversación de nuestros dos personajes, el día había ido avanzando, y los rayos del sol doraban ya las copas de los árboles. Habíase ya internado en el bosque el anacoreta seguido de la joven mora, cuando repentinamente el viento llevó hasta ellos los aullidos de una jauría.

—¡Oh!—gritó la joven deteniéndose.

—¿Qué es eso?—exclamó Poblet volviendo tranquilamente la cabeza.

—¿Oís? Son los perros del rey de Ciurana que aullan. Padre, se habrá notado mi desaparición del castillo, y Almira Almuminiz ha lanzado sus mastines en mi busca. Perdidos somos.

Poblet se sonrió.

—¿Y nuestra confianza en Dios?—dijo.

—Es que vos no sabéis, padre, lo que son los perros de Ciurana,—contestó la joven.—El rey los tiene acostumbrados, como si fuesen fieras, á destrozar cristianos: siguen la huella del hombre en el bosque; dan con la más secreta morada, y...

—Tranquilizáos, —interrumpió Poblet.— Por fieros que sean, les veréis tenderse tranquilamente á mis plantas. Á la voz de San Antonio, los mismos leones cavaron en el desierto la huesa donde enterró á San Pablo.

Respiraban tanta confianza y seguridad las palabras del solitario, que Anhuba depuso su

zozobra y le siguió llena de valor y resignación.

Llegaron á la cueva de Lardeta, sin haber dejado de oír, y cada vez más claros, más distintos y próximos, los aullidos de la jauría. Un murmurante arroyo rodaba en la boca de la cueva sus olas de plata, como si una mano invisible le hubiera allí colocado para apagar la sed del ermitaño.

Al llegar á aquel sitio, Poblet se acercó á un árbol, arrancó dos ramas y, formando con ellas una cruz, la clavó en el suelo á pocos pasos de la cueva. En seguida, dirigiéndose á la mora,

—¡De rodillas, Anhuba!—le dijo.

La joven cayó de rodillas junto al lecho del arroyo. El anacoreta se acercó, murmurando una plegaria; inclinóse hasta recoger con el hueco de su mano una porción del agua cristalina que á sus pies corría, y dejola caer sobre la cabeza de la mora, pronunciando unas palabras que Anhuba no comprendió. Terminada esta ceremonia, Poblet dijo á su compañera con voz solemne:

—Dios te ha admitido entre sus hijos; eres ya cristiana. De hoy en adelante, llevarás el nombre de la mártir barcelonesa. ¡Levántate, Eulalia!

Y la joven se levantó llena de júbilo el alma, resplandeciente el rostro de alegría.

Terribles aullidos sonaron entonces á pocos pasos.

—¡Ya están aquí!—gritó la nueva Eulalia con una indecible expresión de terror, arrojándose azorada hacia el solitario como para escudarle con su cuerpo;—ya están aquí, pero me matarán á mí primero.

Poblet extendió el brazo y apartó á la joven.

—Tranquilízate, hija mía,—dijo; y añadió señalando la cruz que pocos momentos antes había formado con las ramas:—basta esa cruz para impedirles el paso.

Acababa apenas de pronunciar estas palabras, cuando la vega de Lardeta, en medio de la cual sobresalía la cueva que había tomado su nombre, se vió repentinamente invadida por una multitud de perros y de moros á caballo. Al frente de los sarracenos se veía al mismo rey de Ciurana montado en un soberbio alazán que barría el suelo con sus crines.

—Allí está,—gritó Almira Almuminiz al divisar á su favorita.—¡Adelante!

Y hombres, caballos y perros se precipitaron á un tiempo.

La joven arrojó un grito, cubrióse el rostro con las manos y se estrechó contra el ermitaño, que esperó á pie firme sin retroceder una línea; pero ¡oh prodigio! al llegar cerca de la cruz de ramas, los perros se detuvieron, los ca-

ballos se pararon impedidos de avanzar como por una fuerza sobrehumana. Sólo el rey de Ciurana quiso esforzarse en pasar adelante, y, tropezando el corcel, derribó en el polvo á su ginete.

Almira Almuminiz se levantó rugiendo de cólera.

—¿Qué es eso?—exclamó.—¿Quién me impide el paso?

—Yo,—dijo la voz tranquila de Poblet.

—¡Tú! ¿Y quién eres tú?

—Un humilde ermitaño, un pobre siervo del Dios único y verdadero.

—¡Mientes!—gritó el moro.—No hay más Dios que Dios, y Dios es grande.

Poblet se sonrió con desdén.

—Voy á hacerte despedazar vivo por mis perros,—exclamó el régulo de Ciurana exasperado.

Y mandó dar de latigazos á la jauría, pero todos los perros se tendieron en el suelo; el mismo rey probaba de avanzar, y no podía. Almira Almuminiz palidecía de ira. Así es que, crispados sus puños y amenazando con ellos al anacoreta, exclamó profiriendo una blasfemia:

—¡Perro infiel, toda esta vega diera por tenerte solo una hora en mi poder!

—Moro,—dijo entonces Poblet,—acepto tu palabra. Prométeme la vega, júrame que de-

jarás partir sana y salva á mi compañera, y me entrego á tí.

—¡Por Alah te lo juro!—exclamó el moro, que ansiaba por de pronto hacerse dueño á todo trance del solitario.

—Eulalia,—dijo entonces Poblet volviéndose hacia la joven,—tu misión te llama á otra parte. Encamínate al sitio donde la fama te diga que está el conde de Barcelona: preséntate á él, díle que Ciurana y Prades le esperan, que sus dominadores los moros son débiles, y que un puñado de valientes basta para arrojarlos de sus riscos. Corre, no te detengas; no vuelvas sin traer contigo una hueste de héroes; piensa en la sangre del pobre mártir que clama venganza. Parte, y, escudada por esa cruz, atraviesa sin miedo por entre esa turba de infieles. ¡Dios va contigo!

En seguida el anacoreta arrancó del suelo su tosca cruz, y se la dió á la joven.

—Y ahora,—añadió,—avanza, rey de Ciurana; pero antes abrid, abrid paso á la que sigue su camino escudada por la protección de Dios.

Sobrecogidos los moros, hiciéronse respetuosamente á un lado cual si á un poder desconocido obedecieran, y fué entonces de ver cómo, con reposado ademán, con serena frente, con tranquilo paso, con la sonrisa en los labios y

alzando la tosca cruz de ramas, pasó por entre toda aquella turba de hombres feroces y desalmados sarracenos, la mujer que un día reinara en el corazón de su rey, sin que uno solo se atreviera á estorbarle el paso, sin que un solo brazo se adelantara para detenerla en su camino. Almira Almuminiz mismo se callaba, pareciendo lleno de estupor, y siguiéndola con su mirada.

Cuando ya la joven hubo desaparecido; cuando todos aquellos hombres comenzaron á moverse, asombrados de no haberse sentido con fuerzas para detener á una mujer indefensa, Poblet dió un paso y dijo sosegadamente:

—Aquí estoy, rey de Ciurana: cumplida está mi palabra; cumple la tuya.

—Lo único que tú mereces, perro cristiano, —exclamó rugiendo de cólera Almira Almuminiz,—es que, maniatado como el más vil de los esclavos, te lleve á mi castillo de Ciurana, y te haga pudrir en la más profunda de sus mazmorras.

Y á una seña de su caudillo, varios sarracenos se arrojaron sobre el anacoreta, que se dejó atar sin oponer la menor resistencia. Así fué llevado al castillo y hundido en un calabozo subterráneo.

Al siguiente día un azorado servidor se presentaba al rey moro y le daba parte de ha-

ber desaparecido el solitario durante la noche.

Almira Almuminiz recibió la noticia con asombro: quiso enterarse por sus propios ojos; bajó á la mazmorra; la registró, y, no pudiendo ya dudar de la verdad, montó precipitadamente á caballo, y seguido de algunos pocos sarracenos tomó á escape la dirección de la vega de Lardeta.

Allí, sentado en el umbral de la cueva, pacífico y tranquilo, estaba el anacoreta que, como la vez primera, al ver á los sarracenos dirigirse á él, formó otra cruz con dos ramas fijándola en el suelo. Quisieron avanzar los infieles, pero cuantos lo intentaron fueron á rodar por tierra, ginetes y caballos, á pocos pasos de la cruz.

—¿Qué es eso, y qué poder mágico te auxilia?—gritó el régulo de Ciurana.

—No es ningún poder mágico: es Dios, que protege á su humilde siervo. Prométeme, como hiciste ayer, que me harás donación de la vega, y volverás á tenerme en tus manos.

Prometióselo Almira Almuminiz, y entonces Poblet, pasando por delante de la cruz, se dejó atar y conducir al castillo, donde, nuevamente olvidado de su promesa, mandóle el moro bajar á una profunda mazmorra, de la que no se partió hasta ver al solitario sujeto á una argolla por una firme cadena, y hasta des-

pués de haber mandado que dos guardias velaran toda la noche con luz en la estancia. Cuando ya todo estuvo conforme á sus deseos, se salió diciéndole:

—Veremos si hoy te escapas.

Poblet no contestó.

Al día siguiente, el anacoreta había desaparecido. Los soldados se durmieron, la luz se apagó, la cadena se había desprendido de la argolla sin violencia, la puerta se había abierto por sí sola.

Al saber esta nueva el régulo de Ciurana, exclamó:

—Tercera vez voy á aherrojar á Poblet, y si por vez tercera se me escapa, creeré entonces que un poder divino le socorre y darle hé la vega que habita. Lo juro por la tumba del profeta.

Nuevamente fué maniatado el ermitaño, al que, como siempre, se halló en su cueva; nuevamente fué bajado á su mazmorra, quedándose aquella vez á vigilarle el mismo rey; pero como la primera, como la segunda, los sonrientes albores de la mañana hallaron ya en su cueva de Lardeta al solitario, transportado allí, como las dos veces anteriores, por misericordia divina.

Ya no fué asombro lo que sintió entonces el rey moro: fué terror, fué miedo de aquel poder

omnipotente y misterioso que, adormeciendo á sus guardas, arrancaba de entre los hierros y cerrojos á un preso para depositarlo sano y salvo, y por tres veces consecutivas, en un punto lejano.

Acaso entonces comprendió y admiró en secreto toda la grandeza de esa religión que sus padres y su país le habían enseñado á aborrecer. Lo cierto es que, subiendo á su estancia en tanto que le ensillaban un corcel, mandó escribir de prisa algunas líneas en un pergamino que arrolló y puso en su cinto. Pocos minutos después montaba á caballo y, no acompañado de lucida hueste, como las veces anteriores, sino solo y sin armas, bajó hasta el valle de Lardeta.

El huésped de la cueva se hallaba, como de costumbre, sentado en el umbral de su mansión.

Aquella vez pudo el rey moro acercarse sin tropiezo al solitario, en cuyas manos dejó el pergamino diciéndole:

—Me venciste, Poblet. De hoy más serás sagrado para mí. La protección del rey moro de Ciurana escuda tu persona, y también el territorio de que es este pergamino el acta de donación.

El ermitaño desplegó el pergamino y leyó la donación que en toda regla hacía el régulo

de Ciurana, cediéndole el valle de Lardeta con sus montañas y tierras vecinas (1).

Dueño ya Poblet de la vega, dió mayor espacio á la cueva, erigiendo en ella un oratorio y un altar bajo la advocación de San Salvador, en memoria de haberle Dios salvado. No se

(1) Finestres asegura que este documento se guardaba en el monasterio caja 1.^a, legajo 1.^o, y lo copia traducido al castellano de esta manera:

«En el nombre de Dios piadoso apiadador, y la salvación de Dios sea sobre Mahoma su profeta honrado, sobre él y los suyos, y loores á Dios el uno. Esta es la donación del honrado rey Almira Almuniz. Esfuérceos Dios, y ayúdeos con su ayuda á vos el ermitaño Poblet, aquél que habita en la partida de Lardeta. Esfuérceos Dios y ayúdeos, y os faga cercano á su misericordia la grande. En lo qual vos fuísteis preso en la villa de los Moros en el tiempo de la guerra, y por vuestra dignidad y gracia, que Dios os quiso facer, fuísteis vuelto á vuestra ermita. Por ende yo el dicho rey Almira Almuniz, vos fago gracia de todas estas Montañas y Tierras, que son en esta partida para vos, y para quien vos querráis indistintamente, sin ninguna revocación. Y que ningún Moro sea osado de ir contra la dicha mi Donación, so pena de la vida. Otro sí: vos aseguro que ninguno de los míos, ni menos otros Moros que sean, no sean osados á damnificar vuestra persona ni cosas vuestras. Y así lo firmo con firma honrada, y juro á Dios de no ir contra lo que vos he prometido. E pongo á Dios por testigo, aquel que no hay otro Criador sino él. Fué fecha la dicha Escritura á veinte días del mes de Febrero, año de la era de Mahoma DC.XIIII. años (1120 de Jesucristo.»

Aun despojando de la leyenda la parte de milagros y alguna otra, parece en efecto positivo que existió un ermitaño llamado Poblet, del que tomó nombre el monasterio.

A favor del seguro que se acaba de leer, reuniéronse á Poblet al-

pasó mucho tiempo sin que se le reunieran dos ó tres amigos, dispuestos á vestir hábitos de penitencia y á sepultarse, como él, en las profundidades del desierto.

Algunos años se pasaron así. Cada tarde Poblet decía á sus compañeros:

—Oremos, hermanos míos, oremos para que venga pronto el conde de Barcelona, y para que las altivas torres de Ciurana vean ondear triunfantes las armas de Vifredo.

Y los solitarios oraban, oraban para que llegase el conde; y el conde tardaba en llegar.

La noche de un sábado, estando en oración los penitentes, vieron bajar del cielo unas luces sobre la frondosa alameda que había á corta distancia de la ermita, hacia Oriente. Llamóles la atención el suceso, y suspendieron sus preces. Tres eran las luces, todas de vivísimo resplandor, cerniéndose como lenguas de fuego sobre la bóveda de follaje que se extendía bajo de ellas.

gunos compañeros; pero como no tardaron en ser perseguidos por vasallos del rey moro de Lérida, consiguieron de éste que en 20 de marzo de 1130 confirmase con nuevo documento la donación y privilegio del rey de Ciurana, confirmación que les animó á fabricar una capilla, y con ella su casa, á lo cual dió grande empuje el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV al arrojar á los moros de Prades y Ciurana.

Esto es lo que dice la crítica histórica, para la cual no hace ciertamente gran fuerza todo lo demás de la leyenda.

Al cabo de algunos minutos, que contemplándolas estaban, desaparecieron con más rapidez de la que se habían presentado; pero casi al mismo tiempo los extasiados anacoretas veían salir de entre el espesor de la alameda tres blancas formas deslizándose una tras otra, mudas, silenciosas y graves.

Hubiérase dicho tres fantasmas. Eran tres mujeres.

Fueron adelantándose, é iban á pasar por delante de los atónitos anacoretas sin dirigirles la vista que no levantaban del suelo, á no haberlas detenido la voz sonora de Poblet.

—¿A dónde van las doncellas á semejante hora por el valle?

—A Ciurana.

—¿Y á qué van allí?

—A conquistar para Dios las pobres almas extraviadas.

—¿Quién os envía?

—Eulalia.

—¿Quiénes sois?

—Somos tres de sus hermanas.

—¿Eulalia vive?

—Vive, y va á llegar con el ejército del conde, conquistador de Lérida y Tortosa.

—Gracias te sean dadas, Dios todopoderoso,—exclamó Poblet, alzando con efusión sus manos al cielo;—nuestros votos fueron oídos.

Los héroes catalanes vienen á clavar su victorioso estandarte en Prades y en Ciurana. ¿Viene con ellos Eulalia, habéis dicho? ¿Verdad, doncellas?

—Eulalia viene con ellos.

—¿Eulalia, la mora un día y hoy cristiana?

—Sí, Eulalia, favorita un tiempo del rey moro, y hoy la noble cristiana que enarbolando por pendón una sencilla cruz de ramas, ha reunido en torno suyo un ejército de doncellas para conquistar con la persuasión y el ejemplo á los infieles, antes que el conde les conquiste con las armas y la guerra. Adiós, pues, hermanos. A Ciurana vamos, que allí nos envía Eulalia.

—Adiós, pues, doncellas; pero atended que en Ciurana está la muerte.

—Moriremos bendiciendo á Dios.

—¡Id, pues, nobles mártires!

Y las tres doncellas se marcharon mudas, tranquilas y resignadas. Caminaban hacia la muerte, ya lo sabían. Eulalia misma no se lo había ocultado al enviarlas: ellas las primeras habían entonces pedido partir.

—Seréis víctimas,—les dijo Eulalia derramando una lágrima.

—Seremos mártires,—le contestaron con una sonrisa.

En efecto, al día siguiente de su conversa-

ción con Poblet, Almira Almuminiz las sorprendió predicando los preceptos del cristianismo á un grupo de moros que las escuchaban atónitos, y después de haber mandado desgarrar sus carnes con uñas de hierro y de haberlas visto espirar entre tormentos, pero sonriendo, hizo colgar sus cuerpos de una torre del castillo.

Aquella misma tarde, cuando ya las luces de un sol moribundo arrojaba sus últimos destellos, un grupo de caballeros cristianos celebraba consejo junto á un bosquecillo de hayas al pie de los montes de Ciurana. Con los caballeros se veía á una mujer. Era Eulalia. Detrás de ellos se extendía un bosque de lanzas. Era la hueste del conde catalán.

La que un día se llamara Anhuba, la que recibiera nueva religión y nuevo nombre de labios del solitario de Lardeta, había cumplido su juramento. Años pasaron, pero la mora volvía, heroína y cristiana, al frente de un ejército, á pedir cuenta á Almira Almuminiz de la sangre de su amante. Durante todo aquel tiempo había seguido las banderas victoriosas de Berenguer IV, esperando la promesa que éste le hiciera de ir á Ciurana; le había acompañado á Tortosa y á Lérida, y había agrupado en torno de la cruz de ramas del pobre cenobita un número considerable de doncellas, dispues-

tas á su vez á pelear en pro de la santa causa con las armas de la persuasión y de la dulzura.

El día en que la volvemos á encontrar, permanecía silenciosa, oyendo los discursos de los caballeros sobre el orden que guardar se debía para el ataque de Ciurana.

El debate era vivo cuando, de pronto, adelantándose un caballero mozo y galán, en cuya frente brillaba el entusiasmo, dijo al conde de Barcelona:

—Señor, dadme en feudo el castillo de Ciurana, y el sol de mañana alumbrará ya en su torre el pendón cristiano de Vifredo.

—En feudo lo tendrás, Ramón de Cervera, —contestó Ramón Berenguer IV, —si al primer albor de la mañana veo ondear en su torre mi bandera.

—Lo veréis, señor, ó habré muerto en la demanda, —exclamó el aguerrido joven.

—Y yo con él, señor, —exclamó entonces Eulalia con voz dulce.

—¡Pues bien, id, y que Dios os guíe! —dijo el conde. —Yo en tanto me dirijo á la vega de Lardeta para cortar la retirada á los infieles.

Ramón de Cervera mandó tremolar su pendón y tocar al arma.

—Aquí los míos, —gritó. —¡A Ciurana!

Y la mitad del ejército se precipitó tras sus huellas y las de Eulalia, gritando como ellos:

—¡A Ciurana!

La guarnición no pudo ser sorprendida como esperaban. Almira Almuminiz fué advertido de la llegada de los cristianos, y los esperaba á pie firme, tomadas todas las precauciones de defensa. La lucha fué, pues, encarnizada; el combate horrible, aumentado su horror por la obscuridad de la noche. Allí donde era mayor el peligro, allí estaba la espada del valiente Ramón de Cervera; allí donde había mayor número de heridos; allí de donde partían más lastimosos y dolorosos ayes, allí estaba Eulalia dando á besar su cruz de ramas á los moribundos, vendando las heridas de los que desfallecían, exortando con palabras varoniles á los que se mantenían aún de pie.

Rato hacía ya que duraba el combate, cada vez más enconado y sangriento, cuando repentinamente se vieron brillar tres luces que bajaban del cielo: eran las mismas que los solitarios de Lardeta vieron posarse sobre la alameda.

—Son las almas de nuestras tres mártires, cuyos cuerpos yacen colgados en la torre,—gritó con entusiasmo Eulalia señalando aquellas luces misteriosas.—Son ellas que bajan enviadas por Dios á prometernos la victoria.

Dijo, y agitó en el aire la cruz, de que su mano estaba constantemente armada en medio del peligro.

Los guerreros arrojaron, no ya un grito, sino un rugido de entusiasmo, precipitándose furiosos sobre el enemigo.

En el ínterin, el conde de Barcelona que avanzaba con la otra mitad del ejército hacia Lardeta, vió también brillar las tres luces misteriosas, como un mudo aviso del cielo. Asombrado de tal maravilla, apresuraba el paso, cuando se ofreció á su vista la cueva ya conocida en toda la comarca por *la ermita de Poblet*.

Temió el conde que aquella cueva encubriese alguna emboscada; así es que colocó sus soldados en disposición de poder resistir á cualquier choque imprevisto, y adelantándose solo, dió con la espada en la puerta. Abrióse ésta de repente, y ofrecióse á la vista de todos el más inesperado espectáculo.

En el fondo de la ermita, alzándose majestuosa sobre un modesto y sencillo altar, se descubría la imagen de la reina de los cielos rodeada de luces y velada por los anacoretas que oraban á sus pies, enarbolando uno de ellos la santa cruz del Redentor.

Asombrado el conde, se hizo algunos pasos atrás y cayó de rodillas, prosternándose con él todo el ejército.

Entonces los cenobitas comenzaron á entonar un canto tierno, melancólico, solemne, lleno de unción y de poesía, al que prestaban un

tinte inefable de dulzura y un sagrado carácter de religiosidad, las sombras de la noche, la soledad, el silencio y la santa contemplación de todo un ejército de prosternados héroes.

Acababan las últimas notas del canto de perderse en el aire subiendo al cielo, cuando un puñado de guerreros catalanes se precipitó en el valle llevando á su cabeza á Eulalia que agitaba su cruz.

—¡Victoria! ¡Victoria!—gritó la joven arrojándose hacia el conde.—Nuestra es Ciurana. La mitad de la guarnición ha perecido, y la otra mitad está prisionera con su rey Almira Almuminiz.

El gozo resplandeció en el semblante del conde, que llamando á los anacoretas les dijo:

—Ya lo veis, Ciurana es nuestra. El pendón catalán tremola en las cimas de estos montes. En memoria de este suceso, y para corresponder también al secreto consejo que acaso quisieran darme con su aparición las tres luces misteriosas, deseo fundar aquí un monasterio cual otro no haya en la cristiandad. Este monasterio llevará tu nombre,—añadió dirigiéndose á Poblet,—ya que eres el primer ermitaño de esta comarca, y desde ahora lo elijo, con todos mis sucesores, en vida para recreo y en muerte para descanso.

Estas palabras produjeron grande emoción de gozo en los solitarios. Habíase cumplido la predicción de Poblet. Dios le había destinado para dar nombre al monasterio.

Eulalia se adelantó.

—Señor,—dijo,—Ciurana está ya en poder de las huestes cristianas, y mi voto se ha cumplido. Mis compañeras y yo deseáramos retirarnos á terminar nuestros días con las religiosas de San Pedro de las Puellas.

Dióle el conde su permiso.

Al día siguiente, Ramón Berenguer tomaba posesión del castillo, y Eulalia, la Anhuba del infeliz Rodrigo, se retiraba al fondo de un claustro á terminar su vida entregada al llanto, á la penitencia, á la oración y á los recuerdos.

También al siguiente día comenzaban los trabajos para la edificación del monasterio.

Tres años después, la ermita quedaba transformada en una iglesia de regulares dimensiones, con su altar y retablo á usanza de la época, bajo la advocación de la Virgen de la Humildad. Al propio tiempo, el magnánimo conde hacía levantar otras dos iglesias, una bajo la advocación de Santa Catalina y otra bajo la de San Esteban, en memoria de las tres luces celestiales que se vieron la noche del asalto de Ciurana.

Cuando ya la obra tocaba á su término; cuando ya D. Ramón Berenguer IV, á quien llaman nuestras crónicas el *santo*, vió alzarse majestuoso y soberbio el edificio que debía ser un tiempo perla del suelo catalán y gloria de los monarcas aragoneses, entonces pensó en llamar á algunos virtuosos solitarios para que continuaran la obra, por él tan santamente comenzada, y entonces recordó asimismo sus ya antiguos y secretos deseos de introducir en sus estados la religión cisterciense.

Existía por aquellos tiempos un hombre á quien los pueblos veneraban, y á quien pedían consejo los reyes; un hombre que era la más firme columna de la Iglesia, de esa Iglesia que lo mismo producía entonces mártires que soldados; un hombre que agrupaba bajo las banderas de Cristo y reunía á la sombra del claustro, la flor de los caballeros de la flor de las familias; un hombre, en fin, que desde su abadía de Claraval, y con la reforma de San Benito, iba enviando huestes de Monjes Blancos (1) á todas partes y conquistándose el apoyo de toda la cristiandad.

Este hombre era San Bernardo.

A él recurrió el conde. Un mensajero partió un día para Claraval con una misión del cuar-

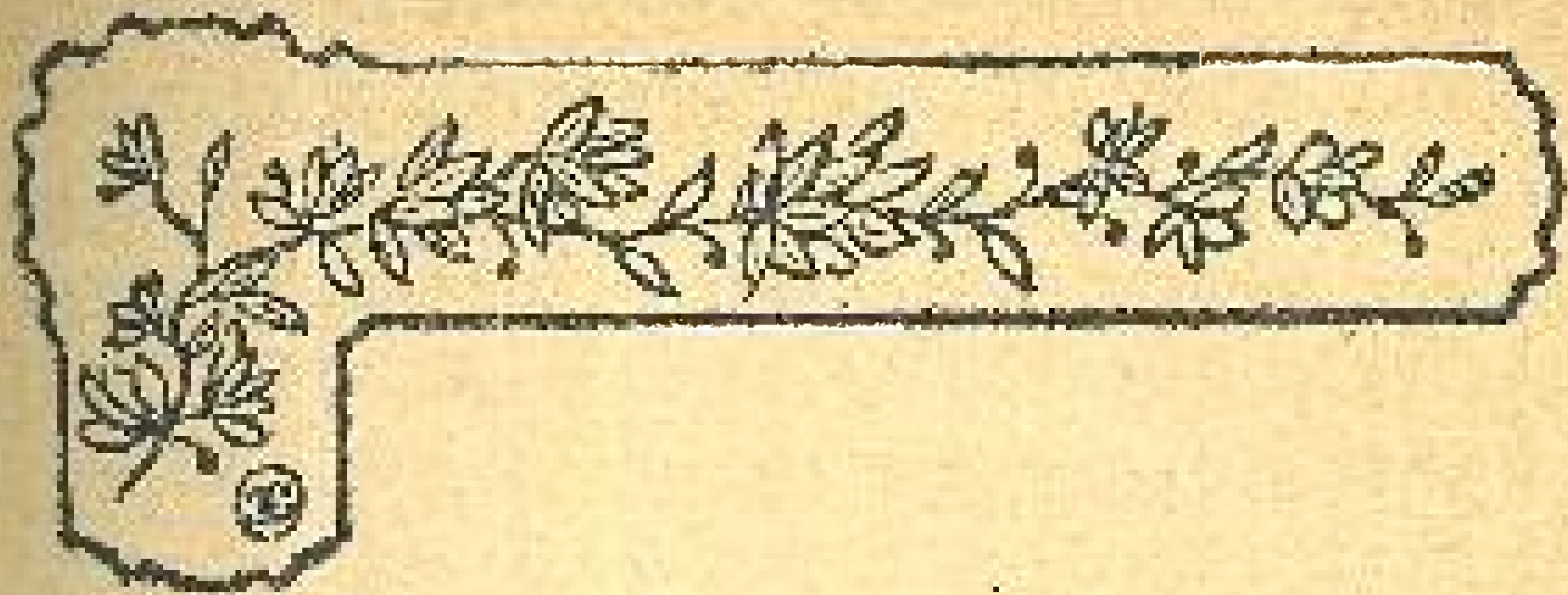
(1) Así eran llamados vulgarmente los monjes de la orden del Císter.

to de los Berenguers, suplicando á San Bernardo le enviase algunos religiosos de su orden para fundadores de aquel nuevo edificio que á su costa y gastos estaba levantando. Oyó Bernardo el mensaje y accedió. Trece monjes del Císter fueron elegidos por él; confirió la dignidad abacial á uno de ellos, y desde el monasterio de Fonfreda en Narbona, mandóles á Cataluña donde, junto con los piadosos anacoretas y con Poblet, formaron comunidad y vivieron bajo reglas cistercienses.

A contar de esta época, fué siempre en aumento el monasterio, que comenzó á llamarse de Poblet. Cedióles el conde todas las tierras circunvecinas, y para que los monjes viviesen con toda tranquilidad y cual requerían su instituto y su grandeza, permanecieron en la vecina montaña de Ciurana los vasallos de Ramón de Cervera, sirviendo siempre de atalaya y defensa del monasterio en memoria del que fué su señor y del que un día, junto con el conde de Barcelona, libertó á todo aquel país del yugo sarraceno.

La religiosa casa que acababa de tomar nombre del humilde ermitaño, no tardó en ser uno de los más famosos y opulentos monasterios de España.

Cada día fué creciendo en suntuosidad, en esplendor y en magnificencia.



III.

Los muros de Poblet.—La capilla de San Jorge.—La iglesia de Santa Catalina.—La Virgen del ciprés.—La puerta dorada.

POBLET es hoy una gran ruina; pero es, al menos, una ruina que permite al viajero y al artista hacerse cargo de lo que pudo ser aquel edificio, mejor dicho, aquella agrupación de edificios, en sus tiempos de esplendor y gloria.

Ayer todavía Poblet era panteón de los reyes y de los próceres aragoneses y catalanes, y por sus galerías y claustros, por los espaciosos salones de sus palacios, el del rey y el del abad, veía cruzar sus monjes, entre los cuales los hubo famosos por su santidad, rectitud ó ciencia: ayer se alzaba majestuoso con su manto de almenadas torres y su diadema de graciosas cúpulas, y no veía entrar por sus puertas más que á príncipes y á monarcas que, revueltos con devotos romeros y piadosos peregrinos,

iban á doblar la rodilla ante sus altares: ayer recibía pruebas inequívocas de la munificencia y largueza de los reyes, que se apresuraban á colmar de presentes, en vida, al monasterio escogido para albergarles en muerte; los más opulentos magnates acudían á depositar sus ofrendas á los pies del abad; los fieles dejaban allí sus dones; y los artistas de más fama, por fin, enriquecían el monumento con joyas de gran valía para conquistarse el aplauso y admiración de las edades venideras.

Hoy todo ha cambiado. Solitario, desierto, abandonado casi, Poblet es nido de aves de rapina; el viento turba sólo el silencio de sus capillas, estancias y corredores, penetrando por las brechas abiertas en sus muros; agrietadas y rotas aparecen las bóvedas majestuosas de sus vastos salones; ya no existen los tesoros sin cuento que guardaban su iglesia y sacristía; violadas fueron sus tumbas, y manos impías removieron los huesos de tantos héroes como en ella descansaban; desaparecieron las joyas artísticas de que era depositario, muchas de ellas para perderse, algunas para ir á poder de particulares, otras, por fortuna, para conservarse en nuestros museos nacionales, no pocas ¡vergüenza y ludibrio! para ser ostentadas hoy con orgullo por extranjeras naciones; sólo curiosos viajeros ó errantes artistas van á re-

correr, alegres ó silenciosos, sus ruinas solitarias; y finalmente, el suntuoso y monumental edificio que recibiera el homenaje de los pueblos del contorno, ha visto á estos mismos pueblos levantar con sus escombros sus albergues y sus casas de recreo.

El monumento, sin embargo, era sólido, y como pudo resistir el embate de los siglos, ha resistido el de su abatimiento y destrozo. El viajero-peregrino, á quien aquel inmenso montón de ruinas habla más alto que todas las grandezas de la tierra, recorre con los ojos del alma siglos y épocas pasadas, ve momentáneamente alzarse á su vista, majestuoso y lleno de vida, el edificio; y penetra en él, y lo recorre, y contempla sus grandezas, apareciéndosele como en sus tiempos de esplendor, con toda la magnificencia y suntuosidad de aquella maravilla, llegada á ser una de las más ricas joyas de los cistercienses, que tantas sin embargo y de tanta valía tuvieran.

Todo el vasto recinto de Poblet estaba encerrado dentro de un doble muro. El rey de Aragón D. Pedro IV *el ceremonioso* mandó convertir el monasterio en casa fuerte para que, si llegaba á verse alguna vez acometido, pudieran ser defendidas las cenizas reales en aquel sitio guardadas. Tenía, pues, el monasterio todo el aspecto de una gran fortaleza,

mejor aún, el de una población feudal, guarnecidos sus cuatro lienzos por doce torres, coronado todo el muro de almenas y ladroneras.

Atravesado el primer muro por la única puerta que en él se abre, y siguiendo una hermosa y agradable calle de álamos, el viajero se encuentra en la vasta plaza donde, á derecha é izquierda, se hallaban las habitaciones ocupadas por oficiales de todas artes y menesteres, formando también parte de aquéllas las de los religiosos ancianos, el dormitorio y locutorio de los conversos, el hospital, las bodegas, los graneros, los silos, las caballerizas, corrales para ganados, almacenes, fuentes, pozos para conservar la nieve, carpintería, almacén de los picapedreros, molinos de harina, hornos, molinos de aceite, lagares, en una palabra, todo lo que podía necesitar una población entera.

A mano derecha está la capilla llamada de San Jorge. Es una hermosa joya de la última época gótica. Estaba dedicada á la Virgen del Rosario y á San Jorge, y fué costeada por Don Alfonso V de Aragón, el que conquistó la ciudad y reino de Nápoles, de donde envió un retablo de piedra con ricos ornamentos y alhajas para el culto. Esta capilla ha sido recientemente restaurada por la comisión de monu-

mentos de la provincia de Tarragona, que también, como se irá viendo, ha conseguido restaurar otras partes del monasterio; pero la comisión no tiene más fondos que los que puede facilitarle el Gobierno, y cuán escasos son éstos y con cuánta fatiga se alcanzan y se cobran, sabido es de todos.

Volviendo ahora á la capilla de San Jorge, se me ocurre decir que, restaurada como se halla, está ya en disposición de abrirse nuevamente al culto. Pero es muy de temer que esto no suceda, ó tarde mucho al menos; quizá le llegue su época cuando haya vuelto ya á comenzar su ruina, que así pasa desgraciadamente con muchas cosas en nuestra patria. Algo mejor sería ceder esta capilla en patronato á cualquiera de los grandes propietarios de aquellos alrededores, con el encargo de su custodia, conservación, arreglo y gastos consiguientes al culto. Así todas aquellas *masías*, todas aquellas casas de campo, y las muchas familias que viven por los contornos, tendrían lo que hoy no tienen: un lugar de oración y un templo donde poder asistir al santo sacrificio de la misa. ¿Qué mejor sitio para esto que la hermosa y gótica capilla de San Jorge?

A la izquierda de la plaza se encuentra la antigua y primitiva iglesia de Santa Catalina. Su fábrica, de construcción románica, y de me-

diados del siglo XII, consta de diez y ocho varas de longitud y doce de anchura, siendo una de las tres que mandó levantar el conde de Barcelona, D. Ramón Berenguer IV, cuando arrojó á los moros de aquella comarca y convirtió en templo la ermita del pobre anacoreta. La iglesia de Santa Catalina es toda de sillería, y por la disposición del terreno parece como tener algo de cripta.

En la plaza de que se viene hablando están los restos de una capilla consagrada á la Virgen del Ciprés. Tomó este nombre de un árbol secular de esta clase que se alzaba á su puerta, y que se suponía haber visto acampada á sus pies la hueste del conde de Barcelona Don Ramón Berenguer IV, y sostenida de su tronco la tienda de este conde, lo cual si era dudoso por lo tocante á la suposición, era bello por lo concerniente á la leyenda.

Junto á la capilla de San Jorge se levanta todavía la majestuosa portada de piedra, que se llamó la *Puerta dorada*, por hallarse revestida de recias planchas de bronce dorado, con relieves, cosa que le comunicaba gran aspecto de esplendor y magnificencia.

Quien tenga á mano el *Album* de Poblet (vistas fotográficas), publicado por la celosa Asociación de excursiones científicas de Barcelona, podrá formarse una idea de lo que era esta

puerta, viéndola exterior é interiormente en sus láminas 4.^a y 5.^a

Es realmente grandiosa, de un gusto severo, y le dan gran carácter el símbolo de Poblet, los dos timbres abaciales y los tres grandes escudos que coronan su arco de perfectísimas líneas.

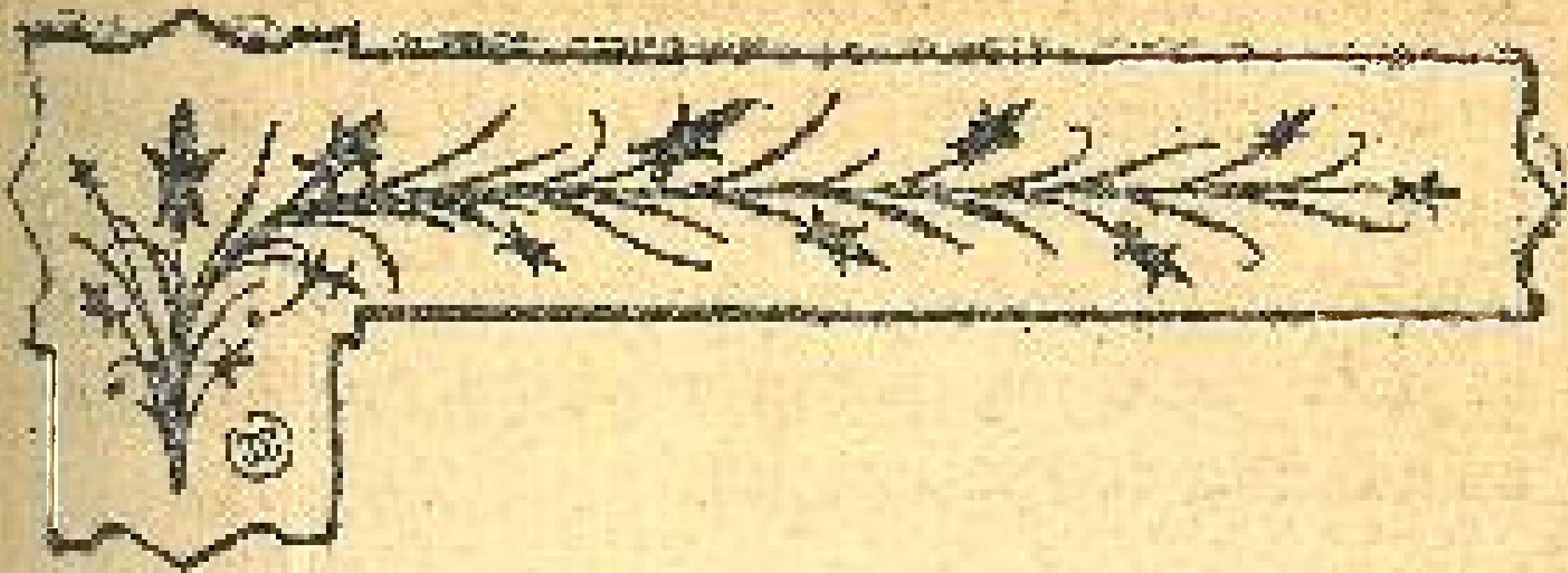
Era este el sitio donde se recibía á las personas reales.

Desde la *Puerta dorada* se pasaba al atrio, cuyas paredes, según las historias, se hallaban cubiertas de pinturas al fresco, con la representación de ciertos pasajes pertenecientes á la vida del ermitaño Poblet, que dió nombre al monasterio.

Al salir del atrio está la plaza, á cuya izquierda se veían las mencionadas iglesias de Santa Catalina y la Virgen del Ciprés, y á cuya derecha estaba la Hospedería y, ya más arriado al monte, el grandioso palacio del Abad, edificio que comunicaba con la iglesia mayor por medio de un ancho pasadizo. Quedan aún algunos restos de este palacio, verdadera morada señorial de aquellos abades mitrados de Poblet que llegaron á figurar entre los más grandes y opulentos señores de su tiempo. Entre lo que existe, lo más notable es, sin duda, una hermosa galería abierta sobre los que fueron jardines del palacio.

Así se llega al verdadero recinto del monasterio, donde había la clausura, donde está lo que principalmente le constituía; y el viajero se halla ante las dos grandiosas puertas que comunican con su interior.





IV.

La puerta real.—El claustro grande.—El aula capitular.—El re-
fectorio.—El palacio del rey D. Martín.—El claustro de San Es-
teban.—Las cámaras reales.—La biblioteca de D. Pedro de
Aragón.—La biblioteca primitiva.—El original de la crónica de
D. Jaime.—El archivo.



A entrada de la derecha daba paso á la
iglesia mayor, y sus puertas, que hoy
ya no existen, se hallaban cubiertas
con planchas de bronce primorosamente labra-
das con preciosas esculturas y relieves. A cada
lado de la puerta, entre columnas, hay los san-
tos patronos en estatuas de piedra; encima, y
en una hornacina, la imagen de la Virgen. Es
una portada de jaspes, moderna, y que recuer-
da una época de mal gusto.

No así, ciertamente, la entrada de la izquier-
da, que es la llamada *Puerta Real* y daba paso á
la clausura. Se halla flanqueada y protegida
por dos torreones octógonos, coronados de al-
menas, y defendida por una barbacana en su

parte superior. Sobre sus paredes se destacan los escudos de Aragón y Cataluña, con el casco tradicional de D. Jaime. En lo alto y en el centro se abre una lindísima ventana. No parece la entrada de un monasterio, sino la de una fortaleza, y esto era realmente, según dicho queda, desde que D. Pedro IV de Aragón mandó levantar los muros, cuya obra se hizo en diez años, comenzando el 1367.

La Puerta Real conduce directamente al claustro que se halla al finalizar su robusta y románica bóveda; pero antes se deja á la izquierda el pasadizo que conducía á las cocinas y otras dependencias, y á la derecha la airosa y bellísima portada en que comenzaba la escalera de honor del palacio llamado del rey D. Martín.

Junto á la escalera, sosteniendo el palacio real sobre sus robustas bóvedas, se halla la vasta pieza que fué bodega del monasterio. Es un grande y espacioso salón, construído, de seguro, el siglo XIII, y cuyo primer destino debió ser muy distinto del que posteriormente tuvo.

El distinguido padre esculapio D. Eduardo Llanas, que era uno de nuestros compañeros de expedición, y que con este motivo escribió unos eruditos y notables artículos en el *Diario de Villanueva y Geltrú*, cree y asienta que esta grandiosa pieza debió construirse para refec-

torio de legos, conversos, donados y huéspedes benefactores, como lo indican su situación cerca de la cocina, su grandiosidad sorprendente, su antigüedad del siglo XIII, y las evidentes modificaciones que debió sufrir para su moderno destino de bodega. Es posible que esta pieza tuviera comunicación con la iglesia, de la cual hoy se halla separada por un espeso muro de construcción moderna.

Al finalizar la bóveda de la Puerta Real, una grandiosa portada románica da entrada al claustro.

Cuando por vez primera se puso en escena la ópera *Roberto el diablo*, en el gran teatro del Liceo de Barcelona, el artista encargado de pintar las decoraciones tuvo el acierto y el buen gusto de presentar el claustro de Poblet para la escena del cementerio. Muy joven era yo entonces; muchos años han pasado, pero recuerdo, como si fuera ayer, el efecto maravilloso que causó en el público.

Y es que el claustro mayor de Poblet es una verdadera maravilla.

Su fábrica pertenece al siglo XIII, y asombra por su buen gusto, por la elegancia de sus pilares, por la belleza de sus ojivas, por el calado y primor de sus rosetones.

Pablo Piferrer que es, si no me engaño, el primero que en este siglo se ha ocupado de

aquel claustro, observó que uno de sus lienzos llamaba más particularmente la atención. La misma observación hace el P. Llanas, pero dice ser esto debido á que la construcción de una de las galerías pertenece por entero á la época románica, mientras que las restantes fueron construídas en pleno periodo ojival de la primera época.

El ilustrado catalanista D. Eduardo Toda tiene en su libro, titulado *Poblet*, una hermosa página describiendo este claustro.

En el centro del patio, y frente al refectorio, se levanta un templete románico, que se supone ser de construcción anterior al claustro. Había allí un surtidor que lanzaba el agua á grande altura, cayendo sobre una concha que tenía treinta y una fuentes.

Distribuídas por las paredes del claustro se ven antiguas sepulturas, en forma de osarios unas, otras de panteones, donde se guardaban los restos de nobles y antiguas familias; pero de todo esto se hará especial mención en el capítulo que más adelante se consagrará á recordar lo que eran los sepulcros de Poblet, y quiénes los que en ellos descansaban.

Una de las más bellas y mejores piezas que comunican con el claustro es, sin disputa, el Aula capitular. Tiene también la circunstancia de ser una de las mejor conservadas.

Se entra en ella por una puerta de arco semicircular, ricamente decorada de molduras, elevándose á cada uno de sus costados un pilar, mejor podría decirse un haz de esbeltas y airosas columnas. La puerta está en medio de dos ventanas partidas por un pilar que sostiene dos graciosas ojivas y un bello rosetón, que ostentaba en otro tiempo cristales de colores.

Unas cuantas gradas permiten bajar á su sala, que tiene gran parecido con la del Monasterio de Piedra, al mismo objeto consagrada.

De perfecto cuadrado, esta sala capitular se ensancha por medio de tres naves sostenidas por cuatro bellísimos pilares, sobre cuyos capiteles arrancan los arcos de sus bóvedas. En el fondo se abren tres grandes ventanales góticos, que con sus pintados vidrios debieron dar á aquel sitio la luz opaca y misteriosa, adecuada al lugar donde se reunían en Asamblea y celebraban sus sesiones los monjes blancos.

Pablo Piferrer, el romántico cronista de Cataluña, y el primer excursionista, como ahora se dice, que tuvo en este siglo el Principado, acertó todavía á ver el Aula capitular de Poblet con los últimos restos de su antiguo esplendor.

El recinto estaba circuído por tres anchas gradas de piedra, las cuales aún hoy existen, pero no así los cómodos asientos de nogal de

que se hallaban revestidas, ni tampoco el magnífico y alto respaldo coronado por una linda faja de primorosas labores que ostentaba la tercera, ni mucho menos, naturalmente, los doce cuadros repartidos por el muro con los retratos de aquellos monjes, hijos de la casa, que sobre el humilde hábito de San Bernardo habían vestido la púrpura ó cubierto su cabeza con la mitra ó la tiara.

Estos adornos, un Cristo de plata sostenido por un pilar de piedra y una gran mesa en el centro con la silla escultural de los abades, era lo único que se veía en aquella sala, á cuyo frío, severo é imponente aspecto contribuían no poco las anchas y largas losas sepulcrales que entapizaban el suelo, y que aún hoy muestran esculpidas, por medio de colosales figuras de relieve con su ropaje y su báculo, las efigies de los abades muertos en el ejercicio de su cargo y allí sepultados, según lo prevenían las constituciones de la Orden cisterciense. La lectura de las lápidas sepulcrales revela que allí estaban enterrados, entre otros, los abades Poncio de Copons y Francisco Oliver, de quienes se ha de hablar con algún detenimiento más adelante.

Comunicando con el claustro está también el refectorio, espaciosa sala de ciento treinta y dos palmos de longitud por cuarenta y ocho

de anchura. Un banco de piedra, aforrado antes de madera labrada, corre por su circuito, y aún existe el púlpito donde el monje lector acompañaba con su piadosa lectura la comida de sus hermanos, al compás cadencioso del agua que manaba la fuente colocada en el centro de la estancia.

En una de las alas del claustro, sobre los grandes departamentos que servían de bodegas, se eleva el edificio comenzado á fabricar en 1397 por el rey D. Martín *el humano*, pacífico y sabio monarca, no muy venturoso ciertamente, que había manifestado el deseo de acabar sus días en la paz del claustro, escogiendo el monasterio de Poblet para esta resolución, que no le permitieron cumplir las circunstancias.

La idea del monarca pudo ser, en efecto, la de retirarse al claustro; pero, en verdad sea dicho, la fábrica que para su retiro mandó levantar no tenía nada de celda: por el contrario, todas sus trazas eran las de un suntuoso palacio.

Hay quien dice, y no va errado ciertamente, que el palacio del rey D. Martín es la joya más rica y esbelta de cuanto en Poblet existe. No parece sino que los artífices que lo construían trabajaban más para su gloria que para su lucro: tan admirables son las labores que se ven

en sus portadas y ventanas, en sus frisos y en sus ménsulas. Verdadera joya de arquitectura y escultura ojivales, asombra por la riqueza de sus detalles, por la perfección de sus líneas, por el gusto de sus molduras, por la delicadeza de sus trabajos, por la grandiosidad, en fin, de sus suntuosas bóvedas en los salones y departamentos. No sé si es Piferrer ó el P. Llanas quien ha dicho, y ha dicho bien, que las piedras están trabajadas con más arte y delicadeza de lo que en orfebrería pueden trabajarse los metales. Es un edificio de tan bellas y correctas líneas, de tan armónico conjunto y de tan artística estructura, que parece pintado. Las ventanas del palacio que dan al claustro, y también las que se abren sobre la derruída escalera, hallarán pocas que rivalizar puedan con ellas en elegancia y gusto, en perfección y riqueza.

A juzgar por los anchurosos salones y grandes departamentos que aún hoy existen, restaurados en parte algunos, se comprende que el artífice encargado de la ejecución de la obra la construía obedeciendo á un vasto plan. ¡Lástima grande que la fábrica no se terminara, si terminarse debía con el esplendor y grandeza comenzados!

La muerte del rey vino á suspender los trabajos, y el interregno que sucedió á su falleci-

miento, tan fecundo en agitadas revueltas y en grandes sucesos para la Corona de Aragón, no permitió continuar la obra. El palacio quedó inacabado é inhabitable, y aun cuando en tiempo de Felipe II y del abad Tarrós se proyectó continuar sus obras, y hasta llegaron á comenzarse, fortuna fué la de su nueva suspensión á buen tiempo, pues por lo poco que se hizo puede juzgarse del mal gusto y mala dirección con que hubieran proseguido.

La galería del claustro á que da paso directo la Puerta Real, comunicaba con diferentes dependencias del monasterio, que merecen especial mención.

Existe todavía, aunque caminando con pasos de gigante á su ruina, un segundo claustro llamado de San Esteban, por estar contiguo á la iglesia del mismo nombre, otra de las tres que mandó levantar el conde de Barcelona en recuerdo de las tres misteriosas luces que allí vió aparecer, según piadosa tradición ya referida. No es el claustro el primitivo, sino el que se reedificó por los años de 1415 á expensas de D. Fernando I. Aún se ven en diversos puntos de su fábrica el escudo de las armas reales de Aragón y el de León y Castilla, por recuerdo de Doña Leonor, esposa del citado D. Fernando.

Encima del claustro estaba la enfermería de

los religiosos, y junto á la iglesia de San Esteban las *Cámaras Reales*, vasto edificio construído á mediados del siglo XIV, y que era el departamento destinado á estancia de los reyes que honraban el monasterio con su visita.

Saliendo del claustro de San Esteban, se entra en otro de la misma arquitectura que hace frente á una plaza rodeada de varias habitaciones, reservadas unas para monjes ancianos, y otras para dormitorio de los jóvenes.

Llégase así al que fué locutorio de los monjes, y se penetra en las estancias que estaban destinadas á biblioteca. Son dos grandes salas que reciben la luz por anchos ventanales. La primera, dividida en dos naves por cuatro columnas que aparecían pintadas de jaspe, y que ha sido recientemente restaurada por amenazar ruina su bóveda, estaba destinada á guardar la biblioteca que por los años de 1673 regaló al monasterio D. Pedro Antonio de Aragón, hijo tercero de los duques de Cardona, embajador que fué del rey católico cerca del Papa, virrey y capitán general de Nápoles y presidente de las Cortes de Aragón y del Consejo de Estado. La biblioteca regalada por este ilustre personaje constaba, según Finestres, cronista de Poblet, de 3.750 volúmenes; según otros más modernos, de 4.322, número, de todos modos, muy respetable para la época.

La colección se componía de libros, impresos muchos de ellos en Venecia, Roma y Nápoles, y gran parte en Amsterdam por la célebre casa de los hermanos Elzevir, al renacimiento de cuyos tipos hemos asistido en nuestra época; de un número considerable de papeles políticos y manuscritos sobre sucesos referentes á Nápoles, durante los virreinos españoles; y, particular y especialmente, de los dietarios correspondientes al tiempo en que Nápoles fué gobernado por el duque de Monteleón y el donador de la biblioteca; gran tesoro para la historia, miserablemente perdido.

Estaban los libros repartidos en treinta grandes estantes de ébano, muy bien labrados, con cristales de Venecia, y lucían rica y uniforme encuadernación, todo á expensas del D. Pedro Antonio, cuyo retrato y el de su esposa, Doña Ana Catalina de Lacerda, figuraban debidamente en el sitio más visible de la biblioteca. La encuadernación de los volúmenes era de piel roja, con cantos dorados, y dorados también en las cubiertas el escudo de armas y el nombre del donador, *D. Pedro de Aragón*. Esta última circunstancia ha hecho que muchos, con poca discreción y gran ignorancia de épocas y sucesos, creyeran que pudo pertenecer aquella biblioteca á uno de los Pedros aragoneses. Perecieron estos volúmenes cuando los

varios incendios y saqueos de Poblet, y los pocos que esparcidos quedan son buscados con grande afán y curiosidad por los bibliófilos. A incesantes pesquisas, y también á la casualidad, debe el autor de estas líneas el hallazgo de algunos que, como muestra, depositó en el instituto de Villanueva y Geltrú.

Contigua á la biblioteca que se llamaba de D. Pedro de Aragón, estaba la primitiva del monasterio, que contenía sobre 8.000 volúmenes al sonar la hora de su ruina.

Villanueva, que tuvo ocasión propicia de examinar ambas bibliotecas, menciona, en el tomo XX de su *Viaje literario*, muchos libros importantes que allí existían. Merced á este literato eximio, el curioso puede tener conocimiento de la verdadera riqueza que allí existía en libros impresos, en manuscritos, en códices, en documentos literarios é históricos. Los monjes de Poblet, gracias á su celo, á sus adquisiciones y al donativo espléndido de Don Pedro de Aragón, tenían una de las más ricas y escogidas colecciones de libros que á principios de este siglo existían en España.

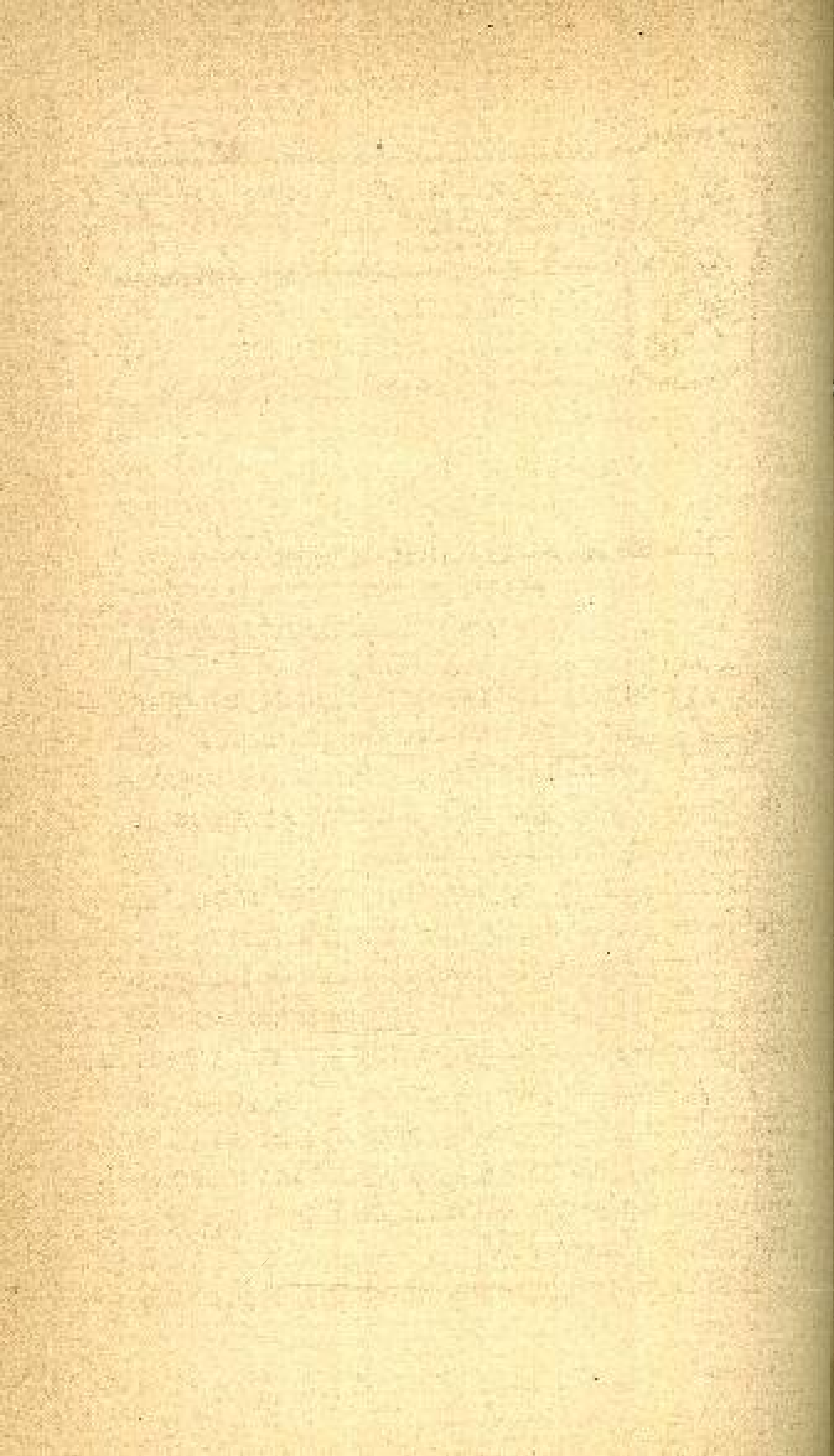
Se supone que, entre las preciosidades de la biblioteca de Poblet, había el original y autógrafa de la crónica catalana de D. Jaime de Aragón, escrita por el propio monarca, y por él mismo legado en depósito al monasterio,

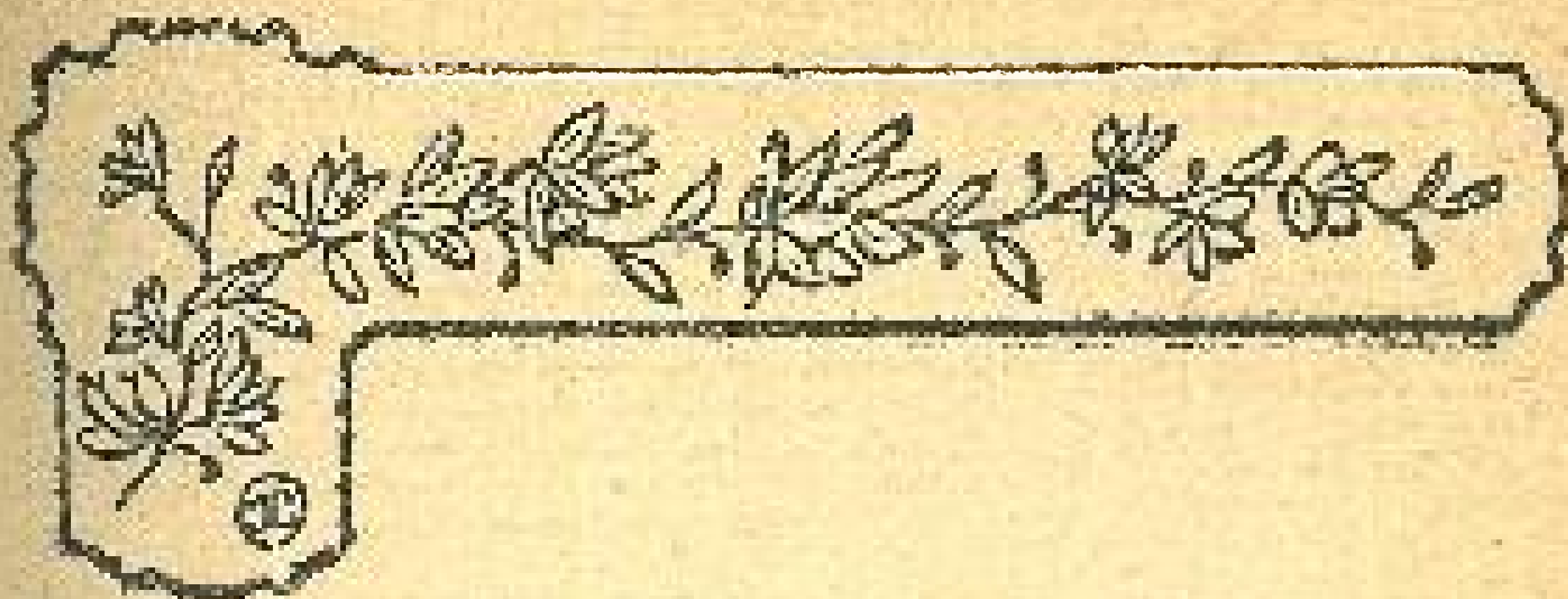
según voz común en tiempo de Villanueva, aun cuando éste confiesa haberle buscado inútilmente.

El archivo de Poblet, situado en un departamento del piso superior, era también un verdadero tesoro de datos y noticias para la historia de Aragón y Cataluña. El monje-archivero estaba considerado como notario real y escribano público, por privilegio del rey Don Pedro II de Aragón.

Eran en número infinito los pergaminos y documentos que allí existían, y puede juzgarse de lo que debía ser aquel grandioso archivo y atesorar aquel inmenso depósito, con sólo decir que nuestra Real Academia de la Historia posee hoy 20.762 documentos, á más de una importante colección de procesos formados con motivo de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591, todo procedente de aquel centro y salvado milagrosamente del saqueo ó de las llamas en que los demás libros y manuscritos perecieron.

Para que pueda ser útil á los curiosos é investigadores, publicaré en Apéndice, al final de esta obra, la nota de todos los documentos que pertenecieron al monasterio de Poblet, y que hoy están bajo la custodia de la Academia y del Archivo histórico.





V.

La iglesia mayor.—La sacristía.—El tesoro de Poblet.

PABLO Piferrer, escritor insigne á quien quisiera tener ocasión de citar á cada paso, decía que el edificio más notable de Poblet, y el que más bellezas contiene es, sin disputa, su iglesia mayor.

Grandiosa es, en efecto, y cosa magnífica debía de ser en su tiempo de esplendor y gloria. Hoy se necesita gran esfuerzo de imaginación para comprender lo que fué, aun cuando bien puede juzgarse su pasado por sus restos.

La iglesia mayor de Poblet, última de las tres que se edificaron en memoria de las luces milagrosas, remonta á la época de la fundación del monasterio por el conde de Barcelona Don Ramón Berenguer IV.

Echó este príncipe sus cimientos, pero ni ras-

tro queda ya de la primitiva iglesia. Sólo se sabe que era muy pequeña y que tenía un altar único con la imagen de la Virgen en medio de los santos, apareciendo pintados al pie del retablo, como en adoración, los nueve primeros monjes del cenobio.

Las necesidades de la creciente comunidad hicieron que D. Alfonso, hijo del conde Ramón Berenguer, diera nueva planta á la iglesia y comenzara con amplitud y grandiosidad la nueva fábrica.

Es toda de sillería y tiene la forma de cruz latina, formada por la gran nave y el crucero, y dos naves laterales muy bajas y estrechas. Su longitud, desde la entrada al remate, es de ochenta y tres metros; su elevación, setenta y cinco en la nave central y veintidos en las laterales; su anchura es de veintidos, excepto en el crucero, donde llega á treinta y seis y medio. Siete pilares por parte, rodeados de agrupadas columnas, dividen la central de las menores, y sostienen los arcos de sus espaciosas bóvedas.

El centro de la iglesia estaba ocupado por el coro, cuyas cien sillas tenían grande majestad, siendo notables por sus esculturas, elegancia y riqueza. La puerta de entrada era de piedra con primorosos remates, y ostentaba el escudo de Aragón con las divisas, á sus lados,

del abad D. Francisco Oliver, que gobernó por los años de 1584.

Nada queda ya de este coro, ni vestigio siquiera; pero no sucede lo mismo con el altar mayor, del cual se conservan algunos restos, suficientes para apreciar su magnificencia. Era todo de alabastro, formando cuatro cuerpos llenos de esculturas con las imágenes de santos, con los misterios de la Pasión de Jesucristo, con los apóstoles, y con una Virgen de gran tamaño, cobijado todo por un magnífico pabellón que comunicaba al altar notable majestad y grandeza. Se terminó la obra en 1529, reinando en España el emperador Carlos V, y siendo abad del monasterio D. Pedro Queixal.

Cuéntase que esta obra hubo de costar grandes disgustos y mucho dinero al abad Queixal, contra quien se sublevó un día la comunidad, acusándole de relajador de la observancia regular y disipador de los bienes del monasterio. La sublevación triunfó; fué encerrado el abad en la cárcel de una de las torres, y dos monjes pasaron á ver al rey, portadores de las quejas y acusación. Las historias, y singularmente la de Finestres, el cronista de Poblet, no explican el misterio que se nota en el suceso. Sólo dicen que por orden del general del Císter pasó á Poblet el abad de Santas Creus D. Ber-

nardo Tolrá, quien presidió el tribunal que el 15 de noviembre de 1531, y en pleno capítulo, dictó sentencia contra D. Pedro Queixal, privándole de la abadía y condenándole á reclusión perpetua.

Diez y siete capillas adornaban las naves laterales y ábside del templo, siendo algunas obra de la Edad media, ricas todas en altares, en esculturas, en adornos, pero más ricas aún en urnas y sepulcros, ya que, esparcidos por las capillas, estaban los panteones de muchas nobles familias de Cataluña y Aragón.

A un lado y otro del crucero, entre el presbiterio y el coro, sobre un enlosado de mármoles blancos y negros, estaban los panteones reales, la obra más notable y el más vistoso adorno del templo, que dará materia á capítulo aparte, pues es asunto que merece mayor y más especial detenimiento.

A las grandezas de este templo había que añadir el órgano, obra de mucha escultura, y que se supone era uno de los mejores de Cataluña; así como también el atrio conocido por el nombre de *La Galilea*, con magníficos altares de mármol; y el llamado tras-altar mayor, consistente en una preciosa capilla arrimada á espaldas del altar mayor, en la cual, conforme al estilo de los cistercienses, estaba la reserva del Santísimo Sacramento.

Queda ya dicho cuál es el estado actual de la iglesia. Las paredes están desnudas y agrietadas, el gran retablo del altar mayor aparece roto y destrozado, los altares están vacíos, mutiladas las esculturas de los sepulcros, y en algunos puntos la bóveda amenaza ruina, de tal manera, que llega ya á ser peligroso pasar por el punto comprendido entre la puerta del coro y el órgano. En el atrio del templo se guardan aún magníficos restos de los antiguos altares, y esparcidos por los suelos, y amontonados en el que fué presbiterio, se ven diferentes fragmentos, sepulcros de rica escultura, columnas y capiteles, trozos de estatuas, objetos varios que con solicitud se han recogido, evitando que desaparezcan, como ha sucedido durante su tiempo de abandono con muchos de ellos, que son hoy adorno principal de Museos extranjeros.

También era obra grande la sacristía, y digna del monumento. Al edificarse la iglesia se construyó la sacristía conocida con el nombre de *antigua*, pero no tardó en ser pequeña para guardar los objetos de culto que las necesidades del mismo y la piedad de los fieles iban acumulando. Hubo pronto precisión de construir una nueva, que se levantó en el crucero del lado de la Epístola. Es un salón espacioso, perfectamente cuadrado, de cien palmos de ex-

tensión y ciento cincuenta de altura, con una cúpula octagonal.

Su puerta tenía aspecto de grandiosidad, fabricada de piedra jaspe, con vivos remates de escultura, que no por pertenecer al género plateresco dejaban de ser de muy buena y entendida ejecución. Sobre pedestales y arrimadas á sus costados se veían la estatua de D. Bartolomé Conill, abad de Poblet, y la de Fray Pedro Marginet, monje que fué de la casa, y acerca del cual se refieren muy curiosas y entretenidas consejas. Sobre la puerta figuraba el rey D. Jaime *el conquistador*, vestido de cogulla, con la corona real y el cetro.

El interior de la sacristía era espléndido. Una vasta cómoda de nogal ocupaba las paredes en toda su extensión, y encima de ella descansaban grandes armarios esculturados, ostentando transparentes cristales de Venecia. En el centro de la estancia había otra riquísima cómoda, y diversas hornacillas abiertas en los ángulos ostentaban imágenes y estatuas de primorosa labor, siendo algunas de ellas verdaderas joyas de arte, como una que pude adquirir y deposité en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú. Los lienzos de pared que permanecían libres estaban cubiertos por tapices y paños de raso, de los cuales poseía el monasterio una riquísima colección, algunos de ellos

con los escudos de armas de sus donadores. Terminaban la decoración grandes cuadros, debidos al talento de famosos pintores catalanes, sobresaliendo los de Viladomat, Juncosa y Flauger. Aún hoy existen en lo alto de la cúpula tres lienzos, que con dificultad se divisan colocados á tanta elevación, y que se dice ser obra del primero de los citados artistas. Para ayudar al decorado de la sacristía colgaban de la bóveda suntuosos cortinajes de raso y terciopelo con bordados de oro y plata.

Las riquezas que allí se guardaban eran incalculables. Finestres ocupa todo un capítulo sólo para enumerarlas, y con bastantes detalles habla de ellas también D. Eduardo Toda en su libro recientemente publicado.

Como cosas de precio y joyas de valor figuraban en primer lugar, y en gran número, vasos sagrados, cálices, custodias, aderezos de altar, imágenes de santos, relicarios, blandones, candeleros, etc., objetos todos de oro, de plata, de marfil ó de ricos metales, cuajados de piedras preciosas, siendo de notar que algunos de ellos eran de obra mucho más rica por el arte que por sus diamantes ó esmeraldas, zafiros ó turquesas.

Gran tesoro era también el que allí se guardaba en colgaduras y ornamentos, frontales, capas pluviales, casullas, dalmáticas, gremia-

les, estrados, mitras, tapices, paños de túmulo y de púlpito, alfombras, etc., todo vistosamente aderezado con relieves y bordaduras de oro y plata, figurando ya caprichosos dibujos, adornos y flores, ya escudos de armas y pasajes, ó escenas de la Historia y de la Biblia.

Finestres dice que eran tales las riquezas y profusión de oro y plata, que llegaban á fatigar la vista.

Entre las cosas de mérito y valor que existían en el tesoro de Poblet, debe hacerse especial mención de algunas. No por haber ya desaparecido dejan de merecer un recuerdo en este libro, destinado á consignar lo que fué un día y lo que es hoy el monasterio de Poblet.

Regalo de la infanta Juana, condesa de Ampurias é hija del rey D. Pedro IV, había una cruz que era una admirable joya de arte, según se supone.

Entre los tapices sobresalían unos con pasajes de la Sagrada Escritura, donativo del infante D. Enrique de Aragón.

Se conservaban y enseñaban una rica dalmática perteneciente á D. Jaime *el conquistador*, que éste vestía en las grandes ceremonias, y dos cetros de plata dorada con piedras preciosas de los monarcas aragoneses.

No parecía sino que los reyes, príncipes y magnates rivalizaban en quién de ellos había

de ser más espléndido para Poblet. El tesoro de este monasterio ostentaba lujosas dádivas debidas á la liberalidad de D. Jaime I de Aragón, de Pedro IV, de Jaime de Mallorca, de Alfonso V, de Fernando el Católico, en una palabra, de todos; pero á todos llegó á superar en sus dones y ofrendas aquel D. Pedro Antonio de Aragón, de quien ya se ha hablado como generoso donador de la biblioteca.

D. Pedro Antonio de Aragón aparece en las crónicas y memorias como un verdadero enamorado de Poblet.

No se contentó, ciertamente, con el donativo espléndido de la biblioteca, ni tampoco con haber contribuído en gran parte al adorno del altar mayor, ni mucho menos aún con enviar cuantiosas sumas en varias épocas.

La sacristía guardaba de él un aderezo de difuntos, superior á todo encarecimiento, que se ostentaba en los funerales de los reyes; una urna de plata guarnecida de coral; una custodia de plata con pie y ramas de oro; un frontal del altar mayor de lapis-lázuli, ágatas y jaspes, con adornos de plata y bronce; catorce grandes blandones de plata maciza; un oratorio de plata formado por un peñasco, en el seno del cual había una Verónica, y en lo alto una primorosa cruz con el Salvador; una custodia de oro con doce mil diamantes; y muchos relicarios de

oro, plata, ébano y bronce, guardando reliquias de santos.

Y todo esto no era más que una pequeña parte de los regalos debidos á la inagotable munificencia de D. Pedro Antonio de Aragón.

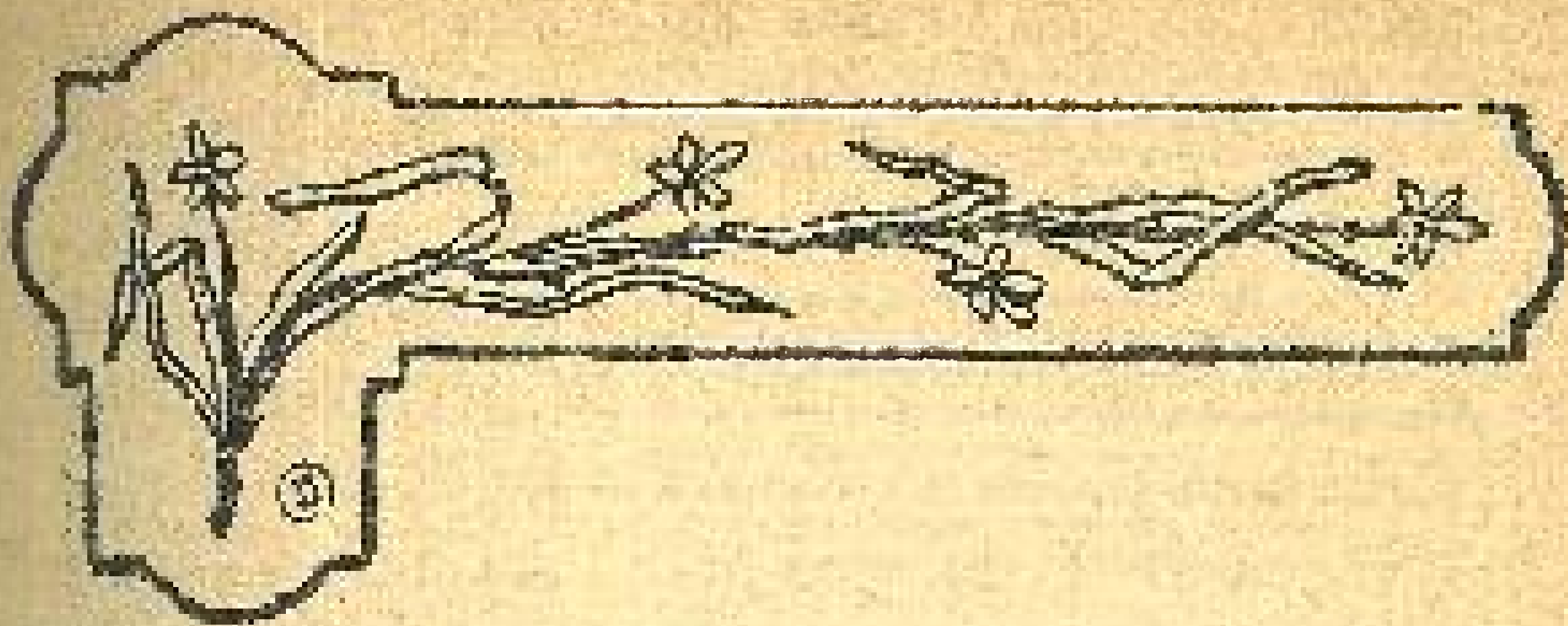
Eduardo Toda, que hizo detenidas investigaciones en Poblet, habla también de un depósito conocido con el nombre de *Armarío de las espadas*, donde se conservaban las de los reyes y varones allí enterrados.

También poseía el monasterio ricos servicios de oro y plata en su refectorio y en el palacio del abad.

Nada queda ya de tanta riqueza. En otros tiempos el mismo monasterio dispuso de ciertos objetos de mérito, á los que no daba más valor que el del metal que tenían, y así se ve al abad D. Antonio Rosell en 1677 mandar fundir muchas imágenes y objetos de plata, sólo porque eran de modelo antiguo.

Cuando sonó la hora de la ruina y del desastre, todas esas joyas desaparecieron, destrozadas y vendidas á vil precio. Sólo queda algo de tanta riqueza en la catedral de Tarragona y en las iglesias de San Pedro de Reus, Espluga y Vimbodi.





VI.

Las sepulturas reales.—El panteón de la casa de Cardona.
—El *prohom vinculator*.



QUEDA ya dicho que la mayor riqueza de Poblet estaba en sus sepulcros. Era aquella una verdadera ciudad de muertos.

Así como el monasterio de Ripoll fué destinado á panteón de los condes de Barcelona, así Poblet fué el de los reyes de Aragón hasta que se unieron las dos coronas aragonesa y castellana. Por esto alguien dijo, con bastante verdad, creo que fué el primero Villanueva, que Poblet era el Escorial de Cataluña.

Ya se ha dicho dónde estaban las sepulturas reales, en la iglesia mayor, á uno y otro lado del crucero, entre el presbiterio y el coro, formando un recinto, especie de departamento cerrado por una puerta coronada, cuyas hojas de bronce sólo se abrían para dar paso á la muerte.

Sostenido por robustos arcos se alzaba el panteón de los reyes, en medio de singular grandeza, y correspondiendo su arquitectura al estilo gótico, que era el dominante en Poblet. Entre grandes cuadros ó compartimentos de mármol, donde figuraban escenas y pasajes bíblicos; sobre bajos relieves en que se veían los hechos más notables de la vida de los reyes; en compañía de estatuas que dentro de sus nichos de piedra asemejaban piadosos varones, envueltos en sus mantos de anchos pliegues y entregados á la meditación y al dolor; bajo primorosos doseletes de artísticos calados y suntuosas bovedillas azules con estrellas de oro; en medio de toda la magnificencia del arte que allí había amontonado sus bellezas, aparecían las admirables urnas góticas de los reyes, alumbradas cada una por tres lámparas de luz eterna que al reflejarse y descomponerse en los pintados vidrios, puestos allí por el arte de la Edad media para mayor realce y ornato, comunicaba color y hasta parecía dar vida y movimiento á las estatuas yacentes de los monarcas en aquella opulenta necrópolis sepultados.

En el panteón correspondiente á la parte del Evangelio, yacía el rey D. Jaime I *el conquistador*. Dos estatuas tendidas adornaban su sepulcro, representándole una con sus insignias y

vestiduras reales y la otra con la cogulla cisterciense por haber muerto cuando se encaminaba á Poblet, donde quería ratificar los votos y profesión de monje que hizo al abdicar en su hijo D. Pedro. Los restos de D. Jaime, después de la profanación que se refiere en el primer capítulo de esta obra, y también todos los adornos y esculturas de su tumba, fueron trasladados á Tarragona, en cuya catedral se levanta hoy, más aparatosa que artística, la sepultura de aquel monarca entre los grandes el más grande.

Cuatro estatuas se veían en el sepulcro inmediato al de D. Jaime. Eran la de D. Pedro IV *el ceremonioso*, y las de sus tres esposas Doña María de Navarra, Doña Leonor de Portugal y Doña Leonor de Sicilia, todas tres con traje real y diadema. La del monarca aparecía en hábito de diácono; pero el escultor, aun cuando mal se aviniera con el traje y aun cuando en ello hubiera de notarse algo de notoria irreverencia ó de intencionada crítica, tuvo la singular idea de poner en su mano el puñal que, como es sabido, no se apartaba nunca de su cinto.

El tercer panteón del lado del Evangelio estaba destinado para el rey D. Martín *el humano*, y así en efecto lo decía el epitafio. Se lo había mandado labrar él mismo, en vida, igual al

de sus predecesores; pero á su muerte sin sucesión, ardiendo el país en bandos y en disturbios, nadie pensó en trasladar sus restos, que hubieron de quedar depositados en Barcelona hasta medio siglo después de su fallecimiento. Sin ni siquiera borrar su epitafio, el sarcófago sirvió para su sucesor D. Fernando I *el de Antequera*, aquél á quien elevó al trono el parlamento de Caspe. En el sepulcro, pues, de Don Martín yacía D. Fernando, que estaba representado por dos estatuas, una armada de punta en blanco, otra en hábito de diácono. Junto á estas estatuas se veía otra, la de su esposa la reina Doña Leonor, que tampoco descansaba allí, pues al quedar viuda profesó en un convento de Medina del Campo, donde se había retirado y donde la enterraron.

Al otro costado del recinto que nos ocupa, y en el sitio más inmediato al presbiterio por la parte de la Epístola, estaba el sepulcro de D. Alfonso I de Cataluña y II de Aragón, hijo del conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV, fundador del monasterio, y de Doña Petronila de Aragón, hija de Ramiro *el monje*. Dos estatuas había en su sepultura que lo representaban, una con el hábito de diácono y ceñida de laurel, sin duda por haber sido aquel rey famoso trovador, otra con la cogulla cisterciense, hábito con que quiso ser sepultado

por la mucha devoción que tuvo á la Orden y al monasterio de Poblet, al cual legó su corona real.

D. Juan I, y sus dos esposas Doña Matha ó Matea de Armeñach y Doña Violante, hija de los duques de Bar, descansaban en el panteón segundo de la Epístola, y allí se veían sus tres estatuas de alabastro, la del rey con dalmática y diadema, insignias reales que llevaba también la de su segunda mujer Doña Violante, pero no así la de Doña Matea. Esta aparecía con una modesta guirnalda de flores en las sienes y su corona de reina en las manos.

El tercer sepulcro del lado de la Epístola era quizá el más rico y ostentoso, guardando los restos del rey D. Juan II y de su esposa Doña Juana Enríquez, hija del Almirante de Castilla. El monarca estaba representado por dos estatuas, una con rica y lujosa armadura, otra con el manto real guarnecido de pedrería. La de Doña Juana figuraba vestir un suntuoso traje y ceñía corona.

Inmediato al panteón real del Evangelio, y arrimado á la pilastra, se alzaba un mausoleo de alabastro enriquecido con numerosas esculturas de *mucha y primorosa imaginería*, como dice Finestres para ensalzar lo suntuoso y espléndido de la obra. Remataba este sepulcro en una urna con una magnífica estatua en tra-

je de corte, arrodillada sobre un almohadón, teniendo á sus pies cetro y corona y cobijada por un dosel de oro y de púrpura. Mandó elevar este monumento el virrey de Nápoles Don Pedro Antonio de Aragón, el enamorado de Poblet, para guardar los restos del rey D. Alfonso V, que desde 1458 hasta 1671 estuvieron depositados en el convento de Padres Dominicos de Nápoles. Hallándose de virrey en esta ciudad el referido D. Pedro Antonio de Aragón, doscientos trece años después de la muerte de D. Alfonso, fueron llevados á Poblet los despojos mortales del egregio monarca, conquistador y literato, y guardados en el sepulcro que á su memoria erigió el ilustre citado miembro de la casa de Cardona.

En frente de esta sepultura se alzaba otra en un todo semejante, mandada erigir también por el mismo D. Pedro Antonio de Aragón al infante D. Enrique, hermano de los reyes Don Alfonso V y D. Juan II, gran maestro de Santiago, conde de Ampurias y primer duque de Segorbe, fallecido en 1445 á consecuencia de heridas que recibió en la batalla de Olmedo.

Por lo que toca al rey D. Martín *el humano*, ya se ha visto que su tumba hubo de servir para su sucesor en el trono D. Fernando *el de Antequera*. Cuando D. Martín fué trasladado á Poblet, en 1460, cincuenta años después de su

muerte, quedó depositado en uno de los panteones de la casa de Cardona, donde estaba á mediados del siglo pasado, en época del cronista Finestres, quien dice que sus restos se guardaban en un arca de madera guarnecida de terciopelo negro, *perseverando con la misma incorruptibilidad y entereza con que se le descubrió en el año de 1460, al hacerse la entrega de su cadáver.*

No tardaremos en hablar de los panteones de la casa de Cardona, que acaban de citarse; pero antes importa decir, para que el lector pueda formarse aproximada idea de aquella ciudad de muertos, que en las mismas tumbas regias, ó á su alrededor, en sepulcros semejantes por su riqueza aun cuando no por su tamaño, descansaban muchos infantes y príncipes de las familias reales. Así, por ejemplo, en la tumba del rey D. Fernando fueron depositados los restos de doce infantes, hijos de diversos reyes de Aragón, que yacían antes en arcas de madera. Con D. Juan I estaba su hija la condesa de Fox; con D. Juan II su hija también la infanta Doña Marina; y en sepulturas aparte, ricas en relieve y con estatuas yacentes, varios príncipes y princesas, mereciendo particular atención entre los sarcófagos uno que se levantaba en el brazo izquierdo del crucero, mandado fabricar por el rey D. Martín.

No era que este sepulcro sobresaliera entre los demás por mayor esplendidez y riqueza; al contrario. Casi igual á los otros, si en algo se distinguía, era por su sencillez y modestia; pero el pensador no podía menos de contemplarle con cierta emoción, ya que con los huesos que allí se depositaron fueron sepultados también los últimos restos y las postreras esperanzas de aquella línea varonil de la monarquía aragonesa que tan esplendentemente vive en la historia. Yacía allí D. Pedro, hijo del primogénito de Aragón D. Martín, rey de Sicilia, cuya temprana muerte, acaecida en 1399, motivó las luchas, incertidumbres y últimas disposiciones del rey su abuelo, D. Martín *el humano*, dándose así lugar á que, por medio de un acto grandioso de soberanía nacional, aunque no tan justo y afortunado como grande, el parlamento de Caspe llamase al trono á la línea femenina.

Se ha citado el panteón de la casa de Cardona.

Era fábrica de gran importancia y de singular suntuosidad, mandada erigir, mientras corrían los años de 1660 y siguientes, por D. Ramón Luis Folch de Cardona, duque de Segorbe y de Cardona, en los huecos de los arcos que sostenían las sepulturas reales, y al pie de éstas por consiguiente. Mandó el Duque cubrir por

ambos costados los arcos con una rica pared de mármoles traídos de Sarreal, sirviendo como de pie y base á los panteones reales, aunque de estilo diferente, y dejando así espacio bastante para contener los restos de sus antepasados. Las dos puertas que miraban respectivamente á cada lado del crucero estaban divididas en cuatro compartimientos, separados por tres estatuas de mármol blanco sentadas, en pedestales á manera de pilares, ostentándose en el centro una sencilla urna decorada con una corona ducal. Las fachadas que correspondían al interior de la iglesia, formaban también cuatro cuadros cada una, figurando escenas bíblicas, episodios de guerras, detalles de entierros reales y los escudos de la casa de Cardona. Era fábrica muy bella, realizada por dos escultores hermanos de la ciudad de Manresa, Juan y Francisco Grau, cuyos nombres, sacados del olvido por Finestres, merecen consignarse.

Dentro de estos panteones de la casa de Segorbe y de Cardona yacían también en arcas de madera algunas reinas, príncipes é infantes, entre ellos, según queda dicho, el rey D. Martín, á quien, sin embargo de haber levantado un palacio en Poblet, Poblet permitió indiferente que le usurparan su tumba. La casa de Cardona abrió también las puertas de sus mor-

tuorias estancias para dar hospitalidad á las reinas Doña María, primera mujer de D. Martín, y Doña Beatriz de Aragón, que fué reina de Hungría; y á los príncipes D. Juan de Aragón, hijo de Fernando *el católico*, en su segundo matrimonio con Jermana de Fox; D. Alfonso, hijo natural del rey D. Juan II; D. Pedro, hijo de Fernando I, que murió en el asedio de Nápoles á la vista de su hermano el rey D. Alfonso V, el cual, al verle caer, exclamó entre sollozos: *ha muerto el mejor caballero que salió de España*; y aquel desdichado D. Carlos, príncipe de Viana, por quien hubo de alzarse en armas Cataluña, amparándole en su derecho, y á quien poco faltó, después de su muerte, para ser venerado en los altares (1).

El panteón de los Cardona guardaba, en número extraordinario por cierto, los restos de muchísimos miembros de aquella ilustre familia que á tan alto grado llegó de poder y de valenza. Los despojos de aquéllos que habían muerto antes de terminarse la obra, lo cual fué por los años de 1664, y estaban en distintos puntos, fueron piadosamente recogidos y trasladados á Poblet en ostentosa procesión y ce-

(1) En 1542 un legado apostólico dió licencia para separar del cadáver de D. Carlos de Viana un brazo que se guardaba con veneración en la sacristía de Poblet, y un dedo que como reliquia conservaba la iglesia de San Vicente en Valencia.

remonia de que conservaban gran recuerdo los anales del monasterio. Erigido ya el panteón, eran depositados en él todos cuantos individuos de la casa de Cardona iban falleciendo, habiéndose designado, entre tan conspicua ayuntamiento de muertos, un puesto de honor y un sitio escogido para el enamorado de Poblet, aquel D. Pedro Antonio de Aragón tantas veces citado en estas páginas, á quien era deudor el monasterio de regalos valiosos, pero entre todos, aun siendo de gran precio, ninguno como el de su escogida y selecta biblioteca.

Sólo un sepulcro de los de Cardona estaba apartado de los demás, compitiendo en lujo y esplendidez con los mausoleos de los reyes, como que encerraba á uno de los más insignes varones de nuestra historia, á aquél que era conde entre los reyes y rey entre los condes, el *prohom vinculator*, según le llaman las crónicas, célebre capitán, esforzado caballero, héroe numantino, ínclito defensor de Gerona contra el poder unido de la Iglesia y de Francia, en tiempo de Pedro *el grande*; D. Ramón Folc, en fin, vizconde de Cardona y décimo de este nombre. Murió en 1320 y fué enterrado en un sepulcro, que más tarde sirvió para D. Rodrigo Rebolledo, y en donde permaneció hasta 1669, época de la traslación de sus restos al que expresamente le mandó erigir D. Luis Ra-

món Folch, duque de Segorbe y de Cardona.

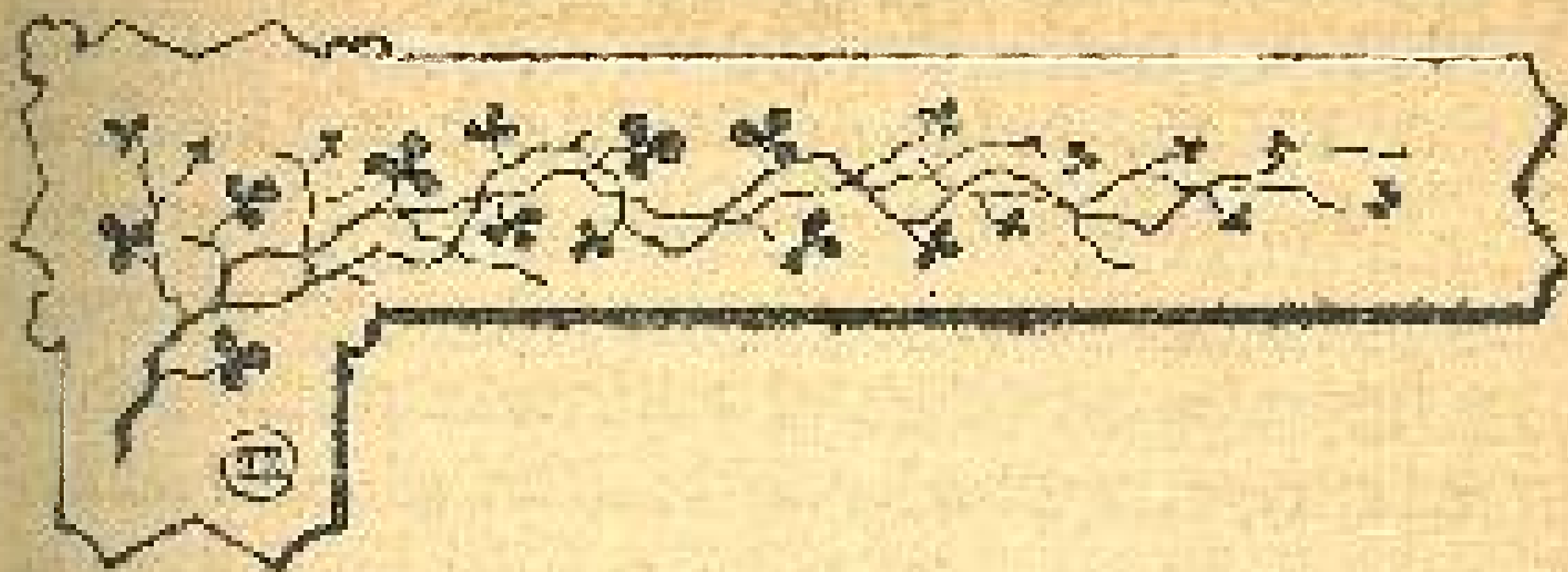
Levantábase este sepulcro junto á la grande escalera que subía de la iglesia al dormitorio, y figuraba un pedestal adornado con muchas esculturas, sosteniendo una urna enriquecida con relieves y rodeada de grandes bustos, sobre la cual aparecía tendida, y de forma gigantesca, la estatua del vizconde, armado de todas armas. Un epitafio latino revelaba los honores, títulos, cualidades y hechos heróicos del que allí descansaba; pero no era ciertamente más expresivo que el que grabado en la piedra se leía en la primera tumba, compuesto de este solo dístico:

*Conditus hic sum Raimundus cognomine Folchus
Regibus ecce comes, Rex Comitique fuit.*

Pendientes del sepulcro, y á manera de traducción del dístico latino, aparecían en una tabla estos versos castellanos, que mejor hubiera sido dejar en los cuatro primeros, siguiendo el elocuente laconismo del primer epitafio:

A quien esta tumba esconde
por ser varón de su ley,
entre los reyes es conde
y entre los condes es rey.

Por hazaña señalada
ganó el conde esta corona,
por dó queda coronada
la real casa de Cardona.



VII.

El cementerio común.—El monje misterioso.—La capilla de los condes de Urgel.—El panteón de esta familia.—Doña Leonor de Aragón, la triste.—La casa de Cabrera.

FATIGADO estará el lector de tanto como de muertos se viene contando; pero hay necesidad absoluta de hablar más aún, si este libro ha de corresponder á su objeto. Considérese que, en medio de las grandezas de Poblet, su Necrópolis era su mayor grandeza, y que en ella estaba toda la historia de la Corona de Aragón. Con solo entrar en Poblet y detenerse un momento ante cada mausoleo, leyendo los epitafios y fijándose en los hechos del difunto, el curioso podía salir del templo enterado á grandes rasgos de lo más saliente y culminante de nuestra memorable historia. Por esto es más de lamentar la ruina y desaparición de aquellos monumentos. El arte puede restaurar ó levantar de nuevo el edificio, pero ¿cómo volver á reunir aquellas tumbas

desaparecidas ó aquellos restos perdidos para siempre, que el genio de los artistas y el respeto de las familias y de la posteridad, habían ido allí acumulando, á través de siglos y generaciones, para gloriosa manifestación de las artes y monumental archivo de la historia?

En el antiguo cementerio de los monjes, que está detrás de la iglesia, y en el claustro, se ven aún muchas sencillas urnas de piedra, á modo de ataúd, sostenidas por columnas ó empotradas en el muro, tan comunes en la Edad media. Aunque al parecer incólumes muchas de ellas, todas fueron sin embargo profanadas un día en busca de imaginarios tesoros. Allí se guardan los restos de honrados ciudadanos, letrados, jurados y concellerses que de Lérida, de Tarragona, de la misma Barcelona, de diversas comarcas, trasladaba á Poblet la piedad de las familias, deseosas de que sus ascendientes, después de una vida laboriosamente consagrada al hogar y á la patria, fuesen á dormir su sueño eterno en la tierra bendita de Poblet donde, bajo el amparo y custodia de la Virgen, acudían á reclamar un sitio en torno de sus reyes todos cuantos habían sido columna de su trono ó esplendor de su reinado, príncipes, barones, magnates, caballeros, letrados y ciudadanos, como si fuese aquel sagrado lugar la *via Appia* de Cataluña.

Entre estas tumbas de que venimos hablando, las hay muy curiosas y dignas de fijar la atención, aun cuando sólo descuellen por su excesiva sencillez ó por la artística forma que sabía darles la Edad media, y que con ninguna otra se confunde. Algunas tienen epitafio, revelando el nombre del difunto ó sus cualidades y profesión de ciudadano, mercader, notario, etc. Otras, según costumbre de los tiempos, tienen sólo una divisa, un emblema, un escudo, una señal cualquiera, que pueda dar motivo á descifrar ó sospechar quién fuese el personaje allí sepultado: así, por ejemplo, la espada esculpida en una lápida, indica que allí yacía el Mossen Espada, que por antiguos manuscritos se sabe haber sido enterrado en el cementerio de los monjes; unos ciervos dan á conocer á los individuos de la casa Cervera; un atributo profesional revela el arte ejercido por el difunto.

¿En qué urna de estas ó en qué ignorado rincón del cementerio descansaba cierto misterioso personaje que, después de la célebre batalla de Muret, y cuando el reino todo se doblaba bajo la inmensa pesadumbre de aquella gran catástrofe, se presentó á tomar el hábito en Poblet, revelando sólo al abad el secreto de su nombre y de su vida?

Se ignora todo lo referente á este personaje,

que debió ser hombre de cierta importancia y sin duda muy conocido en el siglo, por lo que se trasluce. Cuanto pude averiguar, y constaba en antiguos manuscritos, es lo siguiente:

En 1213, á los pocos días de la batalla de Muret, malhadada rota en la que D. Pedro de Aragón *el católico* y la nación provenzal perdieron, el primero su vida y la segunda su independencia y libertades, presentóse á la puerta de Poblet un caballero, que tal parecía por su armadura y arreos. Ginete y caballo llegaban maltrechos y fatigados, como quienes venían de larga y tal vez peligrosa jornada. Pidió el caballero hablar con el abad, que al parecer lo era D. Pedro de Curtacans, aun cuando en esto no andan claros los manuscritos; y encerrados entrambos en la celda abacial, tuvieron larga y detenida plática. Ya el caballero no volvió á salir del monasterio, y poco después contaba la comunidad con un nuevo monje que nadie sabía quién era, ni cómo se llamaba, ni de dónde había venido. Retraído, huraño, sin hablar ni comunicarse con los demás hermanos, recatando el rostro cuando podía ser visto de gente forastera, el monje misterioso vivió algunos años en el cenobio, extraño á todo y á todos, y sin más trato que el de haberse llegado á conferenciar con él un día, y en secreto, el magnate D. Pedro Ahones, á quien las

Cortes de Lérida de 1214 habían nombrado gobernador general de Cataluña durante la menor edad del rey D. Jaime I.

Cuando murió el monje misterioso, mandáronse quemar sus papeles, ropa y muebles de su celda por orden expresa del abad, que lo era á la sazón D. Ramón de Hostalrich, y fué enterrado, en lugar aparte y como recóndito, dentro del cementerio de los monjes. La circunstancia de haber llegado al monasterio pocos días después de la batalla de Muret, en la que sin duda estuvo y tomó parte, siendo quizá también el portador de la infausta noticia, puede hacer pensar si sería alguno de los capitanes de D. Pedro, que, por no haber sabido salvar á su rey ó morir con él, fué á encerrar su vergüenza en el fondo de un claustro, ó también, quizá, alguno de aquellos caballeros y trovadores de Provenza, que, tras de la fatal jornada de Muret, perdida toda esperanza, abandonaron para siempre su patria viniendo á buscar en Cataluña amiga hospitalidad é ignorada tumba.

Referido esto que por lo curioso vino á interrumpir nuestro relato, volvamos á seguir la emprendida tarea.

La casa de los condes de Urgel, tan poderosa y primada, que por ser originaria de los condes de Barcelona no reconocía superior,

tenía en Poblet varios sepulcros, principalmente en la capilla de los santos Evangelios, llamada también de los condes de Urgel por estar á cargo de esta casa, que erigió en ella su enterramiento.

Entre los muchos miembros de esta familia allí sepultados, estaba Armengol VIII de Urgel y su esposa Elvira, condesa de Subirats, que murió en 1228, y á la cual las leyendas, y sobre todo las canciones de los trovadores provenzales, presentan como una de las damas más hermosas, gallardas y galantes de su tiempo.

También tenía allí humilde y pobre tumba la triste Doña Leonor de Aragón, hermana de D. Jaime, último conde de Urgel.

Las crónicas de Poblet hablan largamente de esta señora, y hay que consagrarle unas líneas.

Conocidos son de todos los trascendentes sucesos que siguieron á la muerte, sin hijos, de D. Martín *el humano*. Varios fueron los pretendientes al trono vacante, pero ninguno, ciertamente, con más derecho y justicia que Don Jaime, conde de Urgel, que era también el que con mayor partido y más adictos contaba, singularmente entre los catalanes. No hubo, sin embargo, de reconocerlo así el parlamento de Caspe, cuyo fallo convinieron en aceptar to-

dos los pretendientes, deponiendo los unos las armas, suspendiendo los otros las hostilidades. Fué el elegido D. Fernando *el de Antequera*.

Entonces el conde de Urgel, que contaba con el amor de los catalanes, y á quien su madre Doña Margarita de Monferrat repetía á cada momento: *Hijo, ó rey ó nada*, se rebeló contra el fallo de los jueces de Caspe, é invocando su derecho, se levantó en armas. Tan infieles le fueron éstas como la justicia. D. Jaime, preso en Balaguer, se vió desposeído hasta de sus estados de Urgel, y enviado al castillo de Jativa por su victorioso rival D. Fernando. Allí estuvo prisionero algunos años, y allí pereció desastradamente, por mandato, según cuentan, del que ocupaba el trono que á él pertenecía.

Tenía el conde de Urgel una hermana, Doña Leonor de Aragón, á la cual su padre dejó heredera de la baronía de Entenza y feudo de Balaguer, á falta de sus hermanos. Cuando el rey D. Fernando desposeyó de sus estados al sobredicho conde D. Jaime, poseía Leonor, entre otros, el lugar ó villa de Menargues, lo cual no impidió que el rey se lo vendiera al monasterio de Poblet. Comprendió Doña Leonor que á la caída de su hermano seguiría ineludiblemente la suya, y se apresuró á nombrar su heredera universal, por escritura del 4 de marzo de 1427, á Doña Cecilia de Aragón y Cabrera,

mujer que había sido de D. Bernardo de Cabrera, conde de Módica en Sicilia y vizconde de Cabrera en Cataluña, la cual puso pleito al rey y al monasterio de Poblet sobre el dicho lugar de Menargues; pero el rey entonces, desentendiéndose de la instancia de Doña Cecilia, mandó proseguir el proceso de inobediencia y rebeldía contra Doña Leonor, á quien se confiscaron sus bienes por suponerse que había recaído en el mismo crimen que su hermano.

La infeliz Doña Leonor se vió entonces desprovista de todo, abandonada de todos, sin recursos, sin asilo, sin hogar, sin patria, y la descendiente en línea recta de los reyes de Aragón, que habían asombrado al mundo con la fama de sus hechos y la esplendidez de sus riquezas, se encontró de pronto tan perdida de bienes y tan falta de recursos, que hubo de pedir á la caridad pública el amargo pedazo de pan con que proveer á su necesario sustento; grande ejemplo de la humana ingratitude.

Pero aún no paró en esto su miseria, que todavía le guardaba el cielo mayor humillación y trance más duro. Por alguna misteriosa serie de sucesos, que no me ha sido fácil averiguar—pues que las crónicas de Poblet y las memorias que de aquella infeliz señora existen, sólo citan los hechos como si tuvieran miedo y rubor de ahondar en ellos;—por alguna

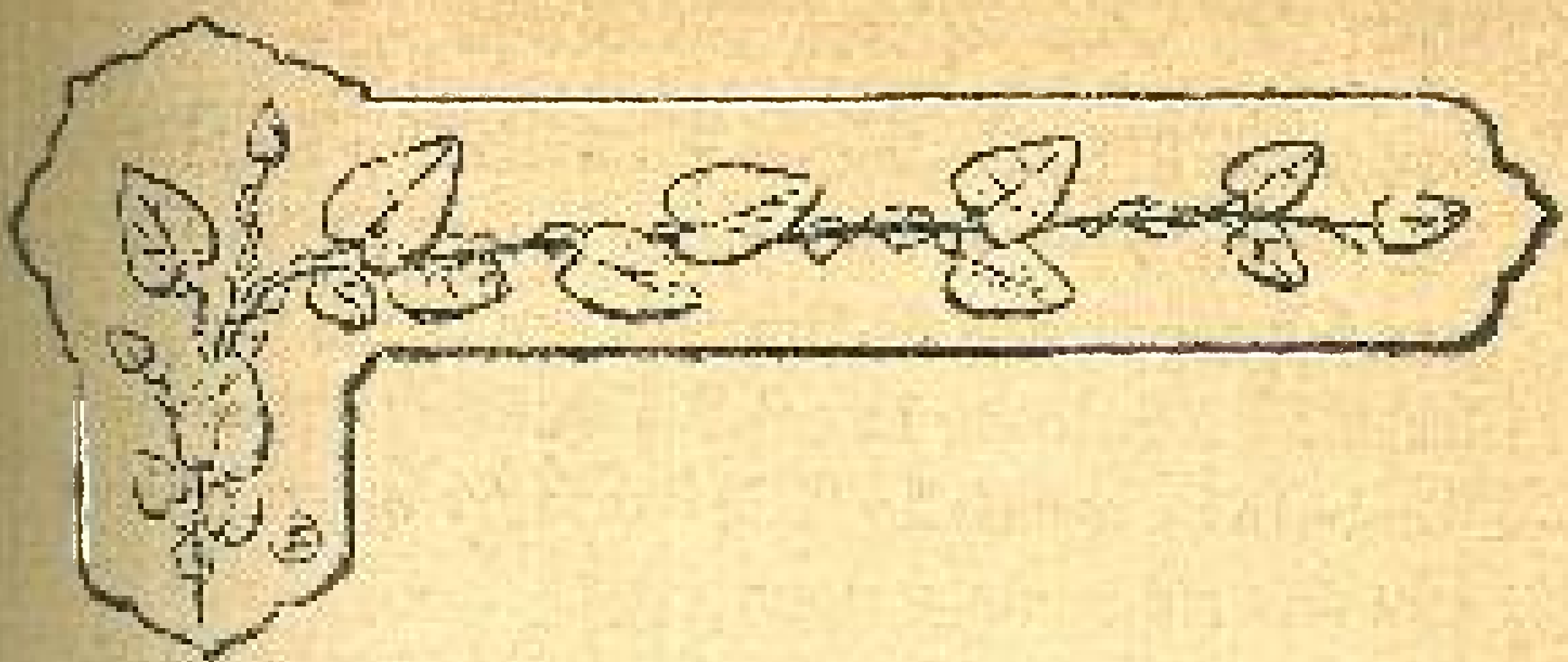
misteriosa serie de sucesos, repito, Doña Leonor vino á ser penitente de un Fr. Pedro Cerdán, su confesor, discípulo y amigo de San Vicente Ferrer, de aquel San Vicente Ferrer, varón eminente, es verdad, apóstol egregio á quien con justicia se venera en los altares, pero que, hombre al fin, no pareció ciertamente haber obedecido á las inspiraciones del cielo ni á las del derecho y de la justicia, influyendo contra el conde de Urgel tan obstinadamente como lo hizo, cuando el parlamento de Caspe. Aconsejada por Fr. Pedro Cerdán, Doña Leonor decidió abandonar el mundo y retirarse á una ermita llamada de San Juan Bautista, distante una legua de Poblet, en donde vivió con increíble abstinencia, descalza, vestida de ásperos cilicios, devota imitadora de la Magdalena, hasta su muerte, ocurrida en 1430.

Los cronistas de Poblet, precisados á guardar silencio sobre los sucesos de la vida de Doña Leonor, subsanan su laconismo forzado con grandes alabanzas á la penitente y á la mártir; dicen que murió en olor de santidad, la llaman venerable, y cuentan que Fr. Pedro Marginet, otro eremita de quien falta aún hablar, vió subir al cielo el alma de Leonor conducida en triunfo por los ángeles, apoteosis arrancada tal vez á la conciencia de aquellos historiadores obligados á hacerse cortesanos de la muerta

por impedirles ocuparse de la viva la implacable censura de su época. La triste Doña Leonor fué sepultada de limosna, en tierra llana, al lado izquierdo de la capilla que sus ascendientes habían ayudado á levantar y engrandecer con sus riquezas y donativos.

Era también esta capilla panteón de los señores de Cabrera, vizcondes de Ager, emparentados con la casa de Urgel y sucesores de su título. Raza turbulenta que nunca permaneció inactiva, fué la de Cabrera. Nuestras crónicas catalanas están llenas de sucesos referentes á esta casa batalladora, para la cual no había punto de descanso, ni paz ni tregua, siempre en actividad de combate, y siempre en lucha abierta, cuando no con los enemigos de la patria, con sus vecinos y con sus propios señores los condes de Barcelona y reyes de la Corona de Aragón. Varios de los Cabrera sepultados en Poblet bajaron á sus lechos de piedra desde el mismo campo de batalla donde encontraron su muerte.

Otra de las casas que tenía sepulturas en Poblet era la de Moncada, primera entre las que llamaban de *los nueve varones de la fama*, tan esclarecida y alta que, por ser quien era esta familia y por tener que relatarse cómo murió uno de sus individuos allí enterrado, merece más detenido comentario y capítulo aparte.



VIII.

Las sepulturas de los Moncadas.—El caballero y el almogávar.—
La casa de Moncada.—Los varones de la fama.—El capitán Da-
pifer.—Glorias de los Moncadas.

MERECE en efecto muy especial men-
ción la casa de Moncada que, con la
de los condes de Barcelona, después
reyes de Aragón, y la de los condes de Urgel,
formó el núcleo y la fuerza de aquel estado,
ante cuyas sobrecrecientes glorias por todas
las tierras conocidas y todos los mares surca-
dos, palidecía el astro de los más principales
monarcas y más primadas naciones.

No era realmente en Poblet donde la casa
de Moncada tenía su panteón. Era en Santas
Creus, famoso monasterio cisterciense, rival
de Poblet en esplendor y alteza, sobre cuya
historia, maravillas, tradiciones y recuerdos se
me hubiera ocurrido decir mucho, si cuanto

hay que decir no estuviera ya en un libro recientemente publicado por D. Teodoro Creus Corominas (1). En aquel monasterio, á cuya fundación contribuyó principalmente un Moncada, era donde descansaban los más altos varones de esta casa señorial, junto á las tumbas de los reyes de Aragón Pedro *el grande* y Jaime *el justo*, y junto á la de aquel otro rey de los mares llamado Roger de Lauria.

La casa de los Moncadas sólo tenía en Poblet tres sepulturas. Era la una de Doña Aurembiax, hija de D. Ramón de Moncada, capitán famoso que murió en la conquista de Mallorca, esposa que fué de D. Ponce de Cabrera, conde de Urgel. Su sepulcro, primorosamente labrado, con divisas de Urgel y de Moncada, y

(1) Se titula esta obra *SANTAS CREUS, descripción artística de este famoso monasterio y noticias históricas referentes al mismo y á los reyes y demás personas notables sepultadas en su recinto*. Está impreso en Villanueva y Geltrú, establecimiento tipográfico de F. Miguel y Comp. Es un libro verdaderamente importante, que se lee con gran interés y se estudia con más provecho, en el que su autor D. Teodoro Creus, conocido y reputado en la república de las letras por otros trabajos de gran valía, ha sabido reunir con arte, discreción y talento cuanto de artístico, histórico y legendario tiene aquel grandioso monumento, citado siempre en Cataluña al par de Poblet. Y tan es esto así, que corre entre los catalanes como frase usual y vulgar la de *Poblet y Santas Creus*, ó mejor aún de *Poblet á Santas Creus*, como quien dice: de maravilla en maravilla, dando lugar con esta frase á que alguien creyera ser uno solo el monasterio. Por lo demás, fortuna ha tenido Santas Creus en hallar un cronista tan hábil y tan completo en D. Teodoro Creus.

sostenido por dos columnas, se hallaba en la capilla del santo sepulcro de Cristo, en la Galilea ó atrio de la iglesia.

En la misma capilla, y al lado del de Doña Aurembiax, con iguales divisas de Urgel y de Moncada, y en urna también de alabastro, veíase el mausoleo de Doña María de Moncada, primera mujer de D. Pedro de Aragón, hijo del infante D. Jaime.

La tercera sépultura de los Moncadas en Poblet, estaba en el cementerio de los monjes. Todavía se hallan hoy allí, elevados de tierra y encajados en la pared, á espaldas de la capilla de San Bernardo, nueve sencillos sepulcros. En el octavo, sin inscripción y con solo un escudo en el centro, yacen los restos de un D. Hugo Guillén de Moncada, cuya trágica muerte dió origen á que se contara un suceso que hasta nosotros trajo la tradición y que, por lo extraordinario y curioso, me place referir. Podrá ser tal vez una conseja, pero es de todas maneras un hecho y un episodio que caracterizan una familia y retratan una época.

La escena que voy á contar debió suceder en una fría y obscura noche de noviembre de 1268, á corta distancia de Santa Coloma de Gramanet, en un camino que bajaba al río Besós desde el castillo de Moncada.

Un hombre envuelto en una manta parduzca, según usaban los almogávares, se hallaba sentado en el suelo con la cabeza apoyada en un árbol. Hubiérase dicho que dormía. Nada de esto, sin embargo. No dormía, esperaba.

Cualquiera que hubiera podido observarle á través de la obscuridad que reinaba, hubiérale visto de pronto incorporarse bruscamente, avanzar la cabeza en ademán de interrogar los ruidos de la noche buscando entre todos uno que le fuese familiar, y después, como si este examen no le hubiese dado el resultado que esperaba, bajarse hasta tenderse en tierra y aplicar á ella el oído, permaneciendo así más de un minuto inmóvil, á manera de estatua yacente.

Al cabo de este tiempo se levantó satisfecho, y abandonando el árbol junto al cual había hasta entonces permanecido, fué á situarse en mitad del camino.

Unos minutos después un ruido comenzó á dominar los rumores de la noche. Era el trote de un caballo. Acercándose fué poco á poco hacia el sitio donde estaba nuestro hombre misterioso, y bien pronto vió éste surgir de entre las sombras la silueta de un jinete. Sin duda el que avanzaba vió también, á favor de la escasa claridad de las estrellas, dibujarse una sombra en mitad del camino, pues que inclinándo-

se sobre el cuello del caballo, gritó con voz robusta y varonil:

—¿Quién anda ahí?

—Un hombre que desea hablaros, —contestó el de la manta.

El ginete tiró la rienda y detuvo su caballo; pero al propio tiempo que se inclinaba de nuevo, como para descubrir mejor al que acababa de hablar, su mano derecha buscaba bajo la pellica en que iba envuelto el pomo de la daga, compañera inseparable entonces de los caballeros, daga pequeña y de agudísima punta que servía de arma arrojadiza á quienes, como el ginete de que hablamos, sabían dispararla con certero tino y á gran distancia. Quizá el de la manta se apercibió de este manejo, pues hizo un movimiento como para adelantarse, deteniéndole solo la voz del ginete.

—Dí cuanto quieras sin avanzar un paso, ó te arrojo mi daga; y por la sangre de Cristo Nuestro Señor, que no erraré de una pulgada tu corazón.

El desconocido, que había dejado caer el embozo de su manta, se cruzó de brazos, y dijo, mientras una sonrisa indefinible asomaba en sus labios:

—¿D. Hugo de Moncada tiene miedo?

—¡Villano! —gritó el ginete. —¿Cuándo has visto ó has oído decir que hubiese temblado un

Moncada? Perdónote tu insolencia en gracia de que me digas pronto lo que de mí deseas: pero, antes de todo, comienza por decirme tu nombre, ya que sabes el mío. ¿Quién eres?

—Soy Farech el almogávar.

—¿Y qué es lo que quiere Farech el almogávar á Hugo de Moncada?

—Una sola cosa... Su vida.

D. Hugo se irguió sobre la silla de su caballo, y sus ojos centellearon en la obscuridad.

—¿Mi vida dijiste, perro almogávar?... ¡Mi vida! ¿Y para qué necesita mi vida un miserable como tú?

—Porque la palabra de un villano vale lo que la de un caballero, y he prometido mataros.

—¿Y á qué perro judío ó moro has prometido la vida de un Moncada?

—Al vizconde de Rosanes.

Al oir Moncada el nombre de su enemigo capital y encarnizado, lo comprendió todo. El hombre que tenía delante era uno de esos, nacidos en la hez del populacho, que en aquella época alquilaban su brazo y su puñal á los caballeros para desembarazarles de cualquier enemigo demasiado poderoso ó demasiado temible para atreverse con él ellos mismos: así es que, en cuanto D. Hugo oyó el nombre de su enemigo, instantáneamente, con la rapidez

del rayo, desenvainó su daga y la arrojó con ímpetu al almogávar, clavando al mismo tiempo, con furia, el aguijón en los ijares de su caballo para hacerle saltar por sobre el cuerpo del asesino.

La daga partió, en efecto, disparada por la mano de D. Hugo, pero fué á clavarse en el árbol en que antes se apoyara Farech; el caballo saltó, en efecto, por encima de un cuerpo, pero no de un cadáver.

También el almogávar lo había comprendido todo á su vez, y con la misma presteza que en la acción puso D. Hugo, se tiró al suelo para evitar la daga y dejar pasar el caballo, que, á mantenerse en pie, le hubiera derribado de seguro. Fué, sin embargo, tan instantáneo el saltar D. Hugo por encima de su cuerpo, como el ponerse de pie el almogávar, emprender tras del caballo, montar en grupa de un bote, y ceñir al jinete con una de aquellas correas de que iban siempre provistos los almogávares para sujetar sus azconas ó aprisionar á sus enemigos, teniendo algunos de ellos la habilidad, y Farech era de este número, de arrojarlas como un lazo.

Cuando D. Hugo quiso hacer un movimiento de resistencia, estaba ya atado.

El almogávar paró el caballo, apeóse, levantó á D. Hugo de la silla con la misma facilidad

que lo hubiera hecho con un saco de plumas, y lo depositó en el suelo.

El asombro por un lado, y por otro la rapidez de la ejecución, habían paralizado la lengua del caballero.

—D. Hugo, os dije que los villanos al dar una palabra saben cumplirla. Sois mío ya. Rezad vuestras oraciones y poneos bien con Dios. Vais á morir.

No le espantaba la muerte al de Moncada. La había visto muy á menudo y muy de cerca en los campos de batalla. Una idea cruzó, sin embargo, como un rayo por su mente, y mirando cara á cara al almogávar,

—Farech,—le dijo,—¿cuánto te dieron por mi vida?

—Me han llenado de morabetinos el casco (1).

—¡Torpe! Te lo hubieran llenado cinco veces lo menos, si hubieses sabido hacerte valer. Yo te lo llenaré estas cinco veces como me salves la vida.

—No puede ser, D. Hugo. Dí mi palabra, y me han pagado anticipadamente.

—Te lo llenaré seis, diez veces.

—Aunque fuesen ciento; aunque me diéseis, construído de oro macizo, el castillo de vuestro hermano el Senescal que asoma allí arriba.

(1) Cada morabetino equivalía á unos cuatro reales.

D. Hugo comprendió que no había dado con un asesino vulgar, y se dispuso á morir.

La frente del almogávar se había, sin embargo, nublado. El caballero siguió en el rostro de Farech la impresión de sus sentimientos, y esperó.

—No,—dijo al cabo de un instante el almogávar:—no puedo dejar de mataros, porque sería deshonorarme. He recibido la paga, y he dado mi palabra; pero puedo hacer otra cosa.

—¿Cuál?

—Matar al vizconde de Rosanes luego de haberos matado á vos.

Un rayo de gozo iluminó el semblante de D. Hugo. El placer de la venganza le hacía grata su misma muerte. Los hombres de aquel siglo eran de este temple.

—Que me place,—dijo.—Hubiera querido, bien lo sabe Dios, matarle por mi propia mano y en singular combate; pero ya que esto no puede ser, acepto tu oferta. Te llenaré cinco veces tu casco de morabetinos.

—No sería justo tampoco, y me deshonoraría también,—contestó con cierto tono de hidalguía el almogávar, que por lo visto entendía el honor á su manera.—Os cobraré sencillamente por su vida lo que me dió por la vuestra; y sale ganando, que no vale lo que vos. ¿Os acomoda el precio?

—Me acomoda. Falta ahora arreglar las condiciones del contrato.

—Son muy sencillas. Vais á darme vuestra palabra de honor de volver á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas. En seguida os soltaré la correa, montaréis en vuestro caballo, os llegaréis al castillo del barón, vuestro hermano, y volveréis con el precio convenido. En cambio, yo os daré á mi vez la palabra de que antes de tres días habrá muerto el vizconde de Rosanes.

—¿Puedo estar seguro de que cumplirás tu palabra?

—Como yo lo estoy de que vos, D. Hugo, cumpliréis la vuestra, volviendo á este sitio dentro de dos horas, solo y sin armas.

—Mi palabra tienes, almogávar. Desata la correa.

—Y vos tenéis la mía, D. Hugo. Id en paz. Farech aflojó la hebilla de la correa que sujetaba al caballero, y ya ni uno ni otro se dijeron más palabras.

Extraño contrato, ¿no es verdad?

Y sin embargo, uno y otro de los contrayentes lo cumplieron al pie de la letra.

A las dos horas estaba de vuelta D. Hugo con el precio estipulado: á los pocos instantes había dejado de existir, y tres días después de esta muerte, los servidores del vizconde de Ro-

sanes, que tenía su castillo cerca de Martorell, viendo que su señor tardaba en volver de la caza á que había partido muy de mañana, fueron á registrar el bosque y le encontraron bañado en sangre y cadáver al pie de un grupo de álamos. Junto á él recogieron una ensangrentada azcona de almogávar.

Y ahora que he contado, tal como me la contaron, la leyenda del Moncada que yace en la tumba del cementerio de los monjes, permitiéndome sea decir algo de aquella insigne familia, cuyo nombre no se puede citar sin un recuerdo.

¿Quién no oyó hablar de esa raza de héroes? ¿Qué hecho de armas notable, qué gran hazaña, qué gloria tiene Cataluña, á que no vaya unido el nombre de un Moncada?

Era hereditario en los Moncadas el título de senescal de Cataluña, y servían á los condes de Barcelona más como aliados que como súbditos, siendo frecuentes en la historia las ocasiones en que por agravios recibidos se les ve alzar pendones contra los condes, sus señores, y luchar abiertamente con ellos, corriendo sus tierras y negándoles pleito homenaje.

Cuando Otjero Katalon, según cuentan las tradiciones, capitán que había sido de Carlos Martel, emprendió la reconquista de Cataluña, nueve estrenuos varones ó capitanes acometie-

ron con él la empresa, siendo, por tan heróica resolución, apellidados *de la fama*. Entre estos nueve varones se hallaba, figurando en las crónicas como el primero, Naufer, Napifer ó Dapifer de Moncada.

De él tuvo origen la casa de este nombre en Cataluña. Los Moncadas comienzan, pues, á figurar en el primer periodo de nuestra historia, en el primer albor de nuestra independencia. Más antigua es en Cataluña su raza que la de los mismos condes de Barcelona. Dapifer es una grandiosa y soberbia figura de los tiempos de la reconquista, y cuando Otjero Katalon exhaló su último suspiro ante las murallas de la sitiada Ampurias, legó á Dapifer la continuación de su empresa y de su venganza. Tomó Dapifer el mando de la hueste, y fué, de hazaña en hazaña, de gloria en gloria, á clavar el pendón triunfante de la cruz sobre los torreones de la subyugada Urgel. Debía aún nacer el fundador de la casa de Barcelona, cuando estaban ya cansados los Moncadas de conquistar ciudades y sujetar reyes moros.

Y ahora, sabido ya el origen de esta casa de egregios varones catalanes, vayamos á indagar el de su apellido, sobre lo cual hay varias opiniones.

Es una de ellas la de que Dapifer tenía su campamento, según costumbre de entonces,

cerrado con una cadena que servía de muro, empalizada ó palenque entre los cristianos competidores y sus enemigos los moros. Supónese que con motivo de esta cadena se empezó á llamar al monte de los Pirineos, donde tenía Dapifer su campo, *monte catenato*, y al señor de aquel campamento, *el capitán de Montecatenato*, ó Dapifer de Montecatenato, cuyo nombre, corrompiéndose, se transformó en Moncada andando el tiempo.

Otra opinión, que no se aparta mucho ciertamente de la anterior, asegura que Dapifer tenía su campo fortificado en la montaña de Canigó, en aquellos tiempos llamada *Canaco* ó *Caco*, viniendo de ahí el llamársele Dapifer de Montecaco ó Montcaco, nombre que alterándose se convirtió en Moncada.

Cuando la conquista de Barcelona por Ludovico Pío á principios del siglo ix, un hijo ó nieto de Dapifer, al frente de un puñado de cristianos, tomó á los moros una torre ó atalaya que tenían sobre el que luego se llamó *Coll de Moncada*, y en aquel sitio echó los cimientos del que hubo de ser con el tiempo fortísimo castillo é inexpugnable ciudadela. No falta, empero, quien crea, y de este parecer es Zurita, que la casa de Moncada tomó este nombre y título de la baronía de Moncada, en la época de D. Ramón Berenguer IV *el grande*. Llobet

y Vall-llosera, en una erudita memoria sobre esta casa, presentada á la Academia de Buenas Letras de Barcelona, cree que los Moncadas tomaron su nombre del monte y del castillo, en lugar de dárselo.

Lo cierto es que desde entonces fué aquella la mansión señorial de los Moncadas, y allí, en lo alto del monte que se alza como centinela gigante en los límites de las llanuras de Barcelona y del Vallés, comenzaron á anidar aquellas águilas soberbias de la nobleza catalana y á reproducirse aquella familia, siempre turbulenta y siempre independiente, que había de enlazar con los príncipes y señores más poderosos de la tierra, que había de dar tan grandes capitanes á su patria, tantos nombres ilustres á la historia, tantos héroes al drama, y que había de prestar, finalmente, asunto interesante á los trovadores para sus más románticas consejas y peregrinas leyendas.

Larga y muy entretenida tarea sería la de reseñar las glorias todas de esta raza: me limitaré á citar algunos hechos principales.

Dejemos á un lado al capitán Dapifer, tronco de esta familia, el primer varón ó *barón de la Fama*, según le llaman las crónicas, que ganó á Urgel y rindió tres reyes moros; no hablemos tampoco de aquel Moncada que, según una poética leyenda, montó á la grupa del ca-

ballo de San Jorge, trasladándose por los aires desde Antioquía á la llanura de Alcoraz, y tomando parte el mismo día y á la misma hora en dos batallas; y demos al olvido la conseja de aquel otro Moncada, que agraviado por un arzobispo de Tarragona, esperóle al paso una noche y le mató, fundando luego el monasterio de Santas Creus en penitencia de su crimen. Por bellas que sean estas tradiciones, la crítica histórica las rechaza, y la familia de que hablamos no tiene afortunadamente que recurrir á la fábula para buscar dramáticos episodios y hazañas caballerescas realzadas por la poesía de la gloria.

Ninguna expedición contra moros, ninguna empresa grande tomaron á su cargo los condes de Barcelona, que no fuera contando con algunos de los Moncadas entre sus más valientes y atrevidos capitanes. Esta noble familia, cuyas glorias van unidas á todas las de aquellos tiempos, figura por medio de dignos representantes y esforzados varones en la expedición de los catalanes á Andalucía á comienzos del siglo xi; en la reconquista de Barcelona por el conde Borrell; en la empresa contra las Baleares, llevada á cabo por el conde D. Ramón Berenguer III; y en las conquistas de Lérida y de Fraga, venturosamente realizadas por D. Ramón Berenguer IV. En la toma de Tortosa, tan

señaladamente se distinguió un Moncada, que el conde le dió en feudo la tercera parte de la ciudad por sus servicios; á este mismo Moncada se debió muy principalmente el enlace del conde D. Ramón Berenguer con Doña Petronila, lo cual trajo la unión de Cataluña y Aragón; y mientras un Moncada se enlazaba con una hija del monarca aragonés, D. Pedro *el católico*, otro tomaba por esposa á la condesa del Bearn, emparentando así con dos casas reales.

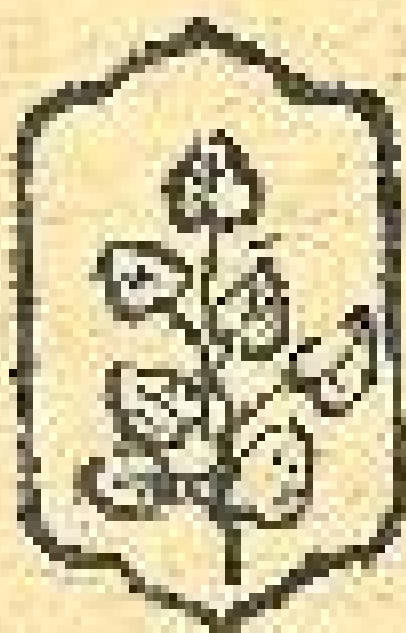
Dos Moncadas, yendo en la armada de Don Jaime, son los primeros en tomar tierra en Mallorca y los primeros que riegan con su sangre aquellos campos, abriendo paso su muerte á las huestes del *conquistador*, quien detiene todo un día su victoria para consagrarlo á llorar sobre sus cadáveres y á rendir fúnebres honores á aquellos dos heraldos de la conquista: los Moncadas, senescales perpetuos de Cataluña, pasan á ser también procuradores generales de Aragón: una hembra de su familia, Doña Constanza, enlaza con el príncipe D. Alfonso; como más tarde otra, Doña Guillerma, ha de enlazar con el príncipe D. Pedro; como otra, Doña Elisenda, ha de ser, andando el tiempo, mujer de Jaime II, reina de Aragón, y, muerto su esposo, fundadora y primera abadesa del monasterio de Pedralva; y como, finalmente, otra

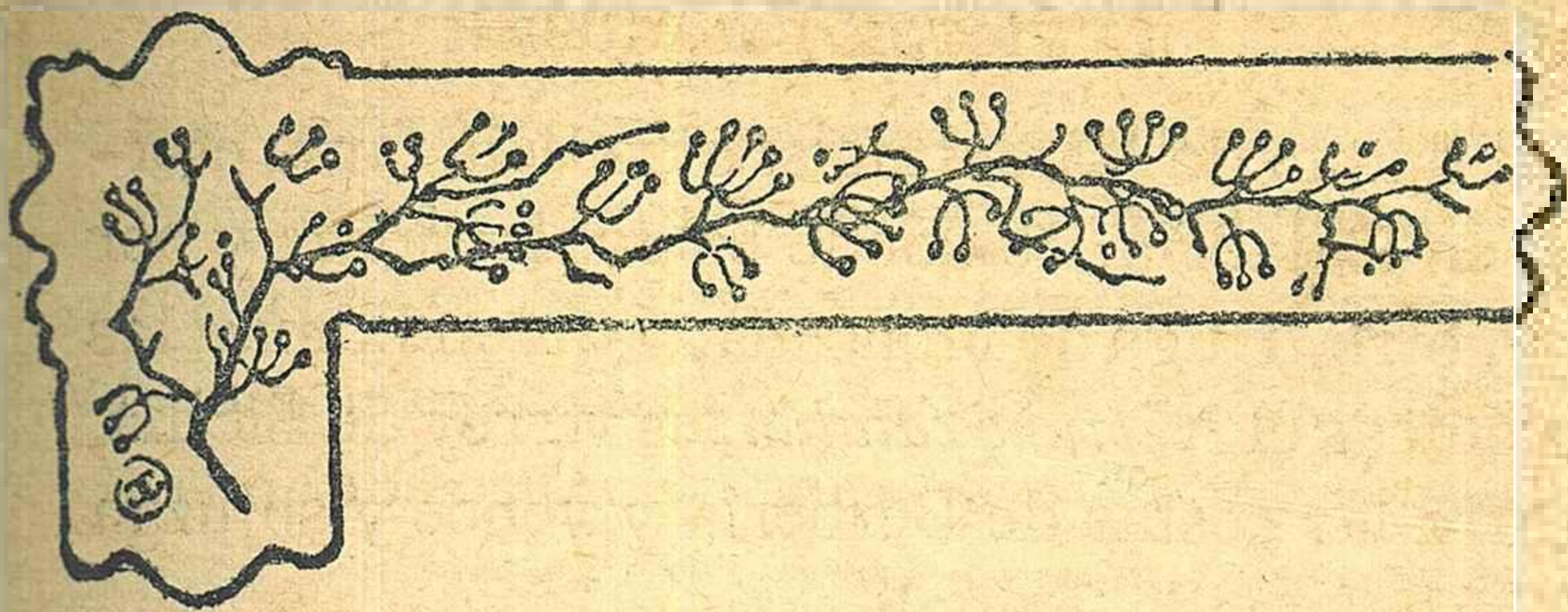
Doña Guillerma, émula de la varona castellana María Pérez, es ilustre capitana, monta á caballo, pone á cerco castillos, entra á saco ciudades, y, tan esforzada en armas como diestra en letras y en leyes, debate con los monarcas y los prelados, discute ante todos los tribunales, y con arrolladora elocuencia truena contra todas las gerarquías y condiciones.

Un Moncada es gran almirante de Aragón en tiempo de D. Pedro IV, vence en Estepona á una armada de moros, socorre á los aragoneses y catalanes de Sicilia, y es almirante de la escuadra que el monarca aragonés envía contra Mallorca y su rey D. Jaime: otro es condestable del reino, y en Sicilia caballeroso defensor de la reina Doña María: otro es gobernador general de Cerdeña y Córcega primero, de Mallorca después, y brilla lo mismo en el campo de batalla, donde es el primer héroe, que en los parlamentos, donde es el primer orador: otro toma parte en los bandos de Aragón antes del parlamento de Caspe y figura en las asambleas de Mequinenza y de Tortosa: otro libra á la reina Doña Blanca de Sicilia cercada en el castillo de Marqueto, socorre á la reina Doña Juana de Nápoles, se señala en la guerra de Córcega y pelea valerosísimamente en Nápoles con Sforza: otro conquista á Argel: otro defiende á Puigcerdá: otro es el capitán de más fama

del duque de Valentinois: otro deja fama eterna en Calabria, de donde es gobernador; y por fin, otro, Hugo de Moncada, á quien llaman las crónicas el *Neptuno catalán*, es virrey de Sicilia, corre las costas de Berbería y vence y sojuzga á la indomada Trípoli.


Tal era esta casa. El viajero que visite las ruinas de Poblet ó las de Santas-Creus, no debe pasar indiferente por junto á los sepulcros de los Moncadas sin saludarlos con respeto y sin recordar que los que allí yacen fueron, y son sus nombres todavía, gloria y timbre de la patria.





IX.

Los sepulcros de personas y familias distinguidas.—La tumba de Fray Pedro Marginet.—Los monjes bandoleros.—La Morena del Mas.—Fray Anselmo Turmeda.—La conversión de Marginet.—Su vida penitente.—Sus portentos y milagros.

OMO los Moncadas, otras familias de los nueve *varones de la fama*, tan renombrados en nuestras crónicas, y á quienes dieron celebridad y origen los primeros capitanes de la reconquista, tenían panteones y sepulturas en Poblet. Eran estas familias las de Pinós, Cervera, Cervelló, Anglesola y Ribelles. Varios de sus individuos descansaban en el monasterio, ya en sencillas urnas que estaban en el cementerio de los monjes ó en el claustro, ya en ricos y opulentos mausoleos esparcidos por las capillas del templo.

Para no fatigar al lector con una pesada enumeración, citaré sólo los más principales, aquellos de quienes creo debe consignarse un recuerdo, como tributo á su honrada memoria.

En una urna del cementerio común estaba D. Ramón de Cervera, señor de Cadóz y de la Espluga, capitán famoso que mandaba las huestes del conde D. Ramón Berenguer IV cuando fueron arrojados los moros del territorio en que luego se fundó Poblet.

La casa de Anglesola tenía varias sepulturas. En una de ellas se guardaban los restos de D. Guillén de Anglesola, señor de Bellpuig, que murió en 1159, y otra era un panteón, que se alzaba en la capilla de Santa Magdalena, sobre cuya magnífica urna de alabastro se veían las estatuas yacentes de D. Bernardo de Anglesola, señor de Miralcamp, y de su esposa Doña Constanza, allí enterrados.

Muchas eran las personas principales que tenían su sepultura en Poblet, siendo en número tan extraordinario, que abruma la sola idea de dar detallada cuenta. Pablo Piferrer llamaba á Poblet *el templo de los sepulcros*, y dice con gran verdad que jamás hubo otro que poseyera tanta riqueza de monumentos sepulcrales, ni donde mejor que en él pudiera el artista hacer un estudio completo de las sepulturas góticas de todas épocas, desde las fúnebres y sencillas urnas levantadas en las paredes de los claustros, hasta el trabajado sarcófago de los monarcas.

A cada paso encontraba el viajero lápidas

mortuorias con nombres de gran resonancia en la historia: D. Jaime Zarroca, obispo de Huesca y canciller del rey D. Jaime, cuya urna se veía majestuosamente coronada por una estatua de hábitos pontificales; D. Guillén de Alcarraz, así llamado porque ganó á los moros el lugar y el castillo de aquel nombre; D. Ponce de Perellós, embajador de Cataluña en diversos puntos; D. Rodrigo de Rebolledo, barón de Montclús, capitán insigne, que fué sepultado en la urna labrada para el *Prohom vinculador*, vizconde de Cardona, cuando se trasladaron estos restos á la que dejamos descrita al hablar de los panteones de aquella casa.

Allí tenían tumbas más ó menos espléndidas las familias de Zacirera, Alañá, Boxadors, Alayá, Vallebrera, Timor, Castelloni, Castro, Copons, Sanahuja, Grañera, Guimerá, Montpahó, Torba, Marta, Montpalau, Rocafort, Morell, Puigvert, Mur y Senhero: allí se guardaban los restos de muchos prelados y príncipes eclesiásticos, de los abades de Poblet y de varios monjes de la casa que, por sus virtudes ó servicios, merecieron enterramiento singular.

Pero entre tantos y tan suntuosos sepulcros como había en el templo, uno solo era el visitado con verdadera curiosidad, con devoción y fervor, principalmente por el vulgo, que acudía atropellado á preguntar por él. Verdad es

también que el monje encargado de acompañar á los visitantes y de enseñarles las curiosidades del templo, les coñducía, aun sin ser solicitado, y aun con preferencia á las mismas sepulturas regias, á la capilla de las santas reliquias ó de San Salvador, donde estaban los restos mortales del que era objeto de singular y expresiva veneración, mostrándoles devotamente un nicho levantado de tierra en la pared inmediata á la Epístola. Tenía este nicho una ventanilla con una reja de hierro dorado, que permitía ver una sencilla tumba cubierta con un magnífico damasco rojo, y al rededor de ella este letrero:

Hic jacet venerabilis P. Fr. Petrus Marginet.

Hay que referir la historia de este monje, ya que sería imperdonable su olvido, pues constituye una de las leyendas de Poblet; pero debe referirse de manera que no pierda su sello especial y característico, y resulte con aquel color distintivo de prodigios y milagros con que la cuentan los cronistas de la casa, y que tanto extendió la fama del monje, aceptado como venerable por la iglesia y como santo por el pueblo.

Allá por los años de 1409, siendo abad de Poblet D. Jaime Carbó, vivía en el monasterio un monje alto, moreno, gallardo, joven, de buenas maneras y mejores facciones, con crédito y fa-

ma tales de perfecto religioso, que le valieron el cargo de bolsero, cuya ocupación le permitía disfrutar de mayor independencia, facultado como se hallaba para ir donde bien le acomodase so capa de proveer, cobrar ó satisfacer.

Un día sucedió que, pasando por la calle principal de una villa no muy lejana de su convento, acertó á levantar, por casualidad, la cabeza, que por prescripción y costumbre llevaba siempre baja, y pudo ver á través de una celosía dos rasgados ojos negros relucientes como dos carbunclos, que le miraban de una manera extraña.

Sintió el buen padre latir su corazón bajo el fuego de aquella mirada; apretó el paso para alejarse, y por la noche su asiento quedó desocupado en el refectorio, ayunando por espíritu de contrición.

Una, y otra, y varias veces en días sucesivos, volvió el joven monje á ver aquellos dos rasgados ojos negros que parecían haberse clavado en su corazón y que le acompañaban ya por todas partes, pues es fama que los veía en el silencio y soledad de su celda, en medio de los mismos ayunos y penitencias á que despiadadamente se entregaba para librarse de una visión convertida para él en febricitante vértigo.

Pero ya con esto llegó un día en que, al pasar por la misma calle y casa, y abierta de par

en par la ventana, pudo ver la más adorable mujer, cuya tez hubiese dorado jamás el sol de España.

Era una mujer muy conocida en la comarca, de singular hermosura y de costumbres francas y verdaderamente varoniles, á quien llamaban *la Morena del Mas* por ser la propietaria de una deliciosa casa de campo ó granja que existía en el centro del frondoso y agreste bosque del Tillar.

Los cronistas populetanos no pasan porque fuese aquella mujer la arrogante y seductora *Morena del Mas*, y sientan que era el mismísimo Satán en forma de encantadora hembra para conseguir la prevaricación del monje. Y acaso no andaban desacertados en su juicio, pues no fué, de seguro, aquella la vez primera en que se vió al demonio parapetarse tras los ojos, negros ó azules, de una mujer hermosa.

De todos modos, y sea de ello lo que fuere, la *Morena del Mas* era la penitente, la amiga ó la parienta de un religioso del convento de franciscanos de Montblanch, llamado Fr. Anselmo Turmeda, varón de reconocido saber y de gran palabra y elocuencia, cuyos famosos y notables sermones había tenido Fr. Marginet ocasión de oír y admirar repetidas veces.

Por medio de la *Morena del Mas* llegaron á intimar Turmeda y Marginet, haciéndose gran-

des amigos y compañeros, y viviendo largo tiempo en estrecha y cordial fraternidad; pero siempre sojuzgado Marginet á Turmeda, á quien miraba como hombre de gran talento, juicio confirmado más tarde por la historia, aun cuando comenzara ya á murmurarse en Montblanch y en sus alrededores de la conducta un tanto misteriosa y un tanto relajada del fraile franciscano.

Ocurrió por entonces la muerte del rey de Aragón D. Martín *el humano*, que murió sin hijos, terminando con él la línea masculina de los condes de Barcelona en el trono, y el país quedó entregado al embate y discordia de las pasiones, avivadas por el celo y las intrigas de los pretendientes que se presentaron á disputar la corona, algunos con las armas en la mano. Por algún tiempo, que venturosamente no se prolongó mucho, gracias á la sensatez y cordura de los prohombres de Aragón y Cataluña, el reino ardió en bandos y en discordias, y la consternación y el terror se apoderaron de los ánimos, siendo nuncio todo de trastornos y catástrofes.

Fué entonces cuando, á principios de aquella época turbulenta, y corriendo el año 1410, comenzó á decirse que en el Mas del Tillar, en la casa de aquella morena de rasgados ojos negros, se reunían los partidarios de uno de los

pretendientes al trono vacante, acudiendo allí mucha gente de siniestro aspecto, y congregándose por las noches, á favor de la obscuridad, en tumultuosa asamblea.

Un día se encontraron colgados de un árbol del bosque dos hábitos religiosos, uno de cisterciense y otro de franciscano, y el mismo día se notó en el monasterio de Poblet y en el convento de Montblanch la desaparición de Fray Anselmo de Turmeda y de Fr. Pedro Marginet. No bien se halló á faltar á los dos religiosos en sus respectivos conventos, cuando se comenzaron á referir y ponderar hazañas de dos famosos bandoleros que recorrían los montes vecinos, usando traje de caballero y acompañados de una mujer vestida de hombre. Decíase que derramaban dinero en abundancia, y que con él se hacían servir ricamente en los mesones, seducían á las muchachas de los pueblos, y sólo con el puñal ó la ballesta respondían á las autoridades y jurados que intentaban parar sus desafueros.

Eran, efectivamente, aquellos dos bandoleros los dos monjes de Montblanch y de Poblet, y la mujer que en traje varonil solía acompañarles la *Movena del Mas*.

En vano el abad de Poblet hacía recorrer sus bosques y las montañas vecinas por los monteros y servidores de la casa; en vano los jura-

dos de Vallclara y otros pueblos y el mismo veguer de Lérida intentaron pesquisas y levantaron somatenes para dar con ellos: su astucia les hizo evadir siempre la justicia, y sus fechorías fueron creciendo en tanto grado, que de ellos se hablaba en todas partes, llegando á ser el verdadero terror de la comarca.

Todo lo intentaban y á todo se atrevían los dos bandoleros. No había sagrado que les contuviera, justicia que no burlasen, honor que no atropellaran, leyes que no desobedeciesen. Unas veces solos, ó acompañados cuanto más de la gallarda moza que les seguía; otras ayuntándose con los partidarios de alguno de los bandos en armas; á veces rumbosos y galanes, otras crueles y asesinos; escalando conventos de monjas, saqueando castillos y masías, poniendo á contribución los pueblos, riñendo verdaderas batallas con sus perseguidores, despojando á viajeros, apoderándose de personas determinadas y sometiéndolas á rescate, corriendo toda suerte de aventuras y héroes en toda clase de desmanes, llegaron á tal punto de crecimiento y fama, que más de una vez, según parece, hubo de pensarse seriamente en tratar con ellos y llamarles á partido, ofreciéndoles con el perdón de sus maldades empleos y hasta honores que satisfacer pudieran su codicia.

Pero vino en esto el año de 1413, habiendo

entrado á regir la abadía de Poblet D. Juan Martínez de Megucho, y aun cuando quedaban en Cataluña restos de los bandos que se habían disputado la corona, todo parecía encaminarse á la paz, con la aceptación por rey de D. Fernando *el de Antequera*. Cada establecimiento volvió á su antiguo orden y disciplina, y sucedió entonces que llegaron á formal rompimiento los dos bandoleros, sin que las memorias que existen nos digan la causa, como no sea la que suponen los piadosos cronistas de Poblet, atribuyendo en Turmeda la fidelidad á su vida de aventuras, y en Marginet el deseo de arrepentimiento y enmienda.

Roto ya el pacto entre los dos antiguos monjes, no seguiremos á Turmeda, por el pronto, en su nueva serie de aventuras. Sólo sí diremos de él que fué á parar á Túnez, donde renegó de la religión cristiana, convirtiéndose en apóstol de Mahoma y comentador del Alcorán, acabando su vida, según parece, como mártir, pues volvióse arrepentido al cristianismo, siendo bárbaramente asesinado por los infieles; pero de todo lo referente á este personaje hemos de ocuparnos luego con mayor detención.

Lo que por el momento nos importa es seguir en la nueva faz de su vida á Marginet, quien, rotos ya sus lazos con el crimen, apareció un día inopinadamente en casa de sus pa-

dres, que eran labradores del pueblo de Vall-
clara. Manifestóles su propósito de cambiar de
vida, y confiándoles dos mujeres que en su com-
pañía llevaba, una de ellas acaso la *Movena del*
Mas, para que les diesen cobro, se dirigió al
monasterio de Poblet sin ni siquiera despojar-
se de su traje de bandolero.

Fué el suceso una tarde, víspera de la fiesta
de Nuestra Señora, á hora en que los monjes
acababan de reunirse en el Aula capitular.
Presentóse de repente Marginet ante los asom-
brados religiosos, y cayendo de rodillas en me-
dio de la sala, y prorrumpiendo en sollozos á
tiempo que con una piedra se daba violentos
golpes en el pecho, comenzó á decir:

—¡Perdón! ¡perdón! Soy un miserable, soy
el que aquí se llamó un día Fr. Marginet, y
después Marginet el bandolero. Vengo á im-
plorar de la misericordia divina el perdón de
mis crímenes y culpas. Recibidme otra vez en
vuestro seno, dejadme morir entre vosotros
conquistando con mis penitencias la gracia del
Señor. ¡No me alejéis de aquí, no me abando-
néis, no me maldigáis, hermanos! ¡Soy un pe-
cador arrepentido, y á todo pecador miseri-
cordia!

Con estas y otras palabras y con las vivas
señales de su arrepentimiento, Marginet con-
movió á la comunidad hasta llegar el momen-

to en que, levantándose de su sillón el abad Megucho y yéndose para el bandolero, le abrigó solemnemente con su manto abacial, exclamando:

—Infinitas son la bondad y misericordia de Dios. La oveja descarriada torna al redil. ¡Bien venida sea! Recibámosla en nombre de Dios, ¡hermanos míos!

Y pronunciadas estas palabras, dió orden á los monjes para que se llevaran al penitente. Un silencio sepulcral reinó por breves instantes. Volvióse el abad á su asiento, y una vez allí alzó su voz y dijo:

—¡De rodillas, hermanos! Digamos con San Lucas: «Mayor es el gozo de ver á un pecador arrepentido, que noventa y nueve justos sin necesidad de penitencia.» Regocijémonos, pues, y demos gracias al Señor implorando para el pobre arrepentido la bendición del Dios de la misericordia infinita.

Y todos los monjes cayeron de rodillas, y la oración, como nube de incienso, subió pura y ferviente hasta los pies del trono del Eterno.

Ya al llegar aquí los cronistas de Poblet, y singularmente Finestres, consagran extensas y difusas páginas á explicar la vida de arrepentimiento, de penitencia, de oración y de martirio á que desde entonces se entregó Marginet

con todo el mismo ardor y fervoroso entusiasmo con que antes se entregara á su vida aventurera.

Cuentan cómo pasaba los días en el rezo, la mortificación y el éxtasis, y cómo fué discurrendo uno por uno por todos los lugares que en tiempo de su vida bandolera había seguido, haciendo en ellos pública y ejemplar penitencia; refieren cómo se fué á una cueva del vecino monte á proseguir su vida penitente, acompañada de hechos extraordinarios y sucesos milagrosos; relatan cómo fué excitándose la pública curiosidad y creciendo la veneración del pueblo hacia el monje-bandolero; explican, por fin, sus visiones y portentosas curas y milagros; y de cómo las campanas tocaban solas al divisarle; y de cómo recibía extrañas visitas de tentadores demonios; y de cómo por las noches, estando cerradas las puertas del templo, se abrían éstas por sí solas para darle paso y permitirle hacer oración ante los altares; y de cómo veía bajar y subir cohortes de diablos y de diablillos por las cuerdas de las campanas; y de cómo un día le encontraron cabalgando sobre una barra de madera de la cual estaba pendiente una gran lámpara, subido allí por invisibles espíritus infernales; y de cómo otra vez disipó con solo una señal una gran tormenta que iba á caer sobre la comarca amena-

zando la cosecha; y de cómo otra vió á los ángeles subir en brazos al cielo el alma de aquella triste Doña Leonor de Aragón que moraba en una ermita próxima; y de cómo otra fué arrebatado por seres invisibles mientras estaba en oración y transportado instantáneamente á Túnez, donde habló con su amigo el renegado Turmeda, á quien convenció de que debía volver al seno del cristianismo, siendo con esto causa de la conversión del antiguo bandolero; y de cómo, últimamente, pues sería no acabar nunca, acaecieron al eremita tales y tan portentosos sucesos y fué objeto de tales y tan milagrosos hechos, que á una voz sola y á grito unánime la comunidad y la comarca hubieron de darle por santo.

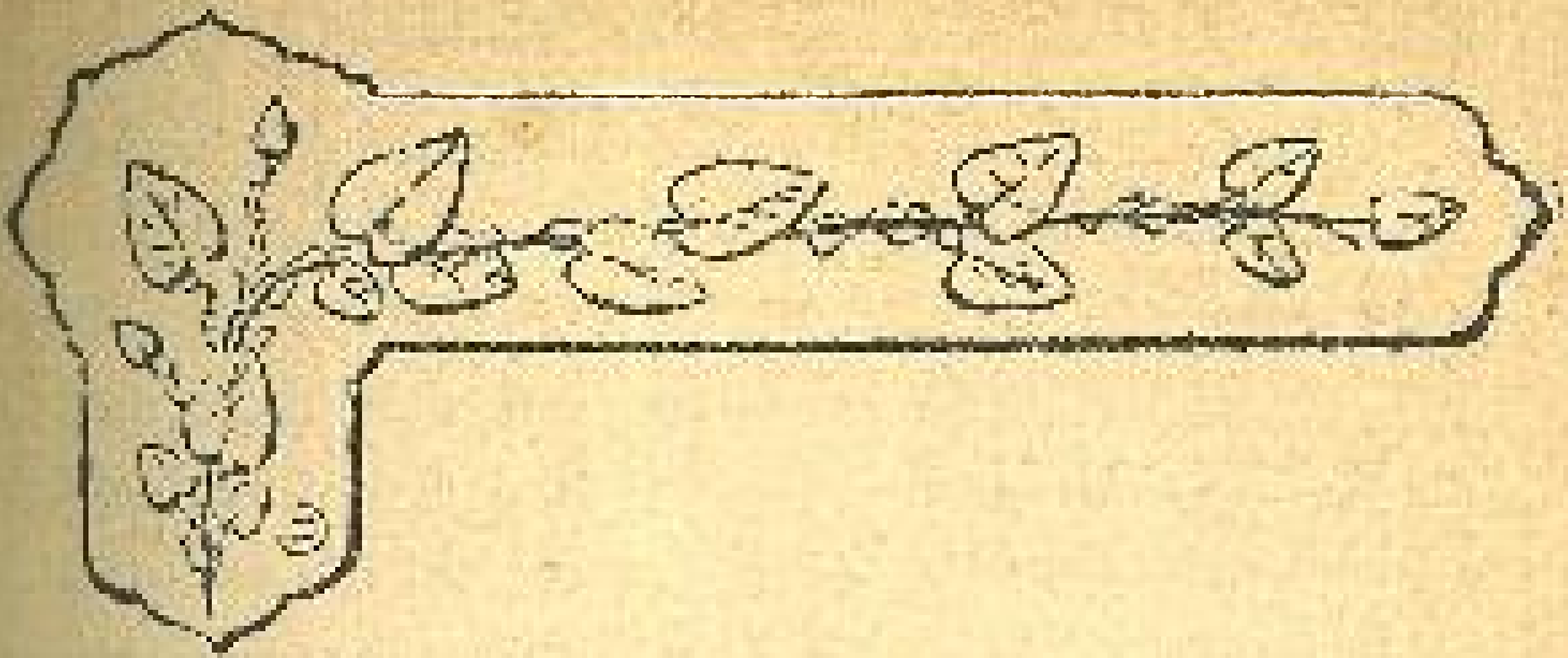
Acabó sus días Marginet en opinión de santidad el 26 de marzo de 1435, siendo enterrado en la iglesia á espaldas del altar mayor; y como fuera muy concurrido el lugar de su sepultura y continuara en muerte, según dicen sus cronistas, los milagros que hiciera en vida, por los años de 1490 se colocaron sus huesos en nueva tumba y en el nicho con reja dorada de que se habló al comienzo de este relato, asistiendo á la traslación Doña Guiomar de Portugal, esposa de D. Enrique de Aragón, llamado el infante *Fortuna*, que dió para cubrir su ataúd el rico brocado en que aparecía

envuelto á los ojos de sus numerosos y asiduos visitantes.

Tal es la curiosa historia de Fr. Pedro Marginet el monje, el bandolero, el visionario, el santo, según con más copia aún de pormenores, y también con más golpe de portentos y milagros, refieren los creyentes y sencillos cronistas de la casa populetana.

Pero todavía falta que decir algo de él, y mucho de su compañero Turmeda.





X.

Pedro Marginet y Anselmo Turmeda vindicados.—Turmeda escritor catalán, filósofo y poeta.—Sus obras.

ME he limitado á contar la vida de Fray Pedro Marginet siguiendo la pauta trazada por sus fervorosos cronistas y biógrafos. Todos, sin discrepancia ni desacuerdo de ninguna clase, lo presentan como sencillo monje en su época primera, como bandolero y capitán de malhechores y foragidos en su segunda época, como férvido penitente y piadoso eremita luego, y, por fin, como venerable y como santo, sufriendo mortificaciones y martirios, teniendo éxtasis prolongados, gozando de visiones celestiales, comunicándole Dios la virtud y el poder de hacer milagros.

Así es como aparece Fr. Pedro Marginet en todas las crónicas populetanas y en todas las

vidas de venerables y santos catalanes. Así aparece igualmente, aunque con más accidentada vida y muerte trágica, su compañero de aventuras Fr. Anselmo Turmeda; pero hora es ya de que, haciéndoles justicia, aparezcan también bajo nuevo aspecto, con derecho á ser juzgados imparcialmente, sin la pasión del fanático por un lado, sin el desdén del escéptico por otro.

En primer término, conviene decir y consignar que reina un verdadero misterio, misterio que proseguirá sin duda siendo impenetrable, en la vida de aquellos dos hombres, habiendo de seguro exagerado las fechorías del uno para luego exagerar su santidad y milagros, y habiendo falseado intencionalmente, acaso, la vida del otro para poderle presentar convertido por la aparición milagrosa del anacoreta Marginet.

Tocante á lo del bandolerismo, hay que andarse con mucho tiento, sobre todo cuando se trata del bandolerismo de Cataluña, especialmente en épocas tan revueltas y castigadas de bandos genuinamente políticos, como fueron las de comienzos del siglo xv. Ya en otro trabajo traté de demostrar un día, y creo haberlo conseguido, que el bandolero catalán no era el malhechor ni el facineroso, ni tampoco el ladrón y salteador de caminos, según se define el

vocablo, sino el hombre de bando, el adicto á una bandosidad, facción ó partido (1).

Todo induce á creer, á sospechar al menos, que Turmeda y Marginet, al desaparecer de sus conventos y al colgar sus hábitos, debieron afiliarse á uno de los bandos que entonces corrían la tierra apellidando patria y derecho. Y esto aun, si es que en realidad llegaron á colgar sus hábitos, cosa que acaso no esté del todo averiguada, principalmente respecto á Turmeda, no siendo, de todos modos, en este caso los únicos monjes á quienes, así en lo antiguo como en lo moderno, se haya visto figurar al frente de facciones, parcialidades ó bandos.

Pero en fin, sea de ello lo que fuere, lo que importa demostrar es que entrambos, así Marginet como Turmeda, distaban mucho de ser dos hombres vulgares: eran, por el contrario, de inteligencia superior á su tiempo, muy singularmente Turmeda, que fué gran filósofo y gran poeta.

Poco, realmente, se sabe de Fr. Pedro Marginet en este terreno, pero es lo suficiente para juzgarle: según parece, debió ser orador de verdadera elocuencia, pues las gentes iban en tropel á oírle, y una vez con su conmovedora

(1) *Estudios históricos y políticos*: Madrid, librería de San Martín.

palabra hizo énterar en razón á un grupo de amotinados; los monjes consultaban con él, como varón docto, y su voz era atendida y pesaba en las decisiones del capítulo; en varios documentos, su firma aparece la primera después de la del abad, como señal de gran consideración á su persona; y á la muerte del abad D. Juan Martínez de Megucho, en 1433, su elocuencia y su autoridad se sobrepusieron á todas las cábalas y manejos para la elección de sucesor. Marginet fué quien consiguió el triunfo de D. Guillén de Queralt, que residía en Barcelona, y cuando éste, por razones de salud y de modestia, se negó á aceptar la abadía, escribióle Marginet una carta para decidirle y obligarle.

Finestres publica esta carta en su tomo III y en el apéndice que consagra á trasladar los rasgos más característicos de la vida de nuestro monje anacoreta. Basta leer esta carta para que se comprenda que quien la escribió era, á un tiempo, una voluntad, un carácter y una inteligencia. Esta sola carta, modelo en su género, bastó para que Torres Amat colocara á Marginet en su *Diccionario crítico de escritores catalanes*.

Dos siglos después de su muerte, por los años de 1625, dos comisarios apostólicos, hallándose en Poblet, informados de cuanto se refería

al monje de que estamos hablando, abierto expediente, oyendo á todos y consultando las memorias y documentos que acerca de él existían en los archivos del monasterio, ordenaron que se labrase *un sepulcro de mármol ó de jaspe, con la mayor grandeza y majestad que pudiere*, para conservar en él los restos de Marginet, lo cual no llegó, sin embargo, á efectuarse.

Mucha menos celebridad tuvo Fr. Anselmo Turmeda. Para éste no hubo biógrafos; la posteridad no le votó mausoleos; no le envuelve ninguna atmósfera de portentos y milagros; sólo de pasada se ocupan de él las crónicas; afectan hasta tratarle con desdén, y de seguro le hubieran dejado con la infamante nota de bandolero y renegado, si no hubiese convenido presentar á Marginet rasgando los aires en alas de espíritus invisibles para convertirle á la fe y devolverle al seno de la iglesia. Y sin embargo, Turmeda es tan infinitamente superior á Marginet, que no hay entre ellos ni asomo de paridad siquiera.

La vida de Turmeda la refieren los cronistas en poquísimas palabras. Apenas ocupa un párrafo en las historias, y si alguna celebridad le otorgan, al reflejo de la de Marginet la debe.

He aquí, en resumen, lo que de él dicen. Fué fraile franciscano de Montblanch; se hizo bandolero con Marginet, ó mejor, arrastróle á él al

bandolerismo; cuando Marginet se apartó movido de arrepentimiento, prosiguió Turmeda su vida airada; acabó por pasar á Túnez; hízose renegado para predicar el Alcorán, y un día, en ocasión de estar hablando calurosamente contra la fe, apareciósele como bajado del cielo el P. Marginet, y echándole en cara sus crímenes y reprendiéndole con severidad, le convenció de su error consiguiendo su enmienda. Desde aquel momento Turmeda comenzó de nuevo á predicar el Evangelio, en vista de lo cual el bey de Túnez le mandó cortar la cabeza, por los años de 1419.

A esto se reduce todo cuanto de Turmeda dicen.

Pues bien, aunque muy á la carrera, pues no es la obra que escribo el campo propio para dilucidar la cuestión, he de decir, sin embargo, quién fué Turmeda, qué gran inteligencia hubo de ser la suya, y hasta qué punto anduvieron desencaminados los cronistas, tratando con tanto desenfado al que es varón eximio en la historia de las letras.

Es verdad que Fr. Anselmo Turmeda fué bandolero como Marginet, pero queda ya dicho de qué manera hay que entender el bandolerismo. Es verdad también que pasó á Túnez; pero es muy dudoso, por no decir inverosímil, que renegase de la fe. Quien dejó escritas obras

como *La disputa del asno* y el *Libro de máximas morales y cristianas*, debió ser hombre de convicciones profundamente arraigadas, de principios fijos y de una gran alteza de miras. De estas obras, verdaderamente notables, no hablan una sola palabra los cronistas á que me refiero.

La primera se titula: *Disputa del Asno con Fray Anselmo Turmeda, acerca de la natura y nobleza de los animales, escrita por el dicho fraile en la ciudad de Túnez el año 1417*. Escribióla Turmeda en lengua catalana, y fué traducida al francés el año 1548 por Laurents Buyson.

Es un libro sumamente peregrino, de grande ingenio y sutileza, en el que hay un verdadero tratado de filosofía bajo una forma entretenida y nueva.

Finge el autor que, habiéndose ido á un parque para gozar unos momentos de la soledad y huir del bullicio de las ciudades, tropezó, despierto ó soñando, con una asamblea compuesta de todos los animales conocidos en el mundo y congregados para prestar homenaje y juramento de fidelidad al león, por ser el rey recientemente proclamado. Uno de los animales, al divisar á Turmeda, lo denuncia á la asamblea como mantenedor de una doctrina falsa: la de ser superiores los hombres á los animales por las excelencias del cuerpo y las dotes del alma.

El monarca entonces llama á Turmeda y le invita á sostener su doctrina tomando parte en un debate público, y nombrando á un asno para que le replique, no sin antes haberle dado su palabra real de poder argüir libremente sin miedo alguno á las iras de sus súbditos.

Nada más curioso, ni más nuevo, ni más original, ni de más profunda sutileza y filosofía, que este singular debate.

Se pasa revista á todas las cualidades y circunstancias de los animales, el elefante, el buey, el carnero, el camello, el buitre, el águila, el tigre, el león, la hormiga, la golondrina, el perro, el escarabajo, el caballo, el mulo, la abeja, etc., etc., y después de larga discusión, de viva y empeñada controversia, de fuertes razones por parte de Turmeda, de discretas y profundas réplicas por la del asno, acaba por demostrarse que sólo en una cosa es el hombre superior á los animales: en el alma... y ésta es sólo de Dios, dice Turmeda; frase admirable que siglos después debía repetir el gran Calderón de la Barca en una de sus obras inmortales (1), sin sospechar, de seguro, que antes la había pronunciado un bandolero catalán.

(1)

Al rey la hacienda y la vida
se han de dar, pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.

(*El Alcalde de Zalamea.*)

El libro está lleno de discretos comentarios y profundas observaciones acerca de la sociedad, la moral, las conveniencias, etc., y se discurre muy juiciosamente sobre los papas, los reyes, los gobiernos y los magnates, con delicadas alusiones á los monarcas, á quienes se induce á imitar el ejemplo de los reyes de las hormigas y de las langostas, «cuyo cargo consiste en dirigir á todos hacia la común felicidad, único norte de los Estados.»

Algo hay en la *Disputa del asno con Fr. Anselmo*; algo hay efectivamente que puede dar lugar á que se crea renegado á Turmeda. El autor da algunas noticias de sí mismo por boca de un conejo, que dice, dirigiéndose al león:

—«Muy alta y venerada majestad: aquel hijo de Adán que recostado veis á sombras de aquel árbol, es de nación catalán, natural de la ciudad de Mallorca, y tiene por nombre Fray Anselmo Turmeda, hombre muy sabio y entendido en toda ciencia, especialmente en astrología, y es oficial de la Aduana de Túnez por el grande y noble Maule Brafet, rey y señor entre los hijos de Adán, y gran escudero de dicho rey.»

Pudiera deducirse de estas líneas que Fray Anselmo había apostatado, pues se hallaba al servicio de un infiel; pero, como no sea esto burlería de ingenio, el espíritu y el texto de

la obra lo desmienten. Lo único que resulta verdadero y cierto es que el profundo misterio extendido en general sobre la vida de nuestro monje, es todavía mayor tocante á su permanencia en Túnez. Nada de positivo se sabe, y sólo tenemos conocimiento de un hecho que él mismo nos cuenta en la *Disputa con el asno*, haciéndolo referir también por uno de los animales interlocutores.

El gobernador del castillo de Caller, Arnaldo de Mur, al pasar de Sicilia á Cataluña, vióse obligado por vientos contrarios á refugiarse con su buque en el puerto de Túnez. Una vez allí, encontrándose falto de víveres y refuerzos, envió por ellos á tierra, y apercibiéndose de ello Fr. Anselmo, mandó llamar á los mensajeros del gobernador y les dijo:

—Tomad estas vituallas y llevadlas á vuestro señor, saludándole de mi parte y diciéndole que yo le suplico que acepte este pequeño servicio de mí, su humilde servidor, Fr. Anselmo, y devolvedle sus dineros; y si necesita alguna otra cosa, que me lo mande á decir, pues en todo cuanto quiera será servido.

En esta relación, que ya no es posible interpretar como burla, según pudiera tomarse la otra, se ve que Turmeda se llamaba en Túnez *Fr. Anselmo*, lo cual demuestra que no estaba allí como renegado.

El gobernador de Cáller agradeció mucho la atención de Fr. Anselmo, y así se lo manifestó desde su nave por medio de una carta que le escribió dándole las gracias, con otras muestras también de cortesía, pues que, según dice más adelante el libro, *al llegar Arnaldo de Mir á Cataluña, envió á Túnez, con destino á Fr. Anselmo, un gran presente de muchas y gentiles cosas.* No hubiera de seguro sucedido este cambio de cortesías y regalos entre un caballero cristiano y un renegado.

Lo que sí parece positivo es que Fr. Anselmo murió en Túnez á manos de los enemigos del cristianismo por predicar el Evangelio.

De otro libro de Turmeda hay que dar cuenta, y también este libro es patente demostración de lo que venimos sosteniendo, aun cuando, como luego se verá, parezca deducirse lo contrario de su portada. Me refiero al ya citado de *Máximas morales y cristianas*, preciosa obrita, digna de merecer especial atención, que desde tiempos muy antiguos hasta comienzos del presente siglo se daba en las escuelas á los niños para enseñarles á leer. Son unas *máximas* en verso catalán con unas poesías del Angel Custodio y Juicio final. Los versos, leídos hoy, no se encontrarán muy buenos, pero ni se hacían mejores en el siglo xv, ni en muchos se hallan la fuerza y la elevación de pensamien-

to que en éstos. Revelan un poeta, y un poeta serio.

Ya hoy no se hallan ejemplares de esta obra. Son muy raros al menos. En mis mocedades recuerdo haber visto alguno, y últimamente mi excelente y querido amigo el maestro Barbieri, que es tan entendido compositor músico como inteligente bibliófilo, dióme extensas noticias acerca de uno que existe en la *Biblioteca Colombina* de Sevilla, cuya papeleta traslado á continuación tal y como fué copiada por el eximio maestro.

Dice así:

*Libre compost per frave | Encelm Turmeda ab la
ora | ció del angel Custodi.*

Aquí la estampeta del impresor Durán Salvanyach, y al verso de la portada dice:

*En nom de Deu sía: | e de la gliōsa e hūil vergt
María libre | cōpost en Tunij p. lo Rev= | evene
pare frave Encelm | Turmeda: en altra manera |
Anomenat Abdalla de al= | guns bōs ensenyamēs:
jat | sia que ell mal los haja se | guits Empero
pēsen hauer | algū merit d' diuulgar los | a la
gent. E per que deu lo | deixe ben finir exi com lo
| seu cor ab gran esperança | desija. Amen. | Co-
mença la hobra.*

Al fin se lee:

*Foneh estampat lo pre= | sent tractat en la in-
signe | Ciutat de Barçelona per | Duran Saluan-*

yach. En pãy | Mil. D. e. XXVII a iiij d'l mes de setēbre.

En 8.º got. de 16 hojas sin foliación. Sig. A—Biiij. La mayor parte en verso y con dos estampas grabadas en madera (además de la del impresor), que representan, la una el Juicio final y la otra la Virgen de la Concepción. En frente de la del Juicio final se hallan los célebres versos de la profecía de la Sibila, que se cantan en las iglesias de Cataluña por Navidades, cuyo estribillo dice:

*Al jorn del judici
parrà qui aurá fet servici, etc.*

Este rarísimo libro se halla en Sevilla, *Biblioteca Colombina*, bajo la signatura G. 37—36. *Misceláneas in 8.º*

Por lo que toca á la *Disputa del asno*, Torres Amat, que no hubo de ver el libro, dice que se imprimió en Barcelona el año 1509 con el título *Disputa del ase contra frare Anselme Turmeda sobre la natura et nobleça dels animals*.

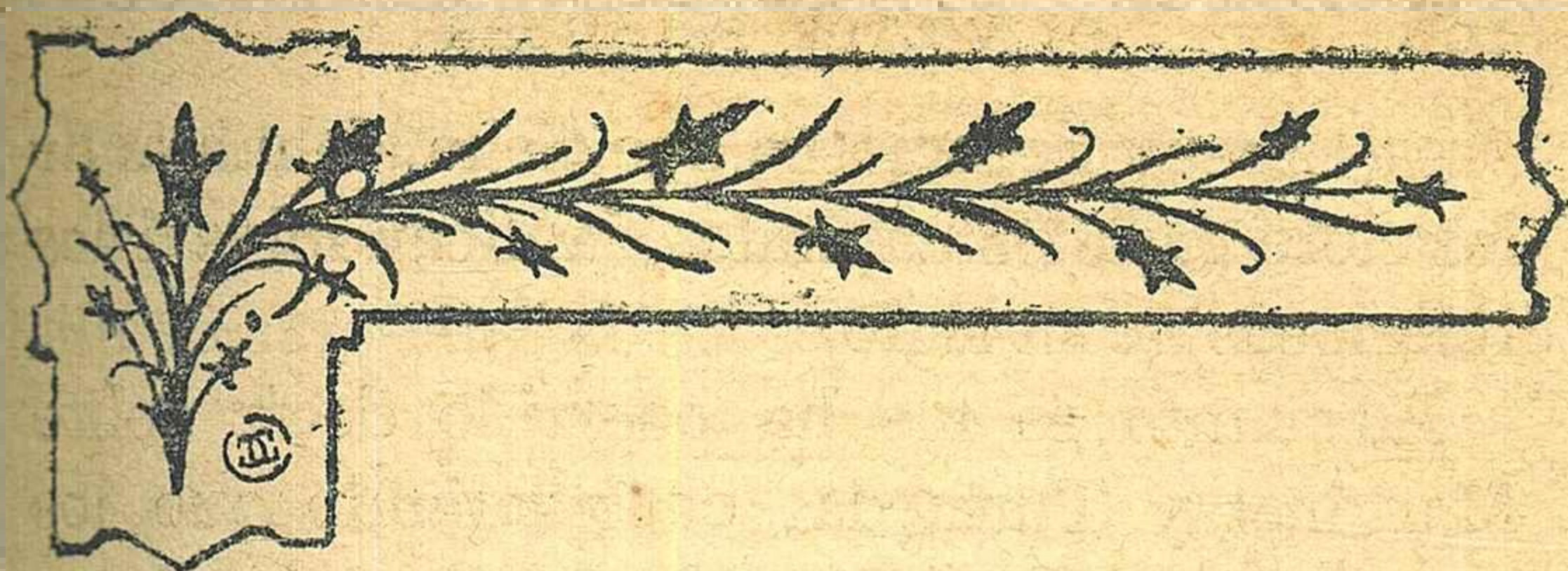
Existen de esta obra dos traducciones en francés, la de Lión, más arriba mencionada, y *La revanche et contre dispute de frere Anselme Turmeda contre les betes, par Mathurin Maurice*. París, 1554.

Este libro de Fr. Anselmo consta prohibido por el Santo Oficio; pero debió de ser por siete

pasajes muy licenciosos que tiene al hablar de los siete pecados capitales, aplicándolos á los religiosos de su siglo.

Es cuanto se me ha ocurrido decir sobre Marginet y Turmeda, considerando que los lectores no tomarán á mal esta digresión ó paréntesis en el curso de esta obra, ya que, en cierto modo, se trata de vindicar á dos personajes que de seguro no aparecen con su verdadero carácter ni con su exacta fisonomía en las historias de los cronistas de Poblet.





XI.

SARRACENO, MONJE Y MÁRTIR.

(Otra leyenda de Poblet.)

(1156.)



UPO, el rey moro de Valencia, llama un día á Amete, hijo segundo de Almanzor, rey moro de Carlet.

Lupo estaba sentado en su jardín, á la sombra de un bosquecillo de olorosos naranjos, cuando llegó el joven Amete.

¡El joven Amete! Las orillas del Turia no vieron nunca mozo más gallardo ni galán. Nadie como él maneja una lanza, nadie como él sabe domar un rebelde potro, nadie más que él es vencedor en las cañas, nadie mejor que él sabe cantar amores al pie de la árabe ventana.

—Amete,—le dice Lupo,—el conde de Barcelona me brinda con treguas; quiero aceptarlas y necesito un mensajero que vaya en mi nombre á sellar el pacto con el de Barcelona.

—Yo seré ese mensajero,—contesta Amete.

—Toma, pues, el mejor de mis caballos y por escolta la flor de mis soldados; escoge para hacer un presente al conde las mejores de mis joyas... ¡Apresúrate y parte!

—Sólo te pido el tiempo indispensable para besar la barba blanca de mi padre Almanzor, y dar un abrazo á mis hermanas Zaida y Zoraida.

Voló Amete á abrazar á su viejo padre y á sus bellas hermanas, y en seguida partió.

Partió ginete en un potro cordobés, negro como la noche, veloz como el viento en su carrera. Cuatro soldados moros le seguían. Era toda su escolta. Amete no necesitaba más. Era audaz y arrojado, valiente y temerario.

Ya muy entrados en Cataluña, atravesaban una tarde por entre un espeso pinar, cuando les sorprendió la noche, y un soldado moro dijo:

—Allá abajo, á nuestra izquierda, á la luz del crepúsculo, he visto unos montes soberbios que escondían su frente en un turbante de nieblas; el sol, al retirarse, nadaba en un mar de sangre; el aire, que azota nuestros rostros, trae un hálito de fuego. Vecina está la tempestad.

Vecina está la tempestad: se lo dice á Amete el viento que azota con desiguales y furiosas ráfagas las crespas cabelleras de los pinos; se lo dicen esos ruidos sordos, prolongados y lejanos que se oyen de noche en las montañas

cuando se aproxima la tempestad, pareciendo gemidos lanzados por las fragosas sierras al sentir el látigo del huracán.

—Sí, sí—grita Amete,—la tempestad nos sale al encuentro: ¡compañeros, á escape!

A escape ha dicho, y el bruto cordobés vuela, vuela con la rapidez del águila que se lanza sobre la presa, con la velocidad de la flecha que rasga el aire. Bien pronto deja atrás á sus compañeros.

Deja atrás á sus compañeros, y en tanto el huracán se desencadena. El viento silba como una serpiente en la llanura, y ruge como un león entre los matorrales. Los pinos más altos son tronchados; los árboles más corpulentos ruedan por el camino. De la sierra bajan torrentes furiosos que arrastran enormes peñas. El cielo ha abierto sus cataratas.

El cielo ha abierto sus cataratas, y el valiente potro ya tiene que saltar por sobre una barrera de árboles atravesados en el camino, ya resbala por la pulida pendiente de unas peñas, ya costea la profunda cava abierta por las aguas, ya atraviesa á nado el torrente. Todo es destrucción y muerte, todo terror y espanto. De pronto...

De pronto un rumor de voces viene á mezclarse con el ruido del viento. Entre el desorden de los elementos, entre el rugir de la tempestad

tad, entre el fragor del huracán, Amete percibe, como á ráfagas, un canto misterioso, melancólico, divino. ¿Es el canto de las hourís del paraíso?... ¿ó es el himno de júbilo de los genios maléficos que gozan en la destrucción de la naturaleza? Amete siente una emoción ignorada.

Siente una emoción ignorada hasta entonces, y no acierta á preguntarse á sí mismo. Tiene miedo de saber. El huracán redobla su furia y el caballo su celeridad. Los árboles pasan raudos por su lado como hileras de gigantes fantasma; los montes y los bosques cruzan rápidos ante sus ojos como visiones de un sueño. Sólo le falta empuñar una tea para asemejarse al genio de la tempestad, cruzando con desatada carrera, ginete en su caballo negro, las selvas y los valles. Ignora por dónde va, ignora dónde se dirige... Su caballo le guía.

Su caballo le guía, y cuando por fin se para, la masa de un imponente edificio, al lado de una sombría alameda, se eleva ante él. Amete lo había creído al pronto un gigante con la cabellera suelta y echada hacia atrás. ¡Oh, sorpresa! El canto que ya había oído, lo oye aún de nuevo, pero más cercano.

Más cercano, como que sale del interior de aquel edificio. Es un cántico nocturno, religioso, lleno de unción y poesía, entonado por

acentos varoniles. Amete lo escucha un instante suspenso, y, en su éxtasis, casi se diría que lo ve partir como un surco de luz rasgando las tinieblas, cruzando la lluvia que cae, atravesando la nube que lleva el rayo en su seno, deslizándose por entre la tempestad y la cólera de los elementos. Amete siente algo que le habla en su corazón, y arrastrado por un impulso desconocido...

Arrastrado por un impulso desconocido, abandona su caballo, que se deja caer á un lado muerto de fatiga, y comienza á escalar la cerca del edificio. ¿Dónde va? ¿Qué idea le guía?... No lo sabe.

No lo sabe, pero aquel cántico le fascina, le seduce, le arrastra, le atrae, en fin, como el imán al hierro, como la luz á la mariposa, como la libertad al cautivo. Amete se halla en el interior, atraviesa un jardín, sigue una galería, cruza un claustro, penetra en un templo.

Y en el templo, allí, bajo las bóvedas sonoras, solemne y misterioso, dulce y tierno, el cántico suena más excelso y más divino, y las acordes voces ruedan majestuosas entre oleadas de armonía por las cóncavas profundidades. El templo está invadido por las tinieblas, y sólo tres luces brillan en el altar.

Sólo tres luces brillan en el altar, porque aquel templo es el de Poblet y aquel canto la

Salve, es decir, el fervoroso saludo que al aparecer los primeros albores de la mañana dirigen á la reina de los ángeles los corazones cristianos. Las tres luces son en recuerdo de aquellas otras tres que los solitarios de Lardeta y el ejército de Berenguer vieron un día brillar sobre la alameda. Amete se apoya en una columna, y llora.

Y llora copiosamente, llora sin tregua su infancia pasada en el error, su juventud transcurrida en la obcecación. Amete se siente renacer, siente bullir en su alma un mundo de nuevos sentimientos, y las lágrimas que vierte son el bautismo que purifica y lava de la culpa sus horas de ceguedad y de engaño. Amete cae de rodillas.

Cae de rodillas, y entonces, uno á uno, en procesión, unos seres extraños, cubiertos con largos y blancos ropajes, empiezan á deslizarse por delante de él. Son los monjes que se retiran del coro cruzados los brazos, inclinada la frente, murmurando la primera plegaria del día.

Un monje repara en Amete y da un grito.

—¡Nuestro padre San Bernardo me valga!
¡Un moro!... ¡Un moro en la casa de Dios!

—¡Un moro!—repiten los demás monjes con asombro.

Y todos se echan atrás horrorizados, haciendo la señal de la cruz.

Sólo el abad se adelanta.

—¿Quién eres?—le dice.

—Soy Amete, el hijo del rey de Carlet.

—¿Quién te trajo aquí?

—La tempestad.

—¿Dónde ibas?

—No lo sé... Ya no lo recuerdo.

—¿A quién buscas en estos sitios?

—A Dios.

—¿Qué le quieres?

—Quiero pedirle que me deje habitar estos lugares, que me deje ser uno de vuestros hermanos, que me deje vestir ese ropaje que vestís vosotros, que me deje oír esos cantos que me enajenan, y que me deje, en fin, adorarle, la frente en el polvo, el pensamiento en el cielo, como hijo de cristianos.

El abad se volvió hacia los monjes.

—¡Acercaos, hermanos!... Es un alma que pide entrar en el camino de la virtud y del cielo. ¡Acercaos, y demos gracias por ese nuevo beneficio á Dios y á nuestro padre San Bernardo!

—¡Bernardo!—exclamó el moro.—Así es como quiero llamarme de hoy en adelante.

—Así te llamarás.

Desde entonces hubo en Poblet un monje más que se llamó Bernardo, un monje virtuoso y santo, cuyos rezos continuos, cuya auste-

ridad y penitencia, cuya ascética vida le valieron el que volase la fama de su virtud hasta los más remotos confines.

Desde entonces la caridad en Poblet fué más abundante, y á centenares los pobres que acudían á sus puertas, porque, siendo Bernardo el despensero, ni un solo menesteroso se retiraba sin ser socorrido.

Desde entonces todos pedían ver y besar la mano del santo, pues es fama que habiendo un día el abad reprendido al despensero por su prodigalidad sin límites, Bernardo enseñó los graneros intactos y aumentadas las arcas del tesoro.

Desde entonces había crecido el número de los convertidos, ya que, con sus consejos, Bernardo atrajo á la religión de Cristo á una parienta suya llamada Doraycela, de Lérida, y á otros muchos sarracenos de la misma ciudad.

Un día Bernardo se presentó al abad, y le pidió su bendición y su permiso para emprender un viaje.

—¿A dónde quieres ir, hermano?—le preguntó el abad.

—A Valencia, á Carlet. Tengo allí unos hermanos, cuyos ojos quiero abrir á la luz y cuyo corazón á la fe.

Dióle el abad su bendición, pero diósela llorando.

—¡Permita Dios que regreses! Permita Dios que no halles en tu camino la palma del sufrimiento y del martirio.

—Hágase la voluntad del Señor,—dijo Bernardo despidiéndose del abad.

Bernardo marchó y llegó á su país. Su anciano padre había muerto, y su hermano Almanzor era rey de Carlet. Quiso ver á sus hermanas Zaida y Zoraida. Las dos le recibieron llorando.

—Os traigo á cada una una cruz y un rosario,—dijo.

Y desde aquel día, Zaida y Zoraida se llamaron María y Gracia; pero lo que había conseguido de sus dos hermanas no pudo lograrlo de su hermano Almanzor. El corazón de éste era duro como un mármol. Ningún presente quiso admitir, ninguna palabra oír.

—No te conozco,—dijo á Bernardo;—no sé quién eres, renegado. Sólo puedo decirte que si no partes pronto hacia aquéllos que te enviaron, la luz del día dejará de brillar para tí.

Bernardo fué entonces en busca de Gracia y de María, y les dijo:—Vamos.

Y los tres partieron.

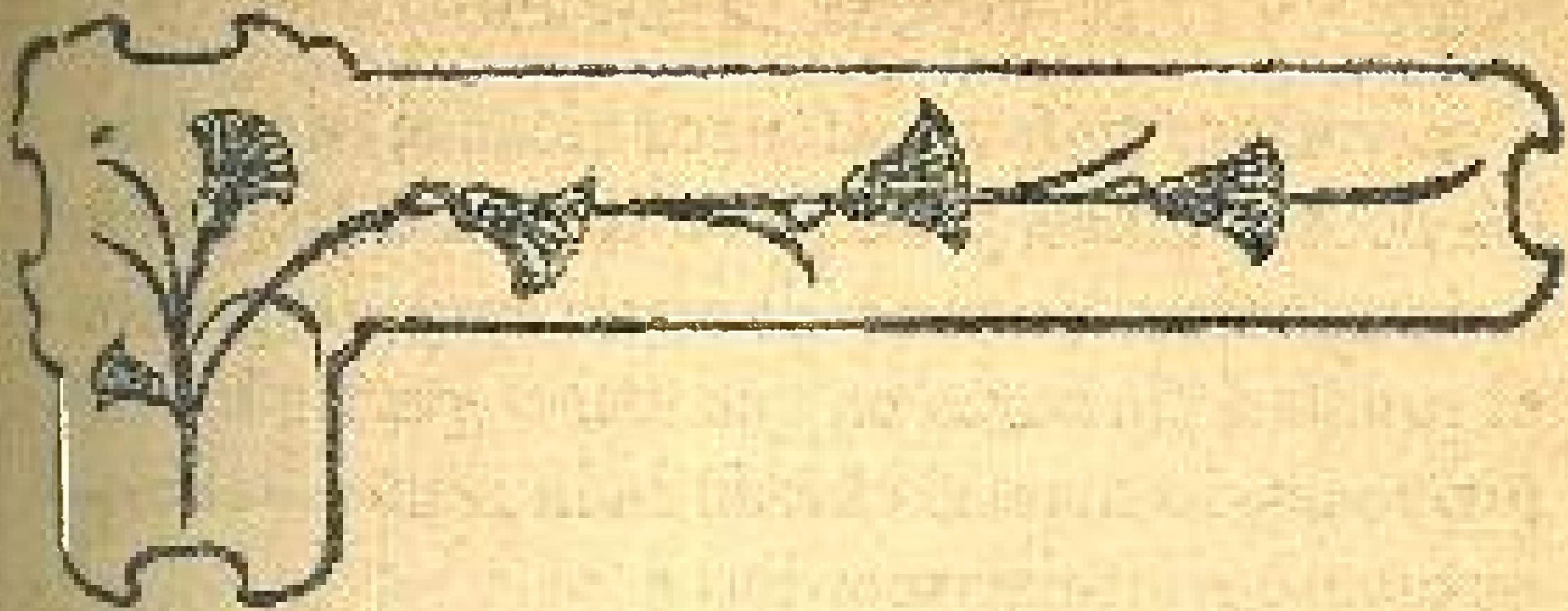
Al saber Almanzor la fuga de sus hermanas, partió apresurado tras ellas al frente de una escolta de sarracenos. En vano huyó Bernardo hacia el Júcar para embarcar á sus hermanas

y salvarlas; dióles Almanzor alcance, degolló las pobres niñas, y después de atar á Bernardo á una encina, arrancó el clavo que aseguraba el timón de la barca en que iban á partir los fugitivos, y lo mandó clavar en la frente del cisterciense sin misericordia.

Bernardo murió como el Redentor, perdonando á su verdugo.

Cuentan las leyendas que medio siglo después, luego que el rey D. Jaime I hubo conquistado Valencia á los moros, fué advertido por unos almogávares que en los campos de Alcira ocurría un hecho prodigioso. Junto á una encina, cerca del río, se veía un gran charco de sangre fresca, y cada noche se iluminaba aquel sitio con celestiales resplandores. Acudió allí el buen rey, mandó cavar la tierra y hallóse el cuerpo de Bernardo...

Esta era la leyenda que se contaba ante la imagen de un monje con la frente atravesada por un clavo, que todos los peregrinos se detenían á admirar en Poblet; esta era la historia de San Bernardo de Alcira, el moro Amete, hijo del rey de Carlet, á quien el monasterio cisterciense levantó una suntuosa capilla de mármoles y jaspes, visitada con gran veneración por los devotos.



XII.

Visitas de reyes á Poblet.—Alfonso *el casto*.—Fundación del monasterio de Piedra.—Jaime *el conquistador*.—Hace cortar la lengua al obispo de Gerona y por qué.—Fundación del monasterio de Benifazá y del Real de Mallorca.—D. Pedro *el ceremonioso*.—Visita de los Reyes Católicos.—Lo que sucedió con el aposentador de Felipe II.—Entierros reales.

L monasterio de Poblet se enorgullecía con el recuerdo de las visitas regias. Consideraba en efecto como uno de sus timbres más preciados el de haber ofrecido hospitalidad á todos ó á casi todos los reyes que ocuparon la corona de Aragón.

El conde de Barcelona D. Ramón Berenguer IV estuvo distintas veces en Poblet, atento á la edificación del monasterio que con tan solícito empeño llevó á cabo.

En cuanto á su hijo el rey D. Alfonso *el casto*, el rey trovador como más propiamente de-

biera llamársele y como así le llaman las memorias literarias, consta que visitaba Poblet muy á menudo, unas veces para vigilar y activar los trabajos de construcción, pues ya queda dicho que con gran solicitud prosiguió la obra de su padre, y otras tal vez para buscar en aquellas amenas soledades el descanso y el reposo que necesitaba su vida, agitada y febril como la de ningún monarca.

El antiguo bosque de Poblet, hoy ya desaparecido; aquella grandiosa y secular selva, de que los cronistas hablan con embeleso, como de un sitio lleno de encantos y amenidadés, vió sin duda pasear muchas veces por entre sus árboles al rey trovador, en busca de solaz para su ánimo preocupado y de soledad para sus serenas meditaciones. ¡Quién sabe si fué entre las delicias de aquel bosque, célebre en nuestras crónicas, donde D. Alfonso compuso alguna de aquellas trovas provenzales, sentidamente amorosas, que dirigía á Matilde de Montagnac ó á la vizcondesa Adelaida de Beziers, dos galantes y seductoras damas de su tiempo, á cuyos pies es fama que languideció de amor el monarca! Y ¡quién sabe si fué también en las soledades de aquella selva donde el ofendido D. Alfonso meditaba la manera de contestar á los duros y sangrientos serventesios que le dirigía el famoso trovador Beltrán de Born,

su inexorable rival en amor y en poesía! (1).

De D. Alfonso se sabe que estuvo en Poblet, sin contar otras veces anteriores, por los años de 1174 y 1175, época en que otorgó escritura auténtica, ofreciendo enterrarse en dicho monasterio. También consta que estuvo el año 1190, acompañado de su hijo el príncipe D. Pedro, aquel que fué más tarde llamado *el católico ó el de Muret*, y de varios magnates, entre ellos el arzobispo de Tarragona Berenguer de Vilademuls, Artal de Alagón, Guillén de Granada, Lope de Daroca y Miguel de Luesia ó de Lusía. Cuéntase que en esta ocasión el príncipe D. Pedro, á presencia del citado arzobispo y demás magnates, eligió sepultura en Poblet, con las mismas condiciones que la eligiera su padre, año de 1175, otorgando de ello escritura que se guardaba auténtica en el archivo del monasterio. Sin embargo de esto, D. Pedro no fué enterrado allí, sino en Sijena, á donde llevaron su cadáver los caballeros y magnates, que ensangrentado lo recogieron en las llanuras de Muret, campo de triste recordación para nuestra historia.

Volvemos á encontrar á D. Alfonso en Poblet durante el mes de julio de 1194. Las cró-

(1) Los que deseen tener más detalles sobre esto pueden hojear, si les place, mi obra *Los Trovadores* en sus capítulos *Alfonso de Aragón y Leonor de Aquitania*.

nicas del monasterio hablan de una gran solemnidad religiosa, actuando como abad Don Pedro de Masanet, en la que el monarca aragonés ofreció á su hijo tercero D. Fernando á la majestad de Dios, dedicándole para monje de Poblet, como así fué en efecto. También en esta ocasión parece que D. Alfonso otorgó testamento, haciendo varias donaciones al monasterio, legando al tesoro del mismo su real diadema, ratificando su voluntad de ser allí enterrado, y nombrando al abad uno de sus alba-ceas.

Falta decir, pues es dato curioso, que en una de las varias veces que D. Alfonso visitó nuestro monasterio, dispuso que doce monjes suyos pasaran á Aragón, donde el rey trovador fundó á orillas del río Piedra, y al amor de sus admirables cascadas, otra casa cisterciense, hija de Poblet por consiguiente, que tiene también gran historia y esclarecidos recuerdos (1).

Huésped fué de Poblet en varias ocasiones el rey D. Jaime I *el conquistador*. Allí estuvo antes de emprender la conquista de Mallorca, y en su iglesia tuvo lugar la solemne bendición de las banderas que las huestes catalanas llevaron á aquella gloriosa campaña; y allí volvió inmediatamente después de su conquista, en

(1) Véase *El monasterio de Piedra*, del mismo autor.

1230, apenas desembarcado en Tarragona, para dar gracias á Dios por el éxito maravilloso de su jornada. En el monasterio pasó la octava de Todos los Santos ocupado en dar aviso á todas las iglesias de sus reinos para que celebraran solemnes ceremonias en acción de gracias al Señor, convocando al obispo de Barcelona y á otros prelados para tratar del nuevo obispado que intentaba fundar en Mallorca, lo cual sólo se resolvió después de grandes debates.

También durante su permanencia en aquel retiro, otorgó formal escritura para consignar que elegía allí sepultura, como sus antecesores, y acordó con el abad D. Arnaldo de Gallard la manera de proveer á la fundación del monasterio del Real de Mallorca, que quiso fuese de la orden del Cister é hijo de Poblet, como con Piedra hiciera su abuelo D. Alfonso.

De nuevo volvió D. Jaime á nuestro cenobio dos ó tres años más tarde, allá por los de 1233, y también entonces encargó al que era su abad, D. Vidal de Alguaire, la fundación de otro monasterio, el que se llamó de Santa María de Benifazá, haciéndole donación para ello del castillo de Benifazá y otros lugares en el reino de Valencia, cuya conquista había emprendido.

Y por cierto que no merece desaprovecharse esta ocasión que se ofrece para referir lo que se cuenta acerca de esta fundación.

El cronista valenciano Beuter dice que el rey D. Jaime mandó un día cortar la lengua al obispo de Gerona Berenguer de Castellbisbal, por haber revelado ciertos asuntos que en secreto de confesión le comunicara, relativos á sus amores con la célebre y hermosa dama Doña Teresa Gil de Vidaure. Arrepentido luego el rey, acudió al Papa pidiendo la absolución que se le dió mediante su promesa de fundar un convento de la orden de San Bernardo, lo cual cumplió dando comisión al abad de Poblet para fundarlo en términos de Morella y en un lugar llamado Benifazá.

El hecho es cierto, pero no fué la fundación de Santa María de Benifazá, sino su terminación y engrandecimiento, lo que se impuso por penitencia á D. Jaime.

El hecho es cierto, repito, aun cuando se haya procurado negarlo con insistencia; aun cuando muchos cronistas lo hayan refutado ó falseado; aun cuando la censura oficial obligara á Zurita á borrar en su segunda edición de los *Anales* el pasaje relativo á este suceso que se imprimió en la primera; aun cuando Abarca se extendió en largas y difusas consideraciones para demostrar la poca consistencia y fal-

sedad del hecho; aun cuando, por fin, en nuestra misma época lo haya rotundamente desmentido un cronista de Gerona, que lo atribuyó á invención y fábula del autor de estas líneas por haber dado ligera cuenta de ello en la *Historia de Cataluña*. Hoy no puede caber ya la menor duda. La crítica histórica demuestra, con la innegable lógica de los documentos, la verdad del suceso.

Lo que todavía está oculto bajo un velo impenetrable hasta ahora, es la verdadera causa que indujo á D. Jaime á hacer cortar la lengua al obispo de Gerona. Aparece sólo como lo más cierto que el prelado reveló algo que en secreto de confesión le había confiado el monarca, queriendo así este último castigarle por donde mismo había pecado; pero se ignora en qué consistía el secreto.

El suceso se reduce á que el rey mandó prender, y cortar la lengua, á Fr. Berenguer de Castellbisbal, escribiendo, poco después de esta horrible mutilación, una carta al Sumo Pontífice dándole cuenta de los motivos que tuviera para proceder tan cruelmente contra el obispo, y pidiendo ser absuelto. El texto de esta carta no es conocido, pero sí la respuesta del papa Inocencio IV, dada en Lyon, de Francia, á 10 de las calendas de julio del año III de su pontificado (22 de junio de 1246), la cual transcri-

be Odorico Rainaldo, sacándola del archivo del Vaticano.

Por este documento y por otras varias escrituras que en su *Historia de Poblet* (apéndice á la disertación XI, tomo II) copia y extrae Finestres del proceso de reconciliación del rey D. Jaime, cuyo proceso parece que se conservaba en el archivo de Poblet, se puede seguir la marcha y consecuencias de aquel suceso.

Se obligó á D. Jaime á pedir perdón al ofendido obispo, á levantarle el destierro que le impusiera, y á reconocer su culpa en junta de prelados, nobles y ciudadanos de sus reinos, acto que tuvo lugar en Lérida el mes de noviembre de 1246. Hecho esto, procedieron á absolverle los legados pontificios, y le impusieron por penitencia que terminase el monasterio de Benifazá, dando para la fábrica de su iglesia 200 marcos de plata y bienes suficientes á fin de mantener en él 40 monjes en vez de 20 como se había fijado; que completase la dotación del hospital de San Vicente de Valencia hasta tener la renta anual de 600 marcos de plata, y que fundase además una capellanía perpetua en la catedral de Gerona.

Volvamos ahora á las visitas reales.

Las crónicas hablan de dos que D. Jaime II *el justo* efectuó al convento en junio de 1313 y

en mayo de 1320, sin que mencionen cosa particular.

También estuvo el año 1335 el rey D. Alfonso *el benigno*, que había ido á celebrar cortes á los catalanes en Montblanch.

Del rey D. Pedro IV *el ceremonioso ó el del puñal*, existe recuerdo de haber ido distintas veces al monasterio, entre ellas los años de 1340, 1341, 1342, 1346 y 1378.

Los cronistas de Poblet dan gran importancia á la primera de estas visitas, suponiendo que el rey D. Pedro celebró en el monasterio cortes ó parlamento; pero no fué así. Lo que hay de cierto en ello es que D. Pedro, que había comenzado ya sus arteros manejos contra D. Jaime de Mallorca, su deudo, cuyo reino ambicionaba, quiso tratar este asunto en consejo privado con algunas personas de su confianza, y citó para Poblet á sus tíos los infantes D. Pedro y D. Ramón Berenguer, á su hermano el infante D. Jaime conde de Urgel, á los arzobispos de Tarragona y Zaragoza, al obispo de Lérida, á varios otros prelados, á diferentes magnates del reino, y también á algunos síndicos de las principales ciudades. Tenía realmente la reunión un aspecto de Asamblea.

De resultas de lo convenido en este consejo, volvió el rey á Poblet al año siguiente de 1341,

y allí recibió á los embajadores de su cuñado el rey D. Jaime III de Mallorca; pero no llegaron á acuerdo, y poco tardó D. Pedro en comenzar su proceso contra el de Mallorca, cosa de que largamente hablan las historias, á las cuales, por no ser cosa de este lugar, se remite al lector.

Parece que el rey D. Pedro pasó todo el verano de aquel año de 1341 en Poblet, acompañando á su esposa que estaba embarazada y que dió allí á luz una niña, la cual hubo de ser la infanta doña Constanza, casada después con el rey Federico II de Sicilia.

Vuelven á hablarnos las memorias de otra larga estancia del *Ceremonioso* en el convento, por los meses de julio y agosto de 1346, en cuya época expidió una ordenanza prohibiendo cazar en el bosque de Poblet *para que, dice, cuando Nós vengamos al monasterio, al cual solemos venir frecuentemente y morar en él, podamos hallar caza en el referido bosque.*

Allí torna á encontrársele á últimos de julio de 1347. No parece sino que aquel era el lugar á donde iba á refugiarse D. Pedro, para entregarse á sus meditaciones, cuando alguna preocupación de ánimo le dominaba, ya que esta vez le vemos ocuparse también en consultar con ciertos magnates y con los más distinguidos letrados del país acerca de si la infanta Doña

Constanza (la hija que le nació en Poblet) podía suceder en sus reinos, caso de no tener él hijos varones.

Por las memorias antiguas se ve que el monasterio tuvo ocasión de albergar á muchos más reyes, entre ellos D. Carlos II de Navarra; D. Juan I, que fué en 1394 acompañando el cadáver de su padre D. Martín *el humano*; Don Fernando I, D. Juan II, D. Alfonso V, los Reyes Católicos, D. Felipe II, D. Felipe IV y el archiduque Carlos, á quien los catalanes proclamaron rey, en lucha con Felipe V.

De todas estas visitas reales hay curiosos datos; pero son especiales, y merecen pormenorizarse, los relativos á los Reyes Católicos y á D. Felipe II.

En el año de 1493 se hallaban en Barcelona, celebrando cortes, los reyes D. Fernando y Doña Isabel, y comunicaron al abad de Poblet D. Juan Payo Coello su determinación de ir á visitar el monasterio con toda la real familia, tan pronto como terminaran las cortes.

El domingo 3 de noviembre de dicho año llegaban al monasterio los infantes D. Juan y D. Fernando, hijos de Boabdil *el chico* de Granada, convertidos á la fe después de conquistada aquella ciudad por los Reyes Católicos. Eran jóvenes de veintidos á veinticuatro años muy gallardos y nobles de carácter, según di-

cen los anales populetanos, habiéndose adelantado algunos días á los monarcas.

El sábado 9 de noviembre, al mediodía, llegó la princesa Doña Isabel, primogénita de los Reyes Católicos, acompañada de nueve damas principales. Como se hallaba viuda por muerte de su esposo D. Alfonso de Portugal, entró velada con su manto, sin dejarse ver, y con gran secreto pasó á la iglesia y de allí á su hospedaje, donde casi siempre estuvo retirada en compañía de sus damas.

El mismo día á las tres de la tarde llegaron los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel, con sus hijas las infantas Doña Juana, Doña María y Doña Catalina, acompañados de gran número de prelados, grandes y damas, distinguiéndose el arzobispo de Toledo, cardinal de España y patriarca de Alejandría, que llevaba á la reina del brazo izquierdo; los arzobispos de Sevilla y de Cáller, y el obispo de Mallorca. Entre los grandes estaba el infante D. Juan de Aragón duque de Villahermosa, y entre las damas sesenta hijas de duques, marqueses y condes, con más de quinientas mujeres de servicio de Palacio.

Salió á recibir á Sus Majestades el abad Don Juan Payo Coello, vestido de pontifical, con toda la comunidad, que se componía de 94 monjes profesos, 8 novicios y 35 conversos. Apeá-

ronse los reyes ante la capilla de San Jorge; abrióse la puerta dorada, y entrando los monarcas en el atrio se arrodillaron y adoraron las santas reliquias que llevaba el abad, dirigiéndose luego á la iglesia, bajo el palio sostenido por los principales señores de la corte, y siguiendo toda la comitiva con los monjes que iban entonando el himno de *Te-Deum laudamus*.

En la iglesia, los reyes besaron las tumbas de sus padres D. Juan y Doña Juana, y terminada la ceremonia religiosa fuéronse al palacio del abad, donde tenían preparada habitación. La princesa Doña Isabel y las infantas con su comitiva se aposentaron en los edificios de la derecha de la plaza grande. El cardenal, arzobispos y obispos, con los más principales magnates, fueron hospedados en las antiguas cámaras reales del claustro de San Esteban, y más de trescientas damas en el salón de los arcos, que caía á espaldas de las cámaras abaciales, donde posaban los reyes, advirtiendo los manuscritos de la época que fué cosa de grande ejemplo tanto silencio entre tantas mujeres, que más parecían religiosas en dormitorio que damas en palacio.

Poco antes de anochecer llegó el príncipe D. Juan, hijo y heredero de los Reyes Católicos, mozo de quince años, que había venido cazando por el camino con lucida comitiva, siendo

recibido por el abad y convento con las mismas ceremonias que sus padres.

Al siguiente día, domingo 10, quisieron ver los reyes las tumbas reales, algunas de las cuales fueron abiertas, habiendo dado orden especial la reina para que se abriera la de su tía la infanta Doña Catalina, mujer del infante Don Enrique, duque de Segorbe, que había sido una dama muy hermosa. Largo rato estuvo Doña Isabel contemplando su cadáver, y quiso tomar algunos cabellos, que eran muy rubios; pero no se lo permitió el rey D. Fernando.

Los monarcas permanecieron tres días en el monasterio, al cual aún vemos volver á Don Fernando en 1503, de paso para celebrar cortes en Barcelona.

Por lo que toca á Felipe II, estuvo también dos veces en Poblet, una en 1564, siendo abad D. Pedro Boques, y la segunda en 1585, siéndolo D. Francisco de Oliver.

De esta segunda visita puedo dar algunos detalles curiosos, gracias á un manuscrito titulado *Llibre que contè algunas memorias antigas y curiosas*, el cual vino por casualidad á mis manos, aunque muy deteriorado y falto de hojas, después de haber formado parte del archivo de Poblet. Lo que de este manuscrito queda se conserva hoy en una vitrina de la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, donde lo

deposité con otras curiosidades, pareciéndome que debió ser este libro el que como muy notable cita Finestres en su *Historia de Poblet*, tomo IV, disertación 2.^a

Al dirigirse el rey Felipe de Zaragoza á Barcelona, se detuvo en Lérida, desde donde pensó marchar á Poblet, enviando con anticipación á su aposentador Pedro del Yermo con cartas para el abad D. Francisco de Oliver, á fin de que se le dispusiera alojamiento. Llegó Pedro del Yermo al monasterio á hora desusada, según parece, y con la arrogancia y autoridad de mensajero real, quiso que se le abriera la puerta, diciendo que iba á hacer el aposento del rey de España; á lo cual replicó el monje portero que allí no conocían al rey ni era su dueño, consiguiendo, no sin grandes dificultades, ser recibido el aposentador y costándole un triunfo llegar á presencia del abad. Cuentan que, cuando Felipe II supo el caso, exclamó:—«El fraile dijo bien: dijérades vos que iba el conde de Barcelona, y viérades cuán de otra suerte os respondiera.»

La visita del monarca, referida por el manuscrito citado, dice así:

«Sábado á 13 de abril del anyo 1585 pasó el rey D. Philippe nuestro señor por Poblete, á donde se izo lo siguiente:

»Primeramente lo salieron á recibir Don

Abbad vestido de Pontifical con todo este santo convento á la Puerta daurada, á donde adoraron la vera cruz Su Magestad, el príncipe, la infanta mayor, el duque de Saboya y su mujer la infanta, y de allí le llevaron en procesión asta al altar mayor, á donde le fueron todos á besar la mano, la qual no quiso dar Su Magestad, y ansi le besaron la roba juntamente con el príncipe, y luego los llevaron á las cambras reales y los aposentaron á cada uno de por sí, donde estubieron asta segundo día de Pasqua que se marcharon á 23 de abril de dicho anyo.

»Jueves santo hicieron el mandato el rey y el príncipe y el duque de Saboya. Dieron de principio seis servicios de fruta y 15 de pescado y 10 de postre, que son 31 servicios. Hízose el mandato en el refitorio mayor. El príncipe ponía el agua en el bacín, y cayó en tierra por causa que el panyo que traya cinydo le travó. Tambien icieron mandato las infantas en la claustra de santo Esteban, y tambien lo icieron muy lindo de todo.

»El dicho dia predicó Don Abbad, y el viernes predicó el padre Tarrós, y el dia de Pasqua el padre Fray Ferrer, y este dia dió de cenar el Abbad á las infantas en el huerto del prior. Dió á sus Altezas de todos servicios 61, ansi de volatería como de confituras.

»Su Magestad traía 31 caballos de coche pa-

ra sí, y el príncipe y las infantas 44 acas, 70 caballos de armas y tres sillas de oro picado.

»La gente que Su Magestad traía. Presidente D. Joan de Zúñiga, comendador mayor de Castilla y aio del príncipe. El marqués de Aguilar, del Consejo de estado y guerra. El marqués de Denia, gentilhombre de la cámara. El conde de Buendía, sumiller del corp que biste el rey. El conde de Chinchón, mayordomo de Su Magestad. El conde de Fuensalida, mayordomo de Su Magestad. El conde de Uceda, mayordomo de Sus Altezas. D. Francisco Enriquez, de la boca. D. Fadrique Puerto Carrer, mayordomo de Sus Altezas. D. Joan Enriquez, mayordomo de Sus Altezas. D. Luis de Ayala, de la boca. D. Sancho de la Cerda, de la boca. D. Philippe de Córdoba, de la boca. D. Pedro de Bobadilla, de la boca. D. Francisco Pacheco, de la boca. D. Henrique de Guzmán, de la boca. D. Joan Pacheco, de la boca. D. Diego de Córdoba, caballero de Su Magestad. D. Luis de Montfort, caballero de Su Magestad. D. Álvaro de Chiroga, caballero de Su Magestad. D. Gonzalo Chacón, caballero de Su Magestad. D. Pedro de Guzmán, caballero de Su Magestad. D. Joan de Velasco de Obando, caballero de Sus Altezas. Don Alonso de Zúñiga, gentilhombre de la cámara. D. Pedro de Velasco, gentilhombre ut supra.

D. Joan Diaz, secretario de Su Magestad.

»D. Diego Enriquez. D. Rodrigo de Mendoza. D. Francisco Manriquez. D. Joan de Bracamonte. D. Joan Velazquez, hijo del conde de Uceda. D. Pedro Mejía, su hermano. Secretario, Mateo Vazquez. Limosnero Mayor. Confesor Diego de Chaves. D. Pedro de Velasco, capitan de la guardia espanyola. D. Alonso de Velasco, su tiniente. El conde Landró, capitan de la guardia tudesca con su tiniente. Mosen de Tinaz, tiniente de los archeros. Cien espanyoles de la guardia. Cien tudescos. Cien archeros y borgoñeses.

»Damas: La condesa de Abero. La condesa de Paredes, camarera mayor de la infanta Isabel. Donya Sancha de Guzman, camarera mayor de la infanta Catalina. Donya Ana de Mendoza, aya del príncipe nuestro señor. Donya Mariana de Tharsis, duenya de honor de la infanta. Donya Anthonia de Mendoza, duenya de honor. Donya Anna Manriquez. Donya María de Aragon. Donya Joana Manriquez. Donya Mariana de Mendoza. Donya María Chacon. Donya Mencia de la Cerda. Donya Anthonia Manriquez. Donya Luisa Lazo. Donya Catalina de Córdoba. Mas 145 mujeres más de las sobredichas.»

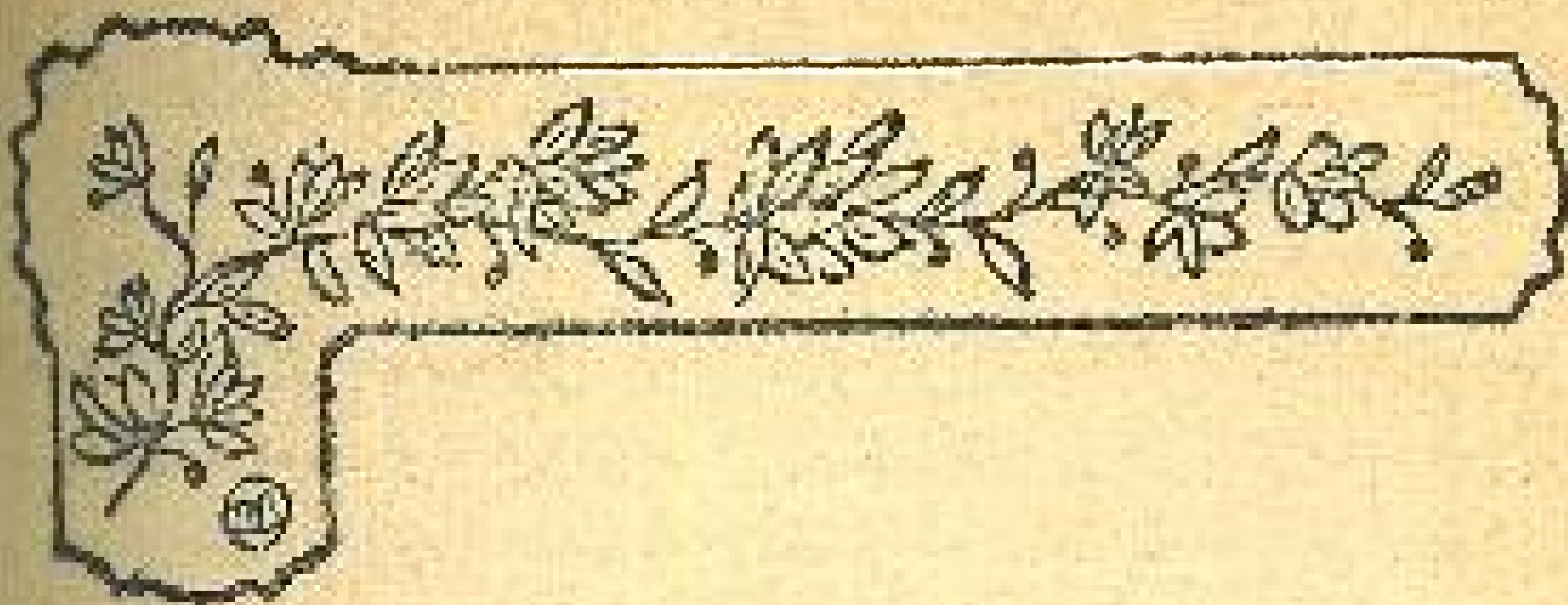
Hasta aquí el manuscrito.

Con motivo de esta visita, Finestres y Serra

y Postius hablan de haberse llevado el rey como cosa curiosa, tomándola del archivo de Poblet, una escritura antigua de la casa catalana de Alentorn, en que se explicaba como un caballero de dicha casa tomó á censo cierta cantidad de dinero para un viaje á Jerusalén con objeto de ver y conocer al deseado Mesías.

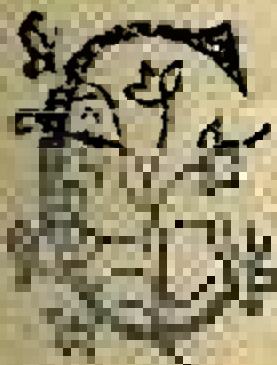
Así como con tantos detalles hablan las memorias de Poblet de las visitas de los reyes, así hablan también de los entierros reales, describiendo con toda clase de pormenores y minuciosidades la pompa, la solemnidad y el aparato con que los restos de los monarcas eran conducidos al monasterio y depositados en sus tumbas.

Suntuosas eran, en efecto, las ceremonias que se hacían con motivo de los funerales. Desde Barcelona, ó desde el punto donde el rey fallecía, su cadáver era llevado á Poblet á pequeñas jornadas, en ostentosa procesión, con gran acompañamiento de príncipes, magnates, prelados, concelleres, diputados, etc., deteniéndose en cada villa importante que se hallaba al paso para las ceremonias de la iglesia, hasta llegar al monasterio, donde eran recibidos los reyes muertos con tanta solemnidad como los vivos, celebrándose aparatosos funerales en que el convento desplegaba todo su fausto y grandeza.



XIII.

El abad de Poblet.—Sus títulos, rentas y grandeza.—Monjes célebres del monasterio.—Los abades de Poblet.—Arnaldo de Amalrich.—Ponce de Copons.—Guillén de Agulló.—Vicente Ferrer.—Juan Martínez de Mengucho.

UANDO un conde de Barcelona y rey de la Corona de Aragón se acercaba á llamar á las puertas del monasterio de Poblet, el abad salía de su palacio particular y recibía al monarca revestido con mitra y báculo de obispo, rodeado de una corte y de un faustoso ceremonial feudal, y llevando un numeroso séquito de monjes parecidos á los antiguos caballeros religiosos, por lo holgado y flotante de sus militares mantos blancos con cola, que arrastraban majestuosamente. Era tan ostentoso el aparato, que un curioso observador, ignorante de lo que veía, podía dudar cuál de aquellos personajes era el monarca, si el abad ó el rey.

Y es que, en efecto, el abad de Poblet era un verdadero monarca.

Se le consideraba como el más rico y poderoso señor eclesiástico de su tiempo, bajo cuyo dominio y autoridad se hallaban sujetos infinitos señoríos, que le rendían feudo y vasallaje. Era abad de siete abades; era barón de Prenafeta, y de Segarra, y de Urgel, y de Algerri, y de las Garrigas, y de Valencia; era señor de pueblos y villas; en lo temporal dueño de diez y nueve lugares y aldeas, granjas y yermos; en lo espiritual jefe de dos prioratos y una comunidad, sin contar los títulos que le correspondían como rector nato de varias iglesias parroquiales que estaban bajo su patronato.

Las siete baronías que le miraban como señor jurisdiccional, eran las llamadas el Abadiato, Prenafeta, Segarra, Urgel, Algerri y las Garrigas en Cataluña, y la de Cuarte y Aldaya en Valencia; todas las cuales tributaban al monasterio las décimas y otros derechos, reconociendo al abad por señor absoluto, como que su dominio estaba confirmado por privilegios, reales decretos y bulas apostólicas.

El abadiato constaba de los sitios y territorios propios del monasterio, con sus bosques y cinco granjas, las de Mitjana, Riudebella, Milananda, Castellfuit y la Peña, y los lugares poblados de Vimbodí, Terrés, Senant,

Montblanquet, Fullea, Vinaixa, Omedons, Pobla de Cervols, Velusell y Vallclara con sus términos, y tres lugares yermos llamados Torrellas, Cudós y Corregó.

La baronía de Prenafeta, situada en el campo de Tarragona, se componía, á más del pueblo que le daba nombre, de los lugares de Figuerola, Miramar, Mas den Amill y Puigdespí con sus términos, y el de Montornés, que era sitio despoblado.

La de Segarra contenía las villas, lugares y términos de Verdú, Grañanella, Sandomí, Solanellas, Puigdemages y la Portella.

La de Urgel abrazaba los lugares y términos de Castellserá, Fuliola, Boldú, Tornabous, Belcayre, Belmunt, Buccenit y Montalé, y siete términos de lugares desolados.

La de Algerri consistía en la villa del mismo nombre y los lugares de Menargues, Boix, la Friguera y Tragó, con sus términos respectivos, y además tres términos yermos que eran los de Torredá, Salavert y Cañellas.

La baronía de las Garrigas contenía los términos y lugares de Juncosa, Torms, Solerás, Albages, Cugal y las Besas, con los cinco términos despoblados de Montbellel, la Cova, Sisquella, Hospital de Riu de Set y Valdereig.

La baronía de Valencia, de la cual desmembró el monasterio la villa de Castelló de la

Plana y el lugar de Montornés, que vendió al rey D. Jaime II, comprendía un espacioso término en la huerta de Valencia á una legua de la ciudad, y en él dos grandes lugares, llamados Cuarte y Aldaya, con muchos censos y señorío directo sobre dos molinos y diversas casas y campos en la ciudad y huerta de Valencia.

En cuanto al dominio espiritual, estaban sujetos al monasterio:

El priorato de San Vicente mártir, extramuros de la ciudad de Valencia, y los de Nazareth en Barcelona y Nuestra Señora del Tallat, situado á la vista de Poblet.

El abad era rector nato de varias iglesias parroquiales, y tenía bajo su patronato diversas vicarías y muchos beneficios en ciudades, villas y lugares de Cataluña y Valencia. Era, á más, limosnero mayor del rey y de la real familia, con facultad de enviar á la corte dos monjes de Poblet como lugartenientes suyos; y era también, con otras dignidades, vicario general y rector del colegio de San Bernardo en Huesca.

Entre sus abades y monjes, Poblet cuenta algunos que llegaron á ser célebres en sus tiempos y supieron abrirse paso en el mundo por sus virtudes, sus talentos y su ciencia, dejando nombre y huella. No deben ser olvidados, prin-

principalmente, los siguientes, de quienes, no sin trabajo, pude reunir algunos datos:

Fr. Guillén de Ripoll. Fué doctor teólogo de la universidad de París, catedrático y regente de estudios en el colegio de San Bernardo de la misma universidad, por los años de 1330.

Fr. Jaime Ricart. Era hombre de gran sabiduría, y en 1316 mereció ser celebrado y escogido con otros doctos varones para impugnar los dogmas y espurgar los libros del famoso Arnaldo de Vilanova.

Fr. Bernardo Serra, del siglo xvii, maestro en teología, autor de varias obras religiosas escritas en latín, sobresaliendo entre ellas su *Speculum predicatorum verbi Dei.*

Fr. Pedro Quervalt, del mismo siglo que el anterior, y de quien se dice que era escritor culto y erudito en latín y en catalán. Dejó varias obras manuscritas. No está continuado en el *Diccionario* de Amat.

Fr. Guillén de Cervera, del siglo xiii. Fué un caballero distinguido, de la noble familia de su apellido, y parece que era excelente trovador; pero mandó quemar todos sus versos y poesías cuando se hizo monje de Poblet. El rey Don Jaime *el conquistador* le distinguió mucho y le hizo su consejero, encargándole la educación de uno de sus hijos. Tampoco figura en el *Diccionario* de Torres Amat.

Fr. Jaime Finestres, varón erudito y muy versado en antigüedades, según dice Torres Amat. Es el cronista de Poblet. Su historia de este monasterio desde el año 1150 hasta el de 1752, está llena de erudición, y es una buena obra de consulta, y archivo copioso de interesantes noticias. No se lee con gusto, porque adolece del vicio que tenían por lo general las obras de su tiempo; pero se consulta con provecho, y se ve que era hija de profundos estudios y de pertinentes disquisiciones.

Son muchos los monjes de Poblet que salieron de este monasterio para ir á ocupar lugares distinguidos en abadías, obispados y hasta en el consistorio de los cardenales. Esteban de San Martín pasó á ser obispo de Huesca en 1166; Ramón de Villalonga, de Elna en 1209, sede que ocuparon también más tarde Arnaldo de Filella y Ramón de Ostalrich, hijos de Poblet; Arnaldo de Amalrich, de quien aún hemos de ocuparnos, fué arzobispo de Narbona; Arnaldo Gallard fué obispo de Aix; de Segorbe lo fué Simón Semeno; de Girgenti, en Sicilia, Lorenzo Maza; de Cerdeña, Miguel Aparici; de Lérida, Ramón Siscar; de Barcelona, Juan Jiménez Cerdán; de Solsona, Francisco Dorda.

Juan Martínez de Murillo, monje de Poblet, vistió la púrpura cardenalicia; y fueron abades

del monasterio de Huerta, Juan Magdalé; del de Monte-Aragón, el infante D. Fernando; del de Veruela, Miguel Aparici; del de Rueda, Bernardo de San Romá, Arnaldo de Abella y Juan García; del de Escarpe, Juan Martí y Jerónimo Gomar, monjes todos de Poblet.

Entre sus abades, el monasterio cuenta varones muy eminentes, algunos cuyo nombre ha repercutido con gloria y con estruendo en los anales de la historia patria:

Arnaldo de Amalrich, era abad de Poblet por los años de 1196. Hubo pocos hombres de tan agitada vida y de tan varia fortuna. Tengo hablado de él muy extensamente en mi *Historia de los Trovadores*. Es una gran figura para un cuadro dramático, y extraordinario servicio prestaría á la historia quien en detenido estudio monográfico tratara de poner en claro todo lo relativo á aquel monje de Poblet, que á tan alto rayó, ya fuese para vindicarle de las tremendas acusaciones que se le han dirigido, ya para presentarle con recta justicia ante el tribunal de la historia.

Arnaldo comenzó por ser monje en Poblet, luego prior primero, y después abad; pero á más altos destinos y á mayor teatro era llamado. Llegó á ser abad del Císter y general de la orden; asistió al concilio lateranense de 1215; fué inquisidor general en Provenza, y mandó

la cruzada contra los albigenses, cruzada terrible y exterminadora que estaba destinada, en nombre de la iglesia, á verter tanta sangre y á llenar de estragos y ruinas el suelo de aquella hermosa é infortunada Provenza, cuya libertad y cuyas glorias acabaron á un tiempo.

Fué Arnaldo de Amalrich quien mandaba en el asalto y saco de Beziers. Cuando los habitantes de esta plaza, viéndose perdidos, se ampararon en tropel de una iglesia, donde se confundieron herejes y católicos unidos todos por el terror y pidiendo misericordia, Arnaldo fué quien dió orden de exterminarlos, y á él se atribuye aquella horrible frase de «Degolladlos á todos, que ya Dios escogerá los suyos.»

Como abad del Císter, dió al conde de Montfort, en nombre del papa, la soberanía de las tierras conquistadas al conde de Tolosa y á los barones de Provenza, pero hubo de excederse tanto en el cumplimiento de su misión, que poco satisfecho el papa Inocencio III, envió á otro legado en su lugar. Esto, no obstante, le confirió el arzobispado de Narbona. Poco después vino Arnaldo á España con objeto de unir á los reyes contra los moros, y estuvo en la famosa batalla de las *Navas de Tolosa*, de la cual nos dejó una *Relación* en latín.

Al regreso de la guerra, volvió á su arzobispado de Narbona, y habiendo roto con el con-

de de Montfort, abandonó su partido por el del conde de Tolosa, á quien tanto persiguiera antes.

Tal es, en breve resumen, la historia de Arnaldo de Amalrich, que fué el undécimo abad de Poblet, según la cuenta de Finestres.

Ponce de Copons fué el abad xxii, elegido solemnemente por los monjes reunidos en aula capitular el 20 de mayo de 1316, y por más de 32 años, hasta el de 1348, gobernó el monasterio.

De este abad guardan gran recuerdo los anales populetanos; su vida alcanzó tres reinados, y tuvo la suerte de hospedar en su casa á tres reyes de Aragón: D. Jaime *el justo*, D Alfonso *el benigno* y D. Pedro *el ceremonioso*, consiguiendo de ellos diferentes gracias y privilegios para engrandecimiento y esplendor del monasterio.

Parece que era varón justo, docto y muy entendido, siendo solicitado su consejo. Asistió, por razón de su cargo, á las Cortes de Tarragona en 1319, de Gerona y Tortosa en 1321, de Barcelona en 1323, de Montblanch en aquel mismo año, de Tortosa en 1337, y de Barcelona en 1339, 1340 y 1347; así como asistió también á nueve concilios provinciales tarraconenses, celebrados desde el año 1317 hasta el de 1341.

Ponce de Copons murió el año de 1348, víc-

tima de una terrible peste que por aquel tiempo se desarrolló en Cataluña, y que diezmo el monasterio de Poblet, donde en solo el mes de julio murieron 59 monjes y 30 conversos.

En el número de los abades que más nombradía dejaron, hay que contar también á *Don Guillén de Agulló* y *D. Vicente Ferrer*, que son el xxv y xxvi de Poblet, siempre conforme á la cuenta de Finestres. El primero de éstos fué gran privado de D. Pedro *el ceremonioso*, y en su tiempo se levantaron las murallas del convento. En cuanto á *Vicente Ferrer*, fué tío de San Vicente Ferrer, y dícese que no sólo se le parecía en la naturaleza y en el nombre, si que también en virtudes y talento. Es el primero de los abades que se halla con el título de *maestro en teología*; era varón docto y entendido, y murió á 13 de julio de 1415, en gran opinión de santidad, siendo sepultado en el Aula capitular debajo de una losa en que no se lee más inscripción ni epitafio que esta frase: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*, palabras que pronunció al espirar.

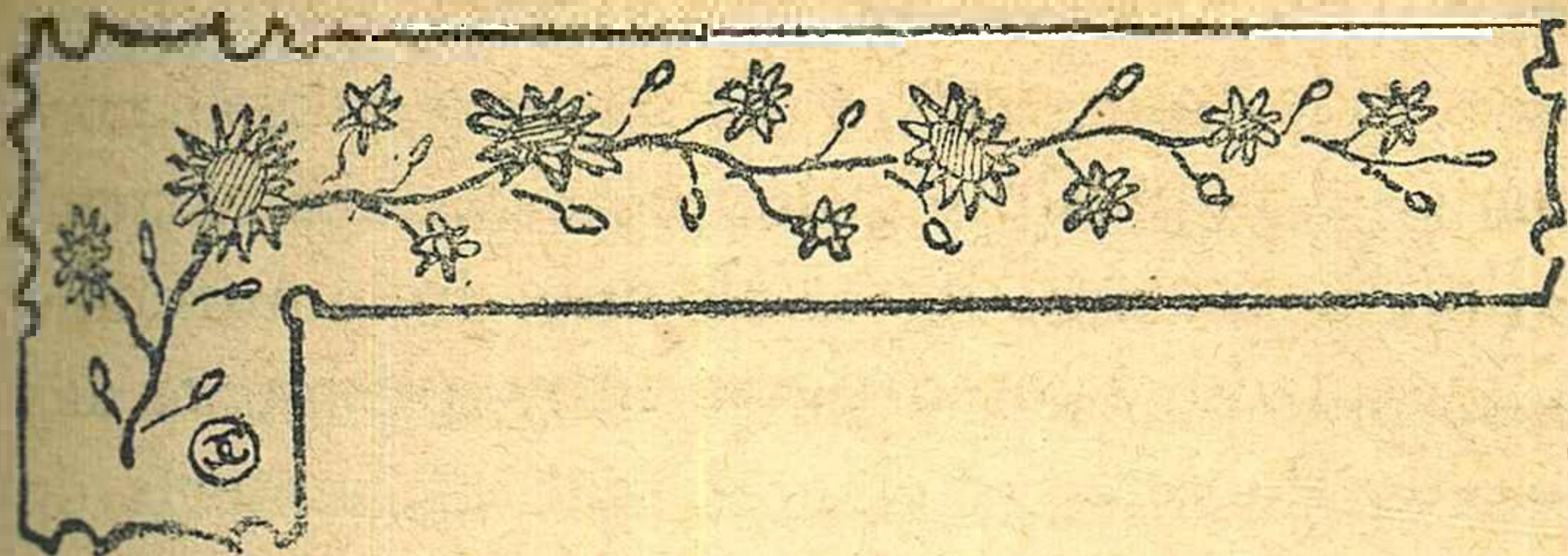
Del abad xxviii *D. Juan Martínez de Mengucho*, se hace también gran memoria en los anales populetanos. Entró á regir la abadía el año 1413, gobernándola hasta el de 1433. Las crónicas del monasterio dicen que fué varón de virtud, celo, prudencia, doctrina, religiosi-

dad y observancia; pero á ello debe añadirse también que fué un sagaz político de su tiempo, y que supo con sus artes abrirse paso y llegar á los primeros puestos. Grande amigo y devoto del rey D. Fernando, *el de Antequera* y el elegido por el parlamento de Caspe, figuró en los sucesos y en las intrigas que prepararon el advenimiento de aquel monarca, de quien fué consejero y privado.

Es evidente asimismo que después de haber sido Martínez de Mengucho acérrimo partidario del papa Benedicto XIII (Pedro de Luna), le abandonó por completo, secundando el ejemplo de San Vicente Ferrer y del rey Fernando, que tan á favor suyo estuvieron en sus principios, y que tanto particularmente le debían. Así se ve á Martínez de Mengucho ir al concilio de Constanza, acompañando al conde de Cardona embajador de D. Fernando, y trabajar activa y abiertamente en aquel concilio contra Benedicto XIII, á quien acabó por deponerse, nombrando en su lugar al papa Martín V. Y es muy de notar, aun cuando sólo sea éste otro de los muchos ejemplos de humanas ingratitudes, que Martínez de Mengucho debía su abadiato de Poblet, no ciertamente á la elección de los monjes, según uso, ley y costumbre, sino á nombramiento especial del papa Benedicto.

Pero de todo esto, y de mucho más, dará cuenta el capítulo siguiente, donde hay que hablar de sucesos dignos de nota en que anduvo mezclado y tomó parte muy principal el abad de Poblet.





XIV.

Suceso misterioso.—Bodas del rey D. Martín con Margarita de Prades.—Intrigas de la corte.—Muerte del rey.—Parlamento de Caspe.—Benedicto XIII, San Vicente Ferrer y el abad de Poblet.—Los amores de la reina.—El niño recogido por el abad de Santas Creus.

EL suceso de que se va á tratar está muy envuelto en nubes de misterio, y, aunque de asunto interesante, más pertenece al drama ó á la novela que á la crónica histórica; pero la venturosa indiscreción de un cronista populetano, el P. Finestres, puso por accidente en el rastro al historiador y al leyendista, y no debe ciertamente desperdiciarse la ocasión, que no á todas horas y todos los días se vienen á mano asuntos que, siendo rigurosamente históricos, puedan cautivar al lector por su dramática acción ó su interesante argumento.

Gracias, pues, al rastro en que nos puso Finestres (tomo III de su *Historia de Poblet*,

cent. III, disert. III), ó dicho sea con más propiedad, al cable que soltó para que con el tiempo pudiera asirse de él alguno, he aquí como pasaron ó como pueden narrarse al menos las cosas referentes al asunto que es materia de estas líneas.

Corría el año 1409 y ocupaba el trono de la Corona de Aragón el rey D. Martín llamado *el humano*, viudo de sus dos primeras esposas y sin hijos. El único que había tenido en su primera mujer, llamado como él D. Martín y apellidado *el joven*, acababa de morir en Sicilia, sin dejar sucesión legítima. D. Martín el padre hallábase achacoso y doliente, y con él concluía la línea varonil de los condes de Barcelona reyes de Aragón.

El país comenzaba á temblar, pues veía cerberse una nube de desgracias en el horizonte de su política y de sus destinos, ya que al morir el rey sin sucesión, el reino quedaba entregado á la lucha de los bandos y pretendientes que amenazaban aparecer para disputarse el gobierno y la corona. Con terror se veía que pudiera llegar el caso de cumplirse la terrible maldición arrojada un día sobre D. Pedro *el ceremonioso* y su descendencia por aquel hombre singular y superior, todavía no bien definido, que se llamó Arnaldo de Vilanova.

En este estado las cosas públicas, los priva-

dos, los magnates del reino, las cortes por medio de sus representantes, los consejeros del monarca, todos, se pusieron de acuerdo para influir en D. Martín é interesarle á contraer terceras nupcias. A esto se avino por fin el rey.

Dos partidos se formaron inmediatamente en la corte. Uno pretendía que eligiera por esposa á Doña Cecilia, hermana del conde Don Jaime de Urgel, á quien eran muy adictos los catalanes, y en favor del cual parecían estar las mayores probabilidades como sucesor del trono, caso de morir sin hijos el rey D. Martín. A efectuarse este enlace, tal vez los destinos de la Corona de Aragón hubieran sido otros, evitándose muchos disturbios y catástrofes al reino.

El segundo partido deseaba que la elección recayera en Doña Margarita de Prades, joven y garrida dama, de singular hermosura, que se había criado en palacio con la primera mujer del rey Doña María de Luna. A este partido, que fué el que acabó por triunfar, pertenecía el P. D. Juan Martínez de Mengucho, que fué en Sicilia limosnero de D. Martín *el joven*, debiendo sin duda á esta circunstancia ser muy favorecido del rey D. Martín padre, gran amador de los recuerdos y memorias de su perdido hijo. Todo induce á creer que el P. Martínez

de Mengucho influyó poderosamente en el ánimo del monarca para su resolución.

La bella Margarita de Prades fué, en efecto, la escogida, y sus bodas con el rey se celebraron en el castillo ó casa de campo llamada *Bell Esguart*, junto á Barcelona, al pie del Tibi Dabo, de cuya real mansión aún alcanzó á ver ruinas en su juventud el que estas líneas escribe.

Desposó á los reyes Benedicto XIII (Pedro de Luna), reconocido entonces como papa por estos reinos, aunque anti-papa para otros; y dijo la misa de bendición el sacerdote Vicente Ferrer, hoy venerado como santo en los altares, y á la sazón estrechamente unido á los intereses de Benedicto XIII, á quien debía faltar más tarde; como estaba estrechamente unido á entrambos en aquella época el P. Martínez de Mengucho, que poco pensaba entonces sin duda en que, andando los tiempos, llegaría á ser abad de Poblet por virtud de aquel su gran amigo y protector Benedicto, á quien también había de faltar y ser traidor, como Judas á su divino maestro.

Vencida por las instancias del papa Benedicto, de San Vicente Ferrer y del P. Martínez de Mengucho, confesor de Margarita de Prades, acabó esta joven y hermosa dama por prestarse á unir su suerte á la del enfermizo, impotente y

valetudinario D. Martín. Habría que descender á insondables profundidades de la historia, más aún que á las mismas del corazón humano, para conseguir explicarnos cómo aquella mujer, joven, gentil, hermosa, noble, ardientemente apasionada de uno de los más gallardos mancebos de la nobleza, y de él correspondida, se avino á contraer un matrimonio de antemano condenado á ser estéril, á compartir un tálamo, del cual era sabido que debía salir doncella cada vez de entrar en él, y á ser cómplice de aquellas tenebrosas intrigas políticas y víctima de aquellos miserables secretos de alcoba, que no lo fueron, sin embargo, para el historiador Lorenzo Valla, quien, aunque en latín, los refiere con tremenda y prolija complacencia de pormenores.

Margarita de Prades estaba próxima á casarse con el escogido de su alma D. Juan de Vilaregut, mozo de altas y nobles prendas, cuando las intrigas políticas la arrojaron en brazos del rey, que murió en mayo de 1410, á los pocos meses de matrimonio.

A su muerte, Margarita, reina viuda, se retiró al monasterio de Valdoncellas, de religiosas cistercienses, pero sin profesar, por el pronto; y las intrigas políticas emprendieron nuevos caminos, declarándose entonces Benedicto XIII, San Vicente Ferrer y el P. Martínez de Men-

gucho, ardientes partidarios de Fernando *el de Antequera* en contra del derecho, á toda razón legítimo, que tenía el conde de Urgel para suceder en el trono vacante.

Lo que entonces ocurrió, manifiesto está en las historias. Ellas nos dicen de qué manera fueron desarrollándose aquellos grandiosos sucesos, y de qué manera también tuvo lugar aquel acto imponente y para siempre memorable de soberanía nacional, viniendo todo á terminar en el Parlamento de Caspe, donde San Vicente Ferrer, uno de sus jueces, influyó tan poderosamente con su elocuencia, que era al parecer arrebatadora; con su aureola de santidad, que á voces le daba el pueblo; y con su talento, firmeza y resolución, que en aquel hombre, realmente superior, constituían un carácter.

El derecho del conde de Urgel, á todas luces evidente, fué desconocido, y proclamado rey de la Corona de Aragón D. Fernando el de Antequera, debiéndose esto principalmente á los esfuerzos de Benedicto XIII y á la elocuencia portentosa de San Vicente Ferrer, quien, dicho sea con todo el respeto que merece su recuerdo, abusó un poco de su popularidad de santo para inclinar el ánimo de los jueces, haciéndose el inspirado del cielo y tratando de dar cierto color providencial y sobrenatural

A lo que era puramente humano y político. El pueblo murmuró largamente del acto, y el descontento fué tan general, y tan unánime la voz de traidores á la patria, aplicada á los jueces de Caspe que votaron por D. Fernando, que hubo necesidad de recurrir á San Vicente Ferrer para calmar desde el púlpito con su elocuencia y autoridad el universal disgusto.

A mediados de 1412, tomaba posesión del trono D. Fernando, no obstante levantarse en armas el conde de Urgel con sus partidarios, y en seguida comenzaron las recompensas. A Benedicto XIII, que había de concluir, sin embargo, por ser la gran víctima de aquel suceso, se le ofreció la obediencia y apoyo de los reinos de Aragón y Castilla; á San Vicente se dió el cargo de confesor del rey; á Berenguer de Bardají, uno de los jueces, se hizo merced de cuarenta mil florines; á Bernardo de Gualbes, otro de los jueces de Caspe, se le nombró canciller, y así sucesivamente.

No podía ser olvidado en el reparto el padre Martínez de Mengucho, á quien Benedicto XIII, de acuerdo con el rey ó á propuesta de éste, nombró abad de Poblet, que era darle una gran posición y una gran prebenda en estos reinos, lo cual se hizo por bula pontificia y sin elección de los monjes. Para esto se aprovechó la circunstancia de haber renunciado la

abadía en manos de Benedicto, el que antes la poseía, D. Jaime Carbó, de quien no es gran malicia sospechar que pudo verse obligado á dimitirla, antes de que le dimitieran, según la frase modernamente puesta en uso entre nuestros políticos.

Lo cierto es, que tan pronto como entró á regir la abadía de Poblet D. Juan Martínez de Mengucho, se le halla ya en intimidad con el nuevo rey D. Fernando, viéndosele figurar entre sus privados y formar parte de sus consejos. Cuando los catalanes, en las Cortes de Montblanch del año 1414, se negaron á votar al rey la suma de 80.000 florines que pedía, el abad de Poblet, Martínez de Mengucho, es quien acude al monarca en sus apuros ofreciéndole, y pagándole, la cantidad de 15.000 florines, á cambio de unas tierras que habían pertenecido al conde de Urgel, y en las cuales no era aún muy legítimo, por estar en litigio, el derecho del rey.

Sin embargo de esto, Martínez de Mengucho, por complacer al monarca, no vaciló en exponerse á comprometer los intereses de Poblet, aviniéndose á adquirir para el monasterio las citadas tierras, aun antes de recaer sentencia en el pleito; si bien era de suponer cuál debería ser aquélla, estando de un lado el rey, el Papa y el abad de Poblet, y del otro un infeliz

descendiente de los reyes de Aragón, condenado á morir prisionero en el fondo de un casti-
llo, y á quien en aquellos momentos abando-
naban á un tiempo la justicia, las armas, la
fortuna y el cielo.

Ya desde entonces se vió á Martínez de Mengucho privar con el rey D. Fernando. Era éste tan adicto al abad de Poblet y tan ciega su confianza en él, que cuando hubo de nombrar embajador para el concilio de Cons-
tanza, donde debía tratarse de poner término al cisma de la Iglesia, eligió como su enviado y representante al conde de Cardona, pero im-
poniéndole por consejero al mencionado Mar-
tínez de Mengucho. En este concilio fué don-
de Benedicto XIII, á quien todo se lo debían el rey de Aragón, San Vicente Ferrer y el abad de Poblet, se vió de todos abandonado, tratán-
dole como él había tratado al conde de Urgel un día, y teniendo que ir á terminar su vida recoleto en un castillo, siendo en esto justa la Providencia, y realizándose con Benedicto de Luna respecto á D. Fernando, á San Vicente Ferrer y á Martínez de Mengucho, aquello por Calderón admirablemente dicho de que

el traidor no es menester
siendo la traición pasada.

Pero con todo esto hemos echado al olvido

á la gentil Margarita de Prades, que puso la pluma en nuestras manos para trazar estas líneas. Perdónenme mis lectores, ó mejor dicho mis lectoras, que serán sin duda las que con más atención hayan comenzado á leer este capítulo, atraídas por su epígrafe de *Los amores de una reina*.

Volvamos á Margarita de Prades.

Ya queda dicho que cuando las intrigas de la corte la llevaron á desposarse con el rey, estaba en amores con un noble, galán y gallardo mancebo, llamado D. Juan de Vilaregut. No tardaron estas relaciones amorosas en reanudarse á la muerte del rey, y se supone que los amantes debieron contraer matrimonio, aunque secreto, para no perder Margarita su estado, condición, privilegios y emolumentos de reina viuda.

Fruto de estos amores fué un hijo que se hizo criar ocultamente hasta la edad de seis ú ocho años.

Pasado este tiempo, presentóse un día el caballero Juan de Vilaregut á las puertas del monasterio de Santas Creus y pidió hablar al abad, para el cual llevaba un mensaje del de Poblet D. Juan Martínez de Mengucho. Lo que hablaron el caballero y el abad, ha quedado desconocido para la historia; pero pocos días después Juan de Vilaregut iba á reunirse con

el que luego fué rey de Aragón, D. Alfonso V, hijo de D. Fernando, ocupando á su lado el puesto de mayordomo, en el desempeño de cuyo cargo aún se le halla en 1435, y el abad de Santas Creus recogía un niño de siete ú ocho años, desconocido, huérfano de padres, que fué ocupado como monacillo en el servicio del templo y de la sacristía.

Por lo que toca á Margarita de Prades, hizo religiosa cisterciense y profesó en el monasterio de Valdoncellas, donde se hallaba el año 1424, según documentos de aquella época, al pie de los cuales aparece su firma de esta manera: *La reina Margarita, monja de Valdoncellas.* De este convento pasó luego al de Bonrepós, cerca de la cartuja de Scala-Dei, donde fué abadesa, falleciendo el año 1430, y trasladándose con el tiempo sus restos á Santas Creus, en cuyo coro, según dice el cronista de aquel monasterio D. Teodoro Creus Corominas, figuraba un sillón perteneciente á dicha reina, que tenía esculpidas las armas reales y un báculo, como señal de haber sido abadesa.

Mientras tanto, el niño amparado por el abad de Santas Creus fué creciendo, ignorante de quiénes eran sus padres, mudado el nombre propio en otro desconocido, y cuando llegó á edad competente se le persuadió que tomase el hábito cisterciense en aquel monasterio, «como

de hecho lo vistió y profesó en manos de aquel abad, dice Finestres, no por devoción, sino por temor, ignorando la calidad de sus padres.»

Reinaba sobre esta historia el más profundo secreto, y nada ciertamente se hubiera sabido, si el abad de Santas Creus, en su última enfermedad y acusado por la conciencia, no se hubiese resuelto á revelar el misterio que pesaba sobre el desconocido joven, declarando que era hijo de D. Juan de Vilaregut y de la reina Margarita. Apercebido el mancebo, y certificado de la calidad de sus padres, estimó por inválida su profesión monástica, hecha por temor y por ignorancia de su nombre, y tomando el de Juan Jerónimo de Vilaregut dejó el hábito y el monasterio, lanzándose al mundo y contrayendo matrimonio.

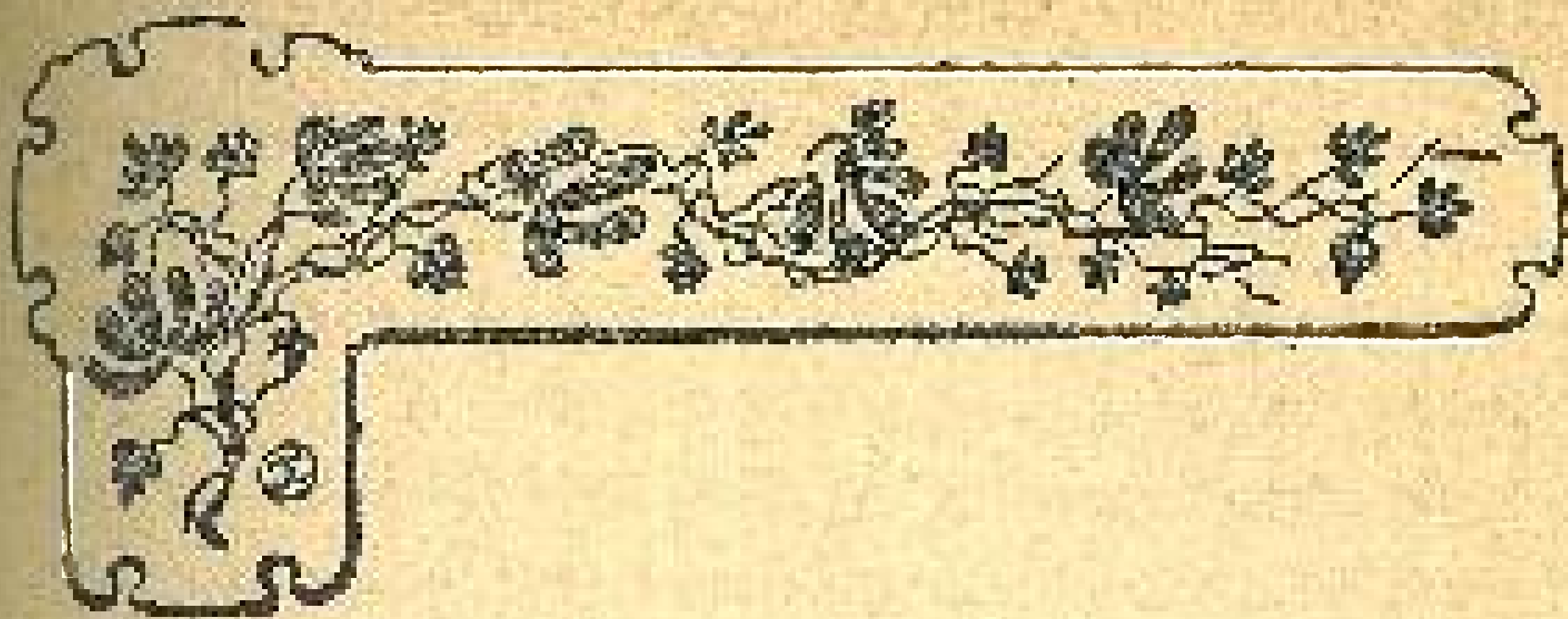
El mozo, que por lo visto lo era de empuje y bríos, fué á ampararse del rey D. Alfonso V, á la sazón en Nápoles, llegando á obtener el favor de este monarca, como antes lo obtuviera su padre, y sucediendo á éste en el cargo de consejero y mayordomo, según es de ver en Letras Reales firmadas por Alfonso V de Aragón el 20 de noviembre de 1451, donde se da cuenta de cómo el papa Nicolao V había absuelto del vínculo de la religión á Juan Jerónimo de Vilaregut.

Tal es lo que me ha sido dado averiguar re-

lativamente á los secretos amores de la reina Margarita, quedando, sin embargo, lo principal del suceso envuelto en el misterio, como también lo de la legitimidad del matrimonio, que aparece entre nubes por lo menos, no habiéndose atrevido el cronista de Poblet, Fines- tres, á levantar más que la punta del velo.

Me ceñí en esta relación puramente á lo histórico. Día llegará, de seguro, en que un hombre de talento sepa hacer de estos apuntes el grandioso drama que se siente palpitar en su fondo.





XV.

Siguen los abades de Poblet.—Bartolomé Conill.—Miguel Delgado.—Juan Payo Coello.—Domingo Porta.—Pedro Quexal.—Lo que sucedió con un novicio en tiempo del abad Boques.—Francisco de Oliver.—Levantamiento de Cataluña contra Felipe IV.—Guerra de sucesión.—Guerra de la Independencia.



ROSIGAMOS ahora hablando de aquellos abades de Poblet, cuyos nombres no deben quedar en el olvido.

Bartolomé Conill, que figura el xli en la lista de Finestres, fué elegido el 8 de febrero de 1437. Muy favorecido del rey D. Alfonso V, que le consultó en distintas ocasiones sobre asuntos graves del Estado, rigió el monasterio en paz, aumentando sus rentas, realizando notables mejoras y dejando gran memoria de su gobierno.

Se le encuentra en las Cortes de Barcelona el 1438, en las de Tortosa los años de 1440 y 1442, en las de Barcelona el 1446, en las de

Perpiñán el 1450, y en las otras de Barcelona el 1456, haciéndose siempre notar, según parece, por su rectitud de miras y su previsión en el consejo.

Murió el año 1458, y es otro de los que yacen enterrados en el Aula Capitular, distinguiéndose su lápida sepulcral por la divisa de un conejo que era la suya en conformidad á su nombre.

Miguel Delgado. Fué abad XLII de Poblet, sucesor de Conill, y elegido en 1458. Larga materia ofrece este abad á la crónica. Perteneció al número de aquellos prelados que, como Martínez de Mengucho, dieron carácter político á su gobierno, comprometiendo al monasterio en luchas y en empresas que hubieran podido resultar muy caras á no contar con el éxito.

Fué limosnero del rey D. Alfonso V en la corte de Nápoles, y confióle este monarca varias comisiones delicadas y de importancia cerca del Papa. En la Biblioteca de Poblet se conservaba como joya de precio, el libro *De potestate eclesiástica* por Fr. Agustín Ancona, que cierta vez regaló el papa Calixto III al maestro Delgado, cuando terminada la misión que le confiara Alfonso V para el Sumo Pontífice, éste le despidió entregándole aquel libro y anotándole un pasaje para demostrarle que, con-

forme á su contenido, no podía el jefe de la Iglesia acceder á la pretensión del monarca aragonés.

Alfonso V murió en brazos del maestro Delgado, y éste se vino entonces á Cataluña, donde, por ocurrir á poco la muerte de Bartolomé Conill, fué elegido abad del monasterio.

Los cronistas populetanos dicen del abad Delgado, como pudieran decirlo de un capitán: *sirvió valerosamente al rey D. Juan II en la guerra de Cataluña.* Y es así en efecto. Desde que tomó posesión de su abadía el antiguo limosnero de Alfonso V, se nos aparece como un caudillo militar, más que como un pacífico y religioso prelado. En la lucha del rey Don Juan II con Cataluña, el abad de Poblet se puso decididamente y con empeño al lado del monarca en contra del país.

Sabido es el origen de aquella desastrosa guerra. Era ídolo de los catalanes el príncipe Carlos de Viana, heredero del trono, como primogénito del primer matrimonio del rey con Blanca de Navarra; pero no entraba esto en las miras de la segunda esposa del monarca, Doña Juana Enríquez, soberbia castellana, que deseaba ver suceder en los estados de Aragón á su hijo y el del rey en segundo matrimonio, el príncipe D. Fernando, que fué más tarde *el rey católico.*

El 23 de setiembre de 1461, moría en Barcelona el príncipe de Viana, víctima según se aseguró de un veneno que mandara darle su madrastra Doña Juana; pero esta muerte, en vez de apaciguar los ánimos como parecía lógico, pues ya no quedaba rival al príncipe Don Fernando, pareció por el contrario encenderlos y enconarlos con más llama. D. Juan II, empujado por su esposa Doña Juana, que ardía en cólera y en deseos de venganza al verse aborrecida y maltratada de los catalanes, llevó muy mal las negociaciones, ignorante del terreno que pisaba, y la guerra estalló cruel y formidable.

A voz de pregón y á son de clarines fué depuesto del trono D. Juan II, en Barcelona, por conculcador de las públicas libertades, y elegido en su lugar el rey de Castilla. Toda Cataluña se alzó en armas contra el monarca, quedándose sólo del lado de éste unos pocos, entre ellos el abad de Poblet.

Finestres, en su *Historia de Poblet* y en su *Apéndice* á la disertación 1.^a, tomo IV, refiere minuciosamente los servicios que el abad Delgado y el monasterio prestaron al rey durante aquella desastrosa guerra que los catalanes sostuvieron, fuertes en su derecho y en su justicia, reconociendo primero como rey al de Castilla, después al condestable de Portugal, y

por fin á Renato de Anjou. En el citado Apéndice copia el cronista gran parte de la correspondencia que medió, durante aquellos tiempos, entre D. Juan y el abad Delgado, quien fué muy adicto de aquél, y sobre todo de la reina Doña Juana, á cuyo consejo, mejor aún, á cuya camarilla pertenecía.

En aquella época se ve al abad Delgado no darse un momento de tregua ni reposo; ir y venir de Zaragoza y de los demás puntos donde se aposentaba el rey; levantar en armas á los vasallos de Poblet, y con ellos y otros mercenarios formar una hueste, cuyo mando confió á su hermano, el capitán D. Juan Delgado; poner al monasterio en estado de defensa, rechazando ataques de las armas catalanas; y, por fin, ir en persona, mandando numerosas fuerzas, á sitiar el castillo de Omells de Valbona, que obligó á rendirse, ínterin las tropas de D. Juan II caían sobre Barcelona.

Cuando esta ciudad hubo capitulado de la manera noble y gallarda que cuentan las historias, obligando al rey á entrar en ella más como vencido que como vencedor, el abad Delgado fué á ocupar un alto puesto al lado del monarca, que recompensó sus servicios con honores, dignidades, privilegios y rentas para el monasterio, comenzando entonces para éste su buena época de esplendor y de grandeza, aun-

que con la nota desfavorable que venía ya señalándose desde los tiempos del abad Martínez de Mengucho, de ser siempre Poblet más inclinado á los intereses de los reyes que á las libertades de la patria.

Juan Payo Coello. Fué abad XLIV de Poblet, elegido en abril de 1480. Era natural de Zamora, en Castilla, de linaje portugués, y había sido bravo soldado, antes que la suerte, los infortunios y unos amores desgraciados le llevaran á tomar el hábito en Poblet. Su elección de abad le halló desempeñando el cargo de limosnero de D. Fernando *el católico*, de quien era muy parcial y adicto, así como muy favorecido del monarca, que en él tenía, al parecer, singular confianza.

Esto último quedó patente cuando en 1488, habiendo dispuesto el Rey Católico que por aquella vez no se sorteasen diputados y oidores en Cataluña, sino que fuesen los que él nombrara, eligió diputado eclesiástico al abad Payo Coello. Desempeñó éste su cargo, que fué de Real orden, como ahora se diría, y no como estaba prescrito en las constituciones catalanas; y también por una venturosa indiscreción de Finestres, que copia una correspondencia secreta entre el rey y el abad, se puede venir en conocimiento de cómo este último supo favorecer los intereses del monarca con tanta fide-

lidad como otros ponían en servir, más discretamente, los intereses del país.

Payo Coello era aún abad de Poblet cuando los Reyes Católicos, después de la toma de Granada, visitaron el monasterio, según ya se vió en un capítulo anterior, y durante su gobierno contribuyó poderosamente á engrandecer y realzar el convento. Por esto, al fallecer en 1498 y ser sepultado en el Aula Capitular, se escribió sobre su lápida una elegante leyenda latina, la que dice vertida al castellano:

«Quien duerme bajo esta piedra es D. Juan Payo Coello, abad de Poblet. De noble linaje, trocó el hábito militar por el de monje, y elegido por sus hermanos, embelleció la casa, muy quebrantada por las guerras.»

Domingo Porta. Fué el XLVI abad de Poblet, elegido el año de 502. Era varón docto y eminente, doctor en teología y catedrático de la universidad de Lérida. Torres Amat lo continúa en su *Diccionario de escritores catalanes* como autor de unas *Obras morales y políticas* que hubieron de quedar manuscritas, y que sin duda estarían en la biblioteca de Poblet.

Pedro Quexal. Sucedió al venerable Porta, siendo elegido en 1526.

Queda ya hecha mención de este abad en otro capítulo de esta obra, al tratar del altar mayor de la iglesia.

Parece realmente que era hombre superior, de mérito y ciencia, y Finestres dice de él que hubiera sido uno de los grandes prelados que ilustraron al monasterio, si no se hubiese dejado llevar por sus vivos deseos de aumentos propios y de sus parientes.

Es algo misterioso todo lo que se refiere á este abad. Supónese que sus prodigalidades y larguezas, disponiendo con gran soltura de los bienes del monasterio, provocaron una insurrección de los monjes que, rebelándose contra él, le prendieron y encerraron en la cárcel del convento hasta ser juzgado, como así fué en efecto. Formáronle proceso, presidiendo el tribunal el abad de Santas Creus; y dejándole convicto de relajador de la observancia regular y disipador de los bienes del monasterio, se le sentenció en 15 de noviembre de 1531 á privación de la abadía y á cárcel perpetua.

Pero contra esta sentencia se alzaron en armas los amigos y parientes de D. Pedro Que-xal, que debía tenerlos muy poderosos, y consta que en la noche de Navidad de 1533, siendo ya abad *D. Fernando de Levín*, el monasterio se vió acometido y asaltado por una hueste de hombres armados. Junto al palacio abadial fué muerto Fr. Pedro Mas, converso; y escalados los muros, entraron en el convento, causando grandes daños, aunque sin conseguir la liber-

tad del prisionero, sin embargo de ser lo que principalmente deseaban.

A consecuencia de esto, el abad y el convento pidieron al emperador Carlos V, á la sazón reinante, que el ex-abad Quexal fuese llevado á una fortaleza; y así lo acordó el monarca. Quexal fué trasladado al castillo de Játiva, donde años adelante acabó sus días.

No puede negarse, sin embargo, que en tiempo de este abad se hicieron grandes obras en Poblet, singularmente la espléndida del altar mayor de la iglesia.

Gobernaba *Pedro Boques*, abad L, cuando por los años de 1552 ocurrió en Poblet un caso singular, y también rodeado de misterio.

Un joven novicio á quien dos ó tres años antes se había dado el hábito, conocido con el nombre de Juan Bartolomé de Vilaroja, se presentó un día al abad, y entre lágrimas y suspiros le reveló que era mujer. Había tomado aquel nombre y el traje de varón, disimulando el sexo, que sin duda no pudo tener oculto por más tiempo.

Los motivos que pudieron inducir á aquella mujer desconocida á penetrar en el convento, han quedado envueltos en el más profundo misterio. Sólo se sabe que el abad, después de oír su confesión, mandó con toda prudencia despedir al novicio, sin que volviese á hablar-

se de este asunto y sin que nada más pudiera averiguarse del suceso.

En tiempo del abad *D. Juan de Guimerá*, por los años de 1568, estaba de monje en Poblet un joven llamado *Francisco de Oliver*, que por sus altas cualidades y grandes prendas parecía llamado á superiores destinos. Por desgracia, tenía impedimento canónico para obtener cualquiera dignidad eclesiástica á causa de no ser fruto de legítimo matrimonio. Era, en efecto, hijo natural del vizconde de Castellbó, *D. Luis de Oliver*, quien lo tuvo en unos amores con cierta desconocida dama.

Pero como el joven Oliver daba grandes muestras de disposición y talento, y contaba al parecer con elevadas influencias y altos protectores, llegó al monasterio una bula pontificia sometiendo al abad *D. Juan de Guimerá* el encargo de abrir proceso sobre la legitimidad de dicho monje, y no encontrándole otro defecto canónico, dispensarle y habilitarle para obtener cualquiera dignidad, excepción hecha sólo de la suprema de la orden.

Así se hizo. Abrióse proceso, y *D. Francisco de Oliver y Boteller*, no obstante su origen de ilegitimidad, quedó habilitado, de tal manera, que en 1583 no hubo inconveniente en elegirle abad de Poblet, como no lo hubo antes para darle otros cargos y dignidades.

Pertenece Francisco de Oliver al número de los abades que dejaron nombre y huella. Fué hombre de vasta erudición y reconocida ciencia, y por dos distintos trienios, en 1587 y en 1596, eligióle la suerte de insaculación, según costumbre política del tiempo, para diputado eclesiástico de Cataluña y presidente de la Diputación catalana.

Prestó buenos servicios, obró con rectitud y prudencia, contribuyó á la grandeza y prosperidad del monasterio, y, conforme consignaba su epitafio del Aula Capitular donde fué enterrado, murió en Barcelona el año 1598 durante el desempeño de su cargo de diputado.

Otros varios abades tuvo Poblet dignos de honrosa mención, aun cuando no permita hacerlo lo breve de esta obrita; y fué el monasterio creciendo y adelantando en grandiosidad, en esplendor y en fausto, si bien siempre con la singularidad rara, y casi pudiera decirse única en su clase, de ser más afecto á los intereses del rey que á los de Cataluña.

Así sucedió también cuando el levantamiento de Cataluña en 1640, y hubo ya de observarlo y tomar nota de ello el ilustrado joven D. Eduardo Toda, quien en las páginas que ha escrito sobre Poblet, recogiendo curiosos pormenores, sobre todo en los sucesos posteriores á Finestres y más cercanos á nuestros tiempos,

consigna juicios que no por ser hijos alguna vez de arriscada intuición, dejan de verse confirmados por la verdad histórica, según tuve ocasión de comprobar.

Efectivamente, cuando Cataluña toda se levantó en favor de sus derechos desatendidos y de sus libertades conculcadas, teniendo lugar aquella memorable guerra de 1640, llamada *de los segadores*, Poblet permaneció fiel á la causa de Felipe IV, y si bien, en determinada ocasión, al principio, pareció inclinarse á la causa catalana, no tardó en verse á su abad reunir sus milicias y somatenes para prestar ayuda á los capitanes de Felipe IV.

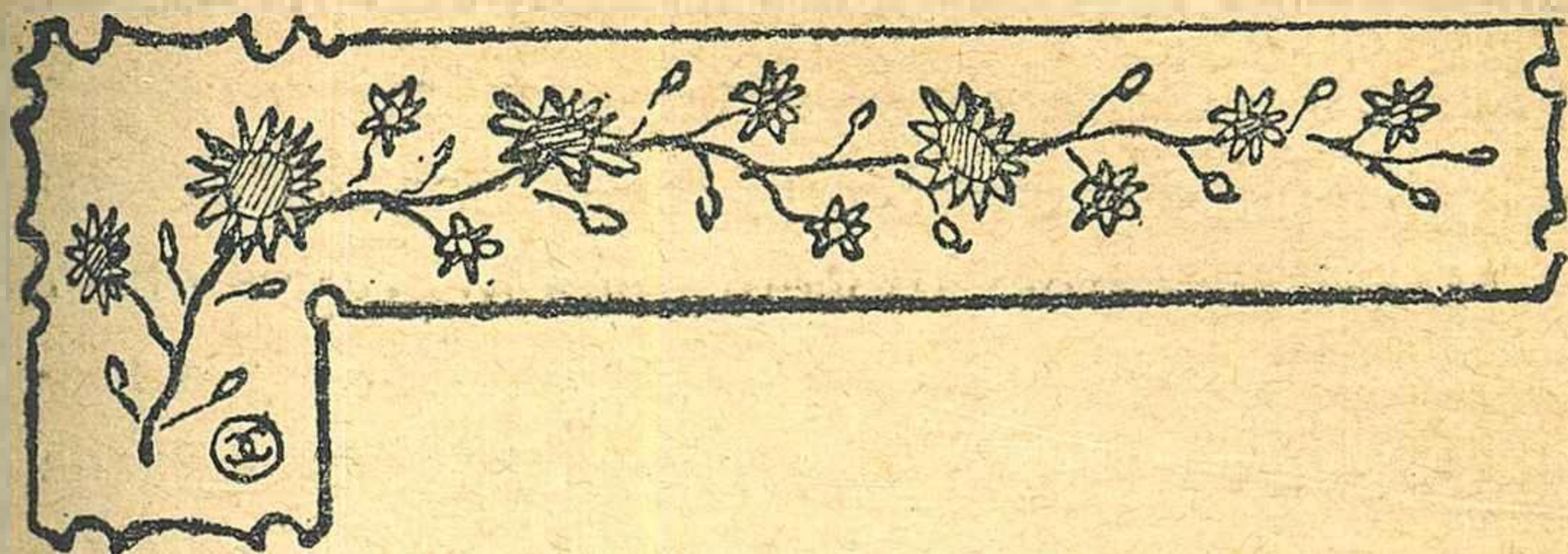
No resulta tan clara, sin embargo, la parcialidad de Poblet, como pretende Toda, cuando la grandiosa lucha ó guerra de sucesión, á principios del pasado siglo. Al fallecer Carlos II, Castilla, contando con el poderoso apoyo de Francia, proclamó y sentó en el trono á Felipe V, mientras Cataluña, con el auxilio de las potencias aliadas primeramente, pero luego sola, alzaba pendones por Carlos III el archiduque. En esta ocasión, Poblet, si pudo estar al principio vacilante, concluyó por decidirse de pleno á favor del país, y su abad Don Francisco Dorda figuró como consejero al lado del archiduque, de quien aceptó cargos, honores y dignidades, perdiéndose con él al perder-

se su causa, pues jamás se lo perdonó el vencedor Felipe V.

Finalmente, en tiempos más modernos, á comienzos del siglo que corre, cuando nuestra épica guerra de la Independencia, tampoco faltó Poblet á la causa abrazada con entusiasmo por el país. Pudo en accidentales ocasiones verse obligado á recibir á los generales franceses, cuando éstos dominaban el territorio, obrando así, más que por temor ó simpatía, por celo á favor del monumento; pero es positivo que distintas veces se congregaron los hijos del país en el monasterio, y que bajo los arcos venerables de su Aula Capitular sonaron los primeros entusiastas discursos de los patriotas y las primeras sagradas voces de independencia.

No, en aquella guerra no faltaron al país el apoyo y el concurso del monasterio de Poblet.





XVI.

La ruina de Poblet.—Movimiento absolutista.—La guerra civil.—
El bosque de Poblet.—Incendio de los conventos.—Abandono del
monasterio.



LLEGAMOS ya al término de nuestra
tarea.

Al comenzar este siglo, Poblet era un grandioso monumento, admiración de propios y de extraños, y su celebridad y fama se habían extendido por todo el orbe.

Todo lo tenía Poblet, y á todo había llegado.

Con su extensa cerca de almenado muro y con sus torres y cúpulas, asemejaba una gran ciudad; sus obras de arte eran asombro y maravilla de cuantos iban á gozarlas; en su recinto se alzaban, no uno solo, sino cuatro templos; poseía inmensas riquezas, tenía granjas y castillos, y pueblos, y señoríos, y territorios, y vasallos; su abad era un gran señor, y su palacio una casa señorial y opulenta con todo el

fausto y toda la ceremonia de un real alcázar; su biblioteca y archivo lo eran de consulta para sabios y eruditos; aposentaba á los reyes en vida y en muerte; sus hijos sólo salían de aquella casa para ir á los consejos de los monarcas, al escaño de los parlamentos populares, á las sedes episcopales, á los concilios, á las asambleas cardenalicias, á la cátedra de las universidades; los papas le favorecían; la religión le amparaba con su manto; las tradiciones de la fe y las leyendas cristianas le envolvían en una aureola de poéticos resplandores; sus tres iglesias guardaban inmensos tesoros, y de todas las partes del mundo y de todas las clases de la sociedad llegaban peregrinos y devotos á prosternarse ante sus altares, á venerar sus reliquias y á depositar sus ofrendas.

Poblet había alcanzado el grado máximo, el colmo de sus pujanzas y esplendores. Ya no podía llegarse á más, ya no se podía subir más alto: parecía que todo aquello iba á ser eterno; pero, sabida cosa es y notoria, que siempre junto á las grandes alturas estuvieron los grandes abismos.

Ninguna hueste á mano armada invadió su recinto; ninguna turba popular asaltó sus muros ni derribó sus puertas. Espíritus más aéreos y más impalpables aún que aquéllos que, según la leyenda, atormentaban al P. Marginet,

vinieron á confluír y á cernerse en el espacio sobre el monasterio, y un día sin advertirlo nadie, sin llamar á la puerta ni escalar los muros, pasando á través de las paredes como el convidado de piedra, un huésped invisible fué á sentarse en el gótico y escultural sillón que en su Aula Capitular tenían los abades de Poblet.

Era el espíritu del siglo xix.

Y este siglo xix era el que estaba destinado á presenciár, en medio de terribles sacudimientos y junto á otras grandes catástrofes, la catástrofe de Poblet.

No fué este monasterio invadido, como tantos otros, por turbas incendiarias en una noche de sangre y exterminio, no; su destrucción y ruina fueron más lentas, pero no por serlo fueron menos seguras y completas. El destino fué implacable para Poblet.

He aquí cómo ocurrieron los sucesos:

Allá por los años de 1821, poco tiempo después del movimiento de Riego y de proclamada la Constitución, habían sido desterrados á Poblet unos frailes del convento trapense de Caspe, habilitándoseles alojamiento fuera de clausura, en la gran plaza del monasterio, y allí vivieron durante dos años, ocupándose más de preparar el movimiento político, pronto á iniciarse, que de cumplir con sus deberes religiosos.

Así lo cuenta Toda, á quien seguiremos en esta parte, pues tuvo ocasión de hacer provechosas disquisiciones acerca de la ruina del monasterio, recogiendo noticias de personas que á ella contribuyeron, y de otras que la presenciaron.

Cuando se constituyó la regencia de Urgel por el barón de Eroles y se dió el grito de rey y religión, que era el de los absolutistas, uno de los frailes trapenses desterrados en Poblet, llamado Antón Griñón, reunió en la plaza del monasterio el 3 de mayo de 1822 á una turba de paisanos, y poniéndose á su frente, junto con otro religioso, bajó al pueblo de la Espluga del Francolí, donde mandó pregonar que daría cuatro reales diarios á cuantos se presentaran á engrosar su hueste, secundando su grito, que era el de *Vivan el rey y la religión y Abajo la Constitución*.

Los somatenes liberales de Reus, Valls, Barberá y Vimbodí, salieron inmediatamente en persecución de la partida sublevada, obligándola á internarse en las sierras, desde donde fué á juntarse en Urgel con la hueste que mandaba el general Romagosa.

Durante algún tiempo los somatenes permanecieron en los alrededores de Poblet, de cuyo punto se mandó salir á los monjes. Ningún daño sufrió por entonces el monasterio; pero al

partir las fuerzas liberales, tuvo lugar en él un incendio que afortunadamente pudo cortarse, destruyéndose sólo algún altar, el órgano y alguna dependencia.

Por espacio de dos años Poblet quedó abandonado, á merced de todo el mundo, habiéndose llevado á Tarragona las riquezas de la sacristía y las joyas y ornamentos del culto. Durante el abandono del edificio, desaparecieron muchos objetos, y es fama que á menudo acudían vecinos de los lugares cercanos para llevarse efectos.

Triunfante el movimiento absolutista, los monjes volvieron á ocupar su antigua casa, que fué restaurada, obligándose á todos aquellos de quienes se supo que se habían llevado objetos, á reintegrarlos y devolverlos.

Los años que transcurrieron desde 1825, época en que los monjes volvieron á Poblet, hasta el de 1835, fueron muy intranquilos para los monjes. Las luchas con las poblaciones cercanas eran continuas á causa del pago de los diezmos, de la renta que de ciertas tierras del monasterio se había dejado de pagar, y del señorío del bosque.

Las cuestiones que sobre el bosque se suscitaban, habían sido siempre graves para Poblet, que desde siglos venía sosteniendo un verdadero combate, más que un pleito, con el

pueblo de Vimbodí, el cual, amparándose con una carta ó privilegio del conde D. Ramón Berenguer, se creía con derecho á tomar del bosque la leña que le convenía.

Con este motivo los debates y las luchas fueron siempre constantes entre los frailes y los pueblos vecinos, y más de una vez hubo ensangrentadas colisiones. Todavía puede ver el viajero una sepultura en el claustro de Poblet, cuya lápida recuerda que allí yace Fr. Guillermo Tort, muerto por vecinos de Prades el año 1366, á consecuencia de querer impedirles que cortaran leña del bosque. De distintas épocas existen recuerdos semejantes. Unas veces los guardas del monasterio eran arrollados; otras eran los vecinos de los pueblos quienes sufrían duros castigos. Los anales populetanos hablan hasta de una verdadera batalla que hubo de librarse en cierta ocasión. Una hueste de paisanos armados entró en la ermita llamada de la Pena, dando muerte al monje guardián, incendiando la capilla y bajando luego al asalto del monasterio, que á duras penas pudo rechazar el ataque, no sin que tuviera lugar gran daño de edificios y robo de ganados.

Por lo demás, el bosque de Poblet, causa de estas contiendas, era de mucha extensión y de esplendorosa magnificencia, con árboles seculares de todas clases, con abundancia de

aguas frescas y regaladas y con extraordinaria caza, que prestaba apacible diversión á los reyes y magnates cuando visitaban el monasterio.

Durante los años que transcurrieron de 1825 al 35, las contiendas con motivo de la propiedad de este célebre bosque fueron más vivas aún que en anteriores siglos, mostrándose más osados que nunca los vecinos de Vimbodí, que era un pueblo eminentemente liberal, y en el ánimo de cuyos moradores entraba por mucho la pasión política.

Con el año 1835 llegó la caída de los frailes y la ruina de sus conventos.

Los partidarios del absolutismo se habían lanzado al campo, levantándose en armas y proclamando por rey á D. Carlos, mientras que los liberales se disponían á mantener el trono y el derecho de Doña Isabel. Se dijo, confirmando malaventuradamente la verdad de la noticia, que los frailes apoyaban decididamente á los carlistas, facilitándoles recursos y medios, á más de verse á muchos religiosos, olvidados de su misión, al frente de partidas armadas. La exaltación de los odios populares determinó el incendio de los conventos en Reus, Valls, Barcelona y otros puntos, llegando la noticia á Poblet con la alarma consiguiente. Asustados los monjes, abandonaron la

casa, refugiándose en el inmediato pueblo de la Espluga del Francolí.

Sin embargo de esto, á pesar de la exaltación de los ánimos y del recrudecimiento de los odios políticos, Poblet fué respetado, y nadie pensó allí en reproducir las escenas de Reus y Barcelona. El último abad del monasterio, Padre Gatell, tuvo tiempo sobrado para recoger y retirar lo más importante de cuanto custodiaba el convento. No sólo las riquezas y tesoros se trasladaron en carros á la Espluga; hasta se recogieron los víveres y ganados. De lo único de que no se acordó nadie, siendo un tesoro, fué de la biblioteca y del archivo.

Un monje y cuatro ó seis guardas quedaron al cuidado del monasterio, hasta que, pasados muchos días, dióse cuenta el país del abandono de Poblet. Entonces fué cuando comenzó á acudir gente de toda la comarca, principiando el despojo y la destrucción. Por espacio de algún tiempo se veían salir continuamente de Poblet carros y animales cargados de muebles, de maderas, de ropas, de hierros, de libros, de cuantos objetos se encontraban á mano y podían fácilmente llevarse. Cada uno de los recién llegados se apoderaba, como cosa propia, sin que nadie se le opusiera, de lo que más le convenía ó halagaba. Se prendió fuego al palacio del abad, á los altares de la iglesia, y á

la biblioteca y archivo; pero pudieron salvarse muchos libros y papeles, llegando aún á tiempo las disposiciones del Gobierno para incautarse de muchos pergaminos, gran número de los cuales, según anteriormente se ha dicho, existen hoy en los archivos de la Real Academia de la Historia.

Vino después la época en que fueron violadas las tumbas en busca de soñados tesoros, haciéndose también con este objeto diferentes excavaciones en varios puntos del monasterio. No se encontraron más riquezas que algunas imágenes de plata y varios objetos del culto. Los grandes tesoros que existían en la sacristía habían sido ya retirados por el abad Gatell. Muchos cuadros, joyas preciosas de Viladomat y Juncosa, con las ricas cómodas de nogal y los preciosos estantes de la biblioteca, perecieron en grandes hogueras que para divertirse y calentarse levantaban en la plaza las gentes que acudían al pillaje y al saqueo.

Por entonces fué cuando tuvo lugar la tremenda escena que se ha contado en el primer capítulo de esta obra: la profanación de las tumbas reales. Los esqueletos de los monarcas, de los príncipes, de los próceres, quedaron largo tiempo insepultos y abandonados por el pavimento de la iglesia, hasta que se mandaron recoger y sepultar todos juntos y confundidos,

exceptuando el de D. Jaime *el conquistador* que pudo reconocerse y fué llevado á la catedral de Tarragona.

Durante varios años Poblet quedó poco menos que abandonado, desapareciendo entonces muchas obras de arte, y destruyéndose poco á poco el edificio, debido principalmente á las partidas de tropa que allí acampaban, á los viajeros y curiosos que recorrían las ruinas, y á las turbas de gente ociosa y alegre que iba á celebrar en aquellos alrededores excursiones de campo.

Así fué como terminó el monasterio de Poblet.

Sus ruinas son hoy objeto de curiosidad y visita de cuantos van á pasar los meses de verano en sus deliciosos alrededores, atraídos por la virtud medicinal de las aguas de la Esplugu ó por los goces del campo.

La celosa Comisión de monumentos de Tarragona, á cuya cabeza se halla el distinguido Sr. Marqués de Montoliu, ha reparado cuanto le ha sido posible el monumento, con los escasos fondos de que dispone, para salvarlo de una total ruina.

Como nota curiosa, que conviene llegue á noticia de todos, publico á continuación la que me ha facilitado la Comisión provincial, y que dice así:

«Obras de reparación hechas en el Monasterio de Poblet, y cantidades á ellas destinadas desde 1877 á 1884.»

Siendo Ministro de Fomento el excelentísimo Sr. Conde de Toreno, y en el presupuesto de 1877-78, se destinaron á dicho objeto 8.000 pesetas.

Siendo Ministro de Fomento D. Francisco Lasala, se formó otro presupuesto para reparaciones, importante 7.496 pesetas, que fué aprobado á su entrada en el Ministerio de Fomento por D. José Luis Albareda, quien en 1882 aprobó un presupuesto adicional al anterior, importante 4.429 pesetas.

Total invertido, 20.375 pesetas.

OBRAS HECHAS.

Reconstrucción de la techumbre del templo y su tejado. Puertas en las iglesias de San Jorge y Santa Catalina y palacio del rey D. Martín.

Reparación de la parte ruinoso de los claustros y del embaldosado que cubre su terrado.

Recorrido de quiebras y rejuntado con cal hidráulica de las bóvedas de la Sala Capitular y de la Biblioteca.

Reconstrucción de las cubiertas de la capilla exterior de San Jorge, del gran dormitorio de los monjes y de la chocolatería.

Se retejaron de nuevo los siguientes edificios: capilla exterior de Santa Catalina, refectorio, oficina del culto, cocina antigua y sacristía nueva.

Se hicieron obras de importancia en el cimborrio de la iglesia, que amenazaba ruina.

Se arregló una cómoda habitación para el conserje dentro del mismo Monasterio.

Se quitaron á centenares de carretadas los escombros que había en el dormitorio, ruinas de la anterior techumbre.

Retejo de la capilla de San Bernardo, cuya bóveda estaba hundida.

Enladrillado del palacio del rey D. Martín.

Tejado nuevo en el comedor de palacio.

Se abrió la Puerta Real, que estaba tapiada, para dar entrada al Monasterio.

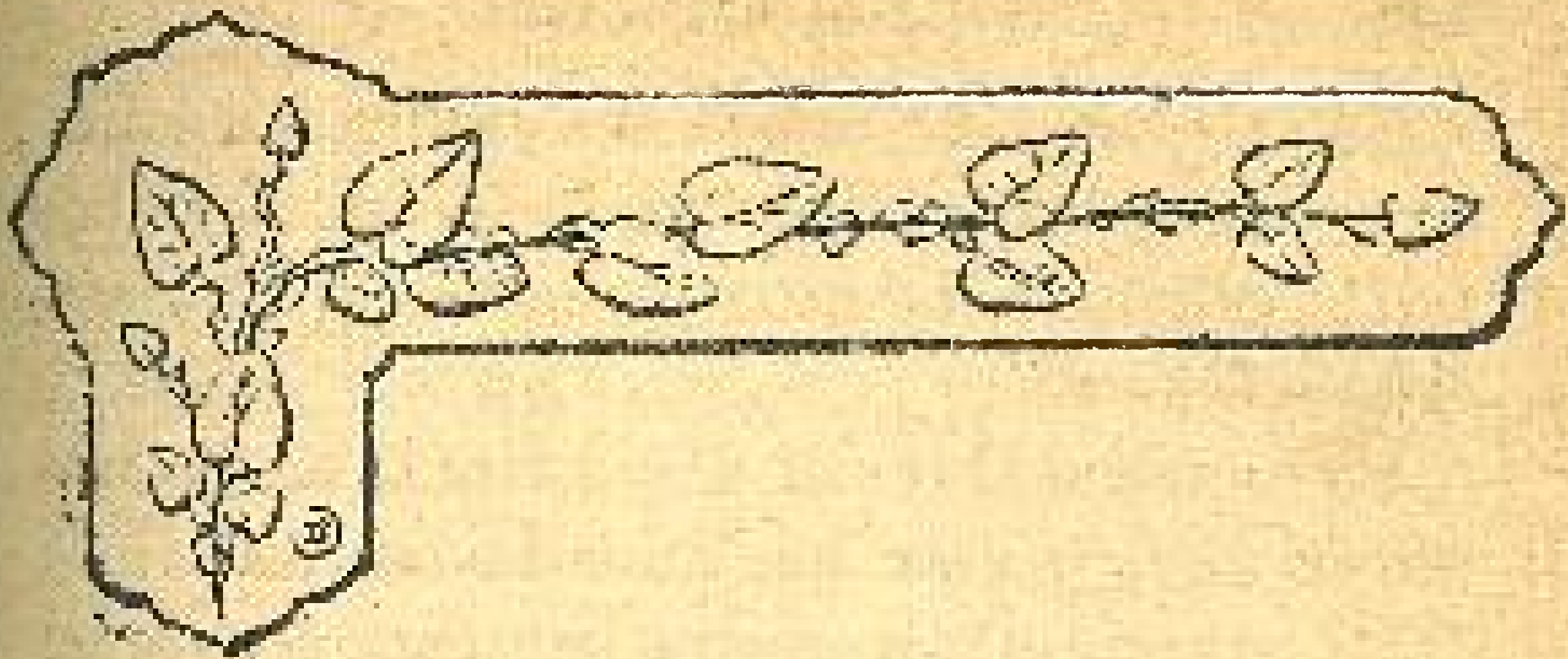
Se restableció la cubierta del templete del claustro.

Retejo de la sacristía de la capilla de San Jorge.

Reparaciones importantes en los claustros.

Se levantó, por los Sres. Barba y Hernández, el plano general del Monasterio, con nota detallada y explicativa de todos sus diferentes edificios.

El arquitecto provincial está ocupándose en el plan general de restauración completa del Monasterio.»



XVII.

LA NOCHE DEL 25 DE JULIO DE 1835 EN BARCELONA.

Meditaciones.—Grandeza y ruina de los conventos.—Caída del gobierno absoluto.—El ministerio Martínez de la Rosa.—Los carlistas.—La guerra civil.—Prevención popular contra los frailes.—Motín en la plaza de toros.—Incendio de los conventos.—Horribles escenas ocurridas en la noche del 25.—Sucesos posteriores.—La muerte del general Bassa.—Conclusión.



Me hallaba solo, solo en las grandes ruinas de Poblet.

El cansancio y la fatiga del día me impidieron seguir á mis compañeros de expedición, que habían ido de paseo á una fuente no lejana, lugar encantador que atrae al viajero, como tantos otros hubo en tiempos por las cercanías de Poblet, punto de reunión y de cita, de solaz, diversión, deporte y galanteos en las calurosas siestas del estío, cuando rebotan de vagantes forasteros las masías inme-

diatas y el pueblo vecino de la Espluga del Francolí.

La tarde estaba al caer, y había ya comenzado esa hora dulcísima y misteriosa del crepúsculo vespertino, hora de encantos y deleite que tanto se presta á la meditación y al estudio y que conserva gratos recuerdos, no por más distantes menos olvidados, para quien algún día gozó en ella venturosas primicias de furtivos y malogrados amores.

Sentado en el roto capitel de una columna, y apoyándome en un montón de escombros, dí libertad á mi espíritu que hubo de partir desbocado como en demanda de lo que solicitaba mi profunda preocupación. Parecióme ver alzarse ante mis ojos el monasterio de Poblet, y le ví, le ví con todas las grandezas y esplendores de sus buenos tiempos. Hube de fijarme luego en la historia de las órdenes monásticas, que mi imaginación recorrió desde sus comienzos en las soledades del yermo hasta su ruina entre los arrebatamientos revolucionarios, y esto trajo á mi memoria el recuerdo de una noche de horrores, de sangre y de exterminio, que me tocó presenciar cuando apenas terminaban mis dos primeros lustros, y que es el único recuerdo poderoso y vivo de mis años juveniles.

¡La historia de las órdenes monásticas! ¡Qué inmensa es, pero al propio tiempo qué breve!

Hay una época en la historia en que los espíritus religiosos, queriendo aislarse del mundo y huir de la corrupción del siglo, buscan la soledad del desierto; los corazones heridos por la ingratitud, el infortunio ó la persecución, se enamoran del cielo y viven en los arrobos del éxtasis; los seres castos y puros á quienes disgustan el siglo y sus vanas pompas, se arrojan á la soledad para edificarse y fortificarse en las austeridades de la vida ascética. Es la primera época, la época de los Antonio y los Pablo, de los Macario y de los Pacomio. Los cenobios se instalan, los conventos nacen, y comienzan los tiempos de su esplendor.

Los bárbaros caen como un diluvio y se esparcen por la tierra. El occidente se ve invadido por hordas salvajes de indómitos conquistadores, que convierten los templos en cuadras para sus caballos, entregándose en las ciudades y en los campos á todos los furores y desórdenes de sus insaciables apetitos. El mundo es un campo de batalla. Las letras se refugian en los conventos. Los monjes recogen, preservan y guardan los monumentos del saber antiguo; custodian los manuscritos y utilizan la clave de las lenguas griega y latina, sin la cual fueran inútiles los tesoros de la ciencia; no sólo son historiadores y literatos por espacio de muchos siglos, sino que son también los ins-

titutores de la juventud, las solas antorchas vivas del espíritu humano entre las tinieblas de una época en que los grandes dignatarios no saben leer, y en que los reyes ponen una cruz al pie de sus edictos por no saber escribir su nombre. Entonces los conventos se levantan y elevan, y es la época de su gloria.

La política de los reyes toma una parte activa en la influencia y desarrollo de los claustros. Los monjes empiezan á ser ricos, la ambición nace entre ellos, tienen esclavos y vasallos, venden al poder su conciencia y al oro sus oraciones, los abades levantan huestes y toman parte en las contiendas civiles, los intereses temporales dominan sobre los espirituales, el ocio sustituye á la fe, la relajación al fervor, el deleite á la penitencia, los conventos son castillos feudales, el claustro es un palacio, y llega forzosamente con el abuso la época de la reforma.

La reforma es inútil. La generalidad no se aparta de la senda extraviada, se olvidan reglas y disciplina, el hábito oculta los vicios, los solitarios son sibaritas, quieren influir en la política y en el destino de los pueblos. Los conventos, olvidados de su origen, no tienen ya razón de ser... y he ahí la época de su muerte.

La ruina y desaparición de los conventos en España tuvo lugar de la manera que voy á re-

ferir, ciñéndome principalmente á Cataluña, y sobre todo á Barcelona, de cuya sangrienta noche del 25 de julio de 1835 guardo hoy, pasados ya cincuenta años, un recuerdo tan vivo y persistente, que me parece un suceso de hace tres días. En medio de los vaivenes de mi agitada vida, jamás se borró de mi memoria la impresión que, niño aún, recibí en aquella noche terrible. Puedo contar aquellos sucesos como si acabara de presenciarlos. Es más; de tal manera hube de sentirlos y con tal consistencia arraigaron en mí, que han llegado á borrar de mi memoria todos los demás recuerdos, hasta los más familiares y más íntimos de aquella época. No hay que pedirme de mis primeros años más recuerdo que el de aquella noche.

Pero antes de referir sus escenas he de poner al corriente de sus orígenes y precedentes al lector, trazando, siquier sea á grandes rasgos, un boceto histórico indispensable para que pueda comprenderse cómo por una fatal y encadenada serie de acontecimientos, vino á tener Barcelona la inevitable y gran desgracia de contar en sus anales la infausta noche del 25 de julio de 1835.

He aquí el origen de los hechos:

A los generales gobernadores en Cataluña, Castaños y Campo Sagrado, que habían gobernado discretamente dejando en el país los

más gratos recuerdos, sucedió en 1828 el tristemente célebre conde de España. Bajo su ominoso mando, cada día la Ciudadela, como monstruo que nunca logra verse satisfecho, engullía las víctimas que le enviaba el capricho del conde; y las familias, inhumanamente diezmadas, en vano pedían al cielo que las librase de aquel azote sangriento que en el conde de España había caído como una maldición sobre la infeliz Barcelona.

Al morir el rey Fernando VII, D. Manuel Llauder se presentó á sustituir al conde de España.

La llegada de Llauder con el carácter de capitán general de Cataluña, fué un acontecimiento que marca época en la historia de Barcelona. Ningún recibimiento de pueblo ha sido más entusiasta que el que hubo de hacérsele; ningún general obtuvo nunca mayor aura popular; ningún ciudadano puede gloriarse de haber tenido como él en su mano los destinos de la patria.

A la entrada del nuevo general en Barcelona, Carlos de España se retiró apedreado, silbado, maldecido. Fué un verdadero milagro que escapara con vida.

Al dar el último suspiro Fernando VII la nación toda se conmovió. Había llegado el momento de la crisis.

La sedición del engañado Bessieres y el alzamiento de los realistas de Cataluña en 1827, demostraban claramente que el partido anti-liberal no quería que la prole de Fernando sucediera en el trono, y al fallecer el monarca, ó debía permitirse que empuñara el cetro su hermano el infante D. Carlos, ó era necesario llamar en apoyo de la tierna Isabel á los que habían recibido el bautismo regenerador de las ideas proclamadas por el héroe de las cabezas de San Juan.

Nadie ignora el entusiasmo con que los liberales abrazaron la causa de la augusta niña que ciñó la corona; pero nadie ignora tampoco el efecto desconsolador que hubo de causar el manifiesto del Ministerio Zea Bermúdez, anunciando que la viuda de Fernando, gobernadora del reino, no cambiaría de sistema.

Un grito de asombro contestó al manifiesto. La consternación fué general en España, y todos cuantos se habían visto perseguidos durante los últimos aciagos diez años y los que acababan de comprometerse decidiéndose por la reina, creyeron ver ya suspendida sobre su cuello la sangrienta cuchilla de otros tantos tiranos como el conde de España.

El general Llauder fué el primero que, con el ardor de buen patricio, se atrevió á levantar su voz desde el seno de la ciudad misma

donde algún día también la alzarán en favor de los derechos del pueblo los Fivaller, los Tamarit y tantos otros ilustres ciudadanos.

Efectivamente, Llauder en 25 de diciembre de 1833 elevaba una exposición á la Reina gobernadora en que hacía patentes los males que sufría la nación, sus necesidades y sus deseos, y declaraba que el Ministerio Zea comprometía la paz pública y minaba el trono de Isabel II, que era necesario afirmar sobre cimientos liberales. Al propio tiempo que tomaba esta actitud, el general procedía al desarme de los voluntarios realistas, y armando á los de Isabel, se procuraba el apoyo de los patriotas catalanes.

La opinión pública fué acentuándose de una manera muy significativa, y la Reina gobernadora se decidió por fin á cambiar el Ministerio y á variar de sistema, renunciando al gobierno absoluto.

Martínez de la Rosa reemplazó á Zea y presentó su Estatuto, aquel Estatuto que envejeció tan pronto, y que no obstante estar destinado, según el discurso de la Reina gobernadora al abrir las sesiones de Cortes, «á ser el cimiento sobre el que debía elevarse majestuosamente el edificio social,» fué sólo una verdadera y rápida transición á otro más necesario y más radical sistema.

Pródiga se mostró la nación á las demandas del Ministerio. El amor á la libertad alcanzó á la caída del gabinete Zea Bermúdez un grado de sublime entusiasmo; el país depositó su confianza absoluta en un Ministerio, que dejó, sin embargo, bastante que desear.

Al encargarse de sus carteras los que componían el Consejo presidido por Martínez de la Rosa, apenas había en España un faccioso declarado; y sin embargo, durante su administración aumentó con tanta rapidez el partido carlista, que á lo mejor se encontró España con un ejército formidable que sitiaba y rendía ciudades. Las banderas de Carlos V desplegaronse al viento, y de todas partes corrían voluntarios á engrosar las huestes rebeldes.

El ministerio Martínez de la Rosa no supo conocer el peligro, y no pudo por lo mismo evitarlo. Permaneció en una inacción completa, sordo á las voces de algunos próceres, á las reclamaciones de la prensa, y hasta al eco tremendo de la campana que tocaba á rebato en varios pueblos, anunciando las revueltas y asonadas de Málaga, de Zaragoza y de la misma villa de Madrid.

Mucho había esperado la nación de Martínez de la Rosa. Sus triunfos en la tribuna, sus declaraciones en la prensa, sus primeros pasos en la senda de la emancipación nacional,

las persecuciones de que había sido víctima por parte del despotismo, todo había hecho creer que era la persona necesaria para la felicidad de España, y fué por lo mismo elevado al apogeo de la popularidad.

Pronto llegó el desengaño.

Las lentas y tardías medidas de su espíritu de contemporalización, comprometieron gravemente el porvenir del país. El primer ministro vió síntomas de anarquía allí donde no existía más que el ardor del patriotismo; vió anuncios revolucionarios donde no había más que entusiasmo constitucional, y temiendo una parodia de la revolución francesa, no se atrevió á conceder todo cuanto la necesidad reclamaba en nombre de las exigencias del siglo, empeñado en hacer triunfar su absurdo justo medio, que consistía en una fusión del antiguo y del nuevo régimen.

España no quería esto; pedía reformas, reformas radicales y completas, tales como se las había hecho esperar la rehabilitación de 1812 y 1820 en la persona de Martínez de la Rosa.

El Ministerio tuvo entonces que alegar, para sostener sus erróneas doctrinas, que la nación no se hallaba todavía en estado de gozar de sus derechos, palabras aventuradas é imprudentes que costaron la vida al Gabinete.

A todo esto, Llauder había sido nombrado

ministro de la Guerra; pero hacía poco que estaba en el Ministerio cuando hubo de retirarse ante el motín que costó la vida al general Canterac, volviéndose á su mando de Cataluña que se había reservado.

Cerráronse las Cortes, hubo en Madrid algunos desórdenes dirigidos contra la persona del primer ministro, y éste, en el colmo de la impopularidad, cedió su puesto al conde de Toreno.

Mientras tanto, las fuerzas del pretendiente habían ido engrosando: el mismo D. Carlos se hallaba ya entre sus partidarios, y la jornada y victoria de las Amezcuas había acabado de rasgar el velo, apareciendo los carlistas en toda su verdadera importancia.

Llauder en Cataluña parecía querer seguir un sistema parecido al del Gobierno, y su popularidad antigua, ya muy menguada, iba decayendo precipitadamente. Mientras que con su policía se empeñaba en descubrir anarquistas y revolucionarios, conspiraban los carlistas casi á la luz del día, é iban engrosándose las filas de los facciosos, quienes con sus correrías y desmanes tenían aterradas las comarcas.

Cataluña presentaba un cuadro desolador, y los honrados patricios veían un triste porvenir.

Era llegada la hora de llorar por la pobre patria.

La guerra civil se ofrecía en primer término, y donde quiera que se fijaban los ojos sólo aparecían incendios, muertes, alevosías, horrores y catástrofes. La discordia recorría las filas de los españoles, é incitaba al padre contra el hijo, al hermano contra al hermano, al amigo contra el amigo.

A tan triste espectáculo, que afligidos y preocupados tenía á todos, se juntó la indignación nacida de un rumor que con insistencia comenzó á correr por todas partes. Asegurábase que, faltando á las santas leyes del sacerdocio, cada convento era un foco de rebelión, y que en el silencio y misterio de los claustros se tramaban sordas maquinaciones contra el trono de la inocente Isabel.

Sabíase que los frailes, en general, no ocultaban sus deseos de favorecer la causa del pretendiente; decíase, y esto era por desgracia una triste verdad, que algunos habían abandonado sus conventos para ir á alentar con su presencia las huestes carlistas ó para ponerse á su cabeza, soñando en otra guerra de la Independencia; dábanse detalles y pormenores de las conjuras y asambleas misteriosas celebradas en el fondo de los monasterios; citábanse y señalábanse con el dedo los religiosos que en voz alta y con culpable osadía osaban negar el derecho hereditario de la reina; llegábase á decir, y ya esto era

calumnia de la pasión excitada, que habían envenenado las aguas para acabar de una vez con los liberales.

Todo parecía unirse para convertir á las comunidades religiosas en blanco de la ira del pueblo.

Las cabezas fermentaban, los corazones hervían, la pasión cegaba, los odios se iban avivando por instantes. La opinión pública estaba unida y compacta en acusar á los frailes. En cada uno de éstos se creía ver un carlista, y la indignación pública iba cada vez embraveciéndose, sobre todo al considerar que las órdenes monásticas, temerariamente convertidas en elementos políticos, no podían ocultar su desplacer y enojo.

Este fué su gran error. Dada su actitud, y también, forzoso es decirlo, su provocación, el choque era inevitable.

Así las cosas, no podía tardar el conflicto.

No hubo ningún plan, ninguna conjuración, ninguna trama contra los frailes; sin embargo, su ruina estaba decretada por la Providencia. Los ánimos se hallaban preparados para el combate. Todos esperaban instintivamente una señal que nadie dijo que debía darse, pero que todos sabían que se iba á dar.

Zaragoza fué la primera en darla.

La noticia de sus sangrientas escenas cundió

con la rapidez del rayo, agitando y conmoviendo los ánimos.

La consternación de todos los buenos patriotas, la exaltación y efervescencia de los espíritus habían llegado á su colmo, cuando se supo en Reus la nueva de que un destacamento de sus urbanos, regresando de Gandesa, había sido sorprendido por los facciosos, quienes hicieron perecer miserablemente á su capitán Montserrat y á seis voluntarios, á uno de los cuales, padre de ocho hijos, se dijo que había ordenado crucificarle y sacar los ojos un fraile que iba con los rebeldes.

Se ignora el grado de certeza que pudo tener este último hecho; hecho, sin embargo, que se halla confirmado en todos los impresos de la época, y que garantizaron los vecinos de Reus; pero, aun admitiendo exageración en la noticia, queda fuera de toda duda que fué un fraile quien incitó á los facciosos á quitar la vida á los ya rendidos é indefensos urbanos. Esta noticia, cundiendo con la rapidez de las malas nuevas, hizo estallar á la población en gritos de ira y de venganza.

La mecha acababa de prender en la pólvora.

El pueblo de Reus, contagiado por el reciente ejemplo de Zaragoza, rompió todos los diques en su desbordada cólera, saltó la valla de las leyes divinas y humanas, y aquella mis-

ma noche veía la villa arder en su recinto dos de sus tres conventos, al propio tiempo que eran inhumanamente asesinados cuantos frailes caían en poder de la desenfrenada plebe.

Al recibir Llauder la comunicación que le participaba este atentado, envió á Colubí, gobernador de Tarragona, amplios poderes para obrar conforme lo exigiesen las circunstancias; pero el pueblo de Reus cerró sus puertas y negó la entrada al gobernador, á quien, como dijera que acudía para restablecer el orden, se contestó con laconismo verdaderamente espartano que el orden estaba ya restablecido.

La asonada de Reus produjo por mala ventura su efecto, y fué éste tanto más desdichado, cuanto que, como pregón á mal reprimidos furros, circuló la voz de haberse encontrado en los conventos depósitos de armas, uniformes, proclamas y retratos del pretendiente.

Esto acabó de encender el enojo popular.

Justamente alarmados los religiosos de Barcelona al ver la tempestad que les amenazaba pronta á caer sobre ellos, se acogieron al general Llauder pidiéndole su protección y manifestándole sus deseos de abandonar secretamente sus moradas; pero el general se empeñó en no consentirlo. Fiado en su previsión y en sus bayonetas, les dijo:

—Duerman tranquilos, buenos padres. Aquí estoy yo.

¡Ay! no, allí no estaba él. Era la revolución la que allí estaba; era la cólera del pueblo, que pocas veces para sino en sangre.

Si Llauder hubiese meditado un poco; si su vanidad hubiese hecho lugar á su prudencia; si hubiese querido fijarse en la situación, en la época, en el momento; si por fin hubiese estado atento á los síntomas visibles que se marcaban con insistencia y que todos, menos él veían, hubiera convenido en considerar como lo más cuerdo y político en aquellos críticos instantes, la separación de los religiosos y el apartamiento de sus moradas.

Esto, que debía hacer, fué lo que no hizo.

Teniendo ciega confianza en el jefe del Principado, los religiosos prosiguieron habitando sus conventos.

Llegó el 25 de julio.

Desde algún tiempo se daban en Barcelona corridas de toros, y con motivo de la celebridad de los días de la reina Cristina, los periódicos habían anunciado la sétima función para la tarde del 25, día festivo por ser el de Santiago, patrón de España.

Los toros lidiados en la anterior corrida habían sido excelentes, y la plaza estaba llena; pero quiso la mala suerte que aquella tarde la

función fuese mala, desagradando al público. Este, con aquella natural libertad que se le concede, y de que algunas veces abusa, en una corrida de toros, comenzó á mostrar su disgusto, y embriagándose con las voces, el estruendo, la confusión y el barullo, arrojó los abanicos á la plaza, tras los abanicos las sillas, tras las sillas los bancos, tras los bancos las columnas de los palcos.

Bien pronto el circo presentó una escena difícil cuando no imposible de describir. Hubo desmayos de señoras, atropellos, riñas, protestas, arrebatos, y algunos espectadores se arrojaron á la plaza para matar á palos el último toro, y también el peor de la lidia.

En esto, algunos muchachos rompieron las maromas que escudaban la contrabarrera, y atando un pedazo á la cornamenta del toro, empezaron á gritar que debía ser arrastrado, para escarnio, por las calles de Barcelona. El pensamiento fué acogido con entusiasmo, y bien pronto una turba numerosa, con estrépito y algazara, dando gritos desaforados, penetró en la ciudad arrastrando la res por las calles.

Apenas la gente sensata salía á dar su ordinario paseo por la Rambla á cosa de las siete y media, cuando principió ya la alarma; y vióse á una turba arrojar algunas piedras á las ventanas del convento de Agustinos calza-

dos. La guardia del fuerte de Atarazanas cerró el rastrillo y se puso sobre las armas, porque veía irse formando un grupo numeroso junto al convento de Franciscanos, que estaba muy próximo á la fortaleza.

Preludio parecía todo de una asonada. Sin embargo, nadie creía en tumulto; la gente tímida se iba retirando á sus casas; los curiosos discurrían por todas partes; la turba de muchachos continuaba arrastrando el toro al son de gritos descompasados é incomprensibles, con los que se empezaron á mezclar algunos de *¡Muevan los frailes!* al pasar por delante del convento de los Franciscanos.

Frente á su puerta principal se hallaba la revuelta multitud, cuando se le ocurrió á uno decir que se podría pegar fuego á las puertas del convento para tostar el toro. Grandes aclamaciones celebraron esta infeliz agudeza, y en efecto, se trató de incendiar las puertas del edificio, á las cuales se había ya conseguido prender fuego, cuando acudieron los vecinos y disuadieron á la turba, que se alejó dejándoles en libertad para contener los progresos del incendio.

Ya á todo esto había llegado la noche; una tranquila y dulce noche de verano.

¿Quién, de cuantos la presenciaron, no recuerda aquella lastimosa noche?

Entre ocho y media y nueve se fueron formando algunos grupos en la plaza del Teatro y en la de la Boquería, grupos que iban engrosando por momentos y que en vano intentaron disolver la guardia del Teatro y un piquete de soldados de caballería destacado de Atarazanas.

Lograban sólo que se apartasen de un punto para reunirse en otro, pudiendo conocerse que la opinión estaba pronunciada. Fácil fué entonces prever la tempestad que avanzaba.

Desatado andaba el populacho por las calles de la ciudad vociferando ante las puertas de varios conventos; y como el capitán general y el gobernador de la plaza se hallaban ausentes, el infatigable teniente de Rey, Sr. Ayerbe, recorría todos los puntos, procurando en vano distraer con sus exhortaciones el peligro, que á cada instante se hacía más inminente.

Los gritos de *¡Mueran los frailes!* comenzaron á menudear. Las voces que los daban eran cada vez más numerosas, y cada vez también más obscuras y sombrías. Vióse de pronto agitarse entre las masas algunos brazos armados, mientras que otros blandían flamíferas teas que alumbraban rostros pálidos de furor, de odio y de venganza.

Las turbas se precipitaron en torrente por las calles, incitadas por algunas mujeres que

corrían por entre los grupos como insanas furias, suelta al aire la desgredada cabellera, blandiendo en su contraída diestra el puñal ó la tea, dando gritos iracundos que eran secundados por rugidos de la desatentada y frenética muchedumbre.

¡Noche infausta fué aquella, noche de ruina, de incendio y de sangre!

Ardió el primero el convento de Carmelitas descalzos, llamado de San José, que se alzaba en la Rambla de la Boquería y en el sitio que hoy es plaza-mercado. Al ver los amotinados las llamas que con sus serpenteadoras lenguas lamían las rojizas piedras allí colocadas por el siglo xvi, parecieron cobrar nuevo aliento para seguir en su idea destructora. Había subido de punto su audacia con su primer triunfo. ¡Triste triunfo!

La tea incendiaria corría por las calles iluminando los siniestros semblantes de cuantos tomaban parte en aquella bacanal de sangre.

Precipitóse la turba por la calle del Carmen y se detuvo ante la puerta del convento de Carmelitas calzados, que no tardó en lanzar al aire su humeante penacho de llamas.

Ya en esto, una densa humareda se cernía sobre el bello y grandioso edificio de Santa Catalina, que era presa del voraz incendio y que veía su claustro, joya del arte gótico, invadido

por un desalmado tropel que corría ciego de furor tras de fugitivos y despavoridos religiosos.

Los moradores del convento de Trinitarios descalzos y del de Agustinos calzados, veían también al mismo tiempo turbada su habitual soledad por el incendio, huésped inesperado y terrible que aparecía al son de la gritería, del aplauso y de las carcajadas de la muchedumbre.

La capital del Principado era teatro de espantosas escenas.

Mientras que en un lado resonaban los golpes del martillo que abría las verjas de los monasterios, en otro se oía el estrépito de una bóveda que se desplomaba; mientras que por un lado sonaba el griterío de la plebe anunciando la matanza, por otro los desventurados religiosos, huyendo del hierro y del fuego, se esparcían en todas direcciones buscando la salvación en la fuga.

Lejos de menguar, el encono parecía avivarse con el incendio de los cinco conventos convertidos en otras tantas ardientes fraguas.

¿Dónde estaba el hombre que había dicho á los religiosos: dormid tranquilos, que yo velo?

Iba la multitud á prender fuego al convento de Capuchinos y al de Trinitarios calzados; pero desistió al ver que las llamas hubieran ine-

vitablemente hecho presa en las casas inmediatas.

Tampoco fué incendiado el de los Servitas, por la voz que cundió de que el cuerpo de artillería tenía muy inmediato su almacén de pertrechos.

A las repetidas instancias y súplicas de los vecinos, se debió también el que fuese respetado el de la Merced. Los incendiarios pasaron de largo, sin que los edificios recibieran más insulto que el de algunas piedras arrojadas á sus puertas y ventanas.

—¡Al Seminario! —había gritado una voz ronca y sombría.

—¡Al Seminario! —repitió la turba.

Y todos se lanzaron en tropel.

Era el Seminario un majestuoso edificio todavía no terminado y que se elevaba en un extremo de la ciudad, donde luego se habilitó la cárcel del Estado. Servía de morada á los sacerdotes seculares de la congregación de la misión.

Dando gritos desembocaba la desordenada plebe por la calle donde se alzaba el convento, cuando los primeros que avanzaron para consumar su obra de destrucción, cayeron muertos ó heridos á la inesperada descarga de varios tiros de fusil.

Ante aquel inopinado accidente, la turba, cu-

ya marcha hasta entonces nadie había detenido, levantó con asombro la cabeza, y vió...

Vió las ventanas del Seminario coronadas de religiosos que, fusil en mano, aguardaban el ataque.

El Seminario fué respetado. Todos volvieron las espaldas.

Bien distinta escena tenía al mismo tiempo lugar en el convento de Agustinos calzados. Tocóme presenciar la parte más trágica desde la galería de mi casa, y con todo el horror que me inspiró, voy á referirla.

Es preciso decir primero que el convento de San Agustín ocupaba una vasta extensión de terreno entre la calle de San Pablo y la del Hospital, en donde tenía su fachada.

A los clamores del populacho que rugía ante sus puertas incendiadas, los infelices frailes, despavoridos y asustados, decidieron apelar á la fuga, fuga difícil y peligrosa atendida la situación del edificio, cercado todo él de casas cuyos vecinos podían ser adictos al movimiento.

Reuniéronse todos los religiosos en el refectorio para deliberar, y expusiéronse de prisa y atropelladamente algunos pareceres. La cosa urgía; oíanse los gritos y sentíase el calor de las llamas.

De pronto sonaron terribles golpes que fue-

ron á despertar todos los ecos del convento. Era que algunos hombres del pueblo echaban abajo una puerta lateral con objeto de penetrar en el edificio y asesinar á sus moradores.

Los frailes entonces, sobrecogidos de terror, se desbandaron por el convento buscando manera de huir ó esconderse.

Un grupo se refugió en la biblioteca. Las ventanas de ésta caían á un patio, al otro lado del cual se elevaba una casa particular. Una de las ventanas de la biblioteca estaba frente á otra que daba luz á la escalera de la casa contigua.

Con la rápida lucidez de pensamiento que en situaciones apuradas ocurre, un religioso creyó hallar en aquello un medio de salvación, y se lo propuso á sus compañeros.

Tratábase de poner una viga, un madero, una tabla entre las dos ventanas, y pasar así del convento á la escalera de la casa.

Aventurado era el medio, pero la ocasión no permitía la duda.

Uno tras otro, diez y ocho frailes, ginetes sobre el madero, atravesaron el patio á una altura inmensa del suelo, pasando con auxilio de una frágil tabla por encima de un verdadero abismo.

Llegaron de este modo á la escalera; pero,

y allí? ¿qué hacer? ¿dónde huir? ¿dónde refugiarse?

Un vecino de la casa, á quien había parecido oír rumor y voces confusas, abrió la puerta de su habitación para cerciorarse. Júzguese de su asombro al ver á diez y ocho frailes que cayeron á sus pies, pálidos, despavoridos, plegadas las manos. Nada le dijeron, pero todo lo comprendió.

Era un hombre honrado. Hízoles subir á la azotea en silencio, y les abrió la puerta de un desván donde todos se precipitaron bendiciendo á su salvador.

Allí pasaron la noche aquellos infelices en mortal angustia, en terrible congoja, esperando á cada instante ver aparecer á sus asesinos.

Afortunadamente no fué así, y pudieron salvarse al siguiente día.

En el ínterin, aquellos de sus compañeros que habían buscado la salud por otro lado, se veían en más inminente peligro y terminaban algunos de manera trágica.

A espaldas del convento corría una calleja reservada para uso de las dependencias, y un muro separaba esta calleja de los jardines y huertos de las casas inmediatas, en una de las cuales vivía yo, niño de diez años, con mi pobre madre, viuda, y dos criadas.

Escondido tras un balcón de la galería, y

con mi curiosidad de niño, pude presenciar parte de la escena que voy á referir, mientras mi pobre madre y las criadas rezaban, llenas de zozobra, en una sala contigua.

Al abandonar los religiosos el refectorio en completa fuga, algunos intentaron huir por la calleja refugiándose en la vecindad; pero como el incendio, ya vivo, les impedía atravesar el claustro para alcanzar la callejuela, decidieron bajar á ella desde una de las ventanas del primer piso, con auxilio de una cuerda.

Hiciéronlo así, en efecto. Uno tras otro, siete ú ocho frailes fueron descolgándose en medio del mayor silencio, sólo turbado por los alaridos de la muchedumbre, que pugnaba por entrar en el convento, presa ya de las llamas. La noche estaba clara, y yo distinguía perfectamente, distingo aún hoy, cómo aquellos tristes frailes se iban colgando de la cuerda dejándose deslizar por ella poco á poco.

La puerta lateral que á hachazos estaban derribando los incendiarios, acabó por caer á sus repetidos golpes, y un grupo de hombres con armas invadió el convento.

Los infelices monjes, que oían cerca los pasos y voces de sus asesinos, se daban prisa á huir. La cuerda cortaba las manos de los religiosos y estaba llena de sangre.

Mientras que el último fraile bajaba, la cuer-

da se rompió. El triste, cayendo desde bastante altura, se dislocó un brazo. No obstante, ni un ¡ay! salió de sus labios.

Sonaron precisamente en aquel momento repetidos aldabazos y fuertes gritos.

Eran los incendiarios que, temiendo que los religiosos se escaparan, llamaban á las casas contiguas para impedirlo.

Los frailes que se hallaban en la calleja reunidos en grupo junto á su compañero herido, se desbandaron en todas direcciones á la proximidad de aquel nuevo peligro.

Sólo un lego se quedó junto al caído, y ayúdole á poner en pie y también á saltar una tapia para llegar á un huerto público, llamado de Morlá, por ser este el nombre de su dueño.

En el momento en que los dos fugitivos acababan de saltar la tapia, la puerta del huerto se abría para dar paso á varios hombres armados que iban á apostarse allí con objeto de impedir la fuga de los frailes.

Los infelices se vieron perdidos.

—Huye, huye y abandóname,—dijo el herido al lego.

—¡Silencio!—contestó éste.

Hallábanse junto á una especie de cobertizo, bajo el cual había un vasto lavadero público. El lego hizo acurrucar al herido junto á uno de los poyos que sostenían el cobertizo; encar-

góle que reprimiese sus dolores, que suspendiese hasta el aliento, y en seguida de haber dejado allí al fraile, no viendo otro sitio donde ocultarse á su vez, y creyendo sin duda que la entrada de los hombres en el huerto sería momentánea, se sumergió con todo el tiento posible en el agua del algibe, sacando sólo su cabeza, que procuró amparar tras de un cesto allí abandonado y flotante. A pesar de que la noche era bastante clara, creyó poder ocultarse á las miradas.

Por mucho cuidado que pusiera, algún ruido debió oírse, sin embargo, pues que uno de los recién llegados volvió la cabeza.

—¡Hola!—dijo,—parece que en aquel lavadero hay ranas.

—¿Por qué lo dices?—preguntó otro.

—No sé, pero se me ha figurado oír ruido, y juraría que hay ranas... y ranas con hábito, que es más.

—Estaremos á la mira.

—Con el fusil preparado.

Y en efecto, preparó el arma homicida.

Al cabo de unos instantes sonó el tiro.

—¿Qué es eso?—preguntaron sus compañeros.

—Bien decía yo. He visto asomar una cabeza.

—Vamos á registrar el algibe,—dijeron algunos.

—No. Será más entretenido. Preparad vuestras armas; fijaos en aquel cesto ¿véis? que aparece sobrenadando, y si se mueve algo junto á él, dispararemos á un tiempo.

Todos prepararon sus armas y fijaron sus ávidas miradas en el lavadero y en el punto indicado.

Hubo un rato en que sólo reinó un silencio sepulcral, silencio de muerte.

El lego, cuya posición era violenta, debió mover la cabeza que tenía casi sumergida en el agua.

Tres ó cuatro tiros sonaron á un tiempo; oyóse un gemido, el agua se agitó, y una exclamación de triunfo salió de labios de los asesinos.

—Dimos en el blanco,—gritó uno.

—Ya tiene su cuenta,—dijo otro.

En efecto, los bárbaros habían asesinado al pobre lego.

—¿Qué vas á hacer ahí?—exclamó uno viendo á otro que paso á paso, como un reptil, se iba acercando al lavadero, introduciéndose bajo el cobertizo.

—Me ha parecido que algo se removía por aquí á nuestros tiros,—contestó el interpelado.

—Tengo buen olfato, y apostaría mi cabeza á que anda por ahí algún otro fraile.

Reuniéronsele sus camaradas, registraron

juntos, y no tardaron en hallar al pobre agustino herido, que, al verse descubierto, hizo un esfuerzo para ponerse de rodillas. Ya que no podía evitar á los asesinos, quiso al menos que le hallasen de hinojos y rezando.

—Ya le tengo,—gritó el primero que se había adelantado, cogiendo al fraile por el cuello.

Diferentes voces sonaron entonces.

—¡Hiérele!

—¡Mátale!

—¡Arrojemos á ese pillo al agua!

—¡Quemémosle vivo!

—¡No, mejor es fusilarle!

—Que nos diga primero dónde están los fanáticos sus compañeros.

—¡Dí, fraile! ¿dónde se han ocultado los demás?

El desventurado no contestó. De rodillas entre aquel grupo de hombres frenéticos, el religioso pálido, pero sereno, continuaba rezando en voz baja.

—¿No quieres hablar, fraile?—preguntó uno.

Tampoco contestó el agustino.

Entonces uno de aquellos infames, infames ante el cielo y ante la tierra, se adelantó y le dió con la culata del fusil un terrible golpe en la cabeza.

—¡Jesús, Dios mío!—murmuró el religioso cayendo al suelo.

—¡Ah! ¿No quieres hablar, bribón?—gritó otro de aquellos malvados con voz ronca.—Pues yo he de hacerte hablar, mal que te pese. ¿Dónde están los otros, dí?

Y le dió un bayonetazo en el vientre, acompañando su acción con una blasfemia.

—¡Jesús, Dios mío!—repitió el triste dirigiendo los ojos al cielo con resignación sublime.—¡Jesús, Dios mío!—murmuró de nuevo, ya con voz apagada, al sentir la punta de un sable que rasgaba sus carnes.

Y ya no volvió á abrir sus labios.

Entonces aquella miserable gente, lanzada ya por tan fatales descaminos, se cebó en la víctima que espirando veía á sus pies.

Otros episodios tuvieron lugar durante aquella noche.

En Santa Catalina, presa ya el convento de las llamas, los pobres religiosos, aturdidos y huyendo de la matanza con que les amenazaban los gritos furiosos que partían del claustro, donde las turbas habían logrado penetrar, se lanzaron todos juntos por un corredor buscando la salida de un huerto á espaldas de su morada.

Sólo uno, tomando dirección contraria, se disponía á bajar por la escalera del claustro.

—¿Dónde vais, padre?—le gritaron los demás.—Por ahí os perdéis.

—No; por aquí me salvo,— dijo el religioso siguiendo su camino.

Y siguió adelante, mientras sus hermanos se daban á la fuga.

Dirigióse tranquilamente á la iglesia, pero al entrar le deslumbró el vivo resplandor del incendio. Parte del templo era una hoguera.

El digno sacerdote que voluntario se ofrecía al sacrificio, llegó al pie de un altar donde se prosternó, olvidándose de todo para no pensar más que en Dios, al que ferviente rogaba por sus hermanos, por él, por los sacrílegos mismos que osaban profanar la santa morada.

Orando se hallaba, cuando una indisciplinada horda invadió el templo dando alaridos y haciendo resonar con impías blasfemias aquellas bóvedas, en que tantas veces repercutieran los cantos religiosos, bañadas por las oleadas del incienso que hasta ellas llegaba brotando de los altares.

Volvióse el religioso al sentir cerca la turba, é irguiéndose ante ella cuan alto era y alzando manos y brazos al cielo, como si fuera á fulminar un anatema,

—¿Dónde vais, asesinos?—exclamó.—¿Dónde dirigís los pasos, incendiarios? ¡Aquí está Dios! ¡Abajo las armas! ¡Abajo las teas! ¡Atrás los sacrílegos!

Sublime de expresión y admirable de heroísmo estaba el sacerdote.

Merecía haberse salvado.

La multitud pasó por encima de su cadáver siguiendo su obra de destrucción.

La escena era muy distinta en el convento de Franciscanos, que estaba situado en la hoy llamada plaza de Medinaceli, contiguo á la muralla del mar.

Al llegar á oídos de los Franciscanos los primeros alaridos populares, al ver los primeros resplandores del incendio que abrasaba sus puertas, los frailes, que iban á entrar en el refectorio por ser la hora de la cena, arremolináronse en tropel junto al superior, pálidos, cadavéricos de terror y miedo.

—No temáis,—dijo el superior á la comunidad.—¡Orden! ¡Seguidme, y sobre todo, silencio!

Todos bajaron la cabeza y nadie despegó los labios.

El superior comenzó á andar, siguiéndole la comunidad en hilera, muda, silenciosa, como si fuese una procesión de fantasmas.

Atravesaron el corredor, el patio, el claustro, varios departamentos.

Llegaron á un lugar sombrío, especie de subterráneo, y el superior mandó desembarazar la entrada de una cueva. Un camino obscuro,

misterioso, extraño, se presentó á los ojos de la comunidad sorprendida.

El padre guardián fué el primero en penetrar por él.

Todos le siguieron.

Era una antigua cloaca romana, de gran capacidad. Por ella podía marchar un hombre sin inclinarse, y conducía por debajo de la muralla, á la cual ya se ha dicho que estaba pegado el convento, hasta las rocas que se alzan á orillas del mar.

Caminaron un rato por entre tinieblas, pero no hubieron de tardar en salir al aire libre, á la dulce y tenue claridad de las estrellas.

Al dejar la cloaca se encontraron en las rocas. Las tranquilas aguas del mar en bonanza llegaban á besar sus pies, gimiendo con melancólico arrullo como si llorasen su infortunio. De vez en cuando el aire llevaba á sus oídos los clamores del populacho que recorría las calles de la capital.

Los religiosos se deslizaron á lo largo de la muralla, y á su sombra siguieron su camino por entre rocas y en dirección al fuerte de Atarazanas, que se destacaba no lejos avanzando en el mar la punta de su baluarte como la proa de un monstruoso buque.

El centinela de la muralla se sorprendió al

ver aquella hilera de sombras ó fantasmas que se acercaba.

Inclinóse sobre el muro, y gritó:

—¿Quién vive?

—Los frailes de San Francisco, —contestó el superior con voz débil.

El centinela llamó al cabo de guardia, á quien no sorprendió menos ver aquel grupo misterioso á orillas del mar y al pie de la muralla.

—Dicen que son los frailes de San Francisco, —exclamó el centinela.

—Pero ¿de dónde diablos vienen? —preguntó el cabo.

—Pasad aviso al gobernador, —dijo en esto desde abajo el padre guardián, —y pedidle que nos haga arrimar escalas para que subamos.

El cabo fué, en efecto, á dar conocimiento de lo que ocurría al gobernador, quien acudió en seguida á la muralla, movido por la extrañeza del caso. Reconocidos los frailes, que parecían salir del mar, pues otro camino no conducía al fuerte por aquel lado, mandó el gobernador de Atarazanas arrimar escalas al muro, y los franciscanos subieron á la fortaleza, donde todo fué explicado y donde encontraron refugio y protección.

Toda la noche prosiguieron las turbas recorriendo las calles de Barcelona sin que autori-

dad alguna pusiera coto á sus desmanes, penetrando en los claustros y habitaciones de los conventos asaltados, á la luz del incendio, mientras crugían las vigas, mientras se desplomaban las bóvedas, mientras que columnas de humo se lanzaban á los aires.

No hubo más víctimas que las de diez ó doce religiosos, y hartas fueron por desgracia: se consiguió salvar á los demás con la generosa acogida que pudo dárseles en las casas de que se ampararon, y cuyos vecinos supieron arrostrar la ira del pueblo para ponerles en seguridad.

Muchos fueron los habitantes de Barcelona, es preciso decirlo en su obsequio, que rivalizaron aquella noche en generosidad é hidalguía y dieron á los infortunados fugitivos una hospitalidad que podía costar bien cara ciertamente á sus favorecedores.

Justo es consignar asimismo, la rectitud y la imparcialidad lo exigen, que no animaba en manera alguna á los incendiarios la esperanza del pillaje, porque casi todo lo que no fué devorado por las llamas se encontró intacto en los templos y en las celdas.

Por lo demás, ningún convento de monjas sufrió el menor ataque; ningún clérigo recibió un insulto; ni tampoco ninguna de esas feas maldades, que ordinariamente acompañan á semejantes conmociones nocturnas, tuvo lugar

aquella noche; antes por el contrario, muchas casas permanecieron abiertas sin que nadie recelara ni temiera los insultos ni el saqueo.

Y á fe que todo lo hubieran podido, pues Barcelona estuvo, durante toda la noche, á completa merced de las turbas, que libres y sin ningún obstáculo recorrían las calles.

Con la primera sonrisa del alba cesó el tumulto.

Hubiérase dicho que, espantados de su obra, habían corrido á esconderse cuantos tomaron parte en el desorden. La luz del día, la luz clara del sol, que se presentaba á iluminar tantos horrores, les hundía en el fondo de sus miserables guaridas de donde sólo salieran, con reprobación eterna de los siglos, para consumir su obra de sangre, de fuego y de sacrilegio.

La catástrofe de aquella noche fué reprobada por todos los hombres de honor, por todos los ciudadanos, sin distinción de partidos. Nada, sin embargo, más fácil de evitar si los encargados del orden y de la vigilancia pública hubiesen accedido con buen acuerdo y previsión á que los frailes se retiraran á tiempo de sus moradas. Al estado á que habían llegado las cosas; dadas la situación y la crisis porque atravesaba el país; teniendo en cuenta las imperdonables imprudencias de las órdenes monásticas al tomar ostensiblemente un carácter

político; considerando la culpable tenacidad del Gobierno en negar paso á las corrientes liberales, únicas entonces salvadoras; fijándose en el estado de los ánimos, en las pasiones exacerbadas, en la provocación que natural y lógicamente resultaba de las partidas facciosas mandadas y dirigidas por frailes; atendido todo esto, repito, la catástrofe se veía venir, y criminal fué no preverlo. Todo lo humano está sujeto por la Providencia á una lógica inflexible.

El partido liberal creía que las órdenes monásticas habían terminado su misión y que, por lo mismo, no tenían ya razón de ser. Es más, creía, y creía bien, que en la crisis porque atravesaba España eran un gran peligro para todos, y una amenaza para el trono y futura dinastía de la reina Isabel. Pero no por esto podrá jamás culparse á los partidos liberales del incendio de los conventos y matanza de los frailes. Obra fueron estos sucesos de hombres ilusos y mal aconsejados, que á ningún partido político pertenecían; obra fueron de la hez del pueblo; obra de aquellos seres de extraña naturaleza y anormales condiciones, que en todas épocas y en todos los países son materia dúctil para el vicio, apta para el crimen y apropiada para cuanto sea maldad, escándalo ó desorden.

Por esto aquella noche lo fué de luto para todos.

Desde el amanecer del siguiente día las calles se poblaron de gente que iba á visitar el teatro de las escenas nocturnas, y numerosos piquetes de tropa y Milicia nacional cruzaban por todas partes, enviados por la autoridad, á recoger los frailes que habían logrado encontrar refugio en las casas particulares, ó consiguieran esconderse en sus propios conventos. Los religiosos eran trasladados para su seguridad personal á los fuertes de la plaza, pero no sin recibir por el camino groseros insultos del pueblo, al que con admirable tesón sabía mantener á raya, impidiéndole los desmanes, la Milicia ciudadana, gran mantenedora en aquella ocasión de la causa del orden.

El teniente de Rey, D. Joaquín Ayerbe, estuvo sobre todo admirable. Iba á recoger en persona á los frailes, y haciéndoles subir á su propio coche, les acompañaba á Monjuich ó á Atarazanas, arrostrando las iras de la muchedumbre é imponiéndose á ella con su serenidad.

Cerráronse las puertas de la ciudad, sin permitir la entrada á la gente del campo, y por aquel día limitóse la autoridad civil á mandar que los dueños de fábricas y talleres no los cerrasen bajo ningún pretexto.

Las monjas, previo el consentimiento de la autoridad eclesiástica, fueron invitadas á retirarse del claustro, con facultad para alojarse en casa de sus padres, parientes ó amigos, y pusiéronse fuertes guardias en todos los conventos.

Al otro día, 27, el comandante general de las armas y el Gobernador civil, que en la aborascada noche del incendio dieron ostensibles muestras de ánimo desmayado, publicaron una proclama en que pintaban la gravedad de los sucesos, y concluía de esta manera:

«Disposiciones fuertes, enérgicas, sin contemplación ni miramiento á clases ni personas, se seguirán en breve, y la terrible espada de la justicia caerá rápidamente sobre las cabezas de los conspiradores y sus satélites... Los malvados sucumbirán del mismo modo por el peso de la ley en un juicio ejecutivo que fallará la comisión militar, con arreglo á las órdenes vigentes. Al recordaros la existencia de aquel tribunal de excepción, es justo advertiros que incurriréis en delito sujeto á su conocimiento, si á las insinuaciones de la autoridad competente no se despeja cualquier grupo que infunda recelo á la misma. El arresto seguirá á la infracción, el fallo á la culpa, y las lágrimas del arrepentimiento serán una tardía expiación del crimen.»

Fué esta proclama el anuncio de la llegada de Llauder.

La alarma hubo de ser entonces general.

Los términos violentos en que estaba redactada la proclama; el querer culpar á Barcelona de lo ocurrido, cuando la verdadera culpa estaba en las autoridades, que nada hicieron para reprimir; las intenciones que se suponían en Llauder, todo fué causa de general disgusto.

Barcelona, que no se sentía culpada, pues no pertenecían á su seno ni á su familia los hombres que en la noche del 25 recorrieron sus calles armados con el puñal del asesino y la tea del incendio; Barcelona, que era la primera en deplorar los sucesos, sintióse herida en su dignidad y en sus nobles sentimientos al ver que se trataba de castigarla como si fuese ella la culpable.

Un grito unánime se levantó: el de *¡Mueva Llauder! ¡mueva el tirano!*

El general entró en la ciudad el 27, pero al enterarse de lo que ocurría y al conocer la actitud del pueblo, se encerró en la Ciudadela con parte de la tropa que traía, y al amanecer del día siguiente, 28, salió para Mataró, desalojando después el palacio, del que hizo sacar todo su equipaje.

Mientras que estas escenas tenían lugar en Barcelona, consecuencia de la noche del 25, en

otros puntos del Principado se secundaba el movimiento.

Ardían á un tiempo el convento de Recoletos de Riudoms, el precioso monasterio de Benedictinos de San Cucufate del Vallés, y el general Llauder y su comitiva hacían alto en Mongat para contemplar el torrente de llamas que se escapaba del de San Jerónimo de la Murtra. Más tarde, como si se hubiese dado por todas partes la implacable señal de exterminio, devoraba el incendio el convento de Capuchinos de Mataró; el de la misma orden, de Arenys; otro de Igualada; el monasterio de *Scala-Dei*, que era el primero y más rico monasterio de Cartujos en España; otro de igual religión, el de Monte-alegre, colocado como un águila en la cima de una pintoresca montaña; y ocurrían en Poblet las escenas en el anterior capítulo descritas.

Mientras tanto, la agitación y la alarma reinaban en Barcelona. El desorden volvía á presentar su negra faz.

Dióse una disposición justísima y acertada por la que se prohibía á toda persona, fuese de la clase que fuera, penetrar en el recinto de convento alguno de la capital sin expreso permiso de la autoridad competente; añadiendo, que quien contraviniese, aun cuando no extrajera efecto alguno de dichos lugares, sería tra-

tado como atentador á la propiedad ajena.

Terrible cadena de sucesos siguió á la noche del 25.

Barcelona estaba sobre un volcán.

Inquietos, agitados, calenturientos fueron los días que mediaron hasta el 5 de agosto.

A las diez de la mañana de este día se esparció con la rapidez del rayo la noticia de que había entrado el general Bassa, con su columna de operaciones, portador de severas órdenes de Llauder para reprimir el movimiento político que se iniciaba, y escarmentar duramente á los que intentaran secundarlo.

Al difundirse esta voz enciéndense los ánimos, óyense en la Rambla gritos subversivos, acuden algunos patriotas á la plaza de Palacio donde estaba el general, recorren otros los cuarteles, huyen despavoridas las mujeres que iban á sus faenas, desaparecen los curiosos, ciérranse precipitadamente las puertas de las casas y tiendas, y, por fin, á las doce del día Atarazanas da la señal de alarma con un cañonazo, al que responde con su ronco estampido el cañón de la Ciudadela.

Lejos de atemorizar esta señal al pueblo, inflama por el contrario los ánimos. Óyese por todas partes el grito de: *¡á las armas!* y el movimiento es general. Dirígese la Milicia urbana á la plaza de Palacio, tambor batiente y ban-

deras desplegadas: avanza la tropa que Bassa había dejado á las puertas de la ciudad y ocupa el edificio de la Lonja, pero no hostiliza al pueblo: comisiones del Ayuntamiento, de la Diputación provincial, de la milicia, personas respetables de todas opiniones, suben á Palacio para rogar al general Bassa que haga dimisión de su cargo, que no anegue en sangre y en llanto la segunda capital de España. El general resiste, llega á vacilar en ciertos momentos, lucha por largo tiempo entre sus deseos como ciudadano y sus deberes como militar; pero triunfando por último la voz de estos últimos, exclama resueltamente:

—O yo, ó el pueblo.

¡O yo, ó el pueblo! Palabras fatales, temerarias, tal vez imprudentes en aquella situación, pero palabras dignas y propias de un valiente.

La respuesta de Bassa se esparce con rapidez. Acaba apenas de pronunciar su frase, cuando ya el pueblo amotinado en la plaza se entera, y un grito unánime de millares de voces contesta al reto. Con la celeridad del pensamiento una turba desaforada invade la vecina iglesia de Santa María; escala una tribuna que comunicaba por un puente, cuyos restos existen aún, con el Palacio del general; entra como un torrente en las habitaciones; penetra

en el gabinete donde se halla Bassa dictando órdenes para comenzar la lucha, y un pistoletazo tiende sin vida al caballeroso militar á los pies de sus asesinos.

El cadáver es arrojado por el balcón á la plaza, arrastrado por las calles, y, como si Barcelona se hubiese convertido en un pueblo de salvajes, quemado y consumido en una pira que se formó con los efectos y papeles de la Delegación de policía.

Todo esto antes que el ejército pudiera volver en sí de su estupor; todo esto antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba pasando; todo esto antes de que la Milicia urbana pudiera con su mediación reprimir aquel indigno y bárbaro atentado.

Los hombres honrados de todos los partidos lamentaron aquel fatal suceso, que llenó de consternación al vecindario de la capital.

Mientras tanto el populacho, desbandado por calles y plazas, asaltaba á un tiempo las oficinas de los comisarios de policía; echaba mano de cuanto se ofrecía á su vista; llovían por los balcones de las oficinas legajos, y papeles, y muebles, todo en revuelta confusión, y con todo se hacía hogueras, mientras que otro grupo en la plaza de Palacio derribaba la estatua de bronce de Fernando VII, que allí mandara colocar en su tiempo Carlos de España, en ac-

titud verdaderamente soberbia y amenazadora para el pueblo.

Desbordada la plebe, perdió todo freno, y aquella noche una turba de malvados reducía á cenizas la fábrica de vapor llamada de Bonaplata.

No es este el sitio ádecuado para referir todo cuanto entonces ocurrió, pues que sólo me propuse, con motivo de la ruina de Poblet, trazar á grandes rasgos la historia de los sucesos que tuvieron lugar en Barcelona, durante la infausta noche de 25 de julio de 1835, sucesos que, como he dicho, me tocó presenciar en parte, dejándome tristes recuerdos que jamás se apartaron, ni se apartarán, de mi memoria.

Referidos quedan ya aquellos sucesos, así como los que más inmediatamente les siguieron, pudiéndose decir que en ellos tuvieron origen. Sólo diré, en conclusión, que la Milicia y los buenos ciudadanos supieron unirse para arrojar á las turbas que tenían consternada á Barcelona; que se trató de organizar el movimiento; que se le imprimió un carácter político, levantado y serio; que se nombró una Junta auxiliar y consultiva que reasumió todos los poderes; y que esta Junta, con solicitud y prudencia, cuidó de poner en seguridad á los frailes, dió cuantas disposiciones requerían las circunstancias, y se entendió con Aragón y Valencia

para formar una *confederación liberal* que tuviese por égida, símbolo y bandera, el trono constitucional de Doña Isabel II.

La situación de Barcelona fué entonces imponente y marca época en su historia aquel período, que hubiera sido mucho más brillante y gallardo á no tener que lamentar los duelos y tristezas de su comienzo.

La crisis toda concluyó con el nombramiento del ministerio Mendizábal y con la llegada del famoso Mina como capitán general del Principado.

Así terminaron las órdenes monásticas en España. Fué su ruina por medio de una gran catástrofe, pero es ley natural que sólo por grandes sacudimientos y grandes crisis se derriben los poderes de la tierra.

Poderosamente influyó entonces Cataluña en los destinos de la nación, y comenzó una época de sistema representativo y régimen constitucional, época de bienhechora libertad, conquistada á través de muchos disturbios y conmociones, á costa de muchos sacrificios y mucha sangre pródigamente vertida por dos generaciones de patricios, á quienes hay que conceder, al menos, un desprendimiento á to-

da prueba y un patriotismo que alcanzó todos los grados de lo heróico y de lo sublime.

Sean las ruinas de Poblet y otras que como ellas están esparcidas por el suelo de la patria, ejemplo constante y vivo de que es pasajera, cuando no efímera, toda grandeza que no se apoye y asiente sobre bases de amor y desinterés, de equidad y de justicia; y permita Dios que nuestra noble tierra española, aleccionada por lo ocurrido, halle el remedio de sus males en las salvadoras y reguladas prácticas de la libertad, bajo la cual pueden vivir tranquilamente sin menoscabo los poderes, sin egoismo los ciudadanos, sin monopolio los intereses, sin odio las clases, sin lesión la justicia, sin trabas la inteligencia, sin agravio los derechos, sin merma los deberes, sin debilidades el carácter, sin contrariedades el mérito, sin escarnio la rectitud, y todas las fuerzas unidas para el bien, la prosperidad y el engrandecimiento de la patria.

MADRID 4 de Marzo de 1885.

FIN.



APÉNDICES.

I.

EL ARCHIVO Y LA BIBLIOTECA DE POBLET.

(V. la pág. 115.)

EL archivo y la biblioteca del monasterio de Poblet tenían gran importancia, guardaban un verdadero tesoro. Villanueva, en su *Viaje literario* á las iglesias de España, da cuenta de su visita á Poblet (tomo XX), y cita algunos de los códices, libros raros, manuscritos y documentos que halló en dicha biblioteca.

Gracias á este erudito literato, que ha prestado singular servicio con su obra, se sabe que, entre otros muchos de estima, había los siguientes, de que me parece oportuno tomar nota:

Las coplas de Juan de Mena, excelente manuscrito del siglo xv.—*Poesías de D. Diego Mendoza y Pedro de Villalva*, manuscrito del siglo xvii, obra desconocida en nuestras bibliotecas.—*La crónica del rey D. Enrique IV de Castilla*, por D. Diego Henríquez del Castillo.—*Libellus regie successionis regnorum Siciliae*, por Pedro Trosillo, notario de Valencia.—El libro de Fr. Francisco Eximeniz, en catalán, dirigido á la reina Doña María de Aragón.—Una *Biblia* del siglo xi, y acaso anterior; códice que Villanueva celebra por su lujo, iluminación, limpieza y hermosura, adelantando la idea de que tenía visibles señales de haber pertenecido á un monarca aragonés. También dice el mismo autor que debía estar en el archivo, según voz común, aun cuando él no lo vió, el original de la *Crónica de D. Jaime el conquistador*, escrito de puño y letra de este monarca.

Lo que fueron la biblioteca y archivo de Poblet pueden decírnoslo los libros, pergaminos, papeles y manuscritos que con solícitud y diligencia, y á costa de no pocos sacrificios, ha conseguido ir recogiendo nuestra Real Academia de la Historia. Procedentes de Poblet, y salvados del incendio que devoró muchos papeles, y del saqueo que ha esparcido muchos libros por bibliotecas nacionales y extranjeras, la Academia de la Historia posee:

1.º 20.762 documentos, entre pergaminos y papeles más ó menos interesantes, conservados en 25 grandes cajas.—2.º Varios libros, manuscritos, cartularios, etc.—3.º 46 volúmenes de procesos formados con ocasión de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591.

De lo primero, ó sea de los 20.762 documentos, no hay índice ni catálogo alguno. La Academia de la Historia, falta de personal, con gran escasez de fondos, y teniendo que atender á mucho, traspasó todos estos documentos al *Archivo histórico nacional*, á fin de que, teniendo éste más medios, pudieran en él irse catalogando; pero atenciones apremiantes del servicio y otras causas fueron retardando esta tarea. El distinguido literato D. Guillermo Forteza, que pertenecía al archivo, hizo en su tiempo unas doscientas papeletas. Hace algunos meses, con ocasión de hallarse en Madrid el joven, ilustrado y entusiasta catalanista, D. Eduardo Toda, de quien hablo más extensamente en el texto de esta obra, visitó el *Archivo histórico* por recomendación mía, y pasó algunos días registrando, con laudable celo, la infinidad de documentos que existen, revueltos y confundidos, en las citadas cajas; las cuales se tomó la molestia de numerar en relación con un índice que hizo, muy á la ligera, muy por encima, es cierto, pero índice gracias al cual pude yo lue-

go orientarme para entender algo en aquel revuelto mar de papeles. La imparcialidad y la justicia me obligan á consignar este tributo de gratitud al Sr. Toda, ya que sin él no pudiera dar ni siquiera la escasa noticia de aquellos documentos que me propongo ofrecer aquí á los investigadores y amantes de la historia patria, y que de algo podrá servirles ínterin el *Archivo histórico* no cuente con más recursos y medios para catalogarlo todo y publicar luego lo que digno de publicación sea.

Las cajas, pues, que contienen los documentos de Poblet, en relación con el índice de Toda, que poseo y he aumentado con muchas notas de papeles que él no llegó á ver, encierran:

Cajas números 1, 2 y 3.—Pergaminos varios, algunos de ellos de personajes reales, con sus correspondientes sellos colgantes, contratos, cesiones, ventas ó compras de terrenos. Algunos de estos documentos son del siglo XII. Papeles sueltos y truncados de procesos seguidos por el monasterio en los siglos XIII y XIV.

Caja núm. 4.—Libros de Poblet pertenecientes á los siglos XIV, XV y XVI, con notas, cuentas, contratos, relaciones de cosas relativas al monasterio, etc. Un libro de historia, usos y costumbres del Priorato de Nuestra Señora del Tallat, con unos gozos que parecen ser origi-

nales de Fr. Maciá Grau, prior en 1659. Un libro de cartas de los abogados de Roma concernientes al proceso que el monasterio seguía contra el de Santas Creus de 1741 á 1751. Un libro de confirmación de los privilegios reales del monasterio de Cartujos de Scala-Dei. Dos manuales con la lista de los monjes entrados en el monasterio, y nota de las cosas memorables ocurridas en el mismo desde 1493 á 1653.

Caja núm. 5.—Pergaminos referentes á donaciones, ventas y sentencias. Varias cartas de reyes é infantes de Aragón.

Caja núm. 6.—Pergaminos, casi todos de los siglos xv y xvi, siendo copia de otros más antiguos interesantes para Poblet, pero cuyos originales no estaban en el monasterio.

Caja núm. 7.—Un grueso volumen sobre el pleito seguido entre el monasterio y la Espluga de Francolí con motivo del dominio de las aguas y del bosque, cuyo pleito duró desde 1278 á 1280. Un tomo de hechos curiosos y datos muy interesantes sobre la población del término de Vimbodí. Un paquete de correspondencia recibida durante el siglo xvii por el monasterio, conteniendo varias cartas de Don Pedro Antonio de Aragón, el enamorado de Poblet. Otro voluminoso paquete de correspondencia política y particular. Cartas de reyes, príncipes y gobernadores de Cataluña,

entre las cuales se hallan algunas correspondientes á la guerra de sucesión.

Caja núm. 8.—Algunos pergaminos y una colección de Bulas de Papas, del siglo XII al XVIII. Son notables por su mérito artístico é histórico los sellos en cera y plomo de los documentos pontificios.

Caja núm. 9.—Colección de antiguos pergaminos relativos á títulos de propiedad, contratos, arriendos, servidumbres, etc., que tenía el monasterio, no sólo en los pueblos de las cercanías, sino en diversos puntos de Aragón, Valencia y Mallorca. Hay además muchas cédulas ó declaraciones de obediencia hechas por monjes que profesaron en el monasterio, del siglo XV al XVIII, curiosas algunas de ellas como trabajos caligráficos.

Caja núm. 10.—Pergaminos.

Caja núm. 11.—Contiene una cantidad considerable de papeles antiguos y modernos, relativos algunos al monasterio de Santas Creus.

Caja núm. 12.—Bulas pontificias y cartas reales.

Cajas números 13, 14, 15, 16 y 17.—Pergaminos.

Caja núm. 18.—Bulas pontificias y cartas reales.

Caja núm. 19.—Pergaminos y declaraciones de monjes.

Caja núm. 20.—Cartas reales.

Caja núm. 21.—Grandes paquetes de cartas reales y papeles políticos, que abrazan del siglo xv al xviii.

A más de estas cajas, existen en el Archivo muchas obras, papeles y cartularios procedentes de Poblet. Entre ellos hay varios privilegios y escrituras de la casa y hospital de San Vicente, junto á Valencia; distintos documentos curiosos y de valor histórico, como por ejemplo el *Processus reconciliationis Domini Jacobi regis Aragonum quondam pro excessu commisso in episcopum gerundensem*, de que se habla en otro apéndice; los privilegios concedidos por los reyes al monasterio; varios volúmenes de pleitos seguidos por el monasterio contra particulares ó cabildos, etc., etc.

Merece citarse un libro manuscrito, cuyo título es:

Relación histórica del Serenísimo Señor Príncipe D. Carlos de Viana: autor el reverendo padre Joseph Quervalt y Noet, monje Benedictino cisterciense del Real monasterio de Nuestra Señora de Poblet.

Esta obra está dedicada al muy ilustre señor D. Francisco Dorda, abad de Poblet, y escrita el año 1706, y es un MS. en 4.º de 88 páginas de letra metida.

En el prólogo al lector se dice que lo contenido en la obra está sacado de varios autores: Carbonell, Lucio Marineo, Zurita, Mariana, Garibay y otros, pero muy especialmente de «*un manuscrito antiguo de un autor monje de Poblet, el cual es de eccoptación? grande, pues dice que cuasi todo quanto escribe lo sacó de unos manuscritos del Sr. Abad de Poblet D. Miguel Delgado, varón docto y maestro en Santa Theología, y que se halló con él en tiempo que vivía el señor Príncipe D. Carlos, y trató con él, con su tío D. Alonso y su padre D. Juan.*» Este abad Delgado es aquel de quien recordará el lector que se habla en el texto de esta obra.

Al prólogo siguen unos versos dedicados al príncipe D. Carlos, que se dice ser copia de un MS. antiguo de Poblet, cuyos versos son, por cierto, bastante malos, como puede juzgarse por la siguiente estrofa final:

«No le levanta el honor
ni el deshonor le entristece,
ni jamás le desvanece
la voz del adulador,
ni la del malsín le empece
al tener, ó, al no tener
con una tassa la tassa
no estima el ser, ó, no ser,
y en hazer, ó, dezaser
con solo Dios se compassa.»

El libro se compone de las materias y capítulos siguientes:

Recopilación de muchos elogios que tributan algunos autores al serenísimo príncipe D. Carlos.

Genealogía de los condes de Barcelona y reyes de Aragón.

Descríbese la genealogía del serenísimo infante hijo de D. Juan II, el príncipe de Viana, por la línea de su padre.

Descríbese la genealogía del serenísimo príncipe D. Carlos, por la parte de su madre, esto es, del árbol de los reyes de Navarra y Sobrarbe.

LIBRO PRIMERO. Cap. I.—Del nacimiento é infancia del serenísimo infante D. Carlos de Viana.

Cap. II.—Del principio de las guerras entre padre é hijo.

Cap. III.—De la embajada que envió el padre al hijo y de su respuesta.

Cap. IV.—Cómo D. Juan II dió batallã al ejército del rey de Castilla y de D. Carlos, y cómo los venció.

Cap. V.—De cómo el príncipe D. Carlos fué aprisionado, de la concordia que se hizo para libertarle, y de la guerra que después se movió.

Cap. VI.—De cómo D. Carlos se fué á Nápoles, y de lo que le sucedió allí por el camino. En este capítulo, lo propio que en el anterior,

hay algo curioso, y algunos detalles que me parece son desconocidos en la historia.

Cap. VII.—De cómo el príncipe se fué á Sicilia y después á Cataluña, y lo que allí sucedió.

Cap. VIII.—De la venida del príncipe Don Carlos á Cataluña.

Cap. IX.—De la venida de D. Carlos á Barcelona, y lo que le sucedió en ella.

Cap. X.—Cómo el rey llamó á su hijo para Lérida, y cómo allí le mandó aprisionar.

Cap. XI.—De las diligencias que hizo el principado de Cataluña para librar al príncipe de la cárcel. En este capítulo se dan como exactas aquellas palabras de «*la ira del rey es mensajera de la muerte,*» dirigidas por D. Juan II á los embajadores catalanes.

Cap. XII.—De las diligencias que hizo el reino de Aragón para alcanzar libertad á Don Carlos.

Cap. XIII.—Cómo fué puesto en libertad el príncipe, y cómo fué entregado á Barcelona. Se detallan en este capítulo los festejos y alegrías de la ciudad al recibir al príncipe.

Cap. XIV.—De las capitulaciones y juramento del príncipe de Viana.

Cap. XV.—De cómo enfermó el príncipe, recibió los sacramentos y ordenó su testamento. En este capítulo se asegura que el príncipe había querido hacerse monje de Poblet, lo cual

impidió por su consejo contrario el abad de dicho monasterio, D. Miguel Delgado, á quien previamente se consultó al efecto.

LIBRO SEGUNDO. Cap. I.—De la muerte, funeraria y milagros que obró el Sr. Príncipe. En este capítulo se traslada una escritura auténtica, en catalán, que existía en el archivo de Poblet, autorizada por el notario de Barcelona *Lluys Rufet*, en la cual se dan minuciosos detalles de lo ocurrido en los doce días que pasaron después de la muerte del príncipe hasta que fué enterrado.

Cap. II.—De la translación del cuerpo del príncipe D. Carlos de la Seo de Barcelona al panteón real de Poblet. Este capítulo está escrito refiriéndose á una relación que existía en un manuscrito de Poblet antiguo, y que por fama común se decía ser del abad Delgado.

Cap. III.—De un indulto apostólico que declara el culto que se ha de dar al príncipe.

Cap. IV.—De algunos milagros que ha obrado Dios por las reliquias del príncipe de Viana.

Cap. V.—De algunos otros milagros que ha obrado Dios por intercesión del Sr. Príncipe.

Cap. VI.—Cómo el Sr. Príncipe D. Carlos ha curado á muchos de lamparones.

Cap. VII.—De otros diversos males que ha curado el Sr. Príncipe D. Carlos.

Cap. VIII.—De algunos milagros que ha

obrado el Sr. Príncipe en nuestros tiempos.

Cap. IX.—De otros milagros que en nuestros tiempos obró el Sr. Príncipe D. Carlos. Este capítulo parece comenzado en el año 1707 por algún continuador de la obra, pero está interrumpido al llegar al mes de febrero de dicho año.

Aparte de todos estos documentos que existen en el Archivo Histórico, la Real Academia de la Historia posee y custodia 46 gruesos volúmenes de procesos (todos procedentes también del Archivo de Poblet) que se formaron con motivo de las alteraciones y movimientos de Aragón en 1591. El señor Marqués de Pidal encontró en ellos gran caudal para escribir su notable libro sobre las alteraciones de Aragón. El Sr. D. Salustiano de Olózaga se ocupó de estos procesos en su discurso de entrada en la Academia, y también dije yo algo de ellos en mi contestación académica al discurso de entrada de mi noble y llorado compañero el señor D. Antonio Romero Ortiz.

Estos documentos debieran publicarse, y así lo hará de seguro la Academia el día que disponga de fondos para ello. Mientras no se conozcan y estudien estos procesos, no podrá escribirse con verdad la historia de aquellas cé-

lebres alteraciones de Aragón, motivadas por el amparo que se dió á Antonio Pérez y que acabaron con las libertades de aquel reino.

Con objeto de ayudar á los curiosos é investigadores, daré aquí un extracto sucinto de lo que son y contienen estos volúmenes de procesos.

I. Sumaria en averiguación de los que tomaron parte en los movimientos de Aragón en 1591, formada por los Sres. Licenciado Diego de Covarrubias y el Dr. Miguel de Lanz, comisarios nombrados por el Rey. Sigue la declaración tomada á D. Juan de Luna, preso en el castillo de Santorcaz, y las tomadas al Doctor D. Juan Francisco de Torralba, Diego Bustamante, criado que fué de Antonio Pérez; Urbán de la Serna Bracamonte, Lázaro Corrilla, Jerónimo Formente, Jerónimo Marqués, D. Jorge Fernández de Heredia, gentil-hombre de la boca del Rey, y Juan de Ovalle.

II. Confesión original de D. Juan Martínez de Luna, preso en el castillo de Santorcaz. Precede una Real cédula de 12 de abril de 1592 dando comisión al regente Christóbal Pellicer, con asistencia del licenciado Molina de Medrano, para que examine y tome la indagatoria al referido D. Juan de Luna.

III. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales de S. M. con motivo

de las sediciones de Zaragoza en 1591 contra Cosme Pariente, aposentador que fué del ejército aragonés; Juan de Villaverde, menor, que salió con el Justicia, y por comisión de éste y de los diputados de Aragón, abrió una boquera de una acequia en el lugar de Grissen para impedir el paso del ejército del Rey; Hierónimo Pecco, el mayor, que se halló diversas veces en algunas de las juntas que se tuvieron por los sediciosos; Hierónimo Avenilla, que fué también uno de los que hicieron instancia con el Justicia y diputados para que saliesen á resistir al ejército; D. Miguel de Sessé y Juan de Bombau, que se hallaron en la requesta que se hizo á los diputados del reino, para que á mano armada se resistiese al ejército Real y que se convocase la gente para dicho efecto; Jaime Buil, procurador, que ordenó diversas requestas muy perjudiciales y en deservicio de Su Majestad; en particular ordenó las requestas que se hicieron al justicia de Aragón y diputados para que se resistiese al ejército del Rey, y también ordenó otra requesta para que no se entregase al Santo Oficio de la Inquisición la persona de Antonio Pérez, y otra para que se quitasen los presidios de Ainxa, Benabarre y del Mercado; Dionisio Pérez, muy amigo y fautor de Antonio Pérez, y camarada de los sediciosos; y por último Miguel de Torres, ve-

cino y justicia de la villa de Alagón, que en la noche del 24 de setiembre de 1591, después que Antonio Pérez fué sacado de la cárcel de los manifestados, se fué á la dicha villa de Alagón en compañía de Gil de Messa, Francisco de Ayerbe y otros, y se fueron á apear á casa del señor de Canduero, á donde fué este Miguel de Torres, y allí le contó Antonio Pérez todo lo que había sucedido acerca de su liberación.

IV. Proceso contra D. Martín Despés y Alagón, barón de la Laguna, Juan de Marcuello, Miguel Turlán, diputados que fueron del reino de Aragón, y Juan Bucle Metelí ó Metelín, jurado de Zaragoza. Están todas las actuaciones menos la sentencia. Entre los documentos que contiene, se hallan cartas de los diputados mandando resistir al ejército Real, convocatorias á ciudades y villas del reino para alzarse en armas, comunicaciones á los concejales de Barcelona y contestación de éstos, diligencias, declaraciones, registros, etc., etc., con papeles y noticias de suma importancia para la historia de aquellos memorables sucesos.

V. Proceso á instancia de Doña Blanca Manrique, condesa de Aranda, viuda de Don Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, para que los jueces comisarios absolviesen la me-

moria, honor y bienes de su difunto marido. En este proceso figura y declara como testigo el célebre poeta Leonardo de Argensola.

VI. Parte de un proceso que empieza con el interrogatorio, al tenor del cual había de ser examinado D. Antonio Ferriz de Lizana, con las declaraciones tomadas á muchos presos y á otros testigos que intervinieron más ó menos directamente en las revueltas. Hay declaraciones de verdadera importancia, y muchos documentos relativos á los sucesos.

VII. Expediente ampliando la ciudad por cárcel á algunos presos. Los comprendidos son los siguientes: Miguel de Torres, de Alagón; Lucas Pérez de Oliván, Micer Pedro Luis Martínez, Pedro Prado, procurador del reino; Miguel Torres, D. Juan de Urrea, Juan de Sadava, Dr. Micer Jerónimo López, Luis Ganareo, librero; Esteban de Ardanza, en libertad por haber entregado la persona de Jerónimo Abinilla; Martín de la Era y Araincar, Juan de Bombao, Sebastián Moles, Juan Agustín Batista, Agustín Jimeno, Juan de Mendive, D. Juan de Aragón, Juan de Aro, notario; Mateo Ros, D. Juan Alonso de Moncayo, Bartolomé Mainar, Miguel Turlán de Alabiano, Juan de Sius, barquero; Micer Felipe Gaco, Micer Bartolomé López Zapata, Juan de Layeto, notario; Pedro Navarro, Cosme Pariente, D. Dio-

nisio Guaras, Juan Jerónimo Espés de Solá, Dr. Juan López de Bailo, Juan de Marcuello, diputado; Juan Azlor, Domingo Montañés, labrador; barón de la Laguna, Juan Ramírez, Jaime Boyl, procurador, y Juan de Villaverde, menor.

VIII. Cartas de D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y de los diputados del reino á los justicias, lugar-tenientes de justicias, jurados, consejos y universidades de aquel reino, mandándoles envíen á Zaragoza sus hombres de armas, hábiles y prácticos en el arte militar, que los acompañen á resistir y expeler de sus tierras á las gentes y ejército que en ellas habían entrado con D. Alonso de Vargas.

De este volumen forman parte también varios procesos incoados para averiguar la culpa que en las alteraciones del reino pudieron tener determinados sujetos.

Entre los documentos hay la sentencia que se dió contra D. Diego Fernández de Heredia, á quien se declaró reo del delito de lesa majestad, condenándole á la pena de muerte, siendo decapitado y su cabeza puesta en lugar elevado sobre la puerta llamada de la Puente, con un rótulo escrito en piedra, donde se leyese su nombre y los delitos porque se le condenaba, mandando también que sus bienes fuesen secuestrados y aplicados al fisco.

IX. Proceso de la acusación criminal de los fiscales del rey contra Esteban de Ardanza, Miguel Torres y Miguel Español de Niño.

En la hoja que sirve de cubierta y portada al proceso hay una nota tachada que dice: *contra Miguel Español no se puede proceder sin orden del Sr. Arzobispo, que así lo tiene mandado.*

Forman parte de este volumen varias interesantes cartas de diversos personajes, y los edictos y pregones del capitán general de los ejércitos reales, D. Alonso de Vargas, ofreciendo premios de dinero á los que dieran y entregaren presos en manos de los comisarios y ministros que para el efecto se nombrasen, las personas de los rebeldes, en esta forma: Por la persona de Antonio Pérez, 6.000 ducados; por la de D. Juan de Luna, 4.000; por la de Don Diego de Heredia, 4.000; por la de D. Martín de Lanuza, 4.000, etc., etc.

X. Proceso de los procuradores fiscales del Rey en la acusación criminal contra Jaime de Urgel, Francisco Pérez de Calatayud, Micer Juan de Bardají, doctor; Godofre de Bardají, Pedro de Mur, Pedro Cañigar, Pedro Martínez de Arbula y Pedro Pelegrín, alquilador de mulas en Zaragoza. Los cuatro primeros fueron condenados á muerte por sentencia pronunciada por los señores del Consejo de Aragón.

XI. Proceso de la acusación criminal de

los procuradores fiscales de S. M. contra Marcos de Araiz, criado de D. Diego de Heredia, Lucas de Andía, Juan del Barco, Miguel Don Lope, el maestro Basante, Rafael Robellat, Francisco Vallés, Diego de Barrionuevo y Juan Ganareo, menor.

XII. Proceso seguido por D. Juan de Torrellas contra el procurador fiscal para que se le devuelvan los bienes que se le secuestraron; de la cual pena, así como de la de muerte que le había sido impuesta por sentencia de 25 de diciembre de 1592, fué absuelto por otra de 18 de setiembre de 1598.

XIII. Proceso de los procuradores fiscales de S. M. contra Gil de Urroz y Julián de Conderano, ausentes. Por sentencia de los señores del Consejo de Aragón, dada en Almazán á 9 de diciembre de 1592, fueron condenados á la pena de muerte en horca.

XIV. Proceso del pleito seguido por Doña Catalina de Urrea y Toledo y por D. Pedro de Lanuza, viuda é hijo de D. Juan de Lanuza y de Perellós, Justicia de Aragón y vizconde de Roda, contra el procurador fiscal de Su Majestad: la primera sobre que se la entreguen libremente los bienes del dicho su marido, así libres, en cuya posesión entró á la muerte del mismo por virtud de su testamento y último codicilo, como de los otros de mayorazgo de

su difunto consorte, que también entró á poseer, así por razón de hipoteca de su dote y aumento de esta, como por el derecho de la viudedad, cuyo goce le concedió su marido en las capitulaciones matrimoniales: coadyuvando la pretensión de la Doña Catalina su hijo Don Pedro de Lanuza, quien pidió se alzase el secuestro y embargo de los bienes del mayorazgo en cuanto á la propiedad de ellos, declarándole por legítimo sucesor para que los pueda gozar después de los días de su madre, conforme á los mayorazgos y llamamientos hechos por los fundadores. Dióse sentencia por los señores del Supremo Consejo de Aragón en la villa de Madrid y en su iglesia parroquial de San Gil, donde acostumbraban celebrar sus acuerdos, en miércoles 26 de Agosto de 1598; en que se declaró corresponder á la Doña Catalina de Urrea el derecho de viudedad foral en los bienes de su marido, conforme á lo concertado en las capitulaciones matrimoniales, juntamente con los vestidos, joyas y demás ventajas forales; declarando también que, concluída la viudedad, correspondía á la Doña Catalina el derecho de cobrar de los mismos bienes la cantidad de cuarenta y un mil libras jaquesas por razón de su dote, y además por aumento de ésta tres mil libras jaquesas de tres censales, de cada mil libras de propiedad y ca-

pital, con cada mil sueldos de pensión, que después de contraído el matrimonio recibió y heredó la misma por muerte de su madre Doña Juana de Toledo, quedando salvos los derechos del fisco en cuanto á la propiedad de los dichos bienes. Por esta razón la sentencia no contiene declaración alguna acerca de la pretensión de D. Pedro de Lanuza.

XV. Proceso del apellido criminal, querrela ó demanda de Antonio Pérez, preso en la cárcel de la Manifestación de Zaragoza, ante el muy ilustre Sr. Galacián Cerdán, ciudadano y juez ordinario de Zaragoza, contra Nicolás Melgar, Isidoro de Mur, Francisco Horfanel, Jerónimo de Gali, morisco converso; Urbán de la Serna, Lázaro Zorrilla, Pedro Luis de Alburquerque y Juan Lorenzo Montalbo, como culpables de falsedad en las declaraciones que contra él prestaron.

XVI. Proceso de la requesta ó suplicación que D. Pedro de Bolea, Manuel D. Lope, Don Juan de Moncayo, D. Diego Fernández de Heredia, D. Antonio Ferriz, D. Martín de Lanuza, Tomás de Rueda, Francisco de Ayerbe, Agustín de Santa Clara y de Soria, Martín Jaime Ponz, Gonzalo Iturden, Lucas de Andía, Jerónimo García, Jerónimo Pérez, Pedro Cañigral, Francisco de Angulo, Juan de Espada y Juan Porquet, dieron en 17 de agosto de 1591

á los diputados del reino de Aragón, en que les pidieron no diesen ni entregasen á los Inquisidores la persona de Antonio Pérez. Contiene muy curiosas informaciones de diferentes testigos sobre los movimientos de Zaragoza y reino de Aragón en 1591, siendo entre ellas notable la declaración de Juan Díez d'Aux, vecino de Daroca, la cual está en los fols. 33-36.

XVII. Apuntamientos y extractos de las declaraciones de seiscientos diez y nueve testigos, examinados en los procesos que se formaron por las alteraciones de Aragón en 1591.

XVIII. Proceso de fianzas prestadas por algunos procesados para salir de la prisión y tener la casa y ciudad por cárcel. Son los siguientes: Juan Jerónimo Espes de Solá, Micer Gerardo Clavería, Jerónimo Taffalles, notario; D. Francisco de la Caballería, Micer Andrés Serveto de Aninyón, Juan de la Huerta, Miguel Martínez, Felipe de Pomar, Dr. Diego de Funes, Tomás Gormaz, Antón de Exea, Pedro Meliz, Martín de Marchueta, Jerónimo Jiménez, D. Francisco Altarriba y Alagón, señor de Huerto, D. Luis de Urrea, D. Luis de Torrellas, Dr. Juan Murillo, Micer Carlos Montesa, Valero de Aro, Miguel de Fuertes, comendador; Fernando Ruiz de Prado, Pedro de Arnedo, D. Juan de Torrellas, Pablo de Villanueva, Juan de los Cos, infanzón; Jaime y

Martín de Mezquita, hermanos; Lorenzo Jiménez, Juan Bautista de Vello, Domingo Montañés, Jerónimo de Falces, Felipe Canerol, Micer Baltasar Andrés Barutell, Juan Díez de Aux y de Marcilla, D. Juan de Bardají y Domingo Lobera.

XIX. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales contra Micer Andrés Serveto de Aniñón, Micer Bartolomé Díez, Micer Diego de Funes, Micer Jerónimo López, Micer Carlos Montesa, Micer Felipe Gaçó, Micer Andrés Barutell, Micer Bartolomé López Zapata y Micer Juan López de Baylo, letrados, acusados de haber dado consejo á los diputados de Aragón que convocasen las gentes del reino y que á mano armada se impidiese la entrada del ejército del Rey en 1591.

XX. Acusación criminal de los procuradores fiscales contra Antonio Pérez, Gil de Mesa, Juan Francisco Mayorini, D. Martín Lanuza, D. Pedro de Bolea, D. Juan de Torrellas, D. Ibán Coscón, Manuel Don Lope, Christóbal Frontín, Juan Luis Fontova, Juan de Ubieta, pelaire; Antón de Añón, y Gaspar Burzes, por la parte que cada uno de éstos tuvo en los movimientos.

XXI. Proceso del procurador fiscal del Rey contra Gil Ibáñez de Urroz, por haber sido uno de los que más se mostraron en los

motines y sediciones que ocurrieron en Zaragoza en 1591.

XXII. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales contra Felipe Ros, D. Juan Agustín, D. Felipe de Castro, Jerónimo Vallés, Jaime Villanueva, Juan Agustín Bautista, Juan de Vertiz, Manuel Don Lope, Ascanio de Omedes y Pablo de Villanueva. Además de los escritos de los fiscales y de las declaraciones de testigos que se presentaron contra los reos, contiene el proceso los siguientes documentos. Proceso de requesta de los muy ilustres señores D. Martín de Bolea y Castro, D. Antonio Ferriz, D. Pedro de Bolea, y otros caballeros de Zaragoza, contra la aprehensión de armas á los que las llevaban por la dicha ciudad y sus términos: 13 de mayo de 1591: fol. 169. Otro proceso de la requesta de ilustres señores D. Diego de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Martín de Lanuza y otros caballeros de Zaragoza, por haberse puesto presidios de tropa en algunos puntos de la ciudad, lo cual era contra los fueros y libertades del reino: 24 de mayo de 1591: fol. 173. Proceso de requesta de los muy ilustres señores D. Martín de Bolea y Castro, D. Antonio Ferriz, D. Pedro de Bolea y de otros caballeros de Zaragoza, contra el pregón sobre el llevar linternas por las noches, que mandaron publicar los jurados

de la ciudad: 15 de mayo de 1591: fol 175. Proceso de los muy ilustres señores D. Diego Fernández de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Martín de Lanuza, D. Antonio Ferriz de Lizana, D. Ibán Coscón, D. Martín de Bolea, D. Juan Agustín, Manuel Don Lope, caballeros; Miguel Español de Niño, y Tomás Pérez de Rueda, infanzones, sobre requesta contra los jurados de Zaragoza, porque acaudillaban y amparaban muchas y diversas gentes para ciertos fines y efectos, de que se temía resultar grandísimos inconvenientes á la libertad y paz del reino: 27 de junio de 1591: fol. 179. Certificación de las cantidades que se dieron para la guerra: fol. 181. Actos del consejo de guerra. Nominación de capitanes: fol. 182. Proceso de la requesta de los muy ilustres señores D. Diego Fernández de Heredia, D. Pedro de Bolea, D. Miguel de Sessé y otros muchos caballeros, infanzones y naturales de Aragón, ante los señores diputados del reino sobre la entrada del ejército Real en Aragón: 27 de octubre de 1591.

XXIII. Prueba presentada por D. Juan de Torrellas en el mes de julio de 1596.

XXIV. Copia de las declaraciones tomadas en Madrid en el día 7 y siguientes de marzo de 1592 por el licenciado Rodrigo Vázquez Arce, presidente del Real Consejo de Hacienda y co-

misario por S. M. para entender en las averiguaciones y probanzas sobre los motines y sediciones de Aragón. Declararon en este proceso D. Juan Fernández de Hixar, conde de Belchite; el Dr. D. Juan Francisco Torralba, Diego de Bustamante, Jerónimo Marqués, Manuel Zapata y D. Artal de Alagón, conde de Sástago.

XXV. Otro proceso de las declaraciones tomadas en marzo de 1592 por el referido licenciado Vázquez Arce á los testigos siguientes: Alonso de Contamina, D. Juan Fernández de Hixar, conde de Belchite; D. Manuel Zapata y D. Jorge Fernández de Heredia. Contiene también este proceso las declaraciones que en abril del mismo año de 1592 dieron el Doctor Francisco de Santa Cruz y Morales, Pedro Sessés y D. Bernardino Pérez de Pomar y Mendoza.

XXVI. Proceso de la acusación criminal de los procuradores fiscales contra Jaime Christóbal, labrador muy rico y de los principales de Zaragoza, cabeza de los amotinados, y particularmente de los labradores.

XXVII. Acusación criminal y proceso contra Micer Marco Alonso de la Serna, D. Luis de Torrellas, D. Diego de Funes, D. Juan de Ferrera y Micer Jusepe Domínguez, por la parte que tomaron en los sucesos de Aragón.

No hay sentencia. Este proceso contiene entre otros documentos los siguientes: Acuerdo tomado por el Justicia de Aragón y sus lugartenientes para resistir al ejército del Rey: folio 38. Requesta que sobre lo mismo fué hecha á los diputados del reino en 27 de octubre de 1591 por algunos caballeros de Zaragoza, y parecer que acerca de esto dieron los letrados: fol. 40 vuelto. Registro de los acuerdos del Consejo de guerra, formado para alzar y organizar el ejército que había de resistir al del Rey: folio 64. Relación de los gastos que se hicieron con motivo de la salida del Justicia y diputados: folio 78. Proceso seguido en la corte del Justicia por consulta de 29 de octubre de 1591, propuesta por los muy ilustres diputados del reino, sobre la duda que se les ofrecía si para los gastos que hacían en gratificar espías y correos con objeto de tener avisos, así como en la guarda de soldados puesta para seguridad de la Diputación, y en proveer otras muchas cosas necesarias al buen gobierno y quietud de la ciudad y del reino, podían tomar y sacar de la tabla común de los depósitos de la ciudad y de lo que en aquélla estaba depositado á nombre del reino y de las generalidades del mismo: fol. 106. Acuerdo de la corte del Justicia en 8 de noviembre de 1591, dando facultad á la Diputación para que se valiesen y pudiesen

tomar de las generalidades y masa del reino, puesta y depositada en la tabla de los depósitos de Zaragoza, las cantidades que parecían necesarias para los salarios de las gentes que se empleasen en la jornada que se había resuelto para resistir la entrada del ejército Real en aquel reino: fol. 114. Carta del Justicia y diputados á la ciudad de Borja mandándoles que aperciban toda la gente las armas y municiones, así de mantenimientos como de cualquiera otras cosas y pertrechos necesarios para la guerra, y los recojan en los lugares y sitios más fuertes: 3 de noviembre de 1591: fol. 118. Requesta hecha por Mateo Ferrer, verguero ordinario de la corte del Justicia de Aragón, en nombre y voz de éste, á D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, para que con sus vasallos se disponga á resistir á mano armada y expeler los soldados y gente de guerra que habían entrado en el reino: en la villa de Epila á 10 de noviembre de 1591: fol. 120. Carta que el Justicia y D. Juan de Luna, diputado del reino, escribieron á la ciudad de Calatayud dando sus disculpas por haber desamparado su gente en Utebo: su fecha en Epila á 13 de noviembre de 1591: fol. 122. Carta que los jurados de Zaragoza escribieron á los concelleres de Barcelona, á petición de los diputados del reino de Aragón: 7 de noviembre

de 1591: fol. 144. Carta de Pablo Salmurri en respuesta á la anterior: Barcelona 12 de noviembre de 1591: fol. 145. Ordenes, provisiones, mandamientos, íntimas y relaciones, sacados del original proceso de denunciación dada ante los Inquisidores del reino de Aragón en el mes de abril de 1591, á instancia de Antonio Pérez, contra Micer Juan Francisco Torralba, lugarteniente del Justicia de Aragón: fol. 242. Enquesta sobre que era contra fuero el llevar á Antonio Pérez á la Inquisición; 14 de agosto de 1591. Un vol. en fol., 528 fojas.

XXVIII. Pleito que D. Pedro de Lanuza sostuvo con el fisco sobre devolución de los estados y bienes que poseyó su hermano D. Juan de Lanuza, Justicia de Aragón, y que por haber muerto éste sin hijos legítimos le pertenecían.

XXIX. Proceso y probanzas de testigos examinados y recibidos, tanto de acusación como de defensa, que se hicieron así por los procuradores fiscales de S. M., como por parte de los reos acusados, en la causa sobre los movimientos y alteraciones de Zaragoza y del reino de Aragón. Los comprendidos en este proceso son: Juan de Villaverde, menor, fol. 4: Jerónimo de Avenilla, fol. 36: Jaime Buyl, fol. 50: Francisco Arantegui, fol. 55: Martín de la He-

ra, calcetero, fol. 60: Juan Moles, fol. 68: Doctor Murillo, médico de Antonio Pérez, fol. 108: Juan de Mendibe, fol. 121: D. Antonio Ferriz, fol. 140: D. Juan de Moncayo, fol. 150: Juan de Alteraque, impresor, fol. 158: Martín Jaime, fol. 159: Jaime La Cambra, fol. 167: Cosme Pariente, fol. 191, y Esteban de Ardanza, folio 192. Perdón publicado por mandamiento del Rey D. Felipe II en la ciudad de Zaragoza á 17 de enero de 1592, en que dió perdón á todos los que se hallaron, intervinieron ó dieron consejo en las revueltas y ruidos que desde el 24 de mayo de 1591 habían sucedido en aquella ciudad; exceptuando del perdón á algunos que en la misma Real cédula van nombrados. Es impreso y está al fol. 64. Reques-
ta hecha á los diputados del reino en 17 de agosto de 1591 por D. Pedro de Bolea, Martín D. Lope y otros caballeros de Zaragoza, sobre que no se entregase á los Inquisidores la persona de Antonio Pérez: fol. 142. Un vol. en fol., 194 fojas.

XXX. Proceso de la suplicación, interpuesta para ante el Supremo Consejo de Aragón por el procurador fiscal de S. M., de la sentencia que en 23 de diciembre de 1595 se dió en favor de D. Fernando de Gurrea y de Aragón, duque de Villahermosa, conde de Ribagorza; cuya defensa tomaron, oponiéndose á la peti-

ción del procurador fiscal sobre que se admitiese la suplicación Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda de Villahermosa, y D. Francisco de Gurrea y Aragón, hermano del referido duque: los cuales, cada uno de ellos por su parte y para sí, pidieron se les mandase librar la dicha carta absolutoria y las ejecutoriales de ella.

XXXI. Proceso de la acusación criminal del procurador fiscal contra D. Fernando de Gurrea y Aragón, duque de Villahermosa, seguido después á instancia del mismo procurador contra la persona y bienes del referido duque; á cuya defensa salieron después de su muerte Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda, y D. Francisco de Gurrea y Aragón, hermano del duque difunto. Dióse sentencia por los señores del Supremo Consejo de Aragón en sábado 23 de diciembre de 1595, declarando por no probada y suficientemente justificada la acusación fiscal, y dando en su virtud por absuelta la memoria del duque de Villahermosa.

XXXII. Proceso del pleito que se trató entre Doña Blanca Manrique y Aragón, marquesa de Astorga y viuda de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, en nombre y como tutora y curadora de D. Antonio Jiménez de Urrea, su hijo, y del dicho su marido, de la una

parte, y de la otra el procurador fiscal, sobre la sucesión de la casa y estados pertenecientes al dicho conde de Aranda y á los otros sus predecesores, y que durante su vida había él tenido y poseído, así en el reino de Aragón como en el de Valencia.

XXXIII. Proceso del pleito que Doña Blanca Manrique, condesa viuda de Aranda, trató con el procurador fiscal sobre que se mandase alzar el secuestro del estado de Aranda y se le diese la posesión de los lugares y bienes que en su vida tuvo el conde, su marido.

XXXIV. Proceso del secuestro de la tierra y lugares de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, hecho por Salvador Mongay, portero y comisario Real, en virtud de comisión é instrucción que para ello le fué dada por Don Ramón Cerdán, gobernador de Aragón y comisario Real por S. M.

XXXV. Proceso de la confesión que se tomó y cargos que en virtud de ella y de otras informaciones se hicieron á D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, preso en la fortaleza de la Mota, de la villa de Medina del Campo, por consecuencia de los movimientos de Aragón.

XXXVI. Traslado de todo el proceso de los tutores de D. Antonio Jiménez de Urrea, menor, hijo de D. Luis Jiménez de Urrea, con-

de de Aranda, difunto (1), hecho ante el señor Dr. Gaudioso de Azaylla, del Consejo del Rey en lo civil de Aragón y su comisario Real. En él se contienen los dichos de gran número de testigos que fueron examinados sobre los movimientos de Zaragoza y reino de Aragón, al tenor de los articulados de preguntas propuestas por dos tutores, y de las repreguntas á pedimento del procurador fiscal. Examináronse también algunos testigos en Madrid, cuyas declaraciones se hallan originales en este proceso. Entre ellas está al fol. 310 la de Lupercio Leonardo, secretario de la serenísima Emperatriz, de edad de treinta y seis años, poco más ó menos, quien declaró en Madrid á 17 de noviembre de 1598. También fueron examinados D. Francisco de Aragón, conde de Luna, al fol. 312; Doña Juana de Pernestán, duquesa viuda de Villahermosa, la cual, como fuesen en sábado 28 del mismo mes á tomar su declaración á las casas ó palacios en que vivía la serenísima Emperatriz en la plaza de las Descalzas, dijo que no quería jurar ni decir su dicho si no iba á tomarlo uno de los regentes del Supremo Consejo de Aragón, como otras veces se había hecho con ella. Otro día, adelante,

(1) Murió á 3 de agosto de 1592 en el castillo de Coca, donde estaba preso por la parte que tomó en los movimientos de Aragón.

en 14 de diciembre siguiente, juró la duquesa en manos del Dr. Martín Batista de Lanuza, relator de esta causa y regente la cancillería, ante quien dió su declaración: fol. 324-326. Declaró asimismo en 24 de marzo de 1599 Bartolomé Leonardo y Argensola, capellán de la serenísima Emperatriz, de edad, según dijo, de treinta y cuatro años, poco más ó menos: es su declaración la última de este volumen, á los fols. 329-330. Un vol. en fol., 330 fojas.

XXXVII. Proceso de la acusación criminal del procurador fiscal de S. M. contra la memoria y bienes de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda, difunto; Juez comisario por el Rey el Dr. Miguel de Lanz, del Consejo de S. M. y Senador de Milán. En las primeras hojas de este volumen se halla el memorial ó tabla de lo que en el mismo se contiene. Entre otros, comprende los siguientes documentos: Información que á 3 de agosto de 1592 se hizo en la villa de Coca, dentro de su castillo y fortaleza, sobre la enfermedad y muerte del conde de Aranda, que murió en aquel mismo día lunes 3 de agosto al amanecer, en el noveno de su enfermedad, que fué una calentura continua de las malignas de tabardillo. Asistióle en los primeros días de su enfermedad el Doctor Juan Núñez, médico de la dicha villa de Coca, y con él, desde el martes 28 de julio, le visitó

el Dr. Miguel Arindez, de Oñate, médico, vecino de la villa de Valladolid, llamado por Diego Benegas de Córdoba, á cuyo cargo y custodia estaba la persona del conde. Los dichos Diego Benegas y Dr. Arindez escribieron al Dr. Mercado, vecino de Valladolid y médico de cámara del Rey, para que viniese á curar al conde; y por estar él ocupado vino en su lugar el Dr. Pedro de Soria, médico y catedrático de Valladolid, quien llegó á Coca y vió al de Aranda pocas horas antes que muriese: fol. 15-32. Acta de depósito y sepultura del conde de Aranda. Diósele sepultura á 5 de agosto de 1592 en el monasterio de San Pablo, extramuros de la villa de Coca, dentro de un ataúd y en una sepultura al lado del Evangelio, junto y en frente del altar de Nuestra Señora: fol. 33. En este volumen hay algunas cartas originales del conde de Aranda, otras del Rey D. Felipe II y del conde de Chinchón al de Aranda, éstas en copias; una certificación de D. Alonso de Vargas, capitán general del ejército Real, sobre los buenos ofrecimientos que le hizo el conde de Aranda, estando él en Agreda y en Zaragoza: 14 de enero de 1593: folio 223: Capítulos matrimoniales de los muy ilustres señores D. Hernando Jiménez de Urrea y Doña Juana de Toledo: fol. 251. Otros capítulos matrimoniales de los ilustrísimos se-

ñores D. Juan Jiménez de Urrea y Doña Isabel de Aragón, condesa de Aranda: fol. 269. Capítulos matrimoniales de D. Luis Jiménez de Urrea y Doña Blanca Manrique y Aragón, condes de Aranda: fol. 291. Copia y sumpto original del proceso intitulado: «Processus summarie informationis Guardiani, fratrum et conuentus Sti. Francisci, ciuitatis Cesaraugustæ. Contra... Super propositione ad futuram rei memoriam.» Siguióse este proceso ante el Doctor Pedro Reues, canónigo de la Seo de la ciudad de Zaragoza, oficial eclesiástico y regente el vicariato general en la dicha ciudad y arzobispado por D. Andrés de Bobadilla, arzobispo de Zaragoza, en virtud de cédula de artículos y proposición que ante el dicho juez se presentó en Zaragoza á 9 de abril de 1592, á nombre y por parte del P. Fray Pedro Arregui, ministro provincial de Aragón, de la orden de San Francisco, denunciando la vida relajada y costumbres desenvueltas de Fr. Pedro Ibáñez, fraile profeso de la misma orden, que en los años anteriores habitó en el monasterio de Nuestra Señora de Jesús, extramuros de Zaragoza: fol. 317. Letras narrativas del proceso de D. Ibán Coscón y D. Martín de Lanuza: fol. 383. Letras narrativas del proceso de Doña Juana de Toledo, viuda del ilustre D. Fernando Jiménez de Urrea, hijo de D. Miguel Ji-

ménez de Urrea: fol. 397. Letras narrativas y certificadorias del proceso del conde de Aranda: fol. 475. Diligencias que se hicieron en Epila en 6 de marzo de 1593 ante el señor Doctor Miguel de Lanz, comisario de S. M.: folio 487. Al fol. 492 hay un inventario de las armas que había en Epila en la sala de armas del palacio del conde de Aranda, las cuales se llevaron en carros á Zaragoza. Un vol. en folio, 530 fojas.

XXXVIII. Proceso del recurso de suplicación, que en 30 de diciembre de 1595 interpusieron los tutores de D. Antonio Jiménez de Urrea, de la sentencia pronunciada en 23 del mismo mes contra la memoria de D. Luis Jiménez de Urrea, conde de Aranda y padre del dicho D. Antonio. Habiéndose seguido este recurso, presentó el procurador fiscal de S. M. en 24 de diciembre de 1599 un escrito apartándose de la acusación y súplica. El Consejo Supremo de Aragón dió en el mismo día auto, fol. 156 v.º, en que se hubo por admitido este desistimiento de parte del procurador fiscal, y se mandó dar la posesión del estado y condado de Aranda y de los otros bienes al dicho Don Antonio Jiménez de Urrea, hijo único y sucesor del D. Luis.

XXXIX. Copia de la información recibida por virtud de una letra y Real provisión del

Consejo Supremo de Aragón, su fecha en San Lorenzo á 13 de julio de 1611, enviada al Ilustrísimo y Excmo. Sr. D. Pedro Manrique, arzobispo de Zaragoza, del Consejo de S. M., lugarteniente y capitán general en el principado de Cataluña y condados de Rosellón y Cerdaña, contra el magnífico Dr. Jerónimo Astor, abogado patrimonial de S. M., y el noble Don Pedro de Vilanova, lugarteniente del maestro racional de la casa y corte del Rey, sobre lo que pasó acerca del despacho del pleito de la villa de Figueras, y culpas que resultaban de los procedimientos del referido abogado patrimonial y otros.

XL. Un volumen en gran folio, rotulado por fuera en el lomo: «Testamento de Jaime Rodríguez y inventario de diferentes cosas.» Es el segundo protocolo ó manual de todos los contratos otorgados por Pedro Franqueza, «scriba mandati» (escribano de mandamiento) de S. M. y su notario público.

XLI. Un volumen en gran folio, rotulado por fuera «Cartas de pago en favor del conde de Chinchón, Thesorero general de la Corona de Aragón.» Es otro protocolo del mencionado Pedro Franqueza, escribano de mandamiento («scriba mandati») de S. M. y su notario público; quien, por la noticia que se halla en la primera escritura, vivía por entonces en Ma-

drid en la calle de la Morería vieja. Da principio este libro con un testimonio ó fe de vida y de residencia, á la sazón en Madrid, que pidió el ilustre Sr. D. Francisco de Moncayo, morador en la ciudad de Zaragoza, y por aquel tiempo andante en corte de S. M.: su fecha en sábado 21 de enero de 1576.

XLII. Un volumen en folio, 65 fojas útiles, y las siguientes 66-98 en blanco. Está rotulado «Cartas de pago de diferentes cantidades de diferentes sujetos.» Es continuación del protocolo anterior de Pedro Franqueza, que, según se ve por la segunda escritura inserta en el mismo, su fecha jueves 13 de agosto de 1577, vivía entonces en la plaza de la Madera.

Contiene documentos de las mismas clases que los trasladados en los dos protocolos anteriores, descritos en este catálogo con los números XL y XLI, y cartas de pago en favor del Ilmo. Sr. D. Diego Fernández de Cabrera y Bobadilla, conde de Chinchón, del Consejo de S. M. y su tesorero general en los reinos de Aragón. La primera escritura, otorgada en jueves 8 de agosto de 1577, es la minuta de poder dado por el Ilmo. D. Raimundo Riusec, *aliter* D. Francisco Centellas, *olim* Borja, marqués de Lombay, al ilustre D. Fernando de Borja, caballero de la orden militar de Calatrava. Cierra y concluye el protocolo con una es-

critura, su fecha miércoles 4 de junio de 1578, que es la carta de confesión de deber ochenta mil ochocientos y veinte maravedises, que valen dos mil trescientos setenta y siete reales castellanos y dos maravedises, otorgada por D. Francisco Ortaffa, poblado en la ciudad de Perpiñán, diócesis de Elna, en favor del magnífico Juan Ribes, contino de la casa del Rey.

XLIII. Un volumen en gran folio, 398 fojas, titulado en la cubierta «Cartas de pago en favor del conde de Chinchón, Thesorero de la Corona de Aragón.» Es otro libro protocolo de Pedro Franqueza, escribano de mandamiento de S. M. y su notario público. Da principio con la carta de poder otorgada en Alcalá de Henares á 16 de setiembre de 1578 por Pedro Grabiél (*sic*), mercader vecino de aquella ciudad, en que nombra por su procurador al magnífico Pedro Arnal, notario público de la ciudad de Valencia, para que en su nombre demande y cobre de los magníficos Pedro de Balda, «hospite cursorum,» de la dicha ciudad; de Miguel de Lerisa, cirujano, y de otras cualesquier personas y corporaciones cualesquier sumas de dinero que entonces le debían ó en adelante pudieran deberle. Al fol. 303 de este protocolo hay un testamento cerrado del muy magnífico Don Gaspar Andrés Corso, el cual está sellado con sus sellos en placa, puestos en doce lugares,

seis en cada una de sus cubiertas, y tiene en la primera de éstas la cláusula acostumbrada de presentación y otorgamiento ante Pedro Franqueza, estando éste en las casas de su morada en la calle de la Morería vieja, á 16 de abril de 1584: este testamento no tiene señales de haberse abierto. La última escritura del protocolo es la carta de pago que en favor del conde de Chinchón, mayordomo de S. M., de su Consejo y su tesorero general en los reinos de la Corona de Aragón, dió Guillén Ramón de Blanes, como uno de los herederos de D. Gaspar Olzina, por la cantidad de tres mil y trescientas libras, de la moneda de Valencia, en cuenta de la parte y porción que como tal heredero le cabía de las veintiocho mil novecientas y cincuenta libras que se restaban por pagar del precio de la baronía de Planes: fué hecha y otorgada esta carta de pago en la villa de Monzón, estando en ella la corte de S. M., á 29 de octubre de 1585.

XLIV. Manual ó protocolo de los instrumentos de los años 1532, 1537, 1538, 1539, 1540, 1541, 1542, 1543, 1545, 1546, 1547 y 1548 por los venerables Fr. Miguel Ardiles y Fr. Pablo Ibán, monjes y notarios del monasterio de Santas Creus, en virtud de privilegio concedido por el Rey al referido monasterio.

XLV. Proceso actuado ante el muy ilus-

tre y Rmo. Sr. D. Vicencio Domec, obispo de Jaca, del Consejo del Rey, juez visitador y comisario nombrado por S. M. para inquirir los oficiales reales en el reino de Aragón y demás personas sujetas á encuesta conforme á los fueros del mismo; á instancia del procurador fiscal para esta visita, contra Martín de Berdún, notario, por excesos y delitos que cometiera en el desempeño de su oficio. Dió principio el proceso en Zaragoza á 25 de mayo de 1634.

XLVI. Proceso general de la conquista y visita hecha en el reino de Aragón por el muy ilustre y Rmo. Sr. D. Vicencio Domec, obispo de Jaca, del Consejo de S. M. y su visitador en el dicho reino. Actuario Juan de Villanueva, notario y secretario.

Algunos de estos volúmenes, como se habrá visto, no tienen relación con los procesos; pero los incluyo en este catálogo porque con ellos fueron enviados á la Academia, y porque proceden también de Poblet.

También en la Biblioteca-Museo de Villanueva y Geltrú, que tuve la honra de fundar y establecer, dejé depositados varios importantes documentos procedentes del archivo de

Poblet, que la casualidad y mis pesquisas consiguieron.

Ninguna ocasión mejor que la presente para dar de ellos una ligera noticia.

Lo que procedente del monasterio de Poblet pude adquirir, á más de algunos objetos de arte, consiste:

En varios pergaminos, que falta catalogar:

En algunos libros de los que formaron la biblioteca regalada por D. Pedro Antonio de Aragón, encuadernados conforme estaban todos los demás y con las armas del donador:

En un libro que llegó á mis manos muy deteriorado, donde se refieren sucesos relativos al monasterio, y del cual se habla en el texto de esta obra;

Y, por fin, en varios é importantes documentos, que mandé encuadernar formando libro.

Entre ellos hay muchas cartas originales de reyes y príncipes dirigidas á los abades de Poblet, desde 1400 á 1784, algunas sumamente curiosas y que aclaran puntos difíciles ó confusos de nuestra historia; pero entre todos estos documentos que una venturosa casualidad me procuró, hay especialmente dos que hacen muy al caso para este apéndice.

El primero es una *Carta de recibo* hecha á 29 de setiembre de 1677 ante el discreto (así dice) Jerónimo Alba, notario de la villa de

Montblanch, por el abad y convento de Nuestra Señora de Poblet, particularizando todo lo que el monasterio había recibido del Excelentísimo Sr. D. Pedro Antonio de Aragón, «virrey y capitán general que hoy es del reino de Aragón y presidente de las Cortes de dicho reino, desde el año 1662 hasta el de 1677 inclusive.»

Es un verdadero inventario de todos los objetos regalados al monasterio por dicho señor, y tan notable y digno de ser conocido, que más adelante lo he de trasladar si hago nueva edición de esta obra, ya que en la actual no me lo permiten las prisas de la publicación. Por de pronto, el curioso que quiera examinarlo, puede hacerlo con sólo tomarse la pena de visitar la Biblioteca de Villanueva y Geltrú donde se encuentra.

Al dar cuenta de la biblioteca regalada, dice el inventario, después de citar los libros:

«*Item*: una librería muy insigne, que consta de treinta estantes de ébano, con sus puertas de vidrios cristalinos, cerraduras y llaves y cuatro mil trescientos y veinte y dos libros de divinas y humanas letras, donados con cubiertas de cordonancillos finos colorados, y en ellas sus perfiles, rosetas, título del libro, escudo de armas de S. E. y su nombre, todo dorado.»

El otro documento á que me he referido, y

que forma parte del citado libro, es un acta notarial con la copia de un legado hecho por el Excmo. Sr. D. Pedro Antonio de Aragón, al Real monasterio y convento de Nuestra Señora de Poblet, en el último testamento que dicho señor hizo y firmó en Madrid el año 1690, ante el notario de la villa Isidro Martínez.

De ello resulta que, no satisfecho aún Don Pedro Antonio de Aragón con tanto como había donado á Poblet, quiso todavía que á su muerte se le enviaran otros objetos, en especial todas las reliquias y preciosos relicarios que tenía en su oratorio y todos cuantos libros se hallasen en su poder á la hora de su muerte.

A la copia de este legado acompañan dos mandatos de los señores Inquisidores para que no se ponga impedimento, en el tránsito de Madrid á Zaragoza, á dos cajones de libros procedentes de la testamentaría de D. Pedro Antonio de Aragón con destino al citado monasterio.

Sigue á continuación un ejemplar impreso de la *Propuesta hecha por parte de S. M. el rey D. Carlos II á la corte general del Reino de Aragón el día 30 de mayo de 1677 para la nominación de presidente de cortes, en la persona del Excelentísimo Sr. D. Pedro Antonio de Aragón*: y termina el cuaderno de estos documentos, con una Memoria de todos los libros y relicarios que en

virtud del referido legado se entregaron en Madrid á Fr. Baltasar Sayol, monje de Poblet, que llevaba el encargo de recibirlos. Consta, sin embargo, que los relicarios y libros no llegaron á Poblet hasta últimos de abril de 1701.

Los volúmenes impresos fueron 245, casi todos de materias religiosas, algunos clásicos, y varios de política y de historia. Los manuscritos, que al parecer constituían la parte más valiosa del donativo, fueron 21 volúmenes, y á juzgar por sus títulos debían ser algunos de verdadera importancia. Entre ellos figuraban tres cuadernos de memorias de la época en que D. Pedro fué virrey de Nápoles; un *Episcopologio* de la iglesia de Ausona; unos *Anales de Cataluña* cuyo autor no se cita en la Memoria; una historia de los antiguos reyes de Nápoles, y un volumen de cartas *que parecen ser*, dice el inventario, *de la Madre María de Jesús de Agreda*, las cuales formarían parte sin duda de la interesantísima correspondencia de aquella célebre monja con el rey Felipe IV, que acaba de dar hoy lugar á un notable libro escrito por el que es en el momento de escribirse estas líneas ministro de Gracia y Justicia, Excmo. Sr. Don Francisco Silvela. A no haberse perdido el manuscrito de dichas cartas (si es que se ha perdido y no haya dado la afortunada casualidad de caer en buenas manos), en él hubiera hallado

tal vez el Sr. Silvela nuevos datos que añadir á su importante libro *Sor María de Agveda y Felipe IV*, libro que está sin duda llamado á fijar la atención de la crítica histórica, y que me complazco en citar por ser estudio muy meritorio, de honra y gloria para su autor.

Parecióme que todas las noticias que acabo de dar merecían consignarse en este *Apéndice*, complemento del capítulo de esta obra dedicado al Archivo y Biblioteca de Poblet. Ya con esto doy una norma á los investigadores y bibliófilos, á quienes puede servir para encontrar todavía mayores y más abundantes noticias en el *Archivo Histórico Nacional*, en el de la Academia de la Historia y en la Biblioteca de Villanueva y Geltrú.

II.

(Cap. X, pág. 183.)

FRAY ANSELMO TURMEDA.

Este personaje necesita estudio más detenido que el que se le consagra en las páginas de este capítulo, y algún día he de escribirlo, Dios mediante.

El capítulo dedicado á Turmeda en esta obra no debe tomarlo el lector más que como un boceto.

Anselmo Turmeda fué un hombre verdaderamente superior, y hay que considerarle como filósofo, como novelista, como poeta y como político.

En la Biblioteca del Escorial existe manuscrito un libro de profecías, en verso, por él escritas, y se cuenta que este libro se lo leía frecuentemente la condesa de Urgel á su hijo Don Jaime con objeto de alentarle para la lucha y tener siempre su ánimo preparado á la contienda empeñada contra D. Fernando *el de Antequera*. En este libro de Turmeda puede encontrarse, sin duda, la clave, ó mejor, el secreto de su vida bandolera. Turmeda debió pertenecer, de

seguro, al bando que proclamaba al conde de Urgel, y al perderse la causa de éste fué cuando emigró á Túnez.

Mariano Aguiló ha publicado de él algunas poesías, que revelan un verdadero poeta; pero hay otras inéditas en el cancionero de trovadores que se custodia en la villa de Carpantrás.

También habla de Turmeda Milá y Fontanals en algunas de sus obras, y sobre él se publicaron unos curiosos artículos en el *Museo Balear*.

Menéndez Pelayo, que es quien más datos, y más curiosos, tiene recogidos sobre Anselmo Turmeda, concede gran importancia á este autor.

Es realmente una figura de nuestra historia literaria, poco conocida, que merece completa vindicación, y á la cual hay que sacar del olvido para ofrecerla y presentarla en toda su grandeza.

III.

(V. pág. 213.)

DON JAIME EL CONQUISTADOR Y EL OBISPO
DE GERONA.

Para ilustración y complemento de lo que se dice en el texto de esta obra referente al suceso del rey D. Jaime con el obispo de Gerona, paréceme oportuno trasladar aquí los documentos que, merced á laboriosas pesquisas y á venturosa casualidad, pude encontrar en nuestro Archivo Histórico Nacional, secundado con ahinco y solicitud por los empleados de dicho archivo y sus dignos jefes.

Forman parte estos documentos del *Proceso de reconciliación* del rey, y llegaron al Archivo procedentes del de Poblet, junto con los demás papeles que por fortuna se salvaron de incendios y saqueos, debiendo ser, sin duda, los que afirma haber visto y examinado el cronista puleetano Finestres en su apéndice á la Disertación XI de su *Historia de Poblet*.

Con referencia á Finestres, cité en mi *Historia de Cataluña y de la corona de Aragón* el suceso ocurrido entre el monarca aragonés y el

obispo gerundense; pero un desatentado historiador catalán lo refutó negándolo en absoluto y diciendo ser fábula de mi invención.

Pues bien; los documentos por los cuales se prueba la veracidad de lo que yo dije, existen hoy en el Archivo Histórico, sección de *Códices y cartularios*, núm. 212, fol. 57 vuelto hasta 31, y dice así su copia:

Processus Reconciliacionis domini jacobi Regis aragonum quondam pro excessu comiso in episcopum gerundensem.

Nos jacobus Rex aragonum ad consilium et exhortacionem fratris Desiderii domini propter pecuniarii Recognoscimus in facto mutilacionis linguæ episcopi gerundensis grauter excise et matrem ecclesiam in eodem facto in maniter ofendise Animum nostrum ira et indignacio maxima perturbant propter quod dolentes contriti et humiliati a deo et a summo pontifice eius vicario in terris ueniam supliciter postulamus. Et in signum uere contriccio- nis nostre promitimus quod per literas nostras patentes a dicto episcopo injuriam passo postulabimus ueniam deuote et per literas nostras domino pape supplicabimus quod non obstantibus literis et precibus afectuosis quas pro eieccione eius de regno nostro direximus fa-

ciat quod ei utilius uidebitur faciendum ita quod si in loco suo ipsum dimiserit gratum habebimus et pro injuria illata ecclesie gerundensis satisfactionem faciemus alterum istorum faciendo. Aut construemus hospitale uel complebimus abbatiam de benifazano ordinis cisterciensis jam de nouo inceptam uel complebimus hospitale sancti vincencii in civitate valencie uel aliquos redditus assignabimus ecclesie gerundensis sed quod domino pape melius uidebitur expedire. Et quot multi de Regnis nostris credunt nos contra ordinem predicatorum indignatos subtraxerunt eis suam familiaritatem et beneficia, timentes se ex eorum familiaritate nostra maliuolencia incursuros. Promittimus quod ad omnia loca regnorum nostrorum in quibus dicti fratres habent loca personaliter accedemus humiliter nos eis reconcilians. Et eosdem ad nostrum amorem pristinum reducentes. Et populo et clero earundem civitatum comuniter conuocatis significabimus nos contra ordinem fratrum predicatorum in nullo esse ofensos, sed eos diligere uolumus honorare et promouere et precipiemus quod idem faciant omnis nostri. Et conuocabimus curiam prelatorum et nobilium et ciuium regnorum nostrorum coram omnibus super predicto scelere recognoscentes humiliter culpam nostram. Per omnem modum

taliter nos humiliantes. quod sicut in magnitudine reatus materiam scandali prebuimus eisdem ita in maxima nostri humiliacione hedicacionis materiam prestabimus domino concedente. Et hoc omnia dicemus salua semper consciencia et preuia veritate. Datum valencie nonas Augusti.

Sanctissimo in christo patri ac domino et Karissimo consanguineo suo innocencio diuina prouidencia sacrosancte Romane ecclesie summo pontifici. Jacobus dei gracia Rex aragonum maioricarum et valencie comes barchinone et vrgelli et dominus montispesullani. Debitam Reuerenciam et honorem. Ex parte sanctitatis uestre literas recepimus super facto pro cuius uinculum excomunionis incideramus quod multum graue gerimus et molestum. Qum nulla de tam juste uel injuste nobis placet nec unquam placuit tantum periculum incurrisse. Set de illo qui nos promittit in terris uiuere et regnare fiduciam gerimus pleniorum. Quod auxilio ipsius et uestri mediantibus taliter faciemus quod onus istud ab humeris nostris releuabitur et nunquam in consimile relabemur. Et licet aliquibus uerba literarum uestrarum uisa fuerint aspera atque dura. tam nos ea benigne recipimus et correccionem uestram intelligimus pro magna gratia et amore. Et sanctitatis uestre consilium sicut obediencie filius amplec-

tentes nos semper et ecclesiam super omnia proponimus reuereri. Nec aliqua ratione a tramite ecclesie deuiare uel ipsam in aliquo scandalizare. vobis grates omnimodas referendo quam fratrem Desiderium uestrum pecuniarium virum prouidum et discretum nostris annuentes postulatis transmisistis per cuius uerba persensimus quod quantum in presencia uestra persistit omnem quam comode potestis nobis paratus estis. facere gratiam et honorem vnum humiliter supplicamus. quot considerantes bonam uoluntatem nostram quam semper erga ecclesiam ihesu christi habuimus. nobis in presenti articulo ritis fauorabilis et benigni. Et propter hoc factum uobis non placeat quod illa ardua negocia que coram nobis dicti facti proposuit hac ratione ueniant ad efectum. Nos enim propter aliquos suggestores uel maleditos contra vos in aliquo non proponimus deuiare. Cum simus parati in maioribus negociis ecclesie et maioribus deseruire. vos tamen si placuerit nos excusantes non posit perpendi ab hominibus cum propter hoc factum et infamiam subsequentem nobis seruicium faciamus. Satis enim et considerare potestis confidenter. quod circa dampnum ecclesie sumus parati personam nostram proponere nostro exponere. contra illos qui eam expugnant et perturbare nituntur vobis tamen prospicientibus

oportunitatem nostram et nobis non prospicientibus mortis metum. Cui subici semper proponimus. pro euiccione uestra et ecclesie libertate. Credentes in super venerabili et dilecto A.º episcopo valentino. et dicto fratri in hiis et aliis que nobis ex parte nostra duxerint proponenda. Nobis igitur contritis et humiliatis de tanto excessu perpetrato et humiliter satisfacere paratis sed quod dicto fratri uiua uoce exposuimus sine mora miterere dignemini absolucionis beneficium expectatum. Attendentes quod alias non monnuimus nos in aliquo ecclesiam ofendisse. nec dante domino decetero ofendemus. Supplicamus etiam quod per eundem fratrem per quod anime nostre consulti pietate benignissima uoluistis. nobis et qui nobis cum fuerint si placet absolucionis beneficium transmitatis. visum est enim nobis quod ad uiam salutis eius salutare consilium nos direxit. Datum valencie. Nonas Augusti.

Sanctitati uestre graciaram magnificis agimus attendentes. Quod nos uestrum filium ac deuotum non solum a rectitudinis tramite deuiantes. studuistis adauile ecclesie pastoralis sollicitudine reuocare. uerum etiam ex solite pietatis affluencia karissimos uiros prouidos et discretos episcopum camerinensem et fratrem Desiderium pecuniarium nostrum nobis pro absolucionis beneficio misericorditer inpenden-

do. dignacione prouida miterere curauistis. vnum dominacioni nostre nec non et uniuersis presentes literas inspecturis harum serie facimus manifestum. Quod nos Anno domini M.º CC.º XL. VI.º pridie ydus octobris ad locum fratrum minorum ylerdensis attendentes. In presencia venerabilium Archiepiscopi Tarracone Cesaraugustani vrgellensis oscensis elnensis episcoporum et aliorum prelatorum baronum Religiosorum ac secularium uniuersa multitudine congregata. De voluntate ac mandato predictorum nunciorum uestrorum prius excessu commiso in episcopum gerundensem humiliter sicut domino dare nobis complacuit recognito iuxta formam debitam stare promissimus mandatis ecclesie sub prestito iuramento. Qui nuncii uestri nobis in uirtute iuramenti prestiti mandauerunt quod in clericos uel personas Religiosas. nisi in casibus a jure exceptis decetero iniciamus uel inici faciamus manus temere uiolentas. Et nos pro satisfaccione ofense commise in persona episcopi gerundensis. et in remissione peccatorum nostrorum. ipsis nuncis acceptantibus satisfaccionem obtulimus in hunc modum. videlicet quod abbadiam de benifazano cisterciensis ordinis Dertusensis dyocesis que est nouiter a nobis inchoata. cum expensis nostris ad complementum perducamus. Et quod fabrice eiusdem

eclesie demus ducentas m̄archas argenti. et hospitali pauperum sancti vincencii de valencia quod inchoabimus assignemus sexcentas marchas argenti prepetuo in redditibus ex quibus pauperes et peregrini ibidem sustententur et certus numerus sacerdotum et clericorum seruicio eiusdem ecclesie deputetur. Et quod instituamus vnum sacerdotem perpetuo in ecclesia gerundense. Qui intersit continue diurnis ac nocturnis officis. et pro nobis ad dominum intercedat. Datum ylerde. XV^o Kalendas nouembris. Anno domini M.^o CC.^o XL. VI.^o

Innocencius episcopus seruus seruorum dei. Illustri Regi aragonum. spiritum consilii sanioris. Dum secreta cordis nostri sollicite perscrutamur. dum profunda nostri pectoris perspicue indagamus. et nos debitores aliis euidenter agnoscimus. et aliorum nos esse prospicimus creditores. Ab illo autem bono patre familias protinus et instanter a nobis exigitur debitum qui p̄gre proficiscens. familiam suam sollicitudini nostre sub pasuit. cui talenta que credidit reddere cogimur duplicata. Nam qui talentum sibi ad lucrum creditum propter austeritatem domini sub terra posuit. quot illud numulariis tradere metuit. signanter a domo ipsius dominus est eiectus. Sed viceversa ecclesie romane sublimitas que in omnium presidencium oculis uelut in specula co-

llocatur. Nos qui sumus ad eius regimen licet inmeriti disponente domino constituti ammonet et inducit, ut ex hiis quos ex deuocione diuina et morum honestitate preclara, dilectionis gracia prosequimur ampliori sollicitam diligenciam et curam prouigilem habeamus. De illis autem potissime qui si quod absit imprecipitium laberentur, nam nulli earum ex ergo ad animarum interitum properarent. Sed subtiliter intuenti mirabilis condicionis utrumque delitum apperebit, cuius hec solucio emolumenta non minuit debitoris. Et soluenti concrescit magis incomodo quam suscipienti proficiat in augmento. Quia si satisfacimus preponenti ut diligentis propositi officium impleamus, eterne retribucionis stipendia querimus dum proficimus in salute, verum si jusu dominico nobis loco christi cuius uices in terris gerimus, reditur quod est eius emolumentum solucionis fert in tamen soluenti relinquit dum nobis recipientibus non magis comodi et honoris acquiritur, quam vexacionis et honoris agregetur. Ea namque sunt omnia si uerum inspicimus subjectorum leuamiam que sunt honora principatus. Intellecto igitur te in venerabilem fratrem nostrum episcopum gerundensem, instigante humani generis inimico graniter excisise. Cum inter alios mundi principes ecclesia te habent specialem propter inmanita-

tem excessus non potuimus non dolere. ac in turbacione tua nequiuimus non turbari. Et cum mundus Regnosceret te regem actenus virtuasum disimulare nequiuimus. quin etiam de anime tue salute coram sollicitam habere-
 mus. Cum indubitanter excessus ille disimula-
 tus inducat periculum et reprobatus remedium
 sempiternum. propter quod de fratrum nostro-
 run consilio ad te dilectum filium fratrem De-
 siderium de ordine minorum pecuniarum nos-
 trum uirum honestum prouidum et discretum
 cum literis nostris duximus transmitendum. vt
 suis exhortacionibus imo nostris. ad sinum
 matris ecclesie reducere procuraret. Set sicut
 tuarum habebat asercio literarum et coram no-
 bis ac fratribus nostris ipsius relacio patefent.
 recipiens in nuncio transmitente uerba coram
 excellencia tua proposita gratanti animo sus-
 cepisti. Et tam missa quam mitentis proposi-
 tum serenum talamis tue serenitatis oblatum
 tuis sensibus plurimum placuerit. De quo gau-
 demus in domino tibi non modicum et gauden-
 tes. Et quot cum leso satisfacere procurases.
 ad ulteriorem te satisfactam exponens. corde
 contrito et humiliato spiritu absolucionis. be-
 neficium petiunistis. Deditorum fratrum con-
 silio. Venerabilem fratrem nostrum episcopum
 camerinensem et prefatum fratrem Desiderium
 de ordine minorum pecuniarum nostrum trans-

mitimus. Qui tibi iusta formam ecclesie munus absolutionis inpendant. Sperantes ut sicut fidelitate contans et dilectione sincerus actenus extitisti. ecclesie romane ac nobis deuote ac fideliter adherendo. Tua semper in posterum debant intencio dirigi. vt in diuina magestatis oculis placetis per opera pietatis. Quia per hoc tibi augmentum dierum dabitur. et perhennis corona glorie conferetur. De gracia quot ac fauore apostolice sedis ac nostro esto securus. quot deuocionis et fidelitatis tue non sumus in memores. Et in animo gerimus tue sinceritatis affectum. in benedictionibus sed dum prosequi beniuolencie specialis. Datum lugduni X.º Kalendas octobris. Pontificatus nostri Anno III.º

Nouerint vniuersi. Quod nos philipus episcopus camerinensis, et frater Desiderium de ordine minorum domini pape pecuniarius. Auctoritate domini propter qua fungimur super absolutione nobis jacobo Regi aragonum inpercienda de excomunicacione quam incuristis. propter ofensam in persona episcopi gerundensis commisa. mandamus in uirtute a nobis prestiti iuramenti. quod decetero in clericos uel personas Religiosas exceptis casibus a jure promisis, non iniciatis uel ab aliquo inici faciatis manus temere uiolentas. Et acceptamus satisfactionem quam obtulistis spontanee per ofen-

sa predicta videlicet quod monasterio de benifazano ordinis cisterciensis per vos feliciter inchoatum dotando et hedificando taliter consummentis. ut cum ad presentes non posint ibi plusquam XXII.º monachi esse ualeant ibidem XL. commode sustentari. Et quod fabrice eiusdem ecclesie Ducentas marchas argenti inpendantis. Et hospitale sancti vincencii de valencia per vos similiter iam inceptum de tot et talibus posesionibus ditetis ut reddituum sexcentarum marcharum argenti annuarum habent complementum. Et nichilominus stabiliatis de uestris redditibus vnum sacerdotem. qui perpetuo deseruiat et celebret in ecclesia gerundense. Datum y lerde. Anno domini M.º CC.º XL. VI.º XIII.º Kalendas nouembris.

Ante absolucionem nostram coram karisimis et venerabilis ac discretis viris episcopo Camerinensi et fratre Desiderio. nunciis summi pontificis. et vniuersa tam prelatorum quam aliorum multitudine congregata. in ciuitate y lerde in domo fratrem minorum episcopo gerundensi super omnibus pro quibus ofensam nostram incurrerat. pepercimus puro corde. eidem decetero plenam securitatem prestantes. in cuius Rey testimonio presentem paginam sigilli nostri munimine dusimus roborandam. Datum y lerde. XVI.º Kalendas nouembris. Anno domini M.º CC.º XL. VI.º

Nouerint vniuersi. Quod nos. Jacobus. dei gratia Rex aragonum maioricarum valencie Comes barchinone et vrgelli et dominus Montispesulani. per nos et nostros damus et concedimus ac cedimus in perpetuum deo et beato vincencio et domui seu hospitali eiusdem sancti vincencii valencie. Et uobis jacobobo de Rocha fidei notarii nostro decano valencie et procuratori dicte domus seu hospitalis jus feudatarium totum et dominium et potestatem quod quam habemus et habere debemus. que nobis competunt in castro de montornes. quod pro nobis ad feudum tenetur. et contra. Petrum. Eximini. filium eximini. Petri de arenoso quondam dominum nunc dicti Castri. et contra quoslibet alios qui dictum castrum prius ipsum. Petrum eximini tenebunt. decetero et habebunt. Ita sed quod dictum castrum teneatur decetero ad feudum pro domo siue hospitali sancti vincencii. sicut pro nobis tenetur et procuratori seu priori dicte domus seu hospitalis. quicumque pro tempore fuerit. uel cui ipsi uoluerint loco sui. detur potestas dicti castri. sicut nobis dari debet. et non aliqui alii sic uolumus et concedimus nobis dicto jacobobo de Rocha. recipienti nomine et racione domus seu hospitalis predicti. Quod ipsa domus sancti vincencii et priores seu procuratores dicte domus seu hospitalis qui pro tempore fuerint habeant dictum feudum et

partem in dicto Castro potenter sicut nos ea ibi habemus absque retentu aliquo quod in predictis que dicte domui damus: non facimus vlllo modo. sicut melius dici potest in inteligi ad comodum et utilitatem domus seu hospitalis predicti. promitentes quod predictam donationem firmam semper habebimus et tenebimus. et non contraueniemus. nec aliquo contrauenire permittemus aliqua racione. mandantes firmiter dicto. Petro. Eximini et omnibus aliis qui post ipsum dictum Castrum habebunt. quod teneant dictum Castrum ad feudum. pro domo sancti vincencii predicti, sicut ipsum pro nobis tenent. et inde donent partem procuratori seu priori dicte domus qui pro tempore fuerit. quamcumque et quociescumque ab eo fuerint requisiti. sicut eam tenentur nobis tradere atque dare. Datum ylerde. XVII^o kalendas iulii. Anno domini M.^o CC.^o LXX. VIII^o. Signum jacobus dei gratias Regis aragonum maioricarum et valencie. comitis barchinone et vrgelli et domini montispesullani. Testes sunt. R. de Monte Cathena. G. R. de Monte Cathena. Garcias ortiz de azagra. jacobus de ceruaria. Berengarius de podio viridi. Signum bertolomei de porta qui de mandato domini Regis hoc scripsit et clausit. loco die et anno prefixis.

Coram nobis jacobus dei gracia Rege arago-

num Maioricarum et valencie. Comite barchinone et vrgelli et domino Montispesulani. Accesit jacobus de Rocha sacrista ylerdensis et procurator domus seu hospitalis sancti vincencii valencie et proposuit coram nobis nomine dicte domus. quod illam donacionem quam feceramus de dominio et propietate Castri de Monttornes. regni valencie. deo et beate Marie et beato vincencio ac dicte domui in perpetuum ratam habentes dignaremur confirmare et iniungere. Petro Eximini filio eximini. Petro de arenoso. quondam tenenti dictum castrum quod ipsi jacobus de Rocha ut procuratori dicti hospitalis et nomine eiusdem prestaret homagium et fidelitatem sed vsaticum barchinonis et sibi attenderet et obediret ac faceret racione dicti Castri. ea que vasallus domino suo racione feudi facere tenetur. Qui dictus. Petrus. Eximini. opponens se postulacioni jam dicte dixit. Quod hoc facere non tenebatur. nec donacio facta dicte domui seu hospitali per nos ualebat vt pote quot non poteramus dominium nostrum quod habebamus in dicto Castro conferre in maiorem dominum. Dicens etiam quod quoniam nos mandauimus jurari a richis hominibus et militibus Regni valencie. Infanti. Petro. filio nostro quod post obitum nostrum atenderent eidem. et ipsum pro domino haberent. ipse. Petrus. Eximini fecit homagium et jura-

mentum. dicto infanti. Petro. filio nostro sicut alii dicti Regni. et sicut non tenebatur racione eiusdem feudi. duobus dominis seruire. uel duos dominos inde habere. Super quibus nos rex predictus consilium habuimus cum fratre A.^o de Castro nouo magistro milicie templi. et ferrando sancii. iacobo de ceruaria. G. de ceruelion. Petro Martini de luna et Geraldo de aquilone. et cum aliis pluribus richis hominibus et militibus ac juris peritis terre nostre. Quorum consilio habito. sic dicimus uolumus et mandamus quod dicta donacio omni tempore firma persistat prout in carta jam a nobis facta continetur tanquam valida et que valere debet et valet tam sed jura quam sed vsum Catalonie et regnum valencie. cum dicta donacio non possit dici collata in minorem set potius in maiorem. videlicet in dominum et beatam Mariam virginem. et beatum vincencium. ob remedium anime nostre. Et anime preferende sicut omnibus rebus. Et hoc dicimus non obstante contradiccione dicti. Petri. Eximini. precipientes et mandantes eidem. Petro. Eximini. quot de cetero prestet et faciat fidelitatem et homagium dicto. Jacobo de Rocha ut procuratori dicte domus seu hospitalis et ei tamquam domino dicti Castri et suis sucesoribus procuratoribus seu prioribus dicte domus siue hospitalis qui pro tempore fuerint. Pro quo siue

quibus ipsum in feudum tenet et tenere debet
atiendat et obediat fideliter sicut nobis facere
tenebatur. ac faciat ea. que nobis racione dic-
ti feudi facere tenebatur. Absoluentes eundem.
Petrum. Eximini a juramento et fidelitate et
homagio que nobis fecerat racione castri pre-
dicti ac ipsum etiam absoluimus a sacramen-
to et fidelitate et homagio si qua fecerat siue
prestiterat ut supradictum est infanti. Petro
superius memorato. Lata sententia apud Cer-
uaria. VII.º ydus nouembris. Anno domini
M.º CC.º LXVIII.º presentibus nobilibus. ja-
cobo de Ceruaria. G.º de ceruilion. Petro mar-
tini de luna. Geraldo de Aquilonis. et alberto
de lauania. legum profesore et aliis pluribus.
Signum Symonis de sancto felicio. scriptoris
domini Regis. Qui de mandato eiusdem hoc
scripsit. et clausit. loco die et anno prefixis.

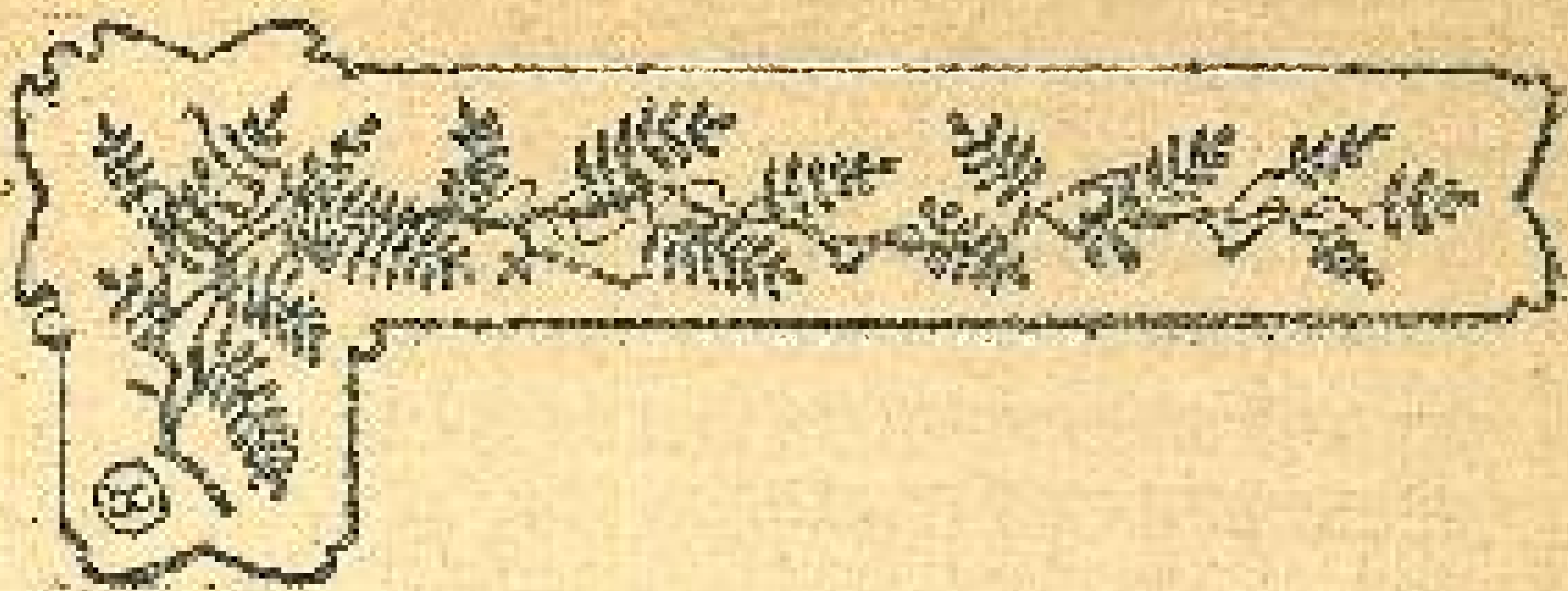
Qui omnia pretereunt preter amare deum et
per ea que oferuntur deo hedificatur ad gloriam
paradisi idcirco nos jacobus dei gracia Rex
aragonum maioricarum et valencie. Co.
vrgelli et dominus Montispesullani. Attenden-
tes nos elegisse nostri sept. mo-
nasterio populeti. per nos et nostros ad hono-
rem omnipotentis dei et.
pro anima nostra. ac parentum et sucesorum
nostrorum damus oferimus et concedimus do-
mino deo et beate Marie. et Monasterio popu-

leti et nobis fratri. berengaris abbati et conuentui eiusdem Monasterii et nostris sucesoribus in perpetuum. Castra nostra et villas de Compos. et de viciana et de monte falchona et de timor el de palyerols. cum castlanis et militibus ac aliis hominibus ac mulieribus habitantibus et habitatoris ibi. et cum terris et terminis suis. heremis et populatis et cum aquis et aqueductibus et furnis ac molendinis. et montibus. pratis et pascuis. atque planis et aliis suis pertinenciis vniuersis. et cum redolibus et exitibus ac prouentibus et aliis nostris juribus vniuersis et cum jure feudali et dominatione. ac aliis omnibus omnino et singulis que in dictis castris et villis et terminis suis habemus. et habere posumus et habere debemus quocunque jure. racione modo uel causa. Ita uidelicet ut predicta omnia et singula castra nostra et uillas. cum omnibus supradictis habeatis uos. et dictum Monasterium et uestri sucesores in perpetuum sine aliqua retencione quam in predictis non facimus quoquo modo ad uestras omnimodas uoluntates. Saluo tamen quod predicta castra et loca sint et remaneant semper monasterii antedicti. Et ea nos nec uestri sucesores. non positis uendere nec alienare. Nos autem mandamus dictis castlanis et militibus et hominibus omnibus dictorum Castrorum et uillarum quod uobis faciant homagium et ju-

ramentum fidelitatis. et uobis decetero atendant. sicut suo domino naturali. et respondeant de omnibus de quibus nobis respondere tenentur. Nos enim absoluimus eos ab homagio et fidelitate ac juramento quibus nobis tenentur. ipsis tamen facientibus ea uobis. Datum algezire XIII.º Kalendas augusti. Anno domini M.º CC.º LXX.º sexto.

Signum Jacobi dei gracia Regis aragonie Maioricarum et valencie comitis barchinone et vrgelli et domini Montispesulani. Testes sunt Guilelmus de Rocha folio. fortunius de veriga de podio. fortunius de mae justicia aragonie. C..... de sancto vincencio. Jacobus episcopus oscensis..... sancti felicio. qui mandato domini Regis predicti hoc scribi..... prefixis.





ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
ADVERTENCIA.	7
PRÓLOGO, por D. Manuel Cañete.	9
I.—INTRODUCCIÓN.—Á la Excma. Sra. Doña Rafaela de Torrents de Samá, Marquesa de Marianao.	35
II.—La leyenda de Poblet..	55
III.—Los muros de Poblet.—La capilla de San Jorge.— La iglesia de Santa Catalina.—La Virgen del Ciprés.— La puerta dorada.	95
IV.—La puerta real.—El claustro grande.—El aula capi- tular.—El refectorio.—El palacio del rey D. Martín.— El claustro de San Estéban.—Las cámaras reales.—La biblioteca de D. Pedro de Aragón.—La biblioteca pri- mitiva.—El original de la crónica de D. Jaime.—El ar- chivo..	103
V.—La iglesia mayor.—La sacristía.—El tesoro de Po- blet.	117
VI.—Las sepulturas reales.—El panteón de la casa de Car- dona.—El <i>prohom vinculador</i>	127
VII.—El cementerio común.—El monje misterioso.—La capilla de los condes de Urgel.—El panteón de esta fa-	

- milia.—Doña Leonor de Aragón, la triste.—La casa de Cabrera. 139
- VIII.—Las sepulturas de los Moncadas.—El caballero y el almogávar.—La casa de Moncada.—Los varones de la fama.—El capitán Dapifer.—Glorias de los Moncadas. . 149
- IX.—Los sepulcros de personas y familias distinguidas.—La tumba de Fray Pedro Marginet.—Los monjes bandoleros.—La Morena del Mas.—Fray Anselmo Turmeda.—La conversión de Marginet.—Su vida penitente.—Sus portentos y milagros. 167
- X.—Pedro Marginet y Anselmo Turmeda vindicados.—Turmeda escritor catalán, filósofo y poeta.—Sus obras. . 183
- XI.—SARRACENO, MONJE Y MÁRTIR. (Otra leyenda de Poblet.) 197
- XII.—Visitas de reyes á Poblet.—Alfonso *el casto*.—Fundación del Monasterio de Piedra.—Jaime *el conquistador*.—Hace cortar la lengua al obispo de Gerona y por qué.—Fundación del monasterio de Benifazá y del Real de Mallorca.—D. Pedro *el ceremonioso*.—Visita de los Reyes Católicos.—Lo que sucedió con el aposentador de Felipe II.—Entierros reales. 207
- XIII.—El abad de Poblet.—Sus títulos, rentas y grandeza.—Monjes célebres del monasterio.—Los abades de Poblet.—Arnaldo de Amalrich.—Ponce de Copons.—Guillén de Agulló.—Vicente Ferrer.—Juan Martínez de Mengucho. 227
- XIV.—Suceso misterioso.—Bodas del rey D. Martín con Margarita de Prades.—Intrigas de la corte.—Muerte del rey.—Parlamento de Caspe.—Benedicto XIII, San Vicente Ferrer y el abad de Poblet.—Los amores de la reina.—El niño recogido por el abad de Santas Creus. . 239

XV.—Siguen los abades de Poblet.—Bartolomé Conill.—Miguel Delgado.—Juan Payo Coello.—Domingo Porta.—Pedro Quexal.—Lo que sucedió con un novicio en tiempo del abad Boques.—Francisco de Oliver.—Levantamiento de Cataluña contra Felipe IV.—Guerra de sucesión.—Guerra de la Independencia.	253
XVI.—La ruina de Poblet.—Movimiento absolutista.—La guerra civil.—El bosque de Poblet.—Incendio de los conventos.—Abandono del monasterio.. . . .	257
XVII.—LA NOCHE DEL 25 DE JULIO DE 1835 EN BARCELONA.—Meditaciones.—Grandeza y ruina de los conventos.—Caída del gobierno absoluto.—El ministerio Martínez de la Rosa.—Los carlistas.—La guerra civil.—Preven- ción popular contra los frailes.—Motín en la plaza de to- ros.—Incendio de los conventos.—Horribles escenas ocurridas en la noche del 25.—Sucesos posteriores.—La muerte del general Bassa.—Conclusión.	273
APÉNDICES.. . . .	327
I.—El archivo y la biblioteca de Poblet.. . . .	327
II.—Fray Anselmo Turmeda.	354
III.—D. Jaime el conquistador y el Obispo de Gerona.	375



*Este libro se acabó de imprimir
en Madrid, en casa de
Manuel Tello, el día
II de Mayo del
año de
1885.*



COLECCIÓN
DE
ESCRITORES CASTELLANOS.

OBRAS PUBLICADAS.

ROMANCERO ESPIRITUAL, del Mtro. Valdivielso.—Un tomo, con retrato del Autor, y prólogo del P. Mir, 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 10, 25, 30 y 250 id.

TEATRO de D. A. L. de Ayala.—Tomos I, II, III, IV, V y VI: el 1.^o, con retrato del Autor, 5 pesetas: los restantes á 4 pesetas.—Ejemplares especiales, á 6, 7 1/2, 10, 25, 30 y 250 id.

POESÍAS de D. Andrés Bello, con prólogo de D. M. A. Caro, Director de la Academia Colombiana, y retrato del Autor.—(Agotada la edición de 4 pesetas.)—Hay ejemplares especiales de 6, 10, 25 y 30 pesetas.

NOVELAS CORTAS de D. P. A. de Alarcón.—1.^a serie (con retrato y biografía del Autor): CUENTOS AMATORIOS.—2.^a serie: HISTORIETAS NACIONALES.—3.^a serie: NARRACIONES INVEROSÍMILES.—Tres tomos, á 4 pesetas cada uno.

EL ESCÁNDALO, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA PRÓDIGA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL FINAL DE NORMA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL SOMBRERO DE TRES PICOS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

COSAS QUE FUERON, cuadros de costumbres, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

LA ALPUJARRA, por el mismo.—Un tomo, 5 pesetas.

VIAJES POR ESPAÑA, del mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL NIÑO DE LA BOLA, novela, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

JUICIOS LITERARIOS Y ARTÍSTICOS, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.

EL CAPITÁN VENENO.—HISTORIA DE MIS LIBROS, por el mismo.—Un tomo, 3 pesetas.

(De todas estas obras del Sr. Alarcón hay ejemplares de hilo numerados, á 10 pesetas.)

ODAS, EPÍSTOLAS Y TRAGEDIAS, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo con retrato del Autor y prólogo de D. Juan Valera, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

ESTUDIOS DE CRÍTICA LITERARIA, por el mismo.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.

EL SOLITARIO Y SU TIEMPO, *Biografía de D. Serafín Estébanez Calderón, y crítica de sus obras*, por D. A. Cánovas del Castillo.

- Dos tomos, con el retrato de D. Serafín Estébanez Calderón, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
- HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomos I y II (éste en dos volúmenes), 13 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESCENAS ANDALUZAS, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- DERECHO INTERNACIONAL, por D. Andrés Bello.—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
- VOCES DEL ALMA, por D. José Velarde.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- PROBLEMAS CONTEMPORÁNEOS, por D. Antonio Cánovas del Castillo.—Dos tomos, con el retrato del Autor, 10 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESCRITORES ESPAÑOLES É HISPANO-AMERICANOS, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- CALDERÓN Y SU TEATRO, tercera edición, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Un tomo, 4 pesetas.
- ENSAYOS CRÍTICOS SOBRE HISTORIA DE ARAGÓN, por D. Vicente de la Fuente.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- ESTUDIOS GRAMATICALES: introducción á las obras filológicas de D. Andrés Bello, por D. Marco Fidel Suárez.—Un tomo, 5 pesetas.—Ejemplares especiales.
- POESÍAS de D. José Eusebio Caro.—Un tomo, con el retrato del Autor, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- DE LA CONQUISTA Y PÉRDIDA DE PORTUGAL, por D. Serafín Estébanez Calderón (El Solitario).—Dos tomos, 8 pesetas.—Ejemplares especiales.
- TEATRO ESPAÑOL DEL SIGLO XVI, por D. Manuel Cañete.—Un tomo, 4 pesetas.—Ejemplares especiales.
- HORACIO EN ESPAÑA.—*Solaces bibliográficos*, por D. M. Menéndez y Pelayo.—Tomo I, 5 pesetas.—Ejemplares especiales.

Los ejemplares especiales son:

150 en papel agarbanzado grueso.. . . .	á 6 pesetas.
100 en papel de hilo español, números I á 100..	á 10 id.
25 en papel China, números I á XXV.. . . .	á 30 id.
25 en papel Japón, números XXVI á L.. . . .	á 35 id.

Todos los ejemplares numerados llevan dobles pruebas de los retratos grabados al agua fuerte por Maura.

